



Valparaíso como Habitación Urbana

Alicia Paz González Riquelme

Programa de Maestría y Doctorado en Arquitectura



2007



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.



VALPARAÍSO COMO HABITACIÓN URBANA

Tesis que para obtener el grado de:
Doctora en Arquitectura presenta:

Alicia Paz González Riquelme

Programa de Maestría y Doctorado en Arquitectura

2007





DIRECTOR DE TESIS

Arq. Jesús Barba Erdmann

SINODALES:

Dr. Carlos González Lobo

Dr. José Ángel Campos Salgado

Dr. Fernando Martín Juez

M. en Arq. Miguel Hierro Gómez



DEDICATORIA Y AGRADECIMIENTOS

En el día a día, agradezco profundamente el incondicional apoyo, comprensión y amor de Ricardo, mi esposo, de Álvaro y Daniela, mis hijos, y de mi querida hermana Marcela quienes, siempre a mi lado, me han dado la motivación necesaria para concluir este trabajo. A ellos, a mi padre, y a mi amiga y maestra Delia King, dedico este trabajo.

Rodrigo, mi hermano, después de mucho tiempo y sueños acumulados, pudo regresar a vivir a Chile. Mi familia y yo fuimos a visitarlo después de un tiempo. El lugar elegido por él era como me lo esperaba: Un pequeño departamento, con una espectacular, permanente y envidiable presencia del mar, en uno de los modestos cerros de Valparaíso. El departamento era una especie de ropaje necesario para poder disfrutar el paisaje de la ciudad y su mar, un territorio al margen desde el cual poder observar perteneciendo.

Por ello, cuando estuve en Chile fue Valparaíso el lugar en que menos condicionada me sentí. Advertí y viví su autenticidad como un regalo y eso de algún modo, despertó mi interés por descubrirle. De ahí en adelante, Rodrigo y Coca me recibieron en casa por largas temporadas, brindándome su apoyo para realizar este trabajo.

Durante mi investigación y en mi deambular por Valparaíso me fui topando con gente espléndida que me brindó su amistad y su apoyo para acceder a un conocimiento más profundo de su ciudad y su gente, acompañándome por diversos recorridos por los cerros y el plan, a partir de los cuales me sentí parte de ese puerto. Por ello, mi agradecimiento especial a Don Archibaldo Peralta, verdadero cronista de Valparaíso, a Luís Álvarez, amigo y acompañante de mis andanzas por la ciudad, y a Guillermo Herrera quien me brindó un valioso material fotográfico, del cual incluyo en este trabajo algunas de sus innumerables fotografías de la ciudad puerto. Agradezco también a Rosita Gamboa, de la Librería Ivens, quien me orientó en mis primeras búsquedas de información.

Pero el trabajo realizado, difícilmente habría llegado a buen puerto sin la guía y las múltiples, y siempre generosas críticas de mi querido maestro Carlos González Lobo, a quien agradezco su indeclinable y generoso interés por construir día a día un espacio de reflexión y crítica para apoyar el largo camino de construcción y conclusión de una tesis.

Al Arq. Jesús Barba vaya mi especial admiración, cariño y agradecimiento por la confianza que siempre ha depositado en mí y en mi trabajo, dejándome construir las ideas con la necesaria complicidad del tiempo, para luego reforzarlas con un comentario siempre inteligente y generoso.

Mi agradecimiento permanente también a Eduardo, Horacio, Paloma, Ulises, Ma. Eugenia, Mercedes, Amador, Teresa y las dos Lauras, por sus aportes siempre valiosos, y por haber caminado juntos toda esta etapa de trabajo, de formación y de vida.

Deseo agradecer también a la Sra. Rocío Díaz, encargada de la sección escolar en el Posgrado de Arquitectura, por su actitud siempre amable y su permanente apoyo administrativo.

A todos nuevamente, Gracias.



PALABRAS CLAVE

Área	Arquitectura, ciudad y literatura.
Subárea	Espacialidad urbana, narrativa espacial, historia, lugar y habitabilidad.
Disciplinas	Arquitectura, Urbanismo, Literatura
Tema	Valparaíso como habitación urbana.
Subtema	Lectura de la ciudad como entidad ambiental.
Objeto de estudio	La ciudad como entidad ambiental.



Valparaíso es para mí, hoy, una cuestión cerebral. Mil veces más bonito que en cifras, en proyectos portuarios y en edificios es en mi imaginación. Como la música es superior al lenguaje, mi interior, mi cerebro hace y deshace a Valparaíso.

Valparaíso no impone ideas definidas. Cada cual lo imagina a su manera.

JOAQUÍN EDWARDS BELLO



PRESENTACIÓN

El presente trabajo de investigación sostiene que el recurso literario, es un instrumento válido para la recuperación de la memoria del lugar, entendida como una entidad ambiental, que potencia una aprehensión integral del fenómeno urbano-arquitectónico, donde los aspectos de contenido, (lugar y habitabilidad), variables en el tiempo y constructores de una temporalidad propia, se conectan a los aspectos contenedores permanentes (atmósfera y paisaje) de una entidad ambiental.

Esta tesis somete las experiencias de la ciudad a un soporte teórico que incorpora el aspecto sensible a la par de la razón y la lógica descriptiva. Por ello, el camino de la literatura, es utilizado como una fuente que combina exploración espacial, emoción estética y modos de habitar a través del tiempo recogiendo su cotidianidad y recreando en tiempo presente el pasado que ha sido.

“Valparaíso como Habitación Urbana”, propone develar el sentido de un lugar y de los rasgos que caracterizan su habitabilidad, estableciendo un análisis desde la perspectiva de su espacialidad urbano-arquitectónica, así como de su memoria literaria, utilizando el recurso del relato como un medio para transmitir la forma de la ciudad y sus esencias para, de ese modo, dar cuenta de su existencia como un organismo vivo en sentido metafórico.

Esta investigación se dirige también, a explicar la ciudad como hecho tangible e intangible, que constituye su realidad como tal, indagando en la producción literaria del lugar, las espacialidades que anteceden a la actual, para leer en presente las memorias acumuladas que permitan comprender el hecho urbano-arquitectónico como resultado de la experiencia del habitar que se renueva, cambia o se transforma en el tiempo.

Su realización propone a su vez un método de aproximación al entendimiento de una entidad ambiental. Para ello indaga en la historia, en la literatura, en la crónica de viaje, en la novela, en la poesía, así como también en la producción artística en general, demostrando que el producto ciudad y arquitectura actual de Valparaíso sólo puede ser de ese lugar y de ese modo, porque es resultado de las múltiples condiciones (físicas, atmosféricas, territoriales, encuentro de culturas, modos de vida, etc.), que reunidas ahí y de ese manera, han dado una particular respuesta al habitar humano.



ÍNDICE

Palabras clave	9
Presentación	13
Índice	15
Introducción	17
Resumen	23
1 TERRITORIO, PAISAJE, HABITANTE Y LUGAR	25
1.1. Construcción de una Entidad Ambiental	27
2 VALPARAÍSO COMO ENTIDAD AMBIENTAL	47
2.1. Valparaíso como Entidad Ambiental	47
El puerto y el borde mar 61; El Plan 62; Las Plazas 64; Los ascensores 69; Pie de cerros 70; Los cerros 71; Viento Sur 77; Viento Norte 77; La lluvia 81; Las escaleras 86; La casa 87	
3 UN RECORRIDO POR LOS VALPARAÍSOS DE ANTAÑO	135
3.1. La narrativa como instrumento conector de las transformaciones de contenido en la Entidad Ambiental.	137
3.2. La ciudad y su narrativa	141
3.3. Valparaíso y su narrativa espacial	143
3.4. Construcción de nudos de memoria	147
Aproximación a Valparaíso desde el interior 148; El viento en la ciudad 149; Valparaíso después del Canal de Panamá 150; Cerro Alegre 154; Valparaíso como paisaje nocturno 155; La Matriz 156; La plaza Victoria 157; Personajes 157; El paisaje marino 158; El alimento marino 158; El verano 159; Las tardes cayendo en Valparaíso 159; Aproximación a Valparaíso desde el mar 160; Los rincones nocturnos 161; Valparaíso a principios del siglo XX 165; El borde marino 168; El Plan 168; Paisaje porteño 169; Las calles 171; La sociedad porteña 173; Los cerros 174; Las damas de sociedad 175; Retratando el Valparaíso de los pobres 177; Valparaíso en el siglo XIX 180; Valparaíso y sus orígenes 194	
4 VALPARAÍSO. RASGOS IDENTITARIOS DE SU ENTIDAD AMBIENTAL	211
4.1. El azar en la ciudad	213
4.2. El ritmo en la ciudad	223
4.3. La noción de belleza	229
5 LA CIUDAD ACTUAL. Mutaciones	235
6 VALPARAÍSO. Notas finales	245
ANEXOS	253
1. Planos de crecimiento y consolidación de la ciudad	255
2. C.D. Canciones del puerto	CD
Bibliografía general	267



INTRODUCCIÓN

La ciudad como construcción colectiva ha sido tema recurrente de los escritores. Su descripción rebasa casi siempre la visión distante del que solo la mide, la cuestiona o la vive, para internarse en ella y extraer sus innumerables significados. En ellos la ciudad pasa de ser tan solo un complejo contenedor de actividades y funciones, un simple territorio para la agrupación humana a un escenario con vida propia, con seres de carne y hueso que van dejando huella en su habitar, construyendo la memoria del lugar.

“..... Con el desarrollo de la modernidad y la división del conocimiento en diferentes disciplinas, el pensamiento sobre la ciudad adquirió una multiplicidad de enfoques, cada uno de los cuales ha pretendido dar cuenta de ella desde su propia visión, bien sea económica, sociológica, antropológica, ambiental o cualquier otra. A la par de éstas últimas aproximaciones que parten de considerar la ciudad como un objeto distante para ser observado y cuyas teorías han repercutido en una serie de planes urbanos, también ha habido interés en verla como un objeto configurado a través de su percepción, dando pie a algunas teorías de carácter psicológico que indican normas de comportamiento tendientes a mejorar la vivencia de la misma.”¹

Esta aseveración planteada por Beatriz García Moreno, expresa además de lo directamente concerniente al texto, un rasgo que califica y determina gran parte de las búsquedas teóricas y las intervenciones prácticas de la ciudad moderna, que tienen como base una intencionalidad fundamentada en el rigor analítico tradicionalmente asociado a las aproximaciones científicas.

Sin embargo, cuando nos acercamos a visiones científicas más recientes, nos encontramos con que *“... el caos como metáfora lleva implícita una humildad que las teorías científicas anteriores no poseían. El caos, pues, tiene mucho más que ver con lo que no podemos saber que con la certeza y los hechos propiamente. Tiene que ver con el dejarse ir, con la aceptación de los límites y con la celebración de la magia y el misterio.”²*

¿resulta excesivo pensar que necesitamos desesperadamente una nueva clase de racionalidad que incluya no solo nuestros poderes analíticos y de deducción lógica, sino también nuestra empatía y nuestra respuesta estética al mundo natural?³

1 García Moreno, Beatriz, “En búsqueda de la poética de la ciudad: La ciudad como obra de arte en permanente construcción”, en Giraldo F. y Viviescas F. “Pensar la ciudad”, Ed. TM, Bogotá, 1996, p. 171

2 Briggs, John y Peat, David, “Las siete leyes del caos. Las ventajas de una vida caótica”, Ed. Grijalbo, Barcelona, 1999, p. 10

3 Briggs, John y Peat, David, op. cit., p. 165

Beatriz García nos propone en su texto, la necesidad de:

“... alejarse de los sistemas cerrados de pensamiento que reducen la ciudad a una u otra mirada, lo que supone una gran pasividad, para asumir una actitud que recupere su experiencia, que supere el dato inmediato de la percepción y permita la creación de algunos cauces donde confluyan teorías y prácticas. Se trata, por tanto, de proponer un camino que no se enmarque dentro de un sistema de pensamiento o paradigma estructurado con base en una serie de categorías establecidas de antemano, cuyo fin es corroborar si ellas se dan o no en el objeto ciudad, sino que permita una actitud con un claro sentido operativo, donde la acción humana en su experiencia de estar en el mundo, y movida por horizontes que se desprenden de ella misma, sea lo que permita descubrirla en sus características.”⁴

La noción de espacialidad y su perspectiva físico-literaria y artística en lo general, es por tanto una vía que permite comprender el hecho físico como resultado holístico, donde conviven permanentemente pasado y presente, geografía y cultura, permanencia y cambio, memoria y anhelo, etc., aspectos éstos que en el tiempo van configurando la identidad de un lugar y de sus habitantes.

El filósofo Paul Ricoeur nos dice en su escrito “Arquitectura y narratividad”:

“... la arquitectura sería para el espacio lo que el relato es para el tiempo, es decir, una operación “configuradora”; un paralelismo entre, por un lado, el acto de construir, es decir, edificar en el espacio, y, por otro lado, el acto de narrar, disponer la trama en el tiempo.”⁵

La literatura en sus distintas manifestaciones, aporta la posibilidad de recrear y comprender los procesos de configuración y transformación de los espacios urbano-arquitectónicos que los diferentes pueblos se dan como solución a sus particulares modos de habitar. Es posible, a partir de la literatura, conocer la cultura de un pueblo, sus niveles de desarrollo y las formas producidas en su devenir histórico y sobretodo, el modo en que se ha ido construyendo su propio imaginario como ciudad y como habitantes, a través de la transmisión de imágenes de ciudad que se producen a través del intercambio de experiencias individuales y colectivas y de su permanente renovación.

4 García, Beatriz, op. cit., p. 172

5 Ricoeur, Paul, “Arquitectura y narratividad”, en *Arquitectonics, mind, land & society*, Arquitectura y hermenéutica, Ed. UPC, Barcelona, 2002, p. 11



Por otro lado, Jairo Montoya nos dice:

“Si la filosofía es hija de la ciudad lo es porque en el espacio de las relaciones específicas que instaura el ámbito citadino se consolidan los esquemas con los cuales nos pensamos a nosotros mismos. Reconocemos allí una “ciudad que deviene pensamiento”, cristalizando en su devenir los mitos fundacionales de la polis”...y “el habitar la ciudad cristaliza en los relatos... más acá o más allá de ellos, no hay experiencia citadina alguna”.⁶

Y más adelante, el propio Ricoeur se plantea:

En el curso de mi análisis me preguntaré si ésta analogía (arquitectura y narratividad), no debe ser llevada mucho más lejos, hasta realmente entrecruzar y fundir “la puesta en configuración” arquitectónica del espacio y la puesta en configuración” narrativa del tiempo. Dicho de otro modo, fundir la “espacialidad” del relato y la temporalidad del acto arquitectónico mediante algún tipo de intercambio bidireccional “espacio-tiempo”, para encontrarse, literalmente, ante la temporalidad del acto arquitectónico, la dialéctica de la memoria y el proyecto en el mismo corazón de esta actividad.⁷

En relación a la configuración de una memoria Ricoeur nos propone dos puntos de partida para su definición. Por un lado, la adopción de la definición de Aristóteles en su libro “*De la memoria y la reminiscencia*”, hacer presente lo ausente; al igual que la noción que distingue dos tipos de lo ausente: lo ausente como simplemente algo irreal, que sería, por lo tanto, imaginario, y lo ausente que ha sido, lo de antes, lo anterior, el *proteron*. Este último, menciona Ricoeur, es para Aristóteles, la marca distintiva de la memoria en cuanto ausencia: se trata entonces, de hacer presente la “ausencia – que – ha – sido”. Por otro lado Ricoeur adopta el pensamiento de Heidegger según el cual es preciso desdoblar nuestro concepto del pasado, lo que él llama la época pasada y lo que ha sido.

La creación literaria supone la adaptación a través de la imaginación, de situaciones que parten de la realidad vivida. El autor asume el papel de observador de un fenómeno sobre el cual va tejiendo y relatando una historia, muchas veces cobijada por la ficción y la realidad, y con ello, va construyendo por necesidad de la propia obra, una ilación espacial descrita con detalle y prolijidad.

Los escritores son arquitectos en potencia. En la construcción poética y literaria existe siempre la necesidad de situar los personajes en escenarios donde discurra la vida, recorrido permanente de las más disímiles producciones literarias. La pregunta acerca de la vida y su correlato, la muerte, presentes en la historia y la imaginación, requieren siempre un contenedor de la misma. Estos contenedores quedan expresados en los más variados paisajes, que van de los más vastos y desolados, al espacio doméstico o íntimo; entre éstos dos aparece

6 Montoya, Jairo, “Entre un desorden de lo real y un nuevo orden de lo imaginario: la ciudad como conflicto de memorias”, en *Pensar la ciudad*, Ed. TM, Bogotá, 1996, p. 72

7 Ricoeur, Paul, Op. cit. p. 11

la ciudad como una construcción colectiva y cotidiana, estableciendo una lectura distante e íntima a la vez.

En su reflexión, Paul Ricoeur nos plantea la adopción de dos supuestos: “ a) *el hacer presente lo anterior que ha sido y, b) ponerlo en obra mediante el discurso, pero también a través de una operación fundamental de puesta en relato que yo identifico con la configuración*”⁸

Los escritores, más que los cronistas e historiadores, han sido capaces de transmitirnos una visión de la cotidianidad para develar a partir de ella los valores de la existencia, donde la memoria de los lugares habitados da cuenta de emociones individuales y sociales.

Saber que cada acción humana por cotidiana que sea tiene siempre un sentido de eternidad implícito, saber que los actos de la vida de los distintos protagonistas urbanos van construyendo una memoria y un modo de ser y hacer la vida, constituye para los escritores un hábitat fascinante para el discurso literario a partir del cual desentrañan la riqueza del habitar.

Se habita de distintas maneras y esta variedad trae aparejada la construcción de las identidades locales. El estudio de este aspecto concebido desde la particularidad de una disciplina impide ver y develar la vida y su rico contenido. La literatura da la posibilidad de habitar un lugar como experiencia indirecta pero cargada de significados, los cuales nos permiten una aproximación sensible a múltiples realidades, históricas, imaginadas y presentes que mediante la vía del texto van siendo apropiadas por el lector, además de traer al presente lo que ha sido y que se filtra permanentemente a modo de una herencia inconsciente en los sujetos de una colectividad y en el modo de hacer y sentir los lugares que se habitan.

La pretensión de este estudio es la de develar el sentido de un lugar y de los rasgos que caracterizan su habitabilidad, estableciendo un análisis desde la perspectiva de su espacialidad urbano arquitectónica, así como de su memoria literaria, utilizando el recurso del relato como un medio para transmitir la forma de la ciudad y sus esencias para de ese modo dar cuenta de su existencia como un organismo vivo en sentido metafórico.

Su propósito, decir la ciudad como hecho tangible e intangible que constituye su realidad como tal, abrevará en el relato que pretenderá que lo inexistente exista por aproximaciones. Por ello, el recurso literario del relato actuará en este estudio como un instrumento conector de la trama espacial y temporal de la ciudad.

Para abordar este estudio sobre la ciudad, se partirá de las teorías sobre lugar y habitabilidad y desde la perspectiva de un análisis fenomenológico, estableciendo como estudio de caso y espacio referencial la ciudad puerto de Valparaíso, Chile.

Existen ciudades que por su ubicación geográfica presentan como garantía un diálogo permanente y cotidiano con la naturaleza, entre ellas las ciudades puerto, donde la presencia del mar es permanente, cotidiana y para todos, quizás en términos de paisaje y vastedad, la

8 Ibidem, p. 10



ciudad más democrática, donde ricos y pobres, habitantes y visitantes, incorporan cada día de su vida la experiencia de la naturaleza que los acompaña.

Valparaíso, una ciudad puerto ubicada en la región central de la larga y angosta franja que comprende el territorio de Chile, país localizado al sur de nuestro continente, corresponde a un lugar que propone al habitante una intensa experiencia vivencial producto de la presencia permanente de una historia viva donde la impronta del habitante queda expresada y materializada en los distintos niveles de configuración del espacio público y en donde el habitante ha ido modelando a paso lento una forma de ciudad de la mano de un proceso gradual de domesticación del territorio y el paisaje.

Valparaíso corresponde a una ciudad que en un período relativamente breve de tiempo ha estado sometida a diversos momentos de auge y decadencia, a períodos de intensa vitalidad y también de abandono, a desastres naturales de todo tipo, a inmigraciones y emigraciones, a procesos de consolidación marcados por fuertes contrastes, a una conformación territorial de cumbres y quebradas con todas las adversidades por vencer para llegar a ser ciudad, y sin embargo, capaz de ser un referente distinguible y único en la conformación de las ciudades chilenas, alcanzando en el tiempo su propio horizonte simbólico.

Lo he seleccionado, por último, porque Valparaíso habiendo pasado por múltiples procesos, se encuentra, en su vida adulta, enfrentado a una situación como ciudad marcada por:

1. Una ciudad en la que su traza y conformación es su complejidad pero también su gran riqueza.
2. Una ciudad patrimonial que día a día se deteriora por la falta de recursos.
3. Una ciudad con pocos recursos económicos y en donde la pobreza se manifiesta a cada paso, y a la que en las condiciones actuales no se le vislumbra en lo económico una salida clara.
4. Un fuerte desempleo de su población (el más alto de Chile), debido entre otros importantes factores, al hecho de haber disminuido considerablemente su actividad como puerto.
5. Una ciudad que requiere enfrentar nuevos retos sin perder su patrimonio tangible e intangible.
6. Una ciudad que se resiste a ser una ciudad más entre tantas y donde pequeños grupos de habitantes han comenzado una labor de defensa en torno a ella, que ha llevado a cabo campañas como: “Por el derecho a la vista”, “Lugar valioso” y algunas otras en defensa del patrimonio urbano de Valparaíso y del derecho de sus habitantes a participar de las decisiones fundamentales sobre la ciudad.
7. Una ciudad en donde los efectos de la globalización aún no se manifiestan en hechos tangibles, pero que tarde o temprano se traducirán en presiones cuyos efectos se observarán en la ciudad si no se construyen alternativas viables en el ámbito local que tengan como garantía el respeto al lugar, al habitante y al imaginario poético local como aspectos fundamentales de su tradición y de su futuro.



RESUMEN

El documento se divide en cinco capítulos. El primero, denominado “Territorio, paisaje, habitante y lugar” corresponde a una aproximación teórica que busca dar cuenta de aspectos relevantes en torno a la idea de ciudad y su condición biográfica, destacando la importancia del diálogo entre el habitante y su entorno.

El segundo capítulo, plantea la lectura de la espacialidad de la ciudad como una entidad ambiental en donde se ponen en relación los aspectos territoriales y paisajísticos con la acción permanente del habitante en la configuración de un lugar.

En el tercer capítulo, la tesis busca traer al presente mediante el registro literario los Valparaíso que han sido, con objeto de entender el presente de la ciudad como un constante juego de persistencias que de modo tangible e intangible actúan en la ciudad actual y en el imaginario poético espacial de la ciudad y sus habitantes.

El cuarto capítulo busca nombrar los rasgos que caracterizan y califican a Valparaíso como entidad ambiental, entre los que destacan como distintivos el azar, el ritmo y la belleza.

El quinto capítulo se detiene a reflexionar sobre la ciudad actual y sus condiciones de habitabilidad, destacando la importancia de incorporar tanto en el campo de análisis como en el de las propuestas, los aspectos de territorio, lugar e imaginario socio espacial y poético.

La tesis establece finalmente, conclusiones particulares para el caso estudiado y plantea reflexiones en cuanto a la presencia del territorio, el paisaje, el habitante y la generación del lugar en la construcción de la idea de ciudad que se habita.

Todo lo anterior plantea de alguna manera un método de aproximación a la comprensión de una entidad ambiental donde la lectura del lugar a través de la experiencia y la observación directa, la creación de imágenes mentales, el croquis y la fotografía unido a la exploración narrativa de la espacialidad urbana, y a la valoración de la ciudad desde la producción artística y literaria, suponen un encuentro permanente entre las lecturas racional y sensible del espacio urbano.



CAPÍTULO I

1. - TERRITORIO, PAISAJE, HABITANTE Y LUGAR.



1.1. CONSTRUCCIÓN DE UNA ENTIDAD AMBIENTAL

Las ciudades se asientan sobre diferentes tipos de territorios. De acuerdo a las condiciones físicas de éste, las ciudades podrían clasificarse como asentamientos que se ubican en el valle, en la sierra, en la costa, etc. Los pueblos siempre han tratado de domesticar el paisaje y el territorio con el objeto de poder habitarlos y extraer desde su propio entorno los elementos que les permitan la alimentación, el sustento y la vida.

Si hacemos un recorrido histórico revisando los aspectos que han determinado la fundación de las ciudades, veremos que entre otras múltiples condicionantes, entre ellas emplazamiento y territorio, ha sido la posibilidad de agua una determinante en la decisión fundadora. El avance tecnológico ha posibilitado en momentos más recientes de la historia, que esta demanda pueda satisfacerse mediante entubamientos y conducciones propiciando el establecimiento de asentamientos urbanos en territorios que en épocas pasadas hubieran resultado imposibles.

Si bien el agua fue históricamente el aspecto fundamental para toda fundación de ciudad, cierto es también que territorio y paisaje entendidos como emplazamiento, han permitido a los distintos pueblos adquirir determinadas destrezas y habilidades a partir de su permanente e inseparable relación con la naturaleza concreta en la que se habita.

Los territorios y los paisajes exigen con mayor o menor benevolencia el enfrentamiento del ser humano y su entorno. Bajo esta experiencia individual y colectiva se produce la cultura como proceso de conocimiento entre el hombre y el medio, lo que con el tiempo le va permitiendo encontrar la idónea satisfacción de sus necesidades, basadas en el mejor de los casos en el entendimiento del medio en donde actúa e intuyendo los límites de lo que a ese medio se le puede demandar.

El equilibrio entre los potenciales del medio físico y la sensibilidad que los pueblos van adquiriendo a través del tiempo en su condición de habitantes, se consigue a través de una relación de respeto entre el hombre y su entorno que se ve reflejada en la generación de un paisaje cultural armónico coherente con el entorno del que forma parte indisoluble. Esta experiencia en el espacio habitado va dotando al ser humano de una cultura en torno al lugar que le permite tanto el desarrollo de habilidades y destrezas para transformarlo, como una especial sensibilidad para interpretarlo.

La ciudad histórica hace evidente este hecho que resulta conmovedor cada vez que las recorremos y que enfrentadas a ejemplos de ciudades cuyo crecimiento ha obedecido a las directrices de la modernidad, hacen más evidente el hecho de carecer de alma y de sentido. Esto, más que a formas se traduce a esencias de ciudad, al zumo por ellas generadas en su



devenir. No es solo el tiempo sino la experiencia acumulada por sus habitantes y expresada en el espacio la que genera la sabiduría que la ciudad encierra

Pero cierto es que la ciudad de hoy no es solamente paisaje y habitantes. Confluyen en ella una gama muy amplia de actos, hechos e intereses, de los que lamentablemente el aspecto económico es no sólo discursivo y decisivo sino que se convierte en algunos momentos en el único factor a tomar en cuenta en las decisiones que afectan a una ciudad.

La ciudad como hecho físico, como obra colectiva, es resultado y respuesta a la necesidad consciente del ser humano de habitar el territorio. Esta particular condición ha llevado a lo largo del desarrollo de nuestra civilización a concebir la ciudad como una estructura espacial de concentración y establecimiento de grandes sectores de población que habitan, interactúan, y producen en un entorno geográfico común, congregando la vida y la habitación urbana.

La ciudad como organismo vivo, supone las lecturas de dos entidades que conforman su riqueza patrimonial; aquello claramente registrable e identificable a través de su evidencia física, material que viene dado por el conjunto de edificaciones erigidas para el desarrollo de la vida urbana pública y privada y aquello que supone su patrimonio intangible. Tiene que ver con la manera en que el hombre ha decidido intervenir el territorio, con la manera que se ha planteado edificar para dar cuenta de las posibilidades del medio físico y ambiental, con los materiales a los cuales ha recurrido para solucionar su cobijo, con los espacios que ha reconocido como necesarios para llevar a cabo la vida urbana y sus rituales, con los modos que ha socializado para dar cuenta de una particular forma de expresarse, con los requerimientos tecnológicos para responder a los fenómenos ambientales y naturales propios de la región donde habita, con la capacidad del momento y tiempo histórico en la que le ha tocado actuar.

Con ello va construyendo en el tiempo y en el territorio un modo propio y compartido de expresarse y de seleccionar aquellos rasgos que caracterizan física y emotivamente el ambiente en donde habita. Participa en ello desde la condición atmosférica particular hasta la producción de objetos representativos de su entorno, así como el lenguaje, la música y todas las manifestaciones que derivan del encuentro del habitante con los habitantes y con su territorio.

Con lo anterior aparece también la necesidad del relato como necesidad de mantener en el presente la memoria del lugar a manera de un tejido de ciudad que reúne tiempo, espacio y habitante.

La producción concentrada de habitación para la vida pública y privada, establece una particular relación con la naturaleza. Ella, siendo su soporte inicial va adquiriendo con el tiempo un valor de complemento en los espacios urbanos. A diferencia del campo, donde los espacios de habitación corresponden a un mínimo porcentaje en el territorio, y la naturaleza



mantiene su rol primario de proveedor de alimentos y materia prima para la existencia, la ciudad hace uso de la naturaleza de un modo distinto, primero domesticándola, para después proponer con ella o sobre ella múltiples intervenciones físicas, adaptando el territorio y construyendo un nuevo paisaje, ésta vez construido artificialmente (culturalmente) para dotarlo de condiciones habitables para grandes conglomerados humanos.

La creación de la ciudad constituye tal vez uno de los hechos más relevantes de la cultura humana. Es por sí misma y por su propia condición, el germen de múltiples e infinitas creaciones al interior de sí misma.

La condición biográfica del territorio y la ciudad supone en el tiempo y el espacio, la construcción de una memoria constituida por historias y múltiples imágenes que o se tejen o se superponen. De ese modo “se “actualiza” también la ciudad, en unos procesos de escritura palimpsestica cuyas huellas y registros son el soporte de esas memorias que la constituyen.”⁹

Como es bien sabido, un altísimo porcentaje de seres humanos vive hoy en ciudades, cerca de un 75%, o sea, que en gran medida, además de ser seres humanos somos a la vez seres urbanos. Hemos nacido, crecido, vivido infancia, adolescencia, juventud, adultez, etc., en espacios predeterminados para nuestra existencia.

Con ello hemos adquirido, además de ciertos padecimientos y atrofias, una serie de normas, y patrones espaciales para el desarrollo de múltiples actividades. Reconocemos que para cada espacio existen determinadas actividades que le son correlativas. Así, de ese modo, entendemos por ejemplo, que la recámara recibe fundamentalmente la actividad de dormir, los baños son concebidos para el aseo personal, los parques públicos para la recreación, el beso o el abrazo, la calle para el traslado, los centros comerciales para comprar de determinada manera, los cines, los hospitales, etc. El desarrollo de nuestras actividades en la vida diaria se encuentran supeditadas en su realización, a determinados tipos de espacios.

Conforme los procesos de urbanización y comercialización en la ciudad avanzan, cada una de nuestras actividades se encuentra sometida a condicionantes espaciales predeterminadas y realizadas ex profeso para cada actividad.

La ciudad nos brinda opciones que nosotros aceptamos, usamos, vivimos o por el contrario, rechazamos. En este camino, los habitantes asumen un rol muchas veces pasivo, de aceptación de las condiciones que la ciudad oferta o por el contrario una actitud de rechazo que va reduciendo los espacios que habitamos. Sin embargo, atrás de ello, existe una visión del habitante como espectador o “visitante perpetuo” de la ciudad, donde la ciudad es algo que ocurre fuera de él, que no lo hace partícipe. La posibilidad de expresar y experimentar su

9 Montoya G. , Jairo, “*Entre un desorden de lo real y un nuevo orden de lo imaginario: la ciudad como conflicto de memorias*”, en Giraldo F. Y Viviescas F. “*Pensar la ciudad*”. TM editores, Bogotá, 1996, p. 75.

mundo creativo se reduce día con día en pos de un habitar mecánico en donde todo está preestablecido.

La falta de apropiación del territorio por sus habitantes promueve una cultura de abandono de la calle, de los parques, de los espacios todavía alejados de los ámbitos de consumo, impulsando una cultura de consumo mecánico que “garantice el disfrute momentáneo”. De modo contrario, la apropiación por parte del habitante, de su ciudad, promueve un entendimiento de la misma como una verdadera entidad ambiental con la que interactúa de modos diversos, empezando por el clima, la temperatura, los colores, la vegetación, los olores propios del lugar, los sonidos y los silencios, el territorio, el paisaje y la ciudad con el conglomerado de habitantes que como él se han ido moldeando en dicha entidad ambiental.¹⁰

Contrario a este modelo de ciudad que tiende a extenderse y a aplicarse indistintamente por todas las latitudes posibles, existe una ciudad otra, construida y alimentada por la historia y la imaginación de los habitantes y los personajes capaces de extraer los significados y sentimientos más profundos de una construcción cultural y emotiva denominada ciudad, donde se dan cita distintas e infinitas historias de vida, mediante las cuales la ciudad construye día a día su propia memoria e incorpora sus más importantes significados.

La crónica, la novela, la poesía, la obra gráfica, el cine, observan e interpretan a la ciudad, construyendo su auténtica biografía, como un gran lente de aumento que extrae a lo largo del tiempo los hechos que en ella han transcurrido, develando los lugares reales o imaginarios, para su comprensión más que para su conocimiento. La sensibilidad artística procura siempre develar, profundizar y rescatar aquello que estando ahí en las entrañas del hecho espacial y humano parece pasar inadvertido y sin embargo es materia permanente de construcciones culturales específicas.

Narrar la ciudad no significa describirla sobre un plano de detallada información sino contarla para dar cuenta de la emoción que ésta encierra, definiéndola como una entidad ambiental provista de condiciones que le resultan propias, permanentes, periódicas, y de otras variables que van denotando los cambios y transformaciones.

Las ciudades, como analogía con los seres vivos, cuando llegan a su momento de madurez, son capaces de reflexionar sobre sí mismas buscando expresar su esencia, decantando los resultados de sus propios procesos, haciendo uso de sus habitantes y de sus propios recursos creativos.

10 Entidad corresponde a lo que según el diccionario Larousse define como lo que constituye la esencia o la forma de una cosa. Ente o ser. Valoración e importancia de una cosa.
Ambiental.-Pertenece o relativo al ambiente, esto es, a las circunstancias que rodean a las personas, animales o cosas. Entidad ambiental corresponderá por lo tanto a los aspectos esenciales que definen un ambiente en el cual se habita, y que está constituido por aspectos permanentes y variables. Permanentes como olor, clima, etc y variables como habitabilidad y lugar.



La ciudad habla a través de sus personajes y de las mentes más visionarias, de los ojos que saben ver, de las manos que saben producir, de los oídos que saben escuchar, de las voces que saben transmitir.

El paisaje convertido en habitáculo, atrapa a quienes se sensibilizan con ello y pueden ver más allá de lo que es obvio y explícito. El horizonte poético profundo de la ciudad está ahí en espera de ser develado y descifrado.

La ciudad en su proceso evolutivo, construye personajes y habitantes que se constituyen en vías de expresión de la misma. La ciudad arroja mediante las voces literarias, las cualidades de lugar que la constituyen como tal.

Cuando se intenta conocer a alguien aparece siempre la necesidad de saber sobre sus lugares, saber de donde viene, donde ha vivido, como han sido los lugares por él habitados, porque sabemos que en gran medida su constitución como persona esta marcada por la experiencia de los lugares habitados. Con ello se expresa también el vínculo intenso entre el ser humano, su pertenencia a un paisaje que lo construye y que él construye a su vez, permanentemente. Por ello, el destierro corresponde tal vez a una de las experiencias más dolorosas para el ser humano, porque abruptamente se encuentra un día desprovisto de las diferentes pieles que constituyen su sentido de vida y su habitar que lo orienta en el mundo.

A la ciudad la podemos ver de dos maneras: Si solamente nos preocupamos del hecho físico que se asienta en determinado territorio, obviamente nos referiremos a una descripción de su arquitectura como objeto inanimado. De ella podemos desprender descripciones formales, estructurales, de escala, del modo en que los distintos objetos se agrupan en el espacio, etc., pero cuando la ciudad se nos ofrece como el escenario donde transcurre la vida de sus habitantes, inmediatamente los espacios construidos por el hombre para el desarrollo de su vida comienzan a adquirir condición de lugar porque el hombre ha dotado de significados a esos espacios que se convierten en una extensión y cobijo de su propia existencia. En ese sentido, los espacios que habitamos adquieren vida en la medida en que se cargan de nuestra propia presencia.

De ese modo el territorio inicialmente inhóspito va adquiriendo distintos niveles de adecuación para el desarrollo de nuestra existencia y vamos haciendo de él un lugar. Los distintos espacios que habitamos, desde los más íntimos a los más públicos van recibiendo funciones prácticas y simbólicas, llenándose de significados, formando parte de nuestra existencia cotidiana. Se cargan de nuestras presencias, de nuestras memorias y se conforman a partir de nuestras más sentidas necesidades. La relación de permanente cambio y transformación entre ser humano y territorio hace al lugar en una relación dinámica y permanente de mutua influencia.

Esas “tramas culturales” heterogéneas que van constituyendo en sus registros sígnicos, en sus recorridos histórico-simbólicos, en sus lugares de encuentros repetitivos o fugaces, esas tramas van configurando verdaderos nudos de memorias donde se articulan los puntos de encuentro y de intersección, de intercambio y de transacción entre sus habitantes. Allí confluyen memorias históricas e institucionales, memorias megasígnicas y micromemorias; allí se encuentran esas memorias particulares de sus ciudadanos con esas “repeticiones triviales de la existencia” que- como dice Philippe Aries- se convierten en rasgo esencial de la mentalidad, para producir ese encuentro entre las memorias individuales y las memorias colectivas.¹¹

El proceso mediante el cual el habitante va configurando los espacios para cobijar la vida, al que podríamos denominar **lugarización**, corresponde a un proceso que se inicia con el primer contacto entre el hombre y su territorio. La adecuación inicial exige de él, el estar ahí, entender los códigos del lugar y entenderse él en esas condiciones. De ello surge a su vez la posibilidad de su paulatina transformación en torno a las necesidades que deberán ser atendidas; por un lado aquellas que dan cuenta de las necesidades propias del habitar y por otro, las que surgen de la comprensión del territorio y del paisaje y sus particulares vocaciones y capacidades.

“Lo que espacio y tiempo como conceptos abstractos signifiquen, lugar y acontecer significarán siempre algo más porque espacio en la imagen humana significa lugar mientras tiempo significa acontecer. El ser humano queda excluido, queda fuera de. Para incluirlo es necesario que participe de ambos conceptos”¹²

Desde épocas primitivas el hombre ha dado respuestas a sus necesidades de distintas maneras. En un primer momento y de acuerdo a las condiciones de su propia etapa evolutiva, el hombre encontró espacios naturales donde protegerse de los peligros inminentes del medio y guarecerse para ir construyendo el hogar. En la medida de su propia evolución, fue capaz de intervenir los ambientes naturales para habitar y dejar su impronta. Cuando desarrolló su capacidad de edificar debió decidir sobre la naturaleza y el territorio para encontrar las mejores condiciones en términos de seguridad, paisaje, clima, acceso al agua como fuente de

11 Montoya G., Jairo., op cit, p. 77

12 Reflexión de Aldo Van Eyck, en Vargas, Eduardo, “Pequeña introducción al pensamiento arquitectónico de Aldo Van Eyck”, en Cuadernos de Arquitecta N4, Universidad Católica del Norte, Antofagasta, 1990.



vida, acceso a materiales para edificar, y de esta manera gradualmente fue creciendo su capacidad de dominio sobre la naturaleza junto a una relación que exigió una permanente interpretación de las posibilidades del medio.

De ese modo creció también su destreza para concebir y edificar los espacios de habitación, se fueron multiplicando las posibilidades tecnológicas, constructivas, plásticas y de relación con el medio, lo que le permitió desarrollar y acumular una cultura en torno al lugar. Este pasó de ser un territorio que proveía de los elementos necesarios para la subsistencia para adquirir nuevos valores y atributos toda vez que la acción humana establecía una transformación en búsqueda de la satisfacción de sus distintas necesidades.

El proceso mediante el cual el hombre ha edificado su casa en el territorio planetario es un proceso ante todo cultural, simbólico y emotivo, que se construye a partir de un acto dialogal con el entorno. La lectura que habrá de persistir en el tiempo tiene primeramente que ver con su condición territorial que va dotando al habitante de un particular arraigo y sentimiento vital. Esta condición marcada fuertemente por sus características geográficas y topográficas va constituyendo una relación hombre-territorio y tierra-mar, de enorme importancia en la construcción cultural del habitante y de su particular idiosincrasia.

No todas las ciudades nacen con las mismas condiciones, pero cierto es que la mayoría de nuestras ciudades latinoamericanas nacieron por decreto o fueron fundadas, mientras Valparaíso no.

En el caso particular de la ciudad puerto de Valparaíso, domesticar el territorio ha representado históricamente enormes esfuerzos colectivos y ello produce y reproduce una carga emotiva de carácter histórico de gran peso en el lugar.

En Valparaíso, el aspecto territorial y su particular modo de adaptación para la vida urbana, corresponde a uno de los aspectos patrimoniales más significativos. A Valparaíso no solo se le ve y admira como paisaje a la distancia, sino que se le descubre y siente en cada una de nuestras pisadas produciendo fuertes efectos en nuestra percepción espacial.

El drama, la pasión, el sortilegio son quizás la parte más significativa de su condición patrimonial. Su belleza, su osatura, se expresa desde una condición emotiva más que física. Sus cicatrices y sus estados de abandono son parte de su testimonio de vida, formando parte indisoluble de su expresión material, de su concepción de belleza.

Como diría Pablo Neruda en un poema dedicado a la ciudad puerto:

*Valparaíso,
que disparate
eres,
que loco,
puerto loco,
que cabeza
con cerros,
desgreñada,
no acabas
de peinarte,
nunca
tuviste
tiempo de vestirme,
siempre
te sorprendió
la vida,
te despertó la muerte,
en camisa,
en largos calzoncillos
con flecos de colores,
desnudo
con un nombre
tatuado en la barriga,
y con sombrero,
te agarró el terremoto,
corriste
enloquecido,
te quebraste las uñas,
se movieron
las aguas y las piedras,
las veredas,
el mar,
la noche,
tu dormías
en tierra,
cansado
de tus navegaciones,
y la tierra
furiosa
levantó su oleaje
más tempestuoso*



*que el vendaval marino,
el polvo
te cubría
los ojos, las llamas
quemaban tus zapatos,
las sólidas
casas de los banqueros
trepidaban
como heridas ballenas,
mientras arriba
las casas de los pobres
saltaban
la remendada proa
de un pequeño,
valeroso
navío.*

*La tempestad corona
con espuma
tus cordeles que cantan
y la luz del océano
hace temblar camisas
y banderas
en tu vacilación indestructible.*

*Estrella
oscura,
eres,
de lejos
en la altura de la costa
resplandeces
y pronto
entregas
tu escondido fuego,
el vaivén
de tus sordos callejones,
el desenfado
de tu movimiento,
la claridad
de tu marinería.*

*Aquí termino, es esta
oda,
Valparaíso,
tan pequeña*



*como una camiseta
desvalida,
colgando
en tus ventanas harapientas,
meciéndose
en el viento
del océano,
impregnándose
de todos
los dolores
de tu suelo, recibiendo
el rocío
de los mares, el beso
del ancho mar colérico
que con toda su fuerza
golpeándose en tu piedra
no pudo
derribarte,
porque en tu pecho austral
están tatuadas
la lucha,
la esperanza,
la solidaridad
y la alegría
como anclas
que resisten
las olas de la tierra.¹³*

Existen ciudades en las que la vida continúa a pesar de sus innumerables abandonos o quizás infidelidades. Sus dramas, como condición histórica le han otorgado una innegable fortaleza la cual se expresa incluso en la altivez de su fisonomía. Ante el abandono, mantiene su antiguo traje, raído, viejo y brillante por el uso, con la actitud orgullosa de quien tuvo otrora una presencia y participación activa en los buenos tiempos. Esta es la condición de la ciudad puerto de Valparaíso.

Valparaíso está lleno de soluciones emergentes. La vivienda se resuelve para hoy y mañana se verá si es posible seguir así, si resiste, y entonces, parche tras parche se va resolviendo el problema.

Valparaíso es una ciudad que parece haberse quedado detenida en el tiempo, con respecto a otras ciudades de Chile que rápidamente se han incorporado a la imagen del urbanismo McDonald de la actualidad.

13 Neruda, Pablo, "Odas Elementales", Ed. Losada. Bs. As., 1954, pag 213-216



Valparaíso es una ciudad que por su configuración establece limitantes importantes para adaptarse a un modelo, pues ella es en sí un modelo propio e irrepetible. Aquí la importancia es del peatón por sobre el vehículo, es la espacialidad urbana por sobre la arquitectura, es la añoranza por sobre la realidad, es su propia poesía por encima de modelos de eficiencia.

Valparaíso es una ciudad al parecer extremadamente desordenada y caótica, dispuesta al azar y a la voluntad puntual, es una ciudad hecha como una inacabable costura que va recogiendo retazos para tejer en continuidad el espacio urbano. y el porteño en gran medida la entiende así. De hecho, algunos grupos de jóvenes han comenzado a trabajar en espacios urbanos residuales, convirtiéndolos en pequeñas plazoletas pero sobre todo, en referentes significativos como lugares de encuentro y memoria reciente, con diseños que incorporan nuevas ideas, nuevos conceptos mediante los cuales comienza a expresarse una nueva generación de habitantes del puerto, que busca maneras de estar ahí en el territorio, de apropiarse de la ciudad y su legado, respondiendo a una ciudad que a su vez debe urgentemente responder a nuevos tiempos.

Según el documento de postulación de Valparaíso como sitio del patrimonio mundial / UNESCO¹⁴, presentado por el Gobierno de Chile, el Consejo de Monumentos Nacionales y la Ilustre Municipalidad de Valparaíso, en Diciembre de 2001, en el inciso B, donde se establece un análisis comparativo con otras ciudades puerto de América y el mundo, Valparaíso tiende a compararse con ciudades como Santiago de Cuba, Salvador de Bahía, Lisboa y Nápoles.

Caracterizando a Valparaíso, el documento establece lo siguiente: “las ciudades cuyo valor ha sido considerado universal tienen en general el sello colonial o el prehispánico. Las ciudades latinoamericanas que alcanzaron su configuración actual bajo los parámetros del siglo XIX en general aplican modelos europeos sin necesidad de reformularlos radicalmente en función de las condiciones locales. Valparaíso es en ese sentido una excepción, por cuanto no se pudo ceñir a los parámetros establecidos por la Corona española para las ciudades del Nuevo Mundo, alcanzó su configuración actual bajo los paradigmas arquitectónicos y urbanísticos imperantes en el siglo XIX, y alcanzó la originalidad en virtud de su adaptación al medio.”¹⁵

Más adelante, y en relación a ciudades portuarias cuya topografía presentó un desafío comparable al de Valparaíso, el documento menciona a Santiago de Cuba como la ciudad que presenta más similitudes con Valparaíso, debido a un emplazamiento definido por “una alargada bahía, una escarpada topografía y un cerco montañoso, destacando también las diferencias de los niveles topográficos que en este caso no son tan acentuados y el esfuerzo por acomodarse a un trazado de damero, con su Plaza Mayor, haciendo notorio el sello colonial en la arquitectura y el trazado.

14 Gobierno de Chile, Consejo de monumentos nacionales, Postulación de Valparaíso como sitio del patrimonio mundial, UNESCO, Cuadernos del consejo de monumentos nacionales, N 70, 1 edición, Santiago, 2004.

15 Gobierno de Chile, Consejo de monumentos nacionales, Postulación de Valparaíso como sitio del patrimonio mundial, UNESCO, Cuadernos del consejo de monumentos nacionales, N 70, 1 edición, Santiago, 2004, p. 35



En el caso de Salvador de bahía, la bahía con una estrecha planicie, está cercada por una abrupta escarpa de 65 metros de altura. La ciudad se asentó sobre la terraza dejando la planicie para los usos portuarios. Debió conquistarle espacio al mar, pero creció fundamentalmente hacia las colinas y valles que caían suavemente hacia el interior en el nivel superior. La ladera de la escarpa no fue objeto de poblamiento.

Comparada con Lisboa, el documento dice: ésta “ciudad que sin tener forma de anfiteatro, combina también planicie con cerros y quebradas, favoreciendo la integración visual y espacial de la ciudad con su núcleo central.

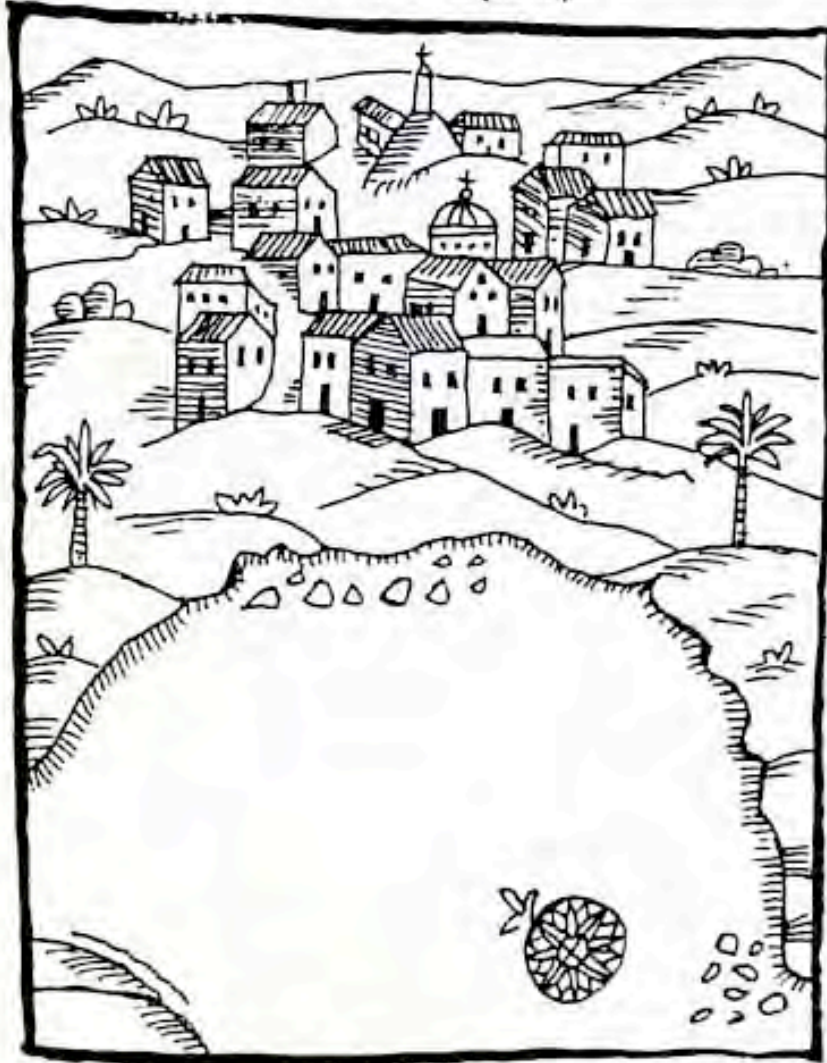
Y más adelante: “Una sustantiva diferencia entre Valparaíso y Lisboa es que ésta última es en mucho mayor medida fruto de la planificación.”¹⁶

Por último en relación a Nápoles el documento plantea:

“Su emplazamiento propicio para la función portuaria se inscribe sobre los últimos declives de los campos Flégreos, que acaban aquí en dos anfiteatros principales.

16 Op. Cit., p. 36

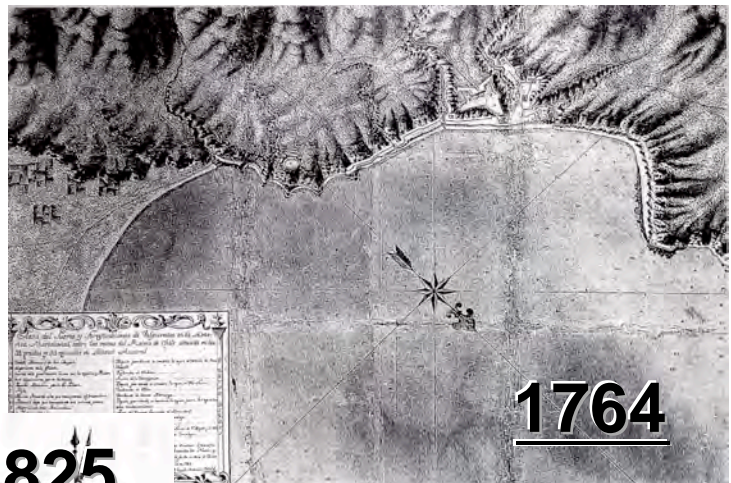
Puerto de Valparaíso



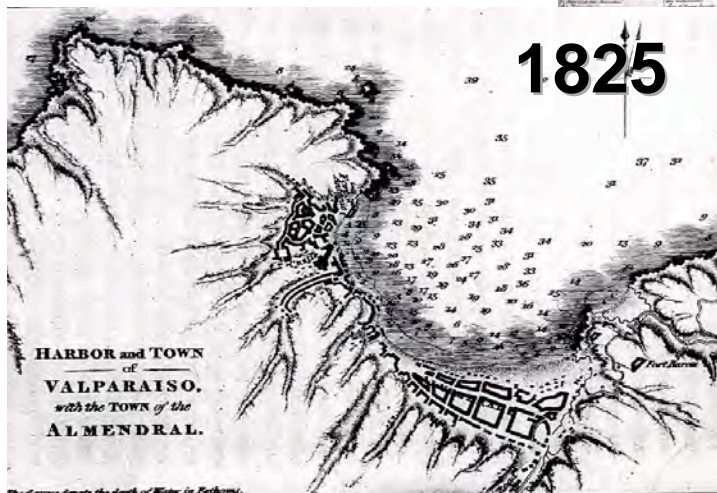
Valparaíso no se funda. Es usado inicialmente como puerto de abastecimiento de los barcos. Con la llegada de los españoles, adquiere valor estratégico como puerta de ingreso a Chile. Con la independencia en 1810, se abre al comercio mundial. Los ingleses, así como también alemanes, franceses e italianos, motivados por las posibilidades que brinda el comercio, llegan a Valparaíso y la ciudad es receptora de grandes adelantos tecnológicos reflejados en el desarrollo de la ciudad y su imagen. Se produce de esta manera la reunión de un mundo de culturas diversas llegadas desde el mar, cuya impronta se refleja rápidamente en la ciudad y sus habitantes, creando una atmósfera cosmopolita que mantiene aún sus latidos en el actual ambiente porteño.



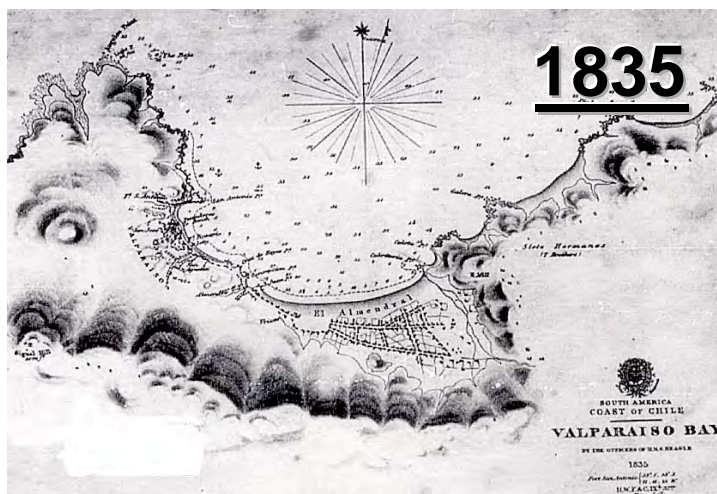
VALPARAÍSO COMO HABITACION URBANA



1764



1825

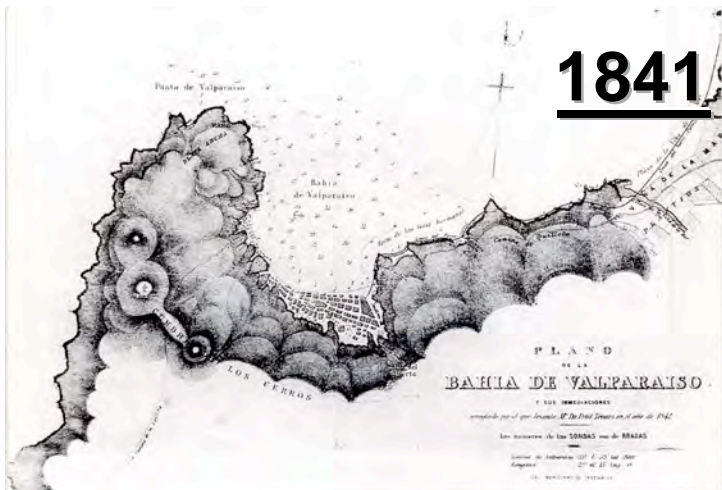


1835

La gran bahía de Valparaíso se encuentra enmarcada por una ciudad vertical que se consolida en los cerros, que la abraza y la observa como miles de ojos ventana que de la mañana a la noche están atentos al espectáculo gratuito del mar.



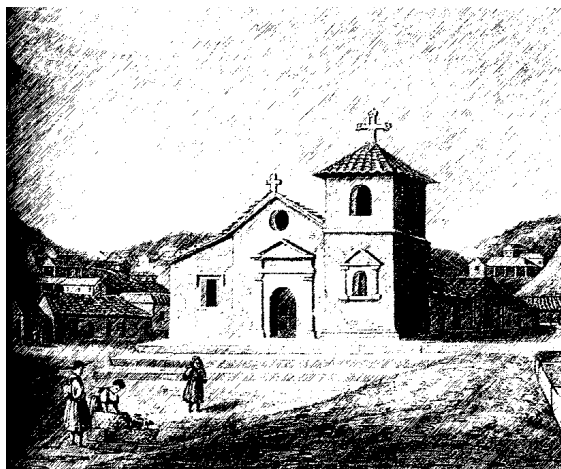
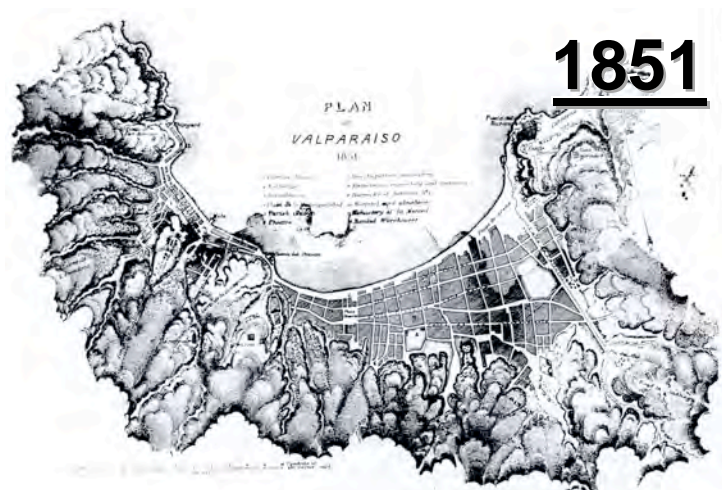
VALPARAISO COMO HABITACION URBANA



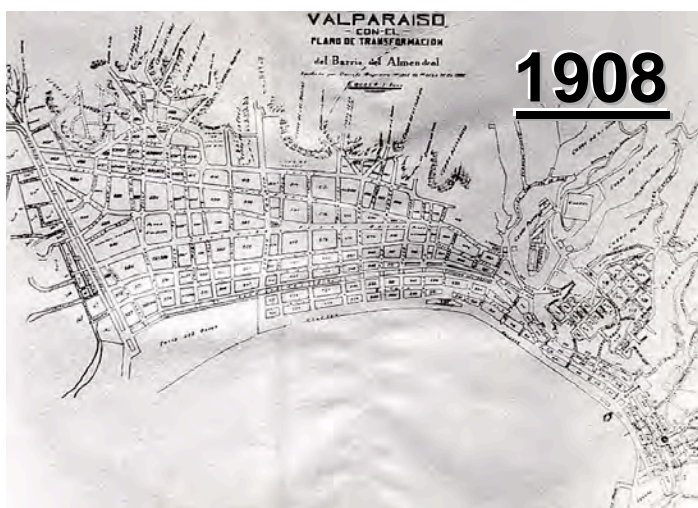
Valparaíso fue ganando terreno al mar con obras de relleno y creció y ensanchó eliminando promontorios rocosos y accidentes naturales para extenderse hacia el oriente e incorporar una extensión de playa importante (El Almendral).



Con ello, la ciudad responde a una demanda de suelo urbano debida a la llegada de intereses y personas de distintas partes de Europa, principalmente ingleses, alemanes, franceses e italianos, así como población del interior del país.



VALPARAISO COMO HABITACION URBANA



La imagen actual de Valparaíso es el resultado de múltiples improntas en el territorio surgidas a partir del siglo XIX y que tienen que ver con influencias arquitectónicas de carácter europeo y norteamericano, adaptadas a la topografía particular del lugar, lo que fue derivando en el tiempo en una muy particular mezcla de estilos y formas arquitectónicas, generando un permanente collage espacial que denota culturas diversas.

VALPARAÍSO COMO HABITACIÓN URBANA



CAPÍTULO II

2. - VALPARAÍSO COMO ENTIDAD AMBIENTAL



*Oh, ciudad,
yo te fundo
en el silencio de la noche marítima.
La noche matemática
que me dieron las piedras,
esas mismas que un día caerán
a la noche encendida
debajo de la arena.*

*Te encontrarán debajo de la arena.
tan hermosa. tan honda
en tu catástrofe. Como una perla.
engastada en la boca del abismo.
Caerás.
Caerás desde tu roca
a tu arena primaria.
como una estrella más que vuelve al polvo.*

*Pero para fundarte
necesito tenerte.
Tu fundamento real es mi palabra.
Valle del Paraíso.
Puerto que te evaporas
y secas en trágicas espinas...¹⁷*

17 Rojas, Gonzalo., “Fundación de Valparaíso”. En La miseria del hombre, Valparaíso, Imprenta Roma, 1948.

BALADA DE LA GALLETA MARINERA

*Canto que a nadie ha de interesar es éste
Ahí reside su júbilo.
Ni al predicador inútil y solitario; ni a mí.
Ni a esa joven morena, toda sollozos, por un sueño venido,
seguramente, desde los ojos de un santo, tan santo,
Que nunca hizo un milagro.
Dos fantasmas le robaban los senos con las caricias de su amante.
Y nada de los demás conmovió sus duros corazones:
ni la sortija china en la larga llama de su dedo,
ni la tristeza latina de su boca.
A nadie ha de interesar: ni al bandido sin daga en el cinturón,
en el imprevisto instante en que le cortó el camino un
ahorcado,
sin prisa, orinando, en su ancha soledad, desde un álamo,
por cuyas ramas bajaba el tiempo oro y cobre del otoño.
Y al intentar maldecir y volver por su puñal conoció la trágica
revelación: la voz y la palabra ya no eran en él.
¿Cuántos ojos lloraron en su cara, entonces?
Toda historia de bandidos tendrá siempre menos interés
que la de mercader inclinado sobre el mostrador hipnotizando a
su víctima,
con la fuerza primaria de la víbora a su presa.
Schiller, el germano, ya sabía esto.
A nadie ha de interesar este canto: ni al avaro suicida,
al verificar en sus talegas una moneda de menos, tomada por su
hija.
El invierno, ya está, ahí, como la calle al otro lado de la puerta,
vistiendo traje de bruma y gorra de frío.
Avanza, cargado como un dios mítico, con los fardos de un
pasado desaparecido.
Pero su agonía se queda trasnochando para siempre en nosotros.
Ha sepultado recién al príncipe encantado del otoño, escenógrafo
de los suburbios del mundo, donde la lámpara de la tristeza jamás
agotó su luz.
Y también los caminos rurales por donde van los arrieros
y vagabundos, con sus perros ladrando cansancio, sed y hambre
antiguos,
como el hombre desde siempre.
El invierno está ahí*

*Avizora que una de las olas destroce el faro, para entrar al puerto.
Comodoro de alta mar y archipiélagos, su pericia y audacia
rechaza brújulas y cartas.
Su bitácora anota tempestades altas y naufragios profundos, nada
más.
Los vendedores de tortillas y castañas calientes suben los cerros
de la edad del mar-océano.
En la niebla agoniza la luz de los faroles.
Y detrás del pregonar fragante a aguardiente, viene la lluvia.
El grillo levanta, entonces, su espiral de hielo.
El sapo, con su croar transforma el lodo en aéreo paisaje de cristal.
Sí. Ahí está invierno. Viste traje de bruma y gorra de frío.
Mi oído capta a través de los muros las toses de los ancianos,
cuyos pechos suenan a carreteras viejas o a engranajes mutilados.
Y los ojos descubren la voracidad del tiempo en los rostros de las
mujeres,
ayer, solamente, admiradas.
¡Ah! Pero los amores quedan dentro del corazón como el verde
pasto
o el relincho muerto en el cuero de la bestia.
Y la gran luz negra en el fondo del ojo seco del cadáver.
Y el tiempo en la maquinaria rota del reloj.
Canto de abismos alucinados, precipicios y vértigos.
Semejante a esta latitud marinera de alma submarina.
tal la jibia, el coral, el hipocampo y su amazona, la sirena.
De arquitectura e ingeniería idéntica eres, Valparaíso,
a la del océano en tempestad.
Entre cerro y cerro anclan los huracanes a calafatear sus quillas
de alta sombra. Y a parchar las velas quemadas por la sal.
La obscuridad abre su párpado de aceite.
Oficia un canto funeral a otra noche desaparecida y sin borrachos.
Tu profundidad la ignoro noche.
La aventura de las anclas nunca ha subido el moho de tu fondo.
El límite de tus dominios no lo ha cantado el viajero al partir
ni el navegante al regresar, noche.
Me es extranjera tu cumbre.
En ella jamás han graznado los pájaros nocturnos, noche.
Sin embargo, como una ciudad blanca con mujeres de cabellera
negra
llorando amores o un mago, crucificando el mar vivo tu magia,
noche.*

*Adentro de tus altos muros de alcohol los esqueletos en vigilia
de los poetas encienden fuegos fatuos, noche.*

*Fuegos fatuos que acusan al mundo, noche.
Espantado el caballo verde del relámpago se precipita en las
tinieblas.*

*Yo no explico la leyenda de Lucifer.
Germina también el polvo y la carcoma, en este canto,
voluptuosamente.
Canto casi sin euforia, pero algo del mar participa.
Numerosos hombres lo hubiesen comentado.
Ya están todos muertos. ¡Todos!
Muertos como el instante ese en que ellos y yo nacimos.
Todos muertos, con sus vientres secos idénticos a toneles,
donde antiguamente hubo aguardiente.
Sus rudos y hondos pechos, tempestuosos mapas sentimentales,
tatuados con nombres de rubias y morenas, africanas y
orientales,
devorados fueron por las jaivas y pulpos.
Unos están sepultados en los cementerios de los puertos.
Desde los mástiles, las gaviotas, les llevan noticias de zarpes.
Y escuchan, con las caracolas de sus orejas, a las resacas
morder guijarros, cerca de sus pies.*

*Otros van con las corrientes por el fondo de los mares,
en desesperado afán de alcanzar alguna botella de ginebra, a todo
trapo navegando hacia lo nocturno antiguo de las tabernas.
De esa noche que se sienta con los bebedores a escuchar el monólogo
subterráneo de la sangre de las cepas, en las mesas noctámbulas.
Maderas fraternales, en ellas duermen en cerrado nudo los barbados vientos
y la delgada lluvia y su armonía.
Rito antiguo, logrado al conjuro de noches y noches
como los ojos redondos del búho y su plumaje.
Mesas mudas, leales; así como el traje del auriga funerario
no comenta la condición del cadáver, ellas no delatan secretos.
En vuestras cubiertas, por el amanecer, desembarca el júbilo
de mis amigas y amigos.
El mozo lo barre, siempre, junto con la ceniza de los cigarrillos,
como si fuera la pena o la tristeza o la pobreza.
Desde la popa de la noche ya en el horizonte, un marinero ebrio grita:
Fósforos japoneses, mujeres alemanas, gin holandés.*

Canto melancólico es éste.

*El pretérito pasa entre la luz y sombra, en desesperado galope.
Pero el terror y el miedo genera en todo guerrero la hazaña y
el heroísmo.*

*Como de yodo la ola saturado está este canto de antigua melancolía.
Resucitado un día fue por un vestido de terciopelo rojo,
abotonado por mis manos una tarde, en una casa ya destruida.
Y cuando todo el olvido era, se me apareció desvaído, arrugado,
en una ropavejería de barrio agresivo y con las alcantarillas rotas.
Mis piernas retrocedieron, pero yo me quedé ahí una larga
jornada.*

*Los botones me miraron con caras de viejos mendigos
en esquina, donde se anunciara el fin del mundo.
Algo de la alegría de mi infancia sale hecha tristeza
por mis ojos, ahora, al cantarte*

Galleta marinera-

*Tristeza de quien regresa del ataúd para recibir a una amiga
a la que habíamos prometido un cesto de cerezas,
cuidadas todo un invierno, y no la encontramos.
La elegí entre varias traídas por mi padre al hogar.
Mi ternura, abundante, la clavó a uno de los muros de mi cuarto.
Era de rostro desventurado como las heroínas de los folletines
del siglo diecinueve, que precipitaron en sollozos y suspiros
a las abuelas fragantes a azucena e incienso.*

*Jamás las riberas de su origen me preocuparon, ni la lengua
en la que las mujeres arrullaron su venida al mundo*

*Sabía, solamente, de su arribada en un velero,
cuya bandera ignorábamos todos.*

*los tripulantes marineros de jersey azules,
Bajaban a tierra cantando y fumando pipas,
el humo les entregaba la dirección de los vientos.
El mascarón de proa glosaba la pasión y el lirismo pagano
de los arrogantes armadores.*

*Quizá, fuera nórdica, de alma profunda como los espejos antiguos,
en cuyos interiores desaparecieron hombres, mujeres y atavíos.
Italiana, lírica, religiosa y penitente.
Francesa, gustadora de los licores color ámbar,
y, de los atardeceres perfumados de garúa.*

*Inglesa, rubia en libra esterlina.
Española, apasionada y sensual; rojo cirio en misa negra.
Portuguesa, soñadora y sentimental.
Pálida eras, galleta marinera, como las manos de una doncella
regresando de las tinieblas del amor.
Distante de las jarcias donde los vientos aúllan, sangran y se doman;
lejos de las tétricas sentinas, tumba de las iras
y de las maldiciones de los aparejos, espacios de terror
donde la muerte se asusta.
Destino de los capitanes posesos y de los marineros desertores
que enloquecían, mordidos por la sal y el silencio,
y devorados eran por las grandes ratas ciegas.
Sepulcro del grito, de la voz, de la alarma,
del gemido, por ningún oído captado en las noches de zozobra,
cuando las linternas de los entre-puentes
se apagaban y rompían como las alas de zancudos.
Fuera del mar, del olor a brea y yodo,
alucinada por las rutas solitarias, la pereza de los pairos,
las islas negras, verticales y sonoras,
habitadas por fantasmas golpeando campanas altas de plomo,
llamando a los lentos buzos rezagados, dentro de las escafandras,
con los ojos abiertos, llenos de sueños marítimos
de bancos de perlas y fabulosos galeones, se desgarraba sin voz.
Añorando el tráfico de playas enmohecidas
y las caletas de olas viejas, seguramente,
enfermó del mar y de sus maleficios.
Y una noche y un día, leal a su tradición,
se disolvió, en la larga humedad del muro de mi cuarto.
Día o noche en que el trueno reventaba y llenaba de terror
el vacío corazón de los seres.*

*La nostalgia del mar – océano y sus horizontes
le habían mordido el alma como a los perros de los veleros,
que bajaban a tierra con las tripulaciones
y se quedaban dormidos debajo de los catres de los lenocinios,
arrullados por la música febril de los somieres,
y, después, morían en los malecones, ladrándole a las velas,
cargadas de vientos, de todos los barcos.
En la épica y en las leyendas del mar
flamean las banderas de todos los piratas.
Se escucha, el estampido de todas las culebrinas.*

*Se coleccionan los cofres de todos los corsarios,
y la heráldica de la galleta marinera se perdió
en un silencio de agua y harina.*

*Lentamente, el mundo crece y se hace redondo
como una naranja adentro del invierno.
En las travesías, los vigías envejecían en las cofas,
sin lograr dejar en las cubiertas el grito augural
¡Tierra! ¡Tierra! ¡Tierra!*

*En ese minuto.
En esa hora, hubo un millón de siglos en un día.
En ese instante, están todos los cojones de España
encima de las olas o en el fondo de los mares,
amortajados en la canción de cuna gris-azul.
Y en el puente de su carabela, el genial genovés,*

DON CRISTÓBAL COLÓN,

*liendres y piojos en su larga cabellera de almirante
en los océanos y en las tierras, comenta a su corazón
la órbita universal de su soledad.*

*Los navegantes que regresan le han jugado a la brisca,
a los dados, vida y destino de la muerte.
Vuelven mascando tabaco. Y con presentes de monos,
doctos en gestos obscenos y loros letrados en sucias palabras.
Los reyes desairan a los embajadores.
Antes, se hacen mostrar un indio todo cobre
como la Cordillera de los Andes.
Y consultan a los teólogos si es pecado mortal
comer papas indígenas con costillas de cerdo,
y vinos cristianos.*

*Los gentiles caballeros demuestran a su dama su valor y osadía
acariciándoles la concha a la gran tortuga de las islas Galápagos.
De la carcajada. Europa se sumerge, hunde en el espanto
y la meditación.*

*En esa hora.
En ese tiempo, entra a la cámara de los capitanes
y a los putrefactos bodegones de las tripulaciones, la mujer.
La mujer de goma.*

*Elástica, flexible; serpiente, cazando insectos en el seco aire del verano.
Cintura delgada de madrigal.
Caderas largas de ola.
En los ojos la selva y el pasado del mundo.
Mujer de os equinoccios y de las auroras boreales.
Por ella, las quillas se internaban en los golfos.
Atraviesan, cabos, cruzan estrechos alcanzan islas.
Por ella, la Cruz del Sur. Y los cuatro pétalos de la Rosa del los Vientos.
Por ella, las islas de azúcar, canela y vainilla.
Los países de almizcle y esmeraldas.
Las tierras de oro: América, Cipango, Catay.
Para ella, divinidad del mar,*

STELLA MARIS.

*Mi corazón se ha abierto como una mano planetaria,
en afán de pintar todo el firmamento, para proyectarse
desde las estrofas de mi canto, al otro lado de la leyenda.*

GALLETA MARINERA

*Tu recuerdo se había hundido con las últimas fragatas,
bergantines y veleros, de distintos deshechos y brújulas equívocas.
¡Bergantines! ¡Galeones! ¡Veleros! ¡Arboladuras!
¡Epifanías del espacio!
En el fondo de los océanos vuestra belleza, singular y mágica
como las alas urgentes de la luz, ignorada fue
por el alma de los hombres aptos sólo
para amar sus rostros pintados de vanidad.
En las cuadernas, los moluscos mudos y ciegos se reproducen
alegremente
y se nutren de seculares maderas: roble, pino, teca.
Canto a lo desaparecido, a lo olvidado, es. ¡Oh tristeza!
Canto que a nadie ha de interesar es éste.
Ahí reside su júbilo¹⁸*

18 Quiñones Alvear, Guillermo, "Balada de la galleta marinera", en Cuando los veleros anclaban en Valparaíso, Antología Poética. Sociedad de Escritores de Valparaíso.



“La experiencia interna de un momento, el sentimiento de estar totalmente suspendido en el tiempo, que no parece tener conciencia alguna ni del pasado ni del futuro, forma parte de muchas – y acaso de todas- sensaciones de belleza”.¹⁹

Valparaíso, ciudad puerto que nace sobre una angosta franja de suelo plano, aprisionada entre el mar y los cerros, crece, escala y se extiende sobre éstos últimos, no solo por ser su posibilidad concreta sino ante todo una forma de “recuperar el mar” para los que se han anclado a una nueva tierra.

El ingenio y el espíritu porteño han creado en el tiempo una imaginativa arquitectura en medio de un paisaje agreste y escarpado, sobreviviente a ocho sismos y desastres varios. Sin embargo la ciudad se ha seguido levantando de manera espontánea y persistente. La variedad de contrastes, la extraordinaria mezcla de estilos, origina uno de los principales encantos de Valparaíso.

Valparaíso posee el atractivo de lo empírico, propio de las ciudades medievales aquel de una ordenación muy poco evidente donde no aparecen modelos de orden propios de ciudades planas o con trazados unitarios.

La arquitectura ligada a un suelo y una topografía accidentada y configurada por cerros y quebradas, contiene en principio una anticipada configuración de lugar. En ella la diferencia y la homogeneidad tienden a presentarse simultáneamente. A dicha configuración se contraponen siempre la idea de la horizontalidad del paisaje marino y la verticalidad que lo acompaña hecha ciudad.

Quizás esta relación de convivencia permanente y equilibrada entre paisaje natural y cultural, y el habitante entre estos dos, establezca una particular forma de habitar marcada por la poética del paisaje, condición que suele acompañar a las ciudades puerto.

La ciudad puerto de Valparaíso, capital de la quinta región del territorio chileno, se encuentra ubicada en el centro del país. La región cuenta con una superficie total de 16.396.1 km², lo que representa el 2.0% del total del país, y se extiende entre los 32° 02' y 33° 57' de latitud Sur.

La región de Valparaíso limita al Norte con la región de Coquimbo. Al Este con Argentina, al Sur con la región metropolitana y O'Higgins, y al Oeste con el Océano Pacífico.

19 Zumthor, Peter, “Pensar la arquitectura”, Ed. GG, Barcelona, 2004, p. 60



Actualmente la región de Valparaíso es la tercera más poblada del país después de la metropolitana y la del Bío-Bío, con un total de 1 561 406 habitantes, con una población fundamentalmente urbana.

Ubicada en la zona central de Chile, en lo que actualmente se denomina, la quinta región (antes, provincia de Valparaíso), la ciudad puerto de Valparaíso se localiza a 33° 01' 53'' y 71° 41' 15'' de longitud oeste.

Entre el mar y los cerros, una angosta franja de tierra plana da nacimiento a una ciudad que con el tiempo y por necesidad irá domesticando el territorio. La cordillera de la costa, como una gran espalda que abraza amorosamente al mar, bordea la bahía.

En el punto más cercano entre los cerros y el mar, nacerá Valparaíso, en lo que hoy corresponde a la zona Poniente de la ciudad, donde se erigirá su primera capilla cristiana en el año de 1559 y que llega hasta hoy después de varias versiones arquitectónicas, convertida en la Iglesia del Salvador de la Matriz, a la cual le antecede un atrio plaza que como espacio urbano acumula una importante tradición en la ciudad.

Una cadena de cerros correspondiente a la denominada Cordillera de la Costa, va envolviendo en continuidad la bahía e irrumpen a escasos metros del borde del mar. Estos cerros, en su mayoría de fuerte pendiente, han sido por más de dos siglos el emplazamiento de la habitación de los porteños.

La ciudad de Valparaíso se emplaza sobre un territorio profundamente accidentado. La ciudad formal, institucional y de servicios se ubica desde sus inicios, fundamentalmente en el sector del Plan, en la angosta y ondulada franja de suelo plano entre el mar y los cerros. Como un segundo segmento de ciudad encontramos todo el poblamiento habitacional que se asienta sobre los cerros hasta llegar a la cota 100 aproximadamente, en la que se define un primer circuito anular de vialidad que recorre los distintos cerros del puerto. Denominado “Camino de cintura”, Claudio Solar, escritor, lo ha definido como el cordón umbilical que une todos los cerros con su ciudad.²⁰

Un siguiente crecimiento corresponde al desarrollo habitacional en las cotas superiores a la mencionada y donde se da cita una arquitectura cada vez más precaria cuya distancia con respecto al Plan va marcando con el tiempo un circuito de marginalidad en las alturas.

La gran bahía de Valparaíso, grande y muy abierta, se encuentra enmarcada por una ciudad vertical que se consolida en los cerros, que la abraza y la observa con miles y miles de ojos ventana, que de la mañana a la noche están atentos al espectáculo gratuito del mar.

20 Solar, Claudio. Valparaíso en la literatura, en *Separata de la Revista del Pacífico*. Instituto Pedagógico Valparaíso, Universidad de Chile. 1964, p. 116



Esta amplia bahía, de aguas heladas y profundas, permite el ingreso de buques de gran calado hasta el muelle que se encuentra ubicado en el punto neurálgico de la ciudad, donde se dan la mano la actividad portuaria y la urbana.

Valparaíso es un lugar que para intentar una explicación sobre él se requiere explorar una narrativa que transmita la riqueza acumulada de la intervención humana en su territorio. Como resultado espacial, Valparaíso es hoy una ciudad consciente del transcurrir del tiempo, sumido en una espacialidad que fluye en continuidad, construyendo recorridos azarosos y de cambios espaciales constantes que producen una experiencia consciente y emotiva de estar en un lugar, cobijado por un territorio que moldea a la ciudad.

Llegar a comprender esta ciudad implica el deseo de descubrirla desde sus detalles y tal vez a ello se deba el apego que va creando en aquel que la percibe como una ciudad que adquiere vida propia a través de sus múltiples vericuetos, rincones o espacios que de pronto se aparecen como grandes ventanales a un paisaje inmenso que obliga a detenerse y observarlo. Pero también en la memoria de quien lo recorre, va generando siempre nuevas expectativas y el recorrido arriesga siempre alguna recompensa.

Cuando la ciudad es como la casa, cada lugar tiene algo que decirnos como habitantes. Se construyen historias, no sólo edificios en torno a ella. Y esas historias surgen del paisaje, de su gente, de las calles, de las caras de los edificios, de los encuentros con los distintos agentes de la ciudad.

Valparaíso, como un espacio urbano lúdico, compensa la distancia con nuestra infancia, provocando en nosotros la necesidad de descubrir y sorprendernos, en diálogo permanente con nuestra corporeidad y nuestros sentidos.

Se trata de un espacio urbano evocador de todo aquello donde se dan cita la memoria del lugar y nuestras propias ausencias, y fluye junto a ello la nostalgia acompañada de las palabras que contiene su paisaje.

La ciudad está llena de metáforas visuales, desde las cuales establecemos un permanente diálogo entre nosotros y el paisaje urbano y natural. Las calles, en un juego constante de direcciones, escalas, dimensiones, pendientes y vistas, parecen siempre advertirnos de un juego interminable de experiencias en el espacio, como un gran laberinto de múltiples salidas. Y estas salidas siempre festejan el encuentro con el paisaje y su infinitud, como jugando a las escondidas con el mar y la ciudad que nos persigue.

A Valparaíso se le habita de distintas maneras y en él han convivido habitantes de distintos orígenes, venidos desde el mar así como de distintos rumbos del país, encontrándose allí para edificar el paisaje donde distintas generaciones han contribuido a consolidar la ciudad y su carácter.



Como ciudad-puerto, Valparaíso ha tenido una vida orientada hacia la actividad comercial. Puerta de entrada a Chile, la historia de la ciudad da cuenta de la importancia alcanzada por el puerto en la segunda mitad del siglo XVIII, que para ese entonces aventajaba en su movimiento económico a Santiago, la capital del país; las gerencias de las grandes empresas tenían su sede en el puerto, así como también muchas instituciones sociales, económicas y deportivas vieron la luz en el puerto. Como dice Claudio Solar²¹, en relación a la literatura producida en el puerto, que si bien la poesía solo acusa la presencia del mar y los cerros, en Valparaíso la novela nos suele hablar de transacciones económicas.

Según Gazmuri²², fueron los grupos de no hispanos y en particular ingleses, que llegaron a Valparaíso en el siglo XIX, los que crearon la tradición marítima de Chile, tanto mercante como de guerra, que se remonta a entonces.

21 Solar, Claudio. p. 101

22 Gazmuri, Cristian. “*Rasgos de nuestra mentalidad. Perspectiva pretérita. Nuestra historia y geografía*”, en El Mercurio, 15 de septiembre del 2002.



El Puerto y el Bordemar

“Caminaban en silencio hacia la Aduana, observando la escasa animación de la calle. Algunas puertas iluminadas dejaban ver el interior de viejos bodegones; el patrón charlaba en el mesón del bar con algún parroquiano aburrido; en un rincón bebían un marinero y una prostituta; el mozo, con la servilleta en el brazo, miraba hacia la calle, bostezando... Grupos de hombres de mar pasaban cantando y de los quicios de algunas puertas se escapaban sigilosas llamadas de mujeres. La miseria de un puerto va siempre acompañada del amor. Y este amor, grotesco o trágico, manchado de sangre, de vino o de inmundicias, tiembla por un instante, como todos los amores, en un desesperado anhelo de infinito.”²³

“En el muelle Prat, cerca del embarcadero y al borde mismo del agua, se levanta una pequeña construcción de madera que puede ser confundida con una garita de la Aduana. Es el “Bote Salvavidas”...En torno al Bote Salvavidas” circulan el agente de Aduana y el vagabundo de los muelles; el uno agitando sus papeles y el otro arrastrando los pies; circulan el guachimán que va a montar la guardia a bordo de los faluchos y el granuja que va a tenderse tras una ruma de mercaderías, con el vientre al sol, para descansar de las fatigas de la noche; circulan el marinero, el vaporino, el capitán mercante, el hombre de negocios, el oficial de la Armada que atraviesa entre grúas y máquinas sin que ni una partícula de carbón ni una gota de aceite se atrevan a mancharle el uniforme. Todos esos personajes van y vienen, uno de prisa, al encuentro de la fortuna o del deber; los otros lentamente, de regreso de todas las esperanzas y de todas las certidumbres.”²⁴

23 Reyes, Salvador, “Valparaíso, puerto de nostalgia”, Ed. Zigzag, Santiago, 1960, p. 36

24 Reyes, Salvador. Op. cit. p. 30

El Plan (territorio ribereño)

La utilización de este vocablo, que en Valparaíso diferencia la parte plana de la ciudad con respecto a los cerros, data de principios del siglo XX, cuando en entonces presidente Pedro Montt puso en marcha el “Plan Valparaíso” para construir, remodelar y recuperar la ciudad devastada por el gran terremoto de 1906.

El Plan, tan estrecho en su origen, debió luchar contra sus límites naturales. Ganó terreno al mar mediante obras de relleno y creció y ensanchó eliminando promontorios rocosos y accidentes naturales para extenderse hacia el oriente e incorporar una extensión de playa importante. Con ello nace lo que se conoce hoy como la zona del Almendral, con lo que Valparaíso responde a una demanda de suelo urbano exigida por un momento de esplendor de la ciudad, a la que fueron llegando intereses y personas de distintas partes de Europa, principalmente ingleses, franceses, alemanes e italianos y también, población de distintas partes del interior del país. Hubo trabajo, especulación económica, optimismo frente al futuro de la ciudad, lo que entre otras cosas, llevó a importantes inversiones edilicias.

El Plan ha sido un espacio, que obligado por las circunstancias topográficas y de emplazamiento ha debido asumir a su favor la organización del movimiento y el reposo de la ciudad. Punto de partida, de llegada y de encuentro de la gran mayoría de los habitantes, aparece como referente necesario y permanente en la vida de los porteños. Sus vidas se organizan diariamente a partir del plan; el trabajo se relaciona directa o indirectamente con él, ya sea que a él se recurra como enlace vial con otros puntos de la ciudad y entornos cercanos, ya sea que se labore en él o que simplemente actúe como espacio de aprovisionamiento de víveres, o sirva como punto de encuentro social, en las plazas y parques que este contiene.

El porteño en gran medida divide su vida entre el Plan y los cerros. La actividad se concentra abajo, en desplazamientos peatonales continuos. Acostumbrado a caminar, se le observa como un individuo de vida nómada durante el día, que se retira a descansar en los cerros, donde la vida adquiere otro ritmo. Arriba es el refugio, el mundo familiar y vecinal, cuya escala se contrapone al plan.

El Plan en su núcleo original, está conformado por cuatro o cinco calles o avenidas principales que recorren de oriente a poniente y viceversa la longitud de la parte baja de la ciudad. Estas calles en su trazado, mantienen de cierta manera el borde sinuoso del mar, como ecos o repeticiones del borde de la bahía. En éstas calles, que se adelgazan o ensanchan de acuerdo a lo que el terreno plano de la ciudad permite, se ubican infinidad de edificios con fachadas de elaborada arquitectura que se someten a condiciones de proximidad entre ellos, ofreciendo una copiosa y abigarrada presencia ornamental.



La traza del Plan, en su parte inicial no se apega a las consideraciones urbanísticas de herencia colonial, con un centro cívico, definido en su centro, sino que en base a una estructura manzanera irregular va reconociendo en los espacios residuales, producto del borde ondulado de los cerros y el mar, la posibilidad de edificios, plazas y espacios de encuentro.

Desde el Plan la ciudad irrumpe en su verticalidad. Los cerros se palpan por su proximidad, con la mirada. Aparecen en la más pequeña abertura urbana y se nos vienen encima. Desde abajo, la ciudad se observa como un enjambre de construcciones continuas e interminables y a la vez inaccesibles, formando un gran anfiteatro que provoca en el espectador una sensación de interior y de protección. Sabemos que estamos siendo observados pero a la vez somos observadores permanentes.

“En el invierno, una neblina húmeda pasea la calle; en el verano, el sol se revuelca en ella como el gato en el tapiz hogareño. Bonita calle para los que, cansados de correr por la vida, buscan un rincón apacible desde el cual mirar el trajín de los demás.”²⁵

“Era un edificio como tantos del viejo Valparaíso: injertado en su vecino de la derecha, embutido en su vecino de la izquierda. Una escalera independiente de los pisos superiores conducía desde la calle a la habitación alquilada por Velazco...La habitación era amplia, con un gran ventanal hacia la calle melancólica. Alcanzaba a verse desde allí un trozo de la bahía entre los altos edificios vecinos.”²⁶

Las avenidas y calles principales, corren prácticamente ininterrumpidas de oriente a poniente y viceversa, jugando entre el borde del mar y el de los cerros. Queda como testigo de su configuración topográfica original, la calle Prat, antigua calle del cabo, que actúa como límite y eje de relación urbana entre cerros y mar. Esta calle, a pie de cerro, corre desde la aduana rumbo al Almendral y a su paso va relacionando en forma lineal, distintos espacios públicos de la ciudad. De esta avenida, y hacia el mar, todo responde a obras de relleno, que posibilitaron la creación de una pequeña lengua dirigida al mar, donde se edificó un espacio de intensa vida ciudadana.

25 Reyes, Salvador, Op. cit. p. 17

26 Ibidem, p. 27

Las Plazas

Las plazas son importantes puntos de encuentro y mantienen la vitalidad y uso que otras ciudades ya han perdido. Se observa a jóvenes, niños, jubilados, oficinistas, etc., a distintas horas del día, reunidos ahí, como un punto de encuentro significativo. Aquí en Valparaíso, las plazas adquieren muchas veces su forma a partir del retazo o residuo de terreno urbano, dándose en ellas un intenso uso.

La plaza Echaurren, la primera plaza de la ciudad, ubicada en el barrio puerto y punto de encuentro entre Plan y cerros, reúne el máximo de tradición y de abandono. En torno a ella se ubica el mercado de pescados y mariscos y los famosos lugares de comidas típicas donde no solo se ofrecen viandas sino también toda la cultura porteña como tal. La música tradicional, las cuecas porteñas, animan la comida junto al lenguaje coloquial del habitante.

Lamentablemente toda esta tradición exhibe también la pobreza con que debe subsistir: banquetas nauseabundas, basura en el más arrinconado de los rincones, construcciones otrora valiosas y hoy en total abandono, convertidas en permanentes basureros expuestos. El deterioro de los espacios públicos hace evidente el bajo presupuesto de inversión urbana.

Carlos León, escritor porteño, estableciendo una comparación entre la plaza Echaurren y la Plaza de la Victoria, nos comenta:

“En la plaza de la Victoria la gente pasea; en la plaza Echaurren, espera. La primera es amplia, burguesa, festiva; la otra es proletaria y funcional como una estación ferroviaria.

Los domingos de la plaza Victoria son encantadores y pueriles. Pasea por sus costados una muchedumbre limpia, satisfecha, bien vestida, al compás de la música correcta y tranquilizadora del orfeón militar. Más al centro, los niños, al cuidado de madres y niñeras, alborotan y alegran el ambiente.

La plaza Echaurren no tiene domingos; su semana concluye el sábado. Ese día amanece de fiesta, y sus mercados y emporios, éstos últimos los más bellos de la ciudad, se ven invadidos por gentes animadas y alegres, recién pagadas, que se alejan portando mercaderías, frutas, flores. La romería comienza temprano, declina un poco a mediodía y adquiere nuevo vigor por las tardes. A la hora del crepúsculo sobreviene una calma tensa,



ligeramente inquietante. Por las noches nuestra plaza tornase ruidosa, agresiva y sus gentes entran y salen de bares y tabernas engrudos bulliciosos, no siempre pacíficos. Como es natural, al día siguiente amanece mohína, cansada, triste, en estado de componer el cuerpo. La plaza de la Victoria tiene el encanto limpio y tranquilo de las oleografías; la plaza Echaurren, la vivacidad y bohemia de los vagones de tercera. Ambas son bellas y compendian cada una, a su modo, la atmósfera marítima, liviana y seductora de la ciudad.”²⁷

El mar aunque próximo, no forma parte de la vida del plan. Desde su interior, aparece de pronto y escasamente la posibilidad de vínculos visuales con el mar desde una esquina. Las calles generan principalmente interiores urbanos fuertemente delimitados y ajenos al mar. Errázuriz, la avenida que bordea la bahía, y recibe la categoría de vía rápida, impide la mirada al mar por su gran flujo vehicular tanto particular como de transporte pesado propio para las actividades portuarias de carga y descarga, imponiendo una gran cortina visual en movimiento. Junto a ello, el borde costero que hace referencia a la ciudad se encuentra ocupada casi en su totalidad por containers, o por el tránsito del rodoviario, lo que separa física y visualmente la ciudad con las posibilidades de apropiación de su borde correspondiente.

El Plan se define hoy a partir de dos zonas: la zona original, vinculada a las actividades propias del puerto, la más antigua y la que concentra la mayor riqueza arquitectónica y, una segunda, que corresponde a su etapa de expansión y que es conocida como El Almendral. Se trata históricamente de dos zonas que siendo borde de bahía, se encontraban separadas debido a un prominente accidente natural, un gran promontorio rocoso que imposibilitaba una adecuada comunicación entre las zonas. Al ser demolida, se produjo una natural primera expansión de las actividades centrales de la ciudad, desarrollándose también el uso residencial de alto nivel que encontró en este lugar el emplazamiento idóneo.

Los edificios construidos en las épocas de bonanza de la ciudad, debieron someterse a la estrechez de las calles y los terrenos, generando una tipología edilicia de importante altura, parecidas entre sí y cuya expresión urbana quedaba sometida casi exclusivamente a su escaso frente lo que en gran medida condujo a criterios de solución de fachadas con una tendencia a enfatizar la verticalidad, el remate anguloso y central, el pliegue vertical, así como grandes almohadillados a la altura del peatón, accesos monumentales, en muchas ocasiones haciendo uso de cromados como para destacar la riqueza y opulencia de ciertas instituciones y el detalle ornamental que destaca y diferencia cada edificación.

27 León, Carlos, “Algunos días”, Ediciones universitarias de Valparaíso, Valparaíso, 1977, p. 64

Por la estrechez de sus calles, la perspectiva es escasa para la lectura de cada edificio, por lo que su expresión se ve sometida a la lectura en proximidad, lo que explica en gran medida el suntuoso trabajo ornamental y compositivo de sus fachadas.

Según palabras del escritor y cronista porteño Joaquín Edwards Bello:

“Los edificios del puerto son una verdadera selva de elementos decorativos, de sorprendentes personajes, de seres mitológicos, de prodigiosas floraciones, cornucopias, demonios, filigranas y monogramas que los porteños no terminan nunca por conocer.”²⁸

Descubrir la monumentalidad de cada uno obliga a un exhaustivo trabajo de lectura visual, posible solo en domingos y festivos, donde el observador carecerá en ocasiones, aún así, de la distancia necesaria para admirarlo en toda su dimensión. Por las condiciones de estrechez espacial, la lectura de los edificios se da en continuidad, como un todo edificado que, para revelarnos su belleza es necesario comenzar el recorrido visual por sus detalles.

“En el centro de la larga cornisa están la calle Condell, con sus tiendas de lujo; la plaza de la Victoria, con su aire señorial; la avenida Brasil, con sus grandes compañías comerciales; la avenida Pedro montt, con teatros y cines. Los extremos, el puerto y el Barón, son populares, pero no semejantes. Valparaíso no repite nunca sus motivos, y mucho menos en esos barrios donde se anima una vida espontánea y poderosa; vida de pueblo porteño, que no es ni alegre ni triste, pero que está siempre en acción, siempre alerta, como mirando al mar para no permitir que el barco favorable pase sin descargar su mercadería. Los almacenes del Puerto y del barón son distintos: los pequeños restaurantes y las cocinerías también lo son; los bares de uno y otro barrio no tienen nada de parecido, como tampoco las calles, aunque algunas sean igualmente estrechas y suban a los cerros con la misma sinuosidad. Hay una diferencia de atmósfera y de tono humano tan patente entre los dos extremos populares de Valparaíso, que no se necesita ser demasiado sensible para percibirlo.”²⁹

28 Palabras de Edwards Bello, Joaquín, en Lukas. Apuntes porteños. Fundación Lukas. Valparaíso.

29 Reyes, Salvador. Mónica Sanders. Ed. Andrés Bello. Santiago.. 1983, p. 23



Las calles, conforme se acercan a puntos nodales de la ciudad, donde se desarrolla prácticamente todo el movimiento financiero y de servicios, se angostan y algunas desaparecen, generando situaciones espaciales de gran direccionalidad visual.

El Plan, como se le conoce históricamente, corresponde al escenario urbano fundamental. Es el lugar obligado de todos los habitantes del puerto. Ahí se trabaja, se estudia, se llevan a cabo los trámites, se come, se pasea, se toma el colectivo, medio de transporte por excelencia en esta ciudad, por razones además obvias.

El Plan durante el día es de una enorme vitalidad y se va apagando poco a poco al caer la tarde, hora en que los habitantes regresan a los cerros; sin embargo al caer la noche y en especial los fines de semana, la bohemia porteña hace su aparición. Los grupos de jóvenes, algunos venidos de Santiago para la ocasión, se cruzan en las plazas y las calles buscando lugares para divertirse. A partir de esta demanda que ha ido creciendo día con día, han surgido distintos bares, pubs, que se concentran en ciertas zonas del Plan y dependiendo del éxito obtenido entre la juventud, se mantienen abiertos permanentemente o hacen su debut en el escenario urbano para despedirse rápidamente.

La moda también irrumpe en algunas zonas del Plan, concentrando en ciertas áreas algunos usos y se levantan locales que aunque no ofrecen espacios necesariamente gratos para la permanencia concentran sin embargo la atención de sus asiduos visitantes, convirtiéndose al poco tiempo de ser inaugurados en verdaderos nodos de interacción social principalmente entre los jóvenes. Pero estos lugares tienen como su tiempo de vida y tienden a renovarse cíclicamente.

Existen otros también, los clásicos de la bohemia porteña que parecen haberse detenido en el tiempo y que mantienen el sabor de tiempos idos. Su mesón antiguo, sus paredes llenas de espejos, su ornamentación opaca y empolvada, sus distribuciones azarosas al interior como si alguien en una actitud casi doméstica hubiese acomodado las mesas sin mayor pretensión que la de recibir a los invitados de siempre para la tertulia. Aparece al fondo un grupo de cuatro músicos que entre ellos parecen reunir más de mil años, cantando tangos y boleros con una actitud a la vez profunda y resignada en la que todo se cubre de un halo nostálgico y emotivo. Estos lugares permanecen tal y como siempre han sido y su autenticidad los hace un referente inigualable en relación a la memoria del puerto.

En el Plan cobra presencia permanente la historia y la tradición de sus lugares. Su gente mantiene viva la historia de su ciudad mediante la transmisión oral de antiguas glorias porteñas del comercio, la navegación, la diversión y la comida, entre otras.

Existe una fuerte querencia de la gente por los lugares que frecuenta. La vida en el Plan permite que el habitante permanezca a través del espacio público, en contacto con sus conocidos, que son muchos, porque existen historias y una historia que es común.



Hoy la diferenciación de zonas permanece, habiendo cambiado sus propósitos urbanos iniciales por nuevos usos, principalmente por comercio y servicios. Si bien las zonas se unen en lo funcional, la traza y su organización espacial se expresan de modos muy distintos. Por un lado el lugar de origen de la ciudad, sometido a exigencias topográficas muy marcadas, dan vida a un sector de ciudad alargado y elástico, dotado de una espacialidad particular, significativa y memorable que presenta grandes diferencias con El Almendral, sector amplio y holgado en su espacialidad, reflejado en una traza reticular relativamente regular, calles amplias en los dos sentidos de la retícula y por lo mismo, una presencia de la arquitectura mucho más suelta y apreciable a distancia lo que permite una arquitectura de mayor presencia volumétrica.

No existiendo un centro como tal, existen múltiples centros de encuentro que son significativos como puntos de intersección entre el Plan, los cerros, los ascensores, el comercio y la comunicación de los habitantes. Estos espacios “aparecen” como remansos entre las distintas calles y cruces de la ciudad

No se trata de una ciudad de cualidades o calidades homogéneas. Se trata más bien, de una ciudad armada en base a múltiples condiciones materiales y de emplazamiento que en el espacio urbano van encontrando su unidad, su orden y cohesión.

Sin contar con las características de la ciudad tradicional de herencia hispana, cuenta eso sí, con un gran espacio de carácter ceremonial que relaciona la ciudad y el puerto o muelle como tal. Este espacio como un imponente vacío en la reducida superficie de suelo del Plan, se ubica muy cercano a la zona donde se dieron los primeros asentamientos humanos de Valparaíso, lugar que desde su origen correspondió al punto de llegada y recalada de los barcos.

La Plaza Sotomayor, abierta al muelle Prat, parece diseñada a escala de los barcos. Es la gran puerta de entrada a Valparaíso desde el mar, y quizá en estricto, el único espacio formal de la ciudad. Espacio cuyo dominio es principalmente del mundo marino y militar. Exhibe su función cívica tanto por su escala como por su emplazamiento. El contacto entre las calles estrechas que conducen a la plaza y las dimensiones de la misma, que se acrecientan con el mar como plano horizontal en continuidad, aumentan el efecto perceptual de su escala. Grandes e imponentes edificios la resguardan y simétricamente coronan el encuentro de tierra y mar estableciendo un umbral para la ciudad desde el mar.

En el gran vacío de la plaza, se levanta el monumento a los héroes de Iquique, que celebra la gesta heroica de los marinos chilenos en la guerra del Pacífico. Este es el lugar de todos los actos cívicos de la ciudad.

Unida a esta plaza, como si le brotara una nueva célula, aparece en el extremo sur-oriente, la plazuela de la Justicia, espacio contrastante al anterior y en el que se desparrama algo de la



solemnidad del edificio de los Tribunales de Justicia, para el que actúa como espacio atrial, resaltando su condición ascendente de pie de monte. Confluye ahí también la estación del ascensor El Peral, que conduce al Cerro Alegre, inscrito en la denominada zona patrimonial que sin duda contiene y resume gran parte de la riqueza urbano arquitectónica de la ciudad.

Los Ascensores

El Peral es uno de los 15 ascensores en funcionamiento que reúne Valparaíso, y que corresponde a un sistema particular de transporte público que relaciona diferentes puntos de encuentro entre el Plan y los cerros, trasladando al pasajero aproximadamente a la cota cincuenta de los mismos. Se trata de los famosos ascensores porteños, que a la fecha han cumplido más de cien años de existencia y que llegan hasta nuestros días siendo parte inseparable de su imagen.

Estos elevadores urbanos de carácter doméstico, corren subiendo la pendiente pronunciada de los cerros y se abren paso entre calles y construcciones domésticas de distinta índole, aportando desde su linealidad ascendente un juego espacial que aparece y desaparece entre las casas y que agrega al juego imbricado de los cerros un movimiento lento, pausado y repetitivo de un volumen colorido que insinúa la posibilidad de desplazamiento de todas las pequeñas construcciones de los cerros.

Se trata de un medio de transporte característico de la ciudad, que por su adecuada y casi natural, adaptación a la topografía y condición primordialmente peatonal del modo de habitar los cerros se proyecta hasta hoy con plena vigencia. Variando en altura, inclinación capacidad, así como en la manera salvar la pendiente, atravesando calles, construcciones, elevándose en la pendiente a distintos grados hasta llegar en uno de sus casos a ascender en vertical, arrancan a pie de cerro en distintos puntos de la envolvente casi vertical de la bahía.

Los ascensores, carritos ligeros, donde caben de seis a doce personas y que se desplazan por un sistema mecánico de rieles y poleas, otorgan a la ciudad un sabor amable y doméstico y posibilitan momentáneos encuentros entre los habitantes que, en su corto trayecto parecen ponerse al día de la vida de los demás. La conversación cuando se da, es casi familiar y al visitante lo integra brevemente en espacio y tiempo a la cotidianeidad del lugareño. Junto a ello, la experiencia espacial se traduce en un espectáculo de gran riqueza en relación al gradual y lento ascenso hacia los cerros, que permite el juego dual entre un lente de aumento dirigido hacia el entorno inmediato y doméstico y el surgimiento sorpresivo de la vista panorámica hacia la ciudad y el mar.

El ruido que emiten los carritos en el descenso y ascenso; las imperfecciones del sistema y el contenedor, el ruido del viejo torniquete de control de ingreso y egreso de pasajeros, el olor a

maderas enceradas del interior del vagón, remiten a otra época y forman parte del encanto de los ascensores. Mantener esta opción de transporte es trasladar a la experiencia diaria de la ciudad la memoria de tiempos verdaderamente gloriosos del puerto, donde la incorporación de diferentes adelantos permitió elevar a Valparaíso al nivel de las más importantes ciudades de América del Sur. Hoy no todos los ascensores siguen subiendo y bajando, pero los que sí lo hacen se mantienen como un importante enlace (nudos de memoria) de pasado y presente, resguardando la memoria del lugar.

Pie de Cerros

El espacio público del Plan, refuerza su uso e intensidad en relación a la inmediatez de los cerros y su abrupta llegada a los circuitos urbanos. El cerro se entiende en contraparte, como el encuentro con la casa, que da inicio cuando se ingresa en el territorio propio, conocido y dominado del cerro.

Si la pendiente es suave en su inicio, las calles comienzan a subir a partir de un receso urbano que permite el encuentro de muchos caminos, de muchas posibles aventuras; en esas encrucijadas se produce el accidente urbano, el encuentro con verdaderas estaciones momentáneas; todo aquello que se vuelve necesario para el regreso y la llegada de los cerros; en éstos lugares se concentra el comercio, el transporte y los habitantes, que parecen ordenar sus vidas a partir de éstos puntos:

Las quebradas y los cerros de Valparaíso, pegados al Plan, desembocan en ocasiones, en espacios de gran intensidad urbana. De ese modo, la Plaza Welwright, la Plaza Sotomayor, la Plaza Aníbal Pinto, la Plazuela Ecuador, etc., hasta llegar al Oriente de la ciudad, al complejo nudo urbano del Barón, son lugares de un alto contenido urbano, concentrando en ellos la emoción de la historia y las vivencias colectivas. Son espacios forjadores de recuerdos. Tanta vida e historias ha pasado por ellos que reúnen en su espacialidad ese aire de nostalgia que traspasa épocas hasta llegar al momento actual en el que siguen acumulando experiencias. Son de por sí espacios muy abiertos pero también muy discretos para guardar secretos.

Plaza Aníbal Pinto, Subida Ecuador, Subida mariposas, etc. son importantes puntos de distribución, pero son también el encuentro de los habitantes de cierto sector urbano y de los barrios conformados por los cerros. Ahí todo es movimiento y vitalidad urbana, siendo también punto de contacto entre la vida urbana y barrial. Entre ellos se diferencian en cuanto a intensidad urbana respecto a su vinculación espacial y a su cercanía con las zonas comerciales y administrativas del Plan.

En la plaza Aníbal Pinto se da el encuentro de importantes ejes urbanos del Plan y de los cerros. Zona de eventos callejeros, de comercios de tradición, de ascenso y descenso del



transporte colectivo. Receptáculo de los cerros más próximos (Alegre y Concepción); punto de llegada y arribo, enlace entre dos ciudades: una plana y de intensa vida urbana, otra doméstica y silenciosa; una de noche, otra de día. Lugar espacialmente anodino pero órgano vital en la anatomía actual de Valparaíso, la plaza Aníbal Pinto es todo y nada al mismo tiempo; es plaza sin realmente serlo, es punto de encuentro y a la vez importante escenario de la fisonomía porteña, a la cual cae de tajo el balcón urbano del cerro Concepción.

En la medida en que el plan se ensancha en la zona del Almendral, el encuentro Plan-cerros se diluye en términos de su actividad comercial, reduciendo a su vez su presencia urbana.

Los Cerros

Construcciones suspendidas para una ciudad suspendida en el tiempo

Habitando los cerros y las quebradas el porteño fue edificando sus casas articuladas a la topografía y con la ligereza de un sistema importado por inmigrantes europeos y norteamericanos, que se incorporó rápidamente naciendo una tradición constructiva local, que permitió levantar una ciudad que día a día recibía nuevos habitantes.

Su fácil adecuación a las condicionantes marcadas por la topografía permitió el respeto a la fisonomía inicial de los mismos, haciendo que las casas se adaptaran al terreno. Este criterio, que se podría considerar como de sentido común, estableció una fuerte cohesión entre el paisaje natural y construido, y con ello la unidad entre arquitectura y entorno. Y el entorno, de este modo, se desarrolló con el mismo criterio. Por ello, caminar hoy por las calles de cualquier cerro, remite inconscientemente a la biografía del lugar, trayéndonos al presente la condición territorial de inicio, que le dio sentido y autenticidad a la forma urbana actual. Una sensación similar a aquel personaje que recorre lentamente la montaña en solitario y que paso a paso reafirma su conocimiento sensorial del paisaje. Algo de ello a modo de evocación aparece siempre en el recorrido en libertad que nos ofrece la ciudad.

“Con su caja de pintura bajo el brazo, Fernando recorría los cerros porteños a la caza de los juegos de luz en las callecitas multicolores, donde las casas, por las irregularidades del terreno, adoptaban posturas inverosímiles: unas se sostenían en las laderas de los barrancos con una sola mano y con una inconsciencia infantil del peligro, las otras saltaban sobre las espaldas de sus vecinas o se empujaban en un juego perpetuo. Formaban como grupos de niños revoltosos que se

disputaban riendo para ver el mar a través de las caprichosas curvas de las quebradas”³⁰

A muchos años de distancia, Valparaíso hoy debe gran parte de su imagen a los cerros más que a su Plan, a un proceso paulatino de consolidación de una habitabilidad inicialmente precaria pero creadora de una fuerte interrelación entre ciudad y arquitectura, que permitió con naturalidad el desarrollo de un tejido espacial desordenadamente armónico, basado en un diálogo entre naturaleza y cultura, expresado hoy en la autenticidad de sus formas y en su estructura espacial.

En la medida que accedemos a las primeras cotas de los cerros, de alguna manera sentimos que domesticamos esa porción de ciudad. La ciudad nos revela la verdadera escala del plan y nosotros nos ubicamos en la intimidad del cerro. Este cambio de posición nos permite descubrir nuevos e interminables espacios. Se trata de una escala que es a la vez urbana y doméstica

Valparaíso nace como espacio urbano, en las faldas del cerro Santo Domingo, con la construcción de la primera capilla cristiana de La Matriz. Alrededor de ella se desarrollan los primeros asentamientos que gradualmente van estableciendo su condición de puerto.

“Limitando con cerro Toro y dividido del cerro Carretas por la quebrada de Santo Domingo es el más histórico de los cerros de Valparaíso, por cuanto a sus pies se encontraba la bahía de Aliamapu, residencia de los changos, primitivos habitantes del puerto. Aquí también se ubica la iglesia de La Matriz del Salvador, levantada en el mismo sitio en que se emplazara la primera parroquia de Valparaíso. De acuerdo a Leopoldo Sáez³¹, el nombre del cerro proviene de la iglesia y convento de Santo Domingo, que se ubicaban muy cerca de La Matriz.”

Vinculado a este cerro, se encuentra el barrio del puerto, el corazón como tal de Valparaíso. Paradójicamente, subsiste hoy como el territorio de la marginalidad urbana. Se advierte como el lugar del auténtico porteño, nacido aquí y excluido día a día de la ciudad y ahora también del mar. Cada vez es menor la faena marítima de Valparaíso y los habitantes que han vivido del mar no tienen cabida en tierra, en ninguna otra tarea productiva. Es gente conocedora de la nostalgia y no preparada para los nuevos tiempos. Existe en esta ciudad una concentración observable a cada paso, de la exclusión. La cantidad de indigentes, mendigos, de grupos marginales, abunda tanto como la pobreza que arrastran.

Las casas se caen a pedazos, las láminas que sirven de cobijo parecieran salir volando al siguiente temporal. Los habitantes se parecen a las casas que habitan, todas prácticamente en total abandono. La pobreza se concentra en este punto de la ciudad; los vagabundos

30 Reyes, Salvador, Valparaíso puerto de nostalgia. Ed. Zig-Zag. Santiago. 1960. Segunda edición, p.51

31 Sáez, Leopoldo. Valparaíso. Lugares, nombres y personajes. Siglos XVI-XXI. Ed. Universidad de Playa Ancha. Valparaíso. 2001. p. 409



parecieran no conocer la diferencia entre el día y la noche, la idea del amanecer no esta presente.

Así como el Santo Domingo, la gran mayoría de los cerros son pobres, en sus condiciones de habitabilidad pero con un fuerte potencial para el logro de una mejor calidad de vida. En el cerro Cordillera, correspondiente a este Valparaíso que no aparece en postales pero en el que habita la mayor cantidad de su población, en este Valparaíso que se aleja del mar y de la tierra, en Camino de Cintura y Calle Castillo, destaca la presencia de un conventillo para los pobres, donado por Doña Juana Ross de Edwards³² en 1898. Por fuera, una construcción formalmente austera, con fachada de tabique, ocupando toda la cabecera de una manzana. En el interior los espacios de habitación se definen a partir de un patio central enmarcado por habitaciones que definen una cinta continua de tres niveles. En contraste con la notoria austeridad de la fachada que se mantiene intacta en el tiempo, al interior se reúnen las múltiples expresiones de la marginalidad urbana.

Caminando por el cerro se observan los techos como puestos al azar sobre las casas, como cobija sobre una cama deshecha. Amontonados techos que siempre, parecieran, están por caerse. Ligeros techos de casas ligeras que quisieran afianzarse a sus fachadas “sólidas”. Un extraño sistema de adobillo recubierto de lámina es recubierto en el tiempo por todas las capas de óxido que van quedando impregnadas de sol y de lluvia y también de abandono, de imposibilidades.

Las bajadas de lluvia rotas, carcomidas, oxidadas. Las ventanas con su geometría, tratando de mantener la compostura de la casa, con evidencias de incendios controlados en un último momento. Puertas cerradas con cadenas y candados evitando hacer evidente y explícito su abandono y, en la esquina y Planta Baja, el único lugar vivo del edificio; la tienda de una pareja ya madura, conocedora de su barrio y de su gente; aquellos que venden lo que sólo lo que la gente del cerro puede comprar, no ilusiones; el cubito maggi, el plátano de postre para aquel que pasó por alto la comida, y el servicio de teléfono del barrio, ocupado a todas horas.

Las pendientes de la calle ofrecen un ambiente amable de escalerillas o banquetas elevadas a donde me he sentado a escribir mientras los perros curiosos merodean en torno a mi cuaderno como queriendo descifrar lo que escribo sobre ellos.

Y en el mismo cerro, caminando por su borde, observo su contraparte, la quebrada. Ahí, en un terreno ganado a su destino, los niños y jóvenes del lugar se reúnen en el TAC (Taller de acción comunitaria), para realizar diversas actividades formativas. Sobre la quebrada, en la parte alta, y dueños del paisaje que corre sobre una gran franja verde de naturaleza nativa, y

32 Doña Juana Edwards llegó a ser la mujer más rica de Chile. Sara Vial comenta en su libro “El violín de la memoria”: “Ardiente precursora de la lucha contra la tuberculosis, construyó sanatorios en diversos lugares; creó lazaretos en la epidemia contra el cólera, socorrió personalmente a las familias afectadas por el terremoto de 1906 y construyó poblaciones obreras mucho antes de las leyes sociales.

dirigiéndose al mar, se emplaza el auditorio al aire libre, donde niños y jóvenes se reúnen a escuchar música, ver y hacer teatro, tomar clases al aire libre, conocer, cultivar y cosechar.

Sin embargo a pesar de marcadas diferencias en las condiciones de habitabilidad de los cerros y sus correspondientes edificaciones, su arquitectura es articulada, cohesionada, enmarañada, formando un tejido que se entrelaza formando una masa edificada continua, a veces superpuesta, estableciendo una relación imbricada que nace de un intenso juego con la topografía de los cerros. Casas de un mayor refinamiento, casas de dimensiones relativamente pequeñas, casas superpuestas, que permiten al ojo intruso develar su intimidad.

La ciudad también se ve y se descubre a sí misma. Ancladas a la tribuna que les ha tocado ocupar, las casas se asoman, se elevan, estiran su largo cuello para dialogar con su paisaje, para dominarlo con la vista. Son las ramas y las hojas de un árbol que expuestas al viento parecieran poder salir volando. Vistos desde el Plan, los cerros habitados aparecen quietos y distantes, pasivos e inmóviles, silenciosos.

En la medida que accedemos a las primeras cotas de los cerros, de alguna manera sentimos que domesticamos esa porción de ciudad. La ciudad desde ahí, nos revela la verdadera escala del Plan y nosotros nos ubicamos en la intimidad del cerro. Este cambio de posición nos permite descubrir nuevos e interminables espacios. Se trata de una escala que es a la vez urbana y doméstica.

“Quien haya disfrutado del encanto de una tarde de Septiembre en ciertos cerros de Valparaíso, no lo olvidará fácilmente. Vuela en el viento apenas tibio una suerte de melancolía sensual que da al paseante la impresión de haber cargado su vida con el peso de todas las experiencias ardientes y desgarradoras capaces de ponerlo en paz consigo mismo y con el mundo. La fatiga física de subir y bajar cuestas, de marchar sobre el defectuoso pavimento, llega al espíritu como a través de un tamiz, y uno se encuentra dulcemente cansado, no por unas cuantas horas de camino, sino por toda una existencia de desgracias exaltantes y de triunfos desdeñados con elegancia. Apoyando los codos en una baranda del Cerro Alegre o del Paseo Alemania, oyendo el rumor que sube de la ciudad y el roce de las hojas nuevas, contemplando la bahía que se adormece bajo los fanales multicolores del crepúsculo, uno se halla confortablemente instalado en una línea sutil que separa la acción de la contemplación..... La suavidad del aire y



de los colores en la lenta primavera de la costa es un sedante para el corazón ansioso, cuyos latidos –sordos como los de las turbinas de los transatlánticos- ritman la inquietud navegadora.”³³

Valparaíso, una ciudad de suelos y pisadas. Integración de humanidad y materialidad. Ante el suelo, la pisada firme. Los pies se ubican, se posicionan ante el paisaje. La mente recibe estímulos para reflexionar, para soñar. Cada pisada es el logro de un objetivo propuesto en el territorio por el habitante, una domesticación del mismo, una satisfacción primera.

Los rasgos de la vida porteña plantean un escenario de movimiento y cambio donde nada resulta estático, regular, equilibrado. Paisaje y población se dan la mano. Variedad del paisaje, variedad de gentes, costumbres, modos de vida, idiomas. Movimiento de lo que llega y de lo que se va. El comercio mercantil portuario que modifica costumbres, estilos de vida, gustos, apetencias de lo lejano. Un paisaje que aparece y desaparece por el agua, los movimientos telúricos y su propia historia. Así como un espacio que aparece y desaparece en cada uno de los recorridos. Gente diversa que va y viene teniendo a Valparaíso como lugar de arribo

Hay ciudades que parecen ser inclasificables debido a la fuerte carga de emoción en ellas contenidas cual si fuesen organismos vivos que construyen su día a día a partir de un estado de salud variable.

Cada cerro con distintas características de emplazamiento, se relaciona con el resto de la ciudad a través de las quebradas que, sirviendo para demarcar el territorio de cada sector y sus respectivos ámbitos barriales, en ocasiones participan también de su denominación y su carácter.

Los cerros y quebradas son igualmente significativos en relación a la configuración de la ciudad. La quebrada en su origen es la posibilidad del agua y por lo tanto el sustento fundamental de la vida en la ciudad. Su rasgo inverso el cerro es el ámbito del asentamiento humano. Esta dualidad de la topografía y el territorio da cuenta de una de las múltiples dualidades que componen su historia física.

La lectura que habrá de persistir en el tiempo tiene primeramente que ver con su condición territorial que va dotando al habitante de un particular arraigo y sentimiento vital. Esta condición marcada fuertemente por sus características geográficas y topográficas va constituyendo una relación hombre-territorio y tierra-mar, de enorme importancia en la construcción cultural del porteño y de su particular idiosincrasia. Valparaíso facilita la elección de sitios, ya que su accidentada topografía hace predominar los espacios encontrados o regalados, por sobre los inventados o creados a partir de la mera voluntad.

33 Reyes, Salvador, “Mónica Sanders”, Ed. Andrés Bello, Santiago, 1983, p. 66



Al territorio no se le siembran los edificios necesarios para vivir sino que se le domestica para convertirlo en un lugar apto para ser habitado y con ello el habitante va estableciendo lazos emotivos de enorme repercusión. De ese modo el habitante irá moldeando su ciudad y la ciudad lo hará con él. El territorio por lo tanto adquiere una presencia activa en el pensamiento del habitante, convocándolo, obligándolo, exigiéndole ser tomado en cuenta ya que sus transformaciones se encuentran relativamente acotadas.

La experiencia del territorio en el habitante y el constructor de la ciudad, será permanente. Se traducirá en agotamiento, alivio, sorpresa, visión cercana, visión lejana, necesidad de descanso, detenimiento, movimiento, silencio arriba, ruido abajo, etc. El habitante será siempre altamente consciente de su paisaje, entorno, lugar ya que sus experiencias cotidianas se encontrarán bañadas de múltiples y variados diálogos con su espacio habitado.

La presencia permanente de la tercera dimensión y su habilitación para la vida urbana fue guiando la mano del constructor de la ciudad para que ambos, paisaje natural y construido pudieran hermanarse.

Como habitante, la ciudad se constituye en interlocutor permanente que exige siempre la tarea de descifrarlo. Se producen en tiempos relativamente breves de recorrido, múltiples y diversas imágenes, muchas de ellas contrastantes, obligando al caminante a reforzar su sentido posicional y a hacerse conciente de su actuar en la ciudad.

A la ciudad se le ve y nos ve. Estamos inmersos en ella y en su lejanía. Existiendo un patrimonio arquitectónico innegable, que da cuenta de su historia, de sus momentos de pujanza y abandono, es su patrimonio de articulación urbana y arquitectónica el que reúne su mayor riqueza.

La presencia simultánea del todo y las partes, del arriba y el abajo, etc., obliga a una lectura en movimiento, que hace del recorrido y sus características un producto espacial de gran riqueza emotiva y perceptual.

La espacialidad de los cerros de Valparaíso es una espacialidad de recorridos donde arquitectura y ciudad parecen fusionarse, diluir sus límites, estrechar sus relaciones y encontrar en sus azarosos recorridos la intimidad de lo público y la exposición de lo privado. Desde una ventana el habitante se apropia de la ciudad y el mar y desde la calle va multiplicando sus experiencias visuales y sensoriales debido a las cambiantes perspectivas a las que se encuentra sometido y al papel que van jugando las pendientes de la calle y sus límites.

Las sorpresas en los recorridos son de distinta índole. A veces el contraste entre una calle estrecha y de fachada continua a gran altura, desemboca en una gran plaza que se dirige al mar.



A veces, un resquicio abierto entre dos edificios, invita a la acción de “asomarse”, traspasando visualmente los edificios para “llegar al mar”, paisaje en pacífico movimiento y permanente cambio.

Las calles principales a los cerros son las escaleras, a veces eternas o interminables, angostas, que al ascender en ellas se va gradualmente produciendo una relación de mayor intimidad con la ciudad y sus habitantes.

En ocasiones la calle-escalera remata en la puerta de una casa particular o gira para dejarnos en un jardín insospechado.

Recorriendo esta ciudad, la gente no se siente sola, ni siquiera extraña; establece un permanente diálogo con el entorno. Las perspectivas se abren y cierran hacia un recinto espacial de difícil denominación; ¿es calle, es patio, es foro? Puede ser uno o todos al mismo tiempo.

Viento Sur

“Amigo del sol y del cielo azul”, “enemigo empecinado de faldas y sombreros”. “sopla en verano y dura tres días cabales, revelando con ese límite su carácter de cosa viva e inteligente”. Cuando sopla “se adueña de la ciudad en forma súbita” despejando el cielo y los lomos de los cerros. “El mar presenta un color verde claro” y la ciudad queda solitaria. “Solo el viento la habita con su acompañamiento de arenas y microscópicos gérmenes” y todo el paisaje se vela con una nube dorada y es casi una hazaña, yendo a pie, “afrentar este khamsui que trae olas de polvo fino y penetrante como el tabaco de España”³⁴

Viento Norte

“este nos enturbia el cielo, revuelve los mares, causa tempestades y melancoliza la tierra”. “Viene de lejos, desde el fondo de un cielo claro y luminoso en el horizonte, trayendo nubarrones negros coronados de penachos”. Evidentes nubes de combate que van hacia el

34 Edwards Bello, Joaquín. En el viejo Almendral. Ed. Orbe. Santiago. 1968. p.111



sur como matones con el arma al brazo y el trueno en sus entrañas. Se producen, entonces batallas que se dan el norte con el sur y que cuando aquel vence, hay lluvia y estrago, y paz, cuando es vencido”³⁵

El viento acompaña casi siempre los recorridos. Las calles bajan, suben, se estrechan, se ensanchan, se prolongan, se interrumpen, se convierten en escaleras. Los paseos son la galería del espectáculo marino. El mar y su mirada es el mundo de los sueños; frente a él, la ciudad refuerza su condición de realidad humana contenida. Allá en la inmensidad marina están los que van y vienen sobre ese plano marcado por su fuerza horizontal. Aquí en la ciudad, se encuentran los que suben y bajan, entre el cielo y el mar a un territorio accesible, real, tangible.

La ciudad dialoga con el mar desde su altura; desde ahí descubre al habitante la inmensidad del paisaje. Y, en su profundidad, le revela lo acotado e íntimo.

El borde del mar esta siempre ocupado. A veces se deja entrever, siendo su posibilidad de apropiación física y visual escasa. El plano del horizonte se confunde, se pierde entre cielo y mar. La vista se apropia de todo lo que ve: lo cercano y lo lejano; lo de abajo, en medio, arriba; lo viejo y lo nuevo; lo cuidado y lo abandonado; lo público y lo privado. Todo se confunde y borra sus fronteras.

La ciudad invita a subir a través de un ascensor para luego bajar con la mirada. Se sube y abajo queda el plan; aparecen otros ruidos y cadencias; se escucha el claveteo de paredes, las voces nítidas de los niños que juegan, los movimientos al interior de las casas, los ruidos de utensilios de cocina. Se observa la ropa colgada y el ir y venir de lo cotidiano y doméstico. Los perros ladran en sus casas. Se escuchan a lo lejos, como un eco, los ruidos de las micros que en su incansable ir y venir van gastando las calles del plan. Existen mil miradas para unos mismos ojos.

Las calles que ven al mar son aprovechadas como miradores-paseo, en tramos donde la vista es total y directa hacia la inmensidad marina. De pronto esos miradores dejando el mar a su espalda, se convierten en pasajes que parecen guardar siempre algún secreto.

La espacialidad de los cerros esta dada por una imbricada relación entre lo privado y lo público. Si bien, pudieran distinguirse ambos territorios tras una mirada escudriñadora, el espacio vivido por el habitante o el paseante es uno y se disfruta apaciblemente de las dos espacialidades que se encuentran completamente integradas en y con el paisaje.

35 Op. cit. p. 112



Los espacios urbanos se abren y se cierran generando lugares de mayor intimidad. La banca en la que me encuentro sentada, en el paseo Atkinson, banca de hierro y madera, parece haber sido sacada de las casitas pareadas y con antejardín que tengo a mi espalda. En ellas y en su placentero rincón mi vida toda hace acto de presencia, y transita junto a los distintos personajes urbanos que disfrutan de esta pausa momentánea para acomodarse después al ajetreo de sus vidas.

A través de los miradores, la ciudad “de abajo” se vuelve impenetrable. Los techos continuos y cerrados, con escasos lucernarios, no permiten advertir la organización y vida interior de los edificios. Las construcciones, de cierto modo, se vuelven impenetrables.

*Poseer un balcón,
es garantizarle para siempre
una pieza al mar;
es incluirlo de sopetón
en la familia;
como acostarse con él
y sentarlo a la mesa
permitiendo que beba
de nuestra misma copa.
Poseer un balcón,
es como entregarle
las llaves al mar
para que se pasee
por toda nuestra casa,
se fume un cigarrillo
y lea, en nuestra biblioteca,
su libro preferido.
Poseer un balcón,
es como ir en un barco
hacia un país lejano
como irse mar afuera
llevando una gaviota
de luz sobre la proa.
Por eso, esta ciudad,
es ciudad de balcones
para que el mar pasee
libre de toda traba, dejando su canción de caracola
como un diario de vida
escrito y olvidado
en nuestra puerta.³⁶*

36 Larrahona K, Alejandro, “Ciudad de balcones”. En: Valparaíso ciudad de balcones. Ediciones “Océano”, Sociedad de escritores de Valparaíso, Valparaíso, 1973.

La continuidad Plan-Cerros, al nivel de la cota 50, está dada por la edificación y por la presencia “lejana” del ruido y movimiento urbano intenso. De pronto, y en escasos segundos, el paseante se encuentra sometido a experiencias espaciales diametralmente opuestas. En el cerro se camina en silencio y pausadamente. Todo se presenta a la mirada con un interminable y lúdico juego de perspectivas. Los espacios públicos se convierten en el dominio del peatón.

Valparaíso invita siempre a su modo, a encontrarse con los demás y con uno mismo. Yo no sé cuántos lugares tiene Valparaíso pero son incalculables, y siempre distintos porque posibilitan formas de apropiación diversas dependiendo, de la estación del año, de su clima y temperatura, de los días, de las horas e incluso del estado anímico de quien o quienes lo ocupan.

Las estaciones de los ascensores guardan su presencia de antaño. No tienen aspecto público, pareciera que se accede a una casa más del barrio. Solo el austero anuncio denota su función de servicio.

La neblina, una mañana como tantas del mes de junio, de pronto y sin previo aviso, oculta todo, dejando al observador solo la vista de los planos inmediatos. Desaparece la ciudad en la bruma y surge la sensación de “flotar en el espacio”. La ciudad va y viene y el mar inmenso se convierte en un fantasma.

El invierno, evocado por el poeta Quiñones, en el poema “Balada de la galleta marinera” nos plantea la siguiente atmósfera:

*El invierno, ya está, ahí, como la calle al otro lado de la puerta,
vistiendo traje de bruma y gorra de frío.*

*Avanza, cargado como un dios mítico, con los fardos de un
pasado desaparecido.*

*Pero su agonía se queda trasnochando para siempre en nosotros.
Ha sepultado recién al príncipe encantado del otoño, escenógrafo
de los suburbios del mundo, donde la lámpara de la tristeza jamás
agotó su luz.*

*Y también los caminos rurales por donde van los arrieros
y vagabundos, con sus perros ladrando cansancio, sed y hambre
antiguos,*

como el hombre desde siempre.

El invierno está ahí

Avizora que una de las olas destroce el faro, para entrar al puerto.

*Comodoro de alta mar y archipiélagos, su pericia y audacia
rechaza brújulas y cartas.*

*Su bitácora anota tempestades altas y naufragios profundos, nada más.
Los vendedores de tortillas y castañas calientes suben los cerros*



*de la edad del mar-océano.
En la niebla agoniza la luz de los faroles.
Y detrás del pregonar fragante a aguardiente, viene la lluvia.
El grillo levanta, entonces, su espiral de hielo.
El sapo, con su croar transforma el lodo en aéreo paisaje de cristal.
Sí. Ahí está invierno. Viste traje de bruma y gorra de frío.
Mi oído capta a través de los muros las toses de los ancianos,
cuyos pechos suenan a carreteras viejas o a engranajes mutilados.
Y los ojos descubren la voracidad del tiempo en los rostros de las
mujeres,
ayer, solamente, admiradas.
¡Ah! Pero los amores quedan dentro del corazón como el verde pasto
o el relincho muerto en el cuero de la bestia.
Y la gran luz negra en el fondo del ojo seco del cadáver.
Y el tiempo en la maquinaria rota del reloj.
Canto de abismos alucinados, precipicios y vértigos.
Semejante a esta latitud marinera de alma submarina.
tal la jibia, el coral, el hipocampo y su amazona, la sirena.
De arquitectura e ingeniería idéntica eres, Valparaíso,
a la del océano en tempestad.
Entre cerro y cerro anclan los huracanes a calafatear sus quillas
de alta sombra. Y a parchar las velas quemadas por la sal.
La oscuridad abre su párpado de aceite.
Oficia un canto funeral a otra noche desaparecida y sin borrachos.
Tu profundidad la ignoro noche.³⁷*

La Lluvia

El escritor Carlos León nos dice:

“A Valparaíso le sienta la lluvia. La escarpada geografía del puerto, bajo el influjo sedante de ella, lima sus aristas, suaviza sus ángulos, y la ciudad entera adquiere un tono menor, gris, crepuscular e íntimo.

Algunas calles, ciertas esquinas y establecimientos, adquieren en su presencia, una actitud pensativa, marinera, casi sinfónica; los cerros mismos, tan erguidos,

37 Quiñones Alvear, Guillermo, “Balada de la galleta marinera”, en Cuando los veleros anclaban en Valparaíso, Antología Poética. Sociedad de Escritores de Valparaíso.



tan sólidos, tan intensos los demás meses del año, bajo el imperio de la lluvia se esfuman y debilitan en una especie de acuarela sugestiva y dulce.”³⁸

Caminar los miradores es caminar por interiores que se abren y cierran hacia el mar y la ciudad que nos precede.

Así como en lo alto estamos en suelo firme, los barcos con su enorme pesantez se sostienen en el delicado y frágil plano de agua. Enormes moles, pesadas, gigantescas, de distintos confines, flotan sobre la fragilidad del mar que esconde su furia y enorme fuerza tras un rostro delicado y apacible cuyos reflejos le confieren aún más suavidad.

En Cerro Alegre, El Paseo Atkinson, pareciera a veces posarse sobre el mar, por su cercanía al borde marino y su ubicación privilegiada respecto al espectáculo de la ciudad y el mar, aparece como un balcón público a gran escala, mirando a la memoria, al mar que antes estuvo ante sus ojos y quedó grabado en su gesto observador. Sin embargo, interrumpiendo su mirada un extenso edificio zigzagueante le tapa la visibilidad; solo quedan pequeñas ventanas que se dirigen al mar, a los barcos y a un número importante de barcazas coloridas del muelle Prat. Las gaviotas planeando y siempre presentes a través de sus sonidos, hacen aún más evidente la presencia del mar.

Si bien en todos los cerros en mayor o menor medida, se producen diversas situaciones espaciales, los Cerros Alegre y Concepción tienen por emplazamiento, escala, demarcación y traza, opciones de recorrido casi laberínticos que atrapan e invitan a descubrir el orden espacial que encierran. En ello, los paseos miradores, como espacios de inicio o de llegada nos relacionan con el mar y juegan un importante papel ordenador en la construcción del plano mental de memoria.

Al mar se le descubre en la altura. A la ciudad siempre se le descubre de modos diversos desde sus azarosos y múltiples espacios.

Recorrer los cerros puede convertirse de pronto en una experiencia inacabable, infinita, siempre diversa, subiendo y bajando pero permaneciendo siempre en situación de aislamiento con respecto al mundo urbano que se concentra en el Plan. Aislado también, aunque en contacto visual con otros cerros, la presencia de las cañadas los une y separa del resto de la geografía del puerto. Dicen por ahí, que entre cerro y cerro se hicieron grandes amigos aquellos que jugaban a encumbrar volantines que el viento elevaba a grandes alturas y que cuando tendían a juntarse, los niños se gritaban para darse instrucciones. Amigos que jugaron diariamente, que construyeron juntos historias comunes pero nunca supieron de sus rostros, le otorgan otro de los tantos misterios a esta ciudad.

38 León, Carlos. Algunos días..., Ed. Universitarias de Valparaíso, Valparaíso, 1977, p. 65



En el límite poniente de la ciudad se encuentra el cerro Playa Ancha, “barrio de jardines, de senderos que serpentean entre las colinas, batido eternamente por el viento.”

El más extenso de la ciudad, se reconoce a si mismo como “República independiente”, quizá porque su habitar surge como una posibilidad “distinta” del crecimiento predecible de la ciudad. Quizás Playa Ancha deba su nombre entre otras cosas, a la visibilidad de la ciudad toda desde sí misma, y a un orden que pareciera “nuevo” dentro del proceso de expansión.

Frente al crecimiento en madeja o entretejido de las casas en los cerros, Playa Ancha, como su nombre lo indica, tiene en su origen la posibilidad de un orden nuevo en la holgura y la extensión.

El cerro en su conformación territorial y en sus dimensiones, posibilita un modo de vida ciertamente diferente, menos sujeto a la proximidad o vecindad de los habitantes. Desde ahí, el diálogo con el paisaje resulta evidentemente distinto. Es límite de la ciudad, se está al borde y se observa Valparaíso en toda su extensión y desde el margen. Sin embargo, es también, con un espíritu refundacional, parte sustantiva del puerto.

Si bien, en principio Valparaíso se extiende hacia el Oriente, ganando terreno al mar y habitando los cerros, Playa Ancha supone un gesto distinto, una propuesta, una posibilidad otra. Playa Ancha es cerro, vista y perspectivas constantes al mar, con un dominio generoso en sus visuales. Un sector poblacional medio y alto, de origen criollo, relacionado con las actividades profesionales y con actividades navales de alto rango vino a habitarlo por la oferta de un emplazamiento idóneo y acorde a las expectativas de vida.

En su momento florece como un barrio tranquilo y lleno de ventajas para una vida placentera. Se construyen viviendas principescas, de gran calidad arquitectónica y factura, contrastando de alguna manera, con el panal de abejas característico de los crecimientos de la ciudad en los cerros. Desde ahí la bahía y la ciudad se observan a plenitud.

Calles anchas, bien trazadas, pendientes suavizadas por una organización urbana que juega entre los recursos propios de la topografía, el emplazamiento con relación al mar y la disposición racional y poco azarosa de las viviendas.

Aquí las viviendas se observan como en constante exposición, como organismos individuales que generan criterios tipológicos propios para el sector. Muchas casas, en su momento palaciegas, corresponden a verdaderos acentos urbanos, a diferencia del resto de los cerros del puerto, donde las viviendas en conjunto conforman un todo perceptible, una especie de enjambre de casas cuya lectura rara vez se puede acotar en lo individual.

En la novela “Valparaíso puerto de nostalgia”, Salvador Reyes escribe:

“La casa de Eduardo, clara y alegre, estaba atravesada por un largo corredor de piso reluciente que daba sobre la galería de la parte trasera. Desde esa galería se dominaba todo el puerto, y por las tardes de verano era muy hermoso seguir el juego de la luz en las aguas quietas.”³⁹

Si bien en su origen Playa Ancha nace con criterios de espacialización distintos, hoy se advierte como un cerro en donde los posteriores crecimientos se fueron bordando como periferia típica de las ciudades actuales. Conjuntos habitacionales repetidos hasta el cansancio, han relegado la actitud urbana inicial de Playa Ancha.

Hoy este sector cuenta además, con la incorporación de un importante ambiente universitario que se da cita en las faldas del cerro, alojando dos importantes sedes universitarias: el campus de la U de Playa Ancha y la sede de la Universidad de Valparaíso, nombre actual de la que originalmente correspondió a la Universidad de Chile.

El mirador de la marina mercante, se ubica a un costado de Av. Playa Ancha y se vincula a una pequeña placita que sirve de detenimiento momentáneo para observar el cambiante paisaje marino y la ciudad. Estos lugares, que se ofrecen como pausas en el recorrido por la ciudad, le otorgan en su sencillez, humanidad a sus espacios. Así como el mar en su permanente movimiento, Valparaíso como ciudad también presenta esa condición por su esencia urbana, que solo es comprensible mediante el desplazamiento y recorrido.

En el otro extremo de Valparaíso, en su encuentro con Viña del Mar, hacia el Oriente, encontramos encaramado sobre el borde del Plan, a los cerros Barón, Placeres y Esperanza.

En términos de espacialidad, el punto de encuentro entre estas dos ciudades, es suave y continuo, colaborando para su diferenciación casi exclusivamente las condiciones materiales de las viviendas existentes. Es evidente que el recurso económico se concentra en Viña, como hermana consentida y privilegiada respecto de Valparaíso. A Valparaíso lo han dejado forjarse solo, a Viña todo se le ha dado.

Los cerros Placeres y Esperanza son cerros también más suaves, con pendientes menos pronunciadas que el resto de los cerros de la ciudad. Su destino principal es de carácter habitacional y residencial concentrando un importante sector estudiantil debido a la presencia de la sede de la Universidad Técnica Federico Santa María y la Universidad del Mar, así como la recién inaugurada sede del Inacap. De ellas, la Santa María, quizá corresponda al campus más hermoso de todas las universidades chilenas.

39 Reyes, Salvador, Op. cit., p. 42



La habitación en esta zona es de una calidad arquitectónica y constructiva austera y en general de buena factura y aunque la traza del lugar es pretendidamente regular, la vivienda ha contribuido a la expresión arquitectónica tradicional de Valparaíso mediante la continuación de su tipología.

Hoy los cerros Placeres y Esperanza reciben una acelerada transformación de orden habitacional, sumándose por su proximidad, al mercado inmobiliario viñamarino. Existe una oferta actual de edificios en condominio, que se levantan con gran rapidez, desapareciendo las casas y multiplicando la inversión sin un ápice de remordimiento. Estos dos cerros poco a poco tienden a alejarse de la imagen de Valparaíso, presentándose como cerros adoptivos de Viña del Mar. Su corporeidad interna, su corazón barrial y su gente sigue estando ahí pero en su cara principal hacia el mar y el Plan comienzan a advertirse cirugías mayores que expresan muy poco respeto a su historia y fisonomía. Sin embargo, dentro de estas intervenciones, aparecen también aportes mucho más respetuosos del entorno, incorporando nuevos lenguajes, como es el caso de la sede universitaria del Inacap que siendo un edificio de grandes dimensiones ubicado en el encuentro con el Plan, establece en su arquitectura una serie de vanos que permiten la transparencia hacia el mar. A diferencia de este, la gran mayoría se sitúan como grandes y prominentes barreras visuales.

Los porteños viven en la dualidad de la geografía, entre la cercanía y la infinitud, entre la inmensidad y la pequeñez, entre el arriba y el abajo, entre la experiencia diurna y la nocturna, que el paisaje les impone como destino permanente.

Describiendo la fisonomía de las construcciones en los cerros, Joaquín Edwards Bello comenta:

“Hay casas disparatadas, sujetas de postes, cubiertas de enredaderas, quebradas; caídas de agua sucia; gatos silvestres. Detrás de cada calle hay una maraña salvaje, detrás de cada rostro hay marañas de ideas. Se ve el mar chiquito desde arriba; es un pozo. No sé por qué el paisaje es triste, violento, amargo.”⁴⁰

Los contenedores del espacio público y su loca geometría, permiten siempre y de un modo distinto, traspasar con la mirada, mediante verdaderos “vanos urbanos”, el paisaje inmediato, encontrando el encanto del espacio doméstico.

40 Edwards Bello, Joaquín. Valparaíso ciudad del viento. Ed. Orbe. 1968. Santiago. p. 18

Las Escaleras

Neruda les escribe a las escaleras de Valparaíso:

*“Escaleras. ¡Ninguna ciudad las derramó, las deshojó, en su historia, en su rostro, las aventó y las reunió como Valparaíso! Ningún rostro de ciudad tuvo esos surcos por donde van y vienen las vidas, como si siempre fueran subiendo al cielo, como si siempre fueran bajando a la creación. Escaleras que a medio camino dieron nacimiento a un cardo de flores purpúreas. Escaleras que subió el marinero que volvía del Asia y que encontró en su casa una nueva sonrisa o una ausencia terrible. ¡Escaleras por las que bajó como un meteoro negro un borracho que caía! Si caminamos todas las escaleras de Valparaíso, habremos dado la vuelta al mundo”.*⁴¹

A Valparaíso no se le entiende sin sus escaleras. Ellas aparecen sin un orden preciso; y aún más, sus arranques y llegadas parecieran no tener un propósito preciso; subir es su permanente anhelo. Pueden aparecer al comienzo de los cerros o en cualquier momento de su ascenso. Las escaleras se van tejiendo azarosamente entre estrechos espacios liberados entre las construcciones. A veces, con un solo desarrollo pretenden alcanzar la punta del cerro, generando una perspectiva infinita. En otras ocasiones, son tramos interrumpidos por terrazas o descansos que interconectan distintos caminos, distintas direcciones, siempre generando espacios azarosos, accidentales, acompañados de penumbra y misterio, incitando a la aventura. En estos tramos, las escaleras cobran su real dimensión y significado.

Las escaleras de Valparaíso son sólidas, firmes, costosas. A veces una enorme escalera conduce solamente a un acceso. A veces las escaleras se duplican a un mismo destino. Las escaleras pueden ser compartidas por todo un cerro o, por el contrario, construidas para un solo fin. En múltiples ocasiones, las escaleras parecen haber resultado mil veces más caras que la casa que tienen como destino. En Valparaíso uno se pregunta ¿Las escaleras de quien son?

Valparaíso tiene fama por sus interminables escaleras; a ellas diferentes poetas han cantado. Varían todas en altura, dimensión, regularidad, hechura, etc. Mas que desde sus construcciones, Valparaíso se entiende desde sus escaleras. En ellas, todo sucede; el habitante va rumiando su vida cada día que emprende el descenso. La dificultad de estar subiendo cada tarde se asemeja a la dificultad que el habitante porteño tiene para acceder a un mejor sustento.

41 Vial, Sara. Neruda en Valparaíso. Ed. Universitaria Valparaíso. UCV. 1993. pag.15



Cuando se recorren la ciudad y sus cerros, las sorpresas van de la mano. Frente al contraste de un paisaje exento de límites como el mar, el paisaje inmediato de los cerros es el suelo ante nuestros pies, para ascender después, levantar la vista y sorprendernos frente a lo que encontramos ante nuestros ojos, siempre como un acontecimiento inesperado y de perspectivas múltiples y cambiantes. A veces es también el detalle de una puerta bien cuidada que guarda los misterios de una casa en abandono, junto a una ventana ocupada por un gato flojo aprovechando el tibio sol del mediodía, a veces una calle estrecha que no evidencia su salida, a veces una escalera infinita o recorridos que nunca se sabe a donde llegan, o las múltiples e inesperadas perspectivas que se fugan a distintos puntos enmarcando espacialidades diversas.

Valparaíso es un patrimonio de dolor y de alegría. Alegría expresada en el espíritu de su gente que nunca se ha doblegado ante la dificultad y complejidad de su territorio y sus particulares emplazamientos. Alegría que expresa la fuerza del espíritu humano dispuesto a habitar y hacer suyo el territorio, de descubrir y apropiarse del paisaje haciendo de él un territorio valioso para la vida. Alegría también, de quienes han enfrentado a lo largo de los años innumerables dificultades que no han vencido el empeño y el deseo de ser ahí, en su territorio. Alegría y satisfacción de quienes no han abandonado esta empresa nada fácil y que son capaces de reconocerse en la autenticidad de una tradición que han creado en intenso diálogo con el lugar.

Valparaíso es también una ciudad que si bien goza de una belleza otorgada por la manera azarosa y espontánea de su evolución, es receptáculo de condiciones de infraestructura de escasa calidad que, además, con las sucesivas incorporaciones de avances tecnológicos ha provocado un tejido de cables aéreos sucio y enmarañado que ha resuelto problemas técnicos pero ha incorporado sucesivamente una madeja infinita de cables que afectan de manera decisiva su propia imagen, cubriendo el paisaje urbano con su desorden y suciedad acumulada.

El porteño no se entiende sin el contexto espacial que lo ha forjado y lo determina, quizá porque siempre tiene ante sus ojos el mar y la tierra firme; porque siempre, para llegar a donde vaya, debe tener la claridad y la seguridad de su pisada.

La Casa

En la arquitectura de carácter residencial diseñada por arquitectos con formación académica, existe un repertorio formal que explota el recurso plástico mediante grandes aleros, terrazas, balcones, etc., así como emplazamientos que buscan favorecer las vistas hacia el mar y al espectáculo propio de la ciudad y los cerros ofreciendo experiencias cambiantes del paisaje de la ciudad, y un marcado dinamismo en términos horarios y climáticos.

La luz en la vivienda es relativamente escasa. En eso se parecen todas las construcciones; de más o menos recursos, todas introducen una tenue luz en sus interiores. Las casas, todas cubiertas por grandes superficies de lámina acanalada, no reciben más que la limitada luz que entra por las ventanas de, a veces, una única fachada.

En 1822, María Graham., escribe:

“Ninguna casa de Valparaíso de la clase media ostenta más de una ventana, sin vidrios, resguardada por lo general con barrotes de madera tallados o con rejas de hierro. Por lo demás, ésta ventana le toca a la antesala, de manera que el dormitorio está perfectamente a oscuras.”⁴²

Las construcciones de plantas regulares, anchas o profundas, se adecuan a los desniveles del terreno y con ello, en muchas ocasiones, cada uno de los pisos se independiza creando espacios diferenciados de vivienda con acceso también independiente.

Se trata de construcciones de uno a cuatro pisos como máximo, adaptadas a la topografía propia de cada terreno, cuya gama entre lo regular e irregular es múltiple y variable. El sistema constructivo se plantea en base a barro comprimido, aprisionado entre dos tramas de tablas de madera recubiertas de un aplanado ligero, y forradas en lámina para evitar la corrosión principalmente por lluvias.

Con respecto al suelo, las construcciones o se emplazan reconstruyendo el plano horizontal por desmante, relleno o construcción de un piso de zócalo o por el contrario, reconociendo la pendiente, produciendo un escalonamiento interior que no se aprecia desde el exterior, en el cual se presenta como un volumen único. Es el caso del edificio pasaje Babestrello, emplazado en esquina dando a una calle de considerable pendiente que une el cerro Alegre con el Plan. El edificio siendo espacio privado ofrece la posibilidad de ser atravesado a través de un pasaje- escalera que desde su interior público facilita el ascenso y descenso peatonal, incentivando el espíritu curioso de quien recorre la ciudad.

Los techos básicamente a dos aguas, con algunos detalles en el frontis, en ocasiones se resuelven con estructuración de madera, y se recubren de lámina acanalada. Al interior se manejan divisiones a través de mamparas de madera algunas veces rellenas, la mayor parte de las veces no, y el cielo raso es resuelto mediante un plafond de duela. Las ventanas, escasas, van casi siempre al centro de la habitación, con un marco que sobresale ligeramente de la fachada el cual es pintado de un color distinto al resto de la fachada.

42 Graham, María, Diario de mi residencia en Chile en 1822. Editorial del Pacífico S.A., Santiago. 1956.



En la arquitectura popular, los techos raramente presentan aleros y los balcones resultan escasos. Los accesos de las casas se ubican al centro de la fachada, y corresponden a una angosta y alargada abertura que se destaca mediante un ligero alero que sobresale del resto de la fachada así como por escalones que ayudando a enfatizarlo permiten la diferenciación del interior respecto al nivel de calle.

El predio es construido casi en su totalidad, dejando corredores laterales y pequeños patios hacia el fondo de la vivienda. Las casas en lo general son muy oscuras ya que las posibilidades de iluminación están dadas por el frente y fondo de la construcción y en contados casos, por el manejo de linternillas.

El olor interior es una mezcla de humedad y encierro producto de la limitada ventilación. La senectud llega rápidamente a las viviendas. Las láminas reciben el color óxido al poco tiempo de exponerse a la intemperie, teniendo una prolongada tercera edad.

La condición de vecindad o proximidad es tan estrecha que se generan formas de comunicación particulares, haciendo del territorio público (calles, escaleras y descansos), un espacio propio, que como extensión natural de la vivienda se comparte entre los vecinos. La ropa colgada hacia el pasaje, saliendo perpendicular a las ventanas, la música obligadamente compartida por los habitantes en vecindad, los perros de todos y de nadie, los olores de comida y también los nauseabundos recuerdos de los perros y gatos de la zona, constituyen imágenes recurrentes del paisaje doméstico de los cerros.

Las calles escaleras, que se ensanchan y estrechan azarosamente, al llegar a los descansos se transforman en los lugares de encuentro entre paseantes y lugareños y desde ahí y por la condición del avanzar pausado se da una suerte de participación visual con los vecinos, una cierta complicidad, en un territorio que se caracteriza por lo difuso de sus usos y delimitaciones, por el encuentro de lo práctico y lo mágico, por lo azaroso y sorpresivo, apareciendo de ese modo, repentinamente, un lugar como recompensa y pausa en el camino.

Una visión inmediata y desde la altura, permite observar una fachada prácticamente continua de techos de lámina, que cubren el porcentaje mayoritario de los lotes. Son casas, en lo individual, de escaso valor arquitectónico pero que en conjunto establecen una gama de situaciones espaciales de sumo interés, donde se aprecia la riqueza de conjunto en la generación de espacialidades intermedias entre lo arquitectónico y lo urbano.



VALPARAÍSO COMO HABITACIÓN URBANA



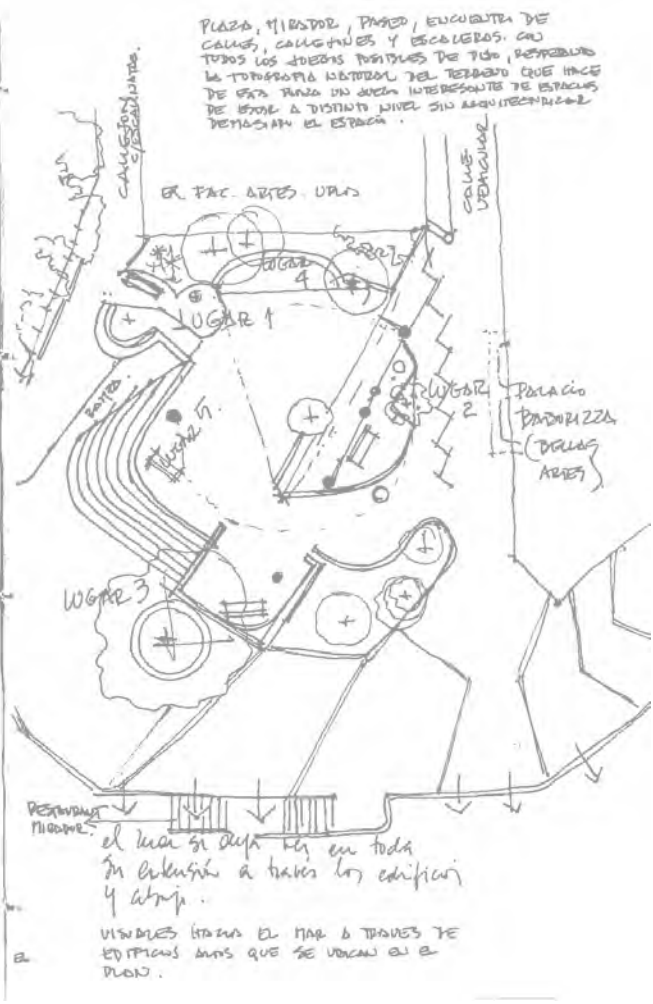
plano urbano, interclase en trazo a los cuadros como queriendo denotar lo que yo quiero hacer ellos

EL VALPARAÍSO METROPOLITANO

1. Pasaje habitáculo.

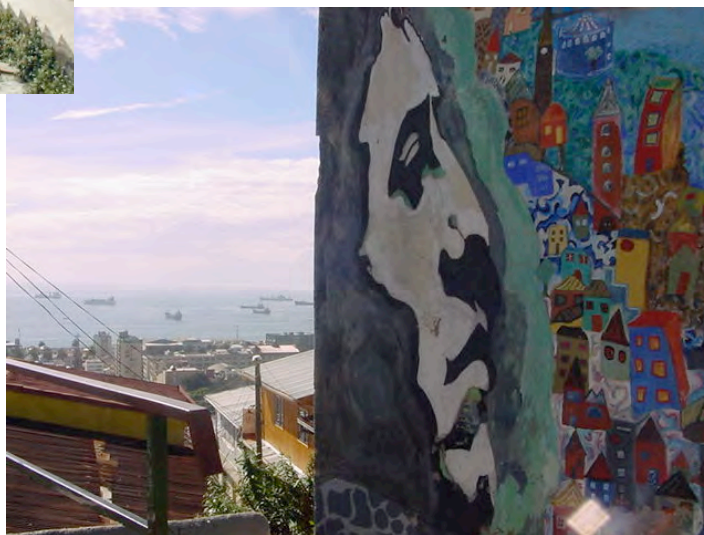
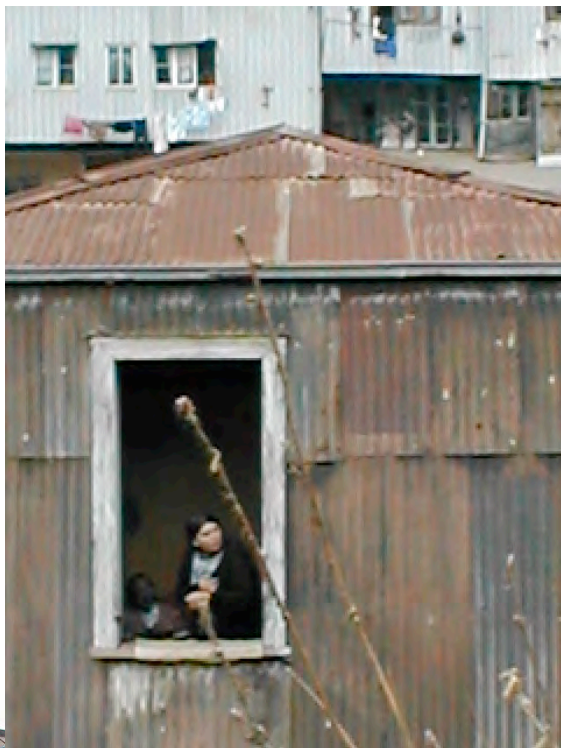


Espacio vinculante de las distintas arquitecturas que le otorgan sus límites. Espacio integrante de las distintas direcciones que avanzan en el plano desde ahí establecer un contacto con el mar y resolver los problemas.

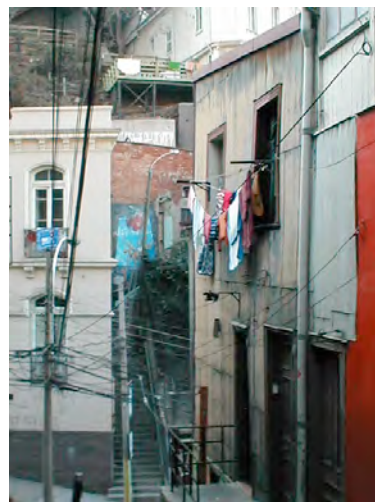
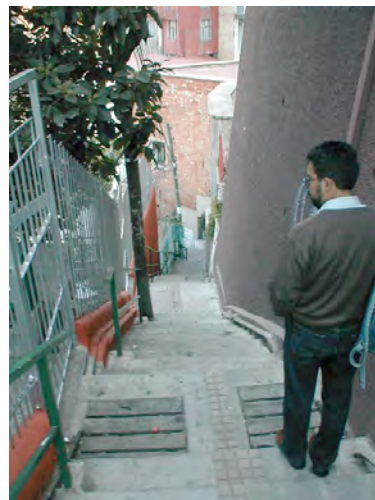
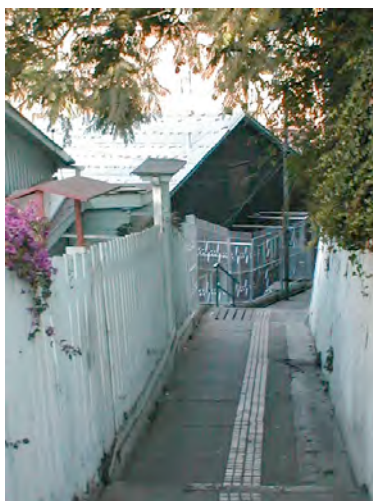
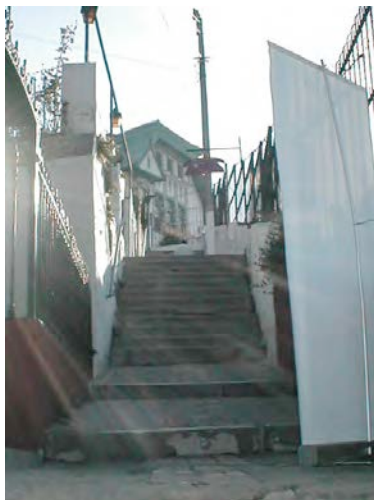




VALPARAÍSO COMO HABITACIÓN URBANA

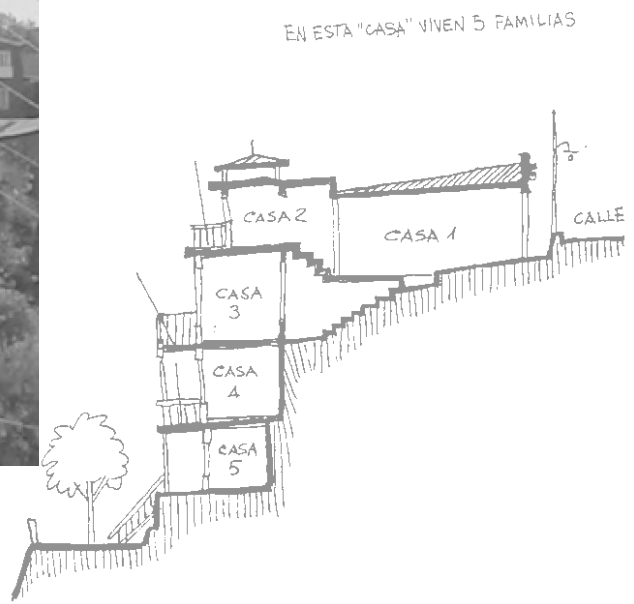


VALPARAÍSO COMO HABITACIÓN URBANA

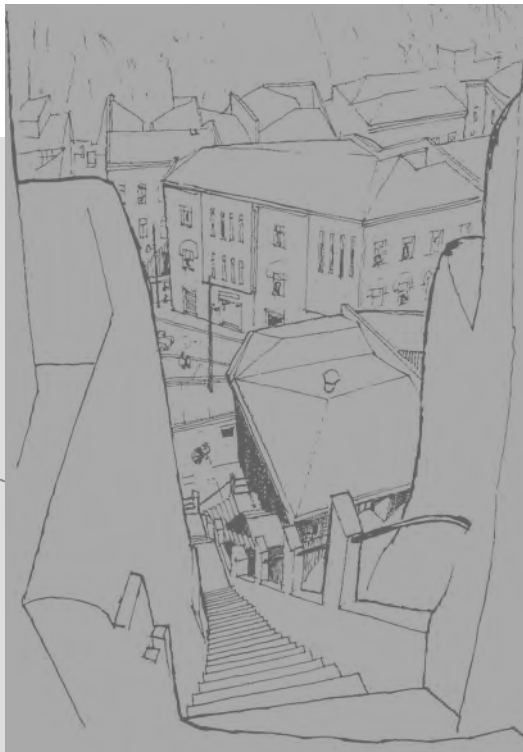
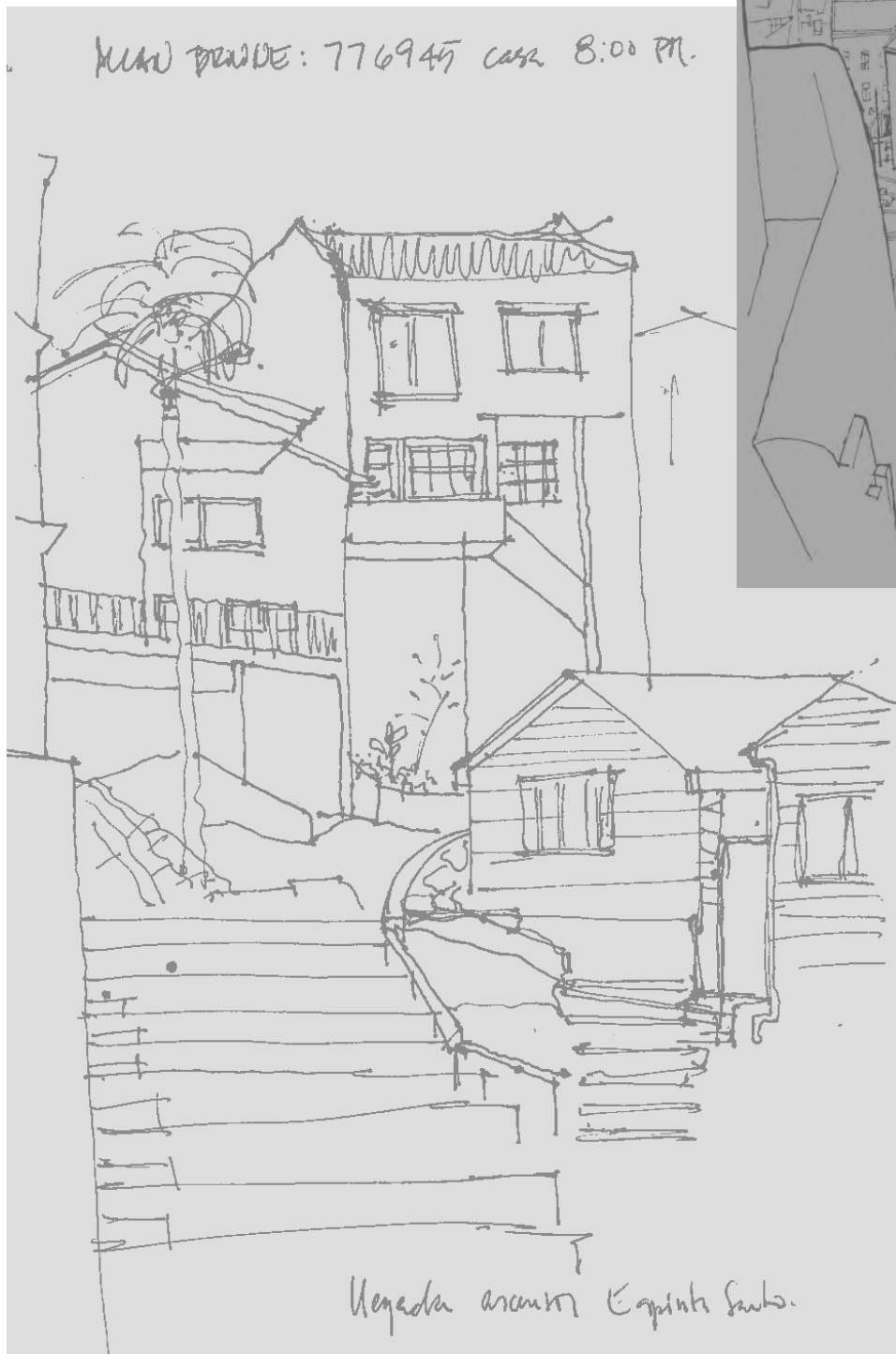




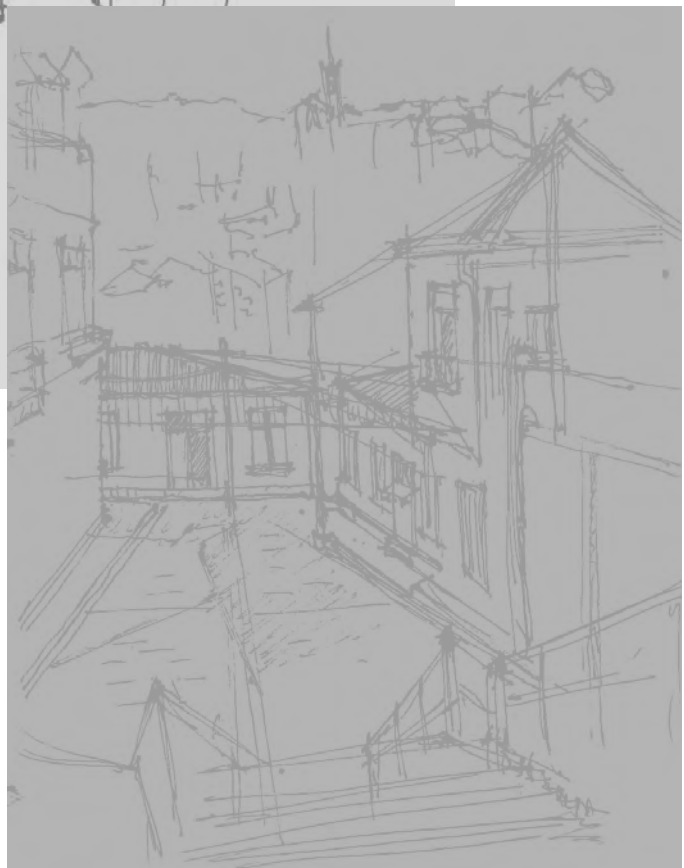
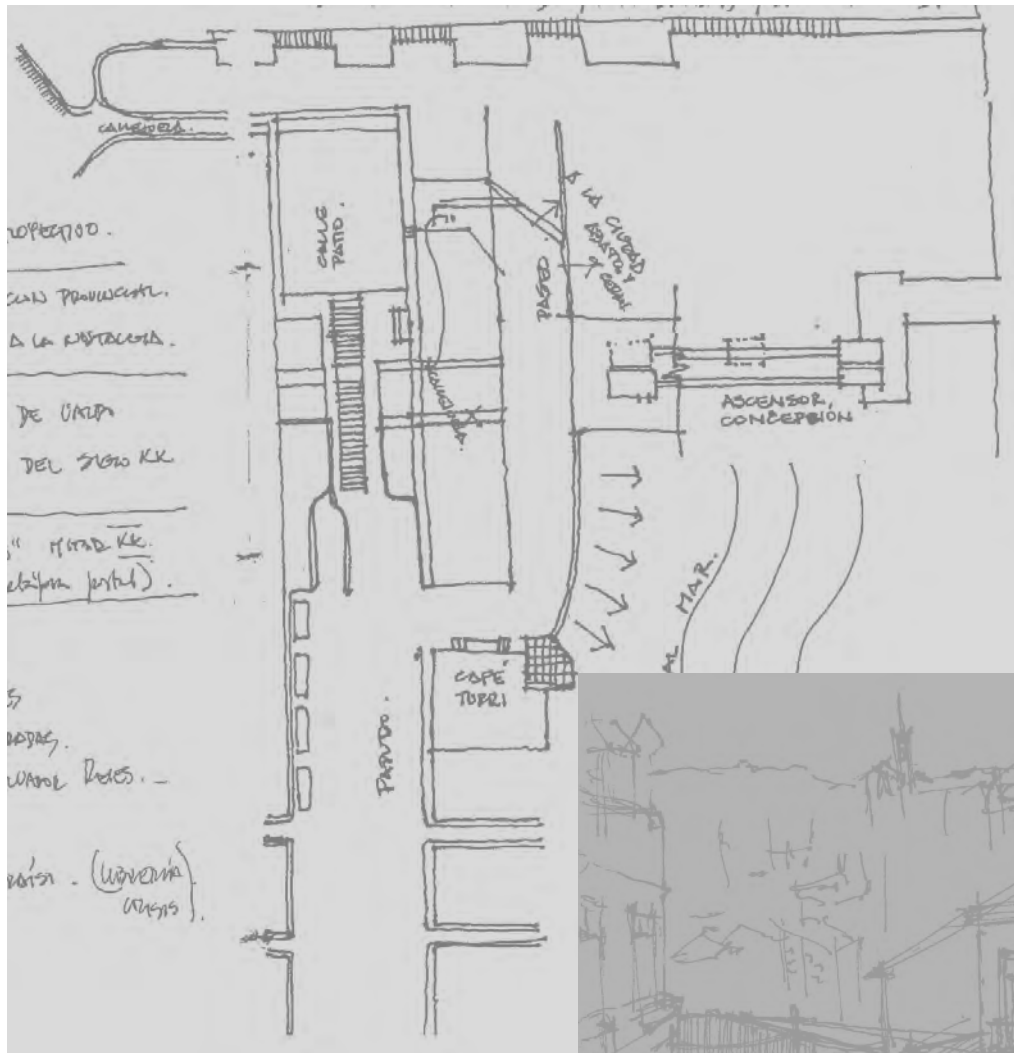
VALPARAÍSO COMO HABITACIÓN URBANA



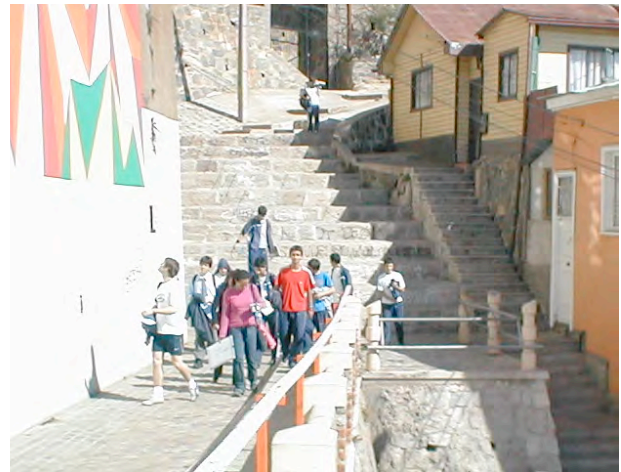
VALPARAÍSO COMO HABITACIÓN URBANA



VALPARAÍSO COMO HABITACIÓN URBANA



VALPARAÍSO COMO HABITACIÓN URBANA



VALPARAÍSO COMO HABITACIÓN URBANA

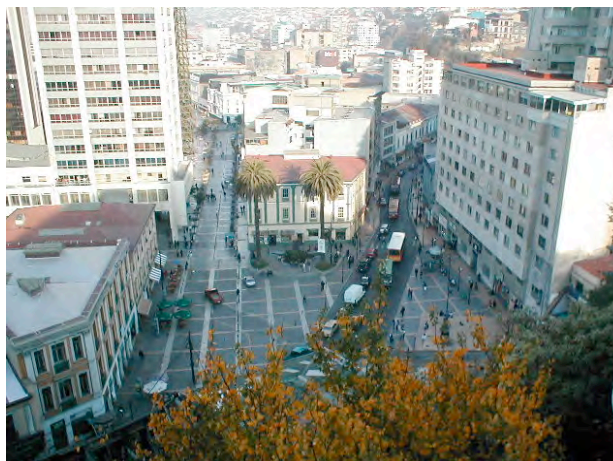




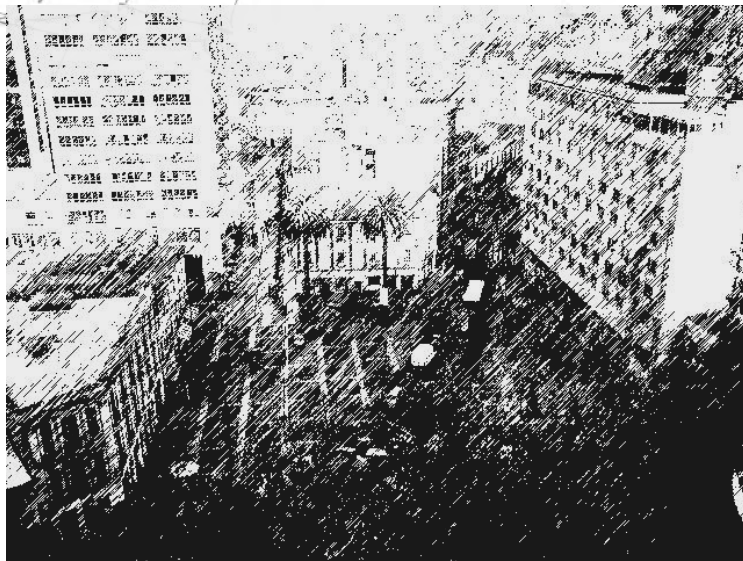
VALPARAÍSO COMO HABITACIÓN URBANA



VALPARAÍSO COMO HABITACIÓN URBANA



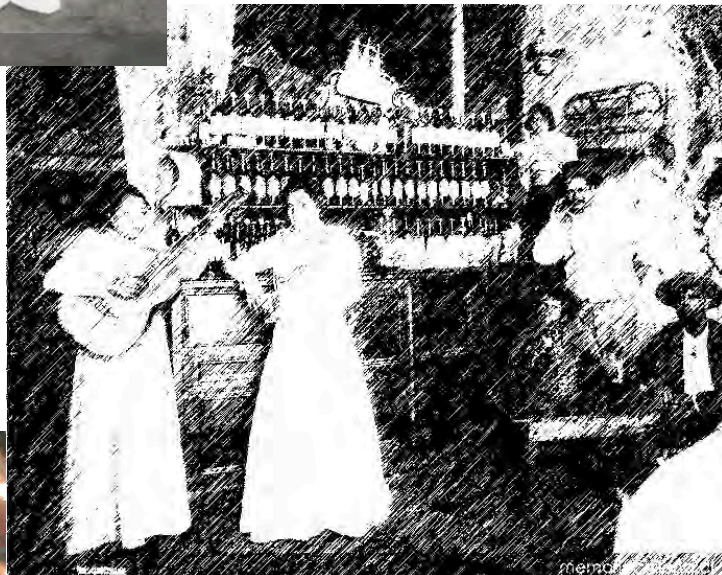
VALPARAÍSO COMO HABITACIÓN URBANA



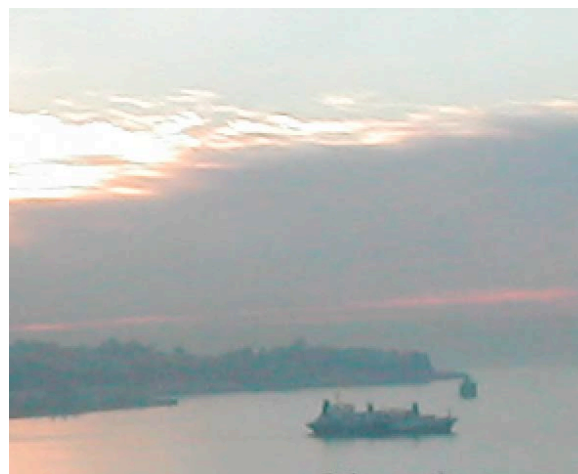
VALPARAÍSO COMO HABITACIÓN URBANA



VALPARAÍSO COMO HABITACIÓN URBANA



VALPARAÍSO COMO HABITACIÓN URBANA



VALPARAÍSO COMO HABITACIÓN URBANA



VALPARAÍSO COMO HABITACIÓN URBANA



VALPARAÍSO COMO HABITACIÓN URBANA



VALPARAÍSO COMO HABITACIÓN URBANA





CAPÍTULO III

3. - UN RECORRIDO POR LOS VALPARAÍDOS DE ANTAÑO



3.1. LA NARRATIVA COMO INSTRUMENTO CONECTOR DE LAS TRANSFORMACIONES DE CONTENIDO EN LA ENTIDAD AMBIENTAL.

Basado en la realidad y en la observación minuciosa así como en las vivencias, el escritor produce historias significativas que tienen su asiento la mayor parte de las veces, en el espacio destinado a la habitación de los seres humanos.

Muchas de esas historias se desarrollan en la ciudad, construcción cultural por excelencia, de nuestra civilización, y se ubican indistintamente según el objeto propio del relato, en distintas temporalidades; éstas pueden ser de orden histórico, actual o en la creación de un tiempo y/o espacio imaginario.

Pero dentro de la producción literaria podemos encontrar una vasta exploración de situaciones que se desarrollan en el espacio ciudad y, donde éste en ocasiones, ocupa un relevante papel dentro del relato.

La ciudad es entonces y desde hace mucho, un significativo protagonista en el campo narrativo. Desde la perspectiva literaria no solo se ponen de manifiesto aspectos tangibles y de realidad sino que fundamentalmente se convierte en un campo de exploración que profundiza el sentido de la vida y del entorno que le acompaña, donde el entorno es expresado como situación constituyente de la vida misma y de sus más profundas acepciones, destacando lo sustantivo.

Para Nordenflycht, “el ámbito situacional fundante del discurso de la modernidad está configurado en gran medida por la realidad urbana, cuya tematización tiene sus fuentes en el



París de Baudelaire, en las ciudades fabulosas de Rimbaud, en las cosmopolitas de Apollinaire, entre tantas otras⁴³

La literatura que habla de la ciudad y de los individuos explora las situaciones no dichas o explicitadas acerca del habitar urbano, develando historias, sentimientos, lugares que están ahí, a veces en la cotidianidad, a veces en los momentos inesperados, para trasladarlos al campo fértil de la reflexión y la sorpresa, porque mediante la narrativa nos son develados.

De ese modo, lo que la historia en frío no recoge, mediante la literatura es devuelto a nosotros para convertirlo en una experiencia indirecta pero en presente que nos permite en algunos casos recuperar imágenes, ambientes y habitabilidades.

La literatura no recoge el hecho frío y aislado en pos de una vacía acumulación de información sino que establece una dimensión diferente de lo cotidiano y de lo que está o ha estado ahí, en la ciudad.

Los personajes y los lugares, de esta manera, pasan de ser parte del anonimato cotidiano para posicionarse de un rol protagónico y desde ahí surgir con una voz distinta e informarnos de lo vivenciado.

Como lectores pasamos a ser habitantes momentáneos de otros paisajes y otras experiencias que en nosotros se traducen a imágenes y en esas imágenes en las que nos movemos durante el lapso del libro, somos también personajes imaginarios de las mismas imágenes que las palabras nos han permitido crear.

Cuando se habla de patrimonio hay casi siempre una sobre valoración de lo tangible, concreto, dimensionable, cuantificable, relegando en muchos casos la construcción suave, pausada e incluso muchas veces inaprensible de un patrimonio que determina formas de vida, de uso, conductas, lenguajes, relaciones con el paisaje, con el entorno, que constituyen modos particulares de entender el mundo y la existencia y, que escapan muchas veces de la posibilidad de establecer definiciones pero sin embargo están ahí, se han construido por los habitantes, los lugares, los climas, etc., constituyendo un modo propio de ser y hacer, a manera de una entidad atmosférica o ambiental propia e irreplicable.

Así como las distintas intervenciones urbanas y arquitectónicas surgen de una narrativa inicial que describe el propósito sustancial de una construcción de orden espacial, la narrativa literaria contribuye a la exploración del sentido de lo que habitamos, generando imágenes en torno al lugar.

43 Nordenflycht, Adolfo de. *La melancolía del progreso urbano en dos poetas de Valparaíso*, Ed. Universidad de Valparaíso, Valparaíso, 2002, p. 12



Las culturas locales no solo se expresan o se hacen evidentes mediante una producción concreta sino también en los múltiples modos de sentir, de vivir y de hacer los lugares.

Estos modos de sentir y de vivir se traducen en gestos, emociones, hechos casuales de la gente y sus espacios. La expresión de ello se da en el encuentro con los otros y en la ciudad, en el encuentro “accidental” de las diferentes construcciones que la conforman, generando espacios, sombras, luces, temperaturas, vistas, acentos, recesos, etc., que resultan propios y particulares, porque los territorios y las experiencias en ellos vividas son acumulativas, heredables y producen identidades y resultados propios.

Como lectores, viajar por la literatura, (viaje sedentario como diría el escritor Gonzalo Celorio), nos permite acercarnos al conocimiento de las ciudades con un método inverso al de la historia. Partir de lo intangible, generando imágenes; partir de sus posibles aromas para descubrir posteriormente sus formas concretas, partir del corazón para descubrir la razón de su forma.

Por ello, la literatura se convierte en un auxiliar importante para la comprensión de la ciudad y la arquitectura, buscando hacer trascendente las cosas y los pequeños grandes hechos de la vida, que van construyendo día a día el lugar como habitación urbana.



3.2. LA CIUDAD Y SU NARRATIVA

“La adaptación no es la imposición de unas formas a la vida, sino la adopción por ella de formas que representan su solución al problema que le plantea la constitución de lo externo”

*Henry Bergson.*⁴⁴

La ciudad como lugar es primeramente una idea que se gesta y define en el tiempo, misma que es construida mental y materialmente por los habitantes. Tanto idea como realidad constituyen un proceso dinámico, permanente e inacabable que va adquiriendo una particular fisonomía, producto de múltiples necesidades e influencias.

Se habita la ciudad desde la construcción de un imaginario individual y social. Se adoptan formas de vivir e imaginar la ciudad a partir de las referencias propias y las de la cultura compartida. La herencia como mecanismo de aprendizaje para construir y vivir la ciudad se convierte en el referente que aglutina, que unifica determinado entorno urbano y que hace de su proceso de crecimiento y transformación una imagen socializada e internalizada por sus habitantes.

“Ciudad” según Nordenflycht, tiene por significado el concepto y la imagen de lo que ha sido, es y puede ser el patrimonio, en parte visible y en parte intangible, que denominamos precisamente “civilización” (civitas)⁴⁵

Esta imagen, o imágenes, llevada a cuentas como herencia, produce referentes comunes y a la vez, partiendo de esta imagen como principio rector, probado, evoluciona en el tiempo permitiendo la variedad dentro de la unidad urbana. En este camino recorrido, la ciudad y el habitante adquieren vida propia.

Los primeros escritos que plasman impresiones sobre la ciudad de Valparaíso, corresponden a descripciones del lugar registradas en distintos diarios de viaje.

Si bien los lugares en el tiempo van adquiriendo diferentes fisonomías de acuerdo a los particulares tiempos y procesos de transformación de la ciudad, la memoria heredada de sus habitantes los recrea de distintas maneras.

La ciudad, como organismo dinámico y cambiante presenta en los distintos momentos de su historia situaciones de transformación física de innegable importancia y repercusión, que van dando cuenta de su evolución. Sin embargo, los procesos de asimilación de dichos cambios por parte de la comunidad no siempre corren paralelos; la historia viva de los lugares está bañada de ficción y realidad.

De esta situación da cuenta la narrativa producida sobre la ciudad de Valparaíso.³³

44 Ferrater Mora, José. Diccionario de filosofía. Ed. Ariel, Barcelona, 2001, Tomo I, p. 351

45 Nordenflycht, Adolfo de. Op. cit. p. 6



3.3. VALPARAÍSO Y SU NARRATIVA ESPACIAL

La ciudad de Valparaíso como digno representante de su condición porteña, ha propiciado la elaboración de un buen número de relatos en torno a la vida y espacialidad del puerto. Atraviesan su historia múltiples anécdotas que personifican la estrecha relación entre la ciudad y su ámbito marino. Estos personajes aparecen en la quebrada, en la plaza, en los cerros y casas del puerto o de igual manera, viniendo del mar se internan en los más inauditos rincones de la ciudad.

Muchos de ellos, convertidos en verdaderas leyendas, al ser ubicados en su cronología, dan cuenta de distintos ambientes urbanos, de determinados modos de vida y de espacios que adquieren significación no tanto por el hecho físico sino por lo ocurrido en ellos. Por ello, los lugares de la ciudad son más que su condición exclusivamente física y adquieren sus respectivos significados en el acto de habitarlos, de posesionarse de ellos.

En la literatura de carácter urbano, la ciudad se presenta como el escenario donde se desarrollan las diferentes acciones de sus protagonistas. La trama obliga generalmente a dar cuenta con cuidadosa minuciosidad de los distintos espacios donde acontecen los hechos de la obra.

La ciudad de Valparaíso ha producido un amplio imaginario a lo largo de su historia, del que dan fe una innumerable cantidad de escritos que a manera de libros de viaje, de crónicas o de artículos periodísticos, de novelas, de poemas, fechados en distintas etapas de su historia, llegan a nuestros días con una presencia viva y cotidiana y de un modo no solo descriptivo sino de una forma otra de decir la ciudad, en la que como rasgo siempre presente se encuentra la emoción de la historia, su realidad y las múltiples imágenes que de ella surgen.

La mayoría de estas historias dan cuenta de lugares cuyos significados son ampliamente reconocidos por la historia y marcan a su vez algún evento relevante en el desarrollo y conformación de la ciudad.



En Valparaíso existe una producción literaria de importantes escritores que lograron un destacado rol en la producción literaria nacional. Conocedores a fondo del devenir de la ciudad-puerto, produjeron novelas relevantes que se desarrollan en Valparaíso y que describen de modo detallado los diversos acontecimientos relativos a la vida e idiosincrasia de los habitantes momentáneos o permanentes, dando cuenta de los escenarios y retratando a los distintos personajes que fundan y constituyen parte del imaginario social del puerto.

La documentación del habitar de Valparaíso tiene como antecedente inicial el diario de viaje que navegantes, comerciantes, visitantes, estudiosos, llegados a estos confines desde el siglo XVI en adelante, se dan a la tarea de registrar mediante el texto y la gráfica las primeras impresiones en torno al lugar. Navegantes que desde distintos puertos y después de prolongadas travesías llegan al incipiente puerto de Valparaíso. En el descubren todo un mundo de imágenes, experiencias, sensaciones, etc. que irán registrando por la vía del texto, dando cuenta de las impresiones más impactantes provocadas por el entorno, el paisaje, y la incipiente población que esta naciendo ahí.

Las observaciones más detalladas que se registran corresponden principalmente a las descritas en éstos diarios de viaje, por aquellos que llegando desde el mar abren los ojos hacia un espectáculo completamente inesperado: un puerto sin playa, que crece poco a poco y con grandes dificultades, sobre las laderas de sus empinados cerros que se vuelcan al mar. La mirada desde la exterioridad, comienza a afinarse en la medida en que se internan en la ciudad, descubriendo sus variantes y su cotidianidad.

Así, las crónicas y diarios de viaje se convierten en documentos fundamentales para entender desde su período fundacional hacia adelante los distintos procesos y productos en el habitar urbano desde la perspectiva de lo cotidiano, donde el encuentro desde lo emotivo, marca las impresiones sobre el lugar y su gente.

La mayoría de los escritores que han escrito sobre el puerto, sin ser oriundos del lugar, han sido atrapados por la ciudad en la cual han encontrado la carga de un fuerte imaginario social, poético y espacial sugerente y motivante para el trabajo literario. Los escritores en gran medida han contribuido a enriquecer dicho imaginario ubicándose como la voz que narra y documenta los rasgos de la vida porteña, del acontecimiento cotidiano, mediante una narrativa en la que van apareciendo, sitios, lugares, atmósferas, así como personajes que concentran o contienen parte de la esencia de la ciudad, constituida por lugares, olores, colores y sabores que nos hablan de un determinado momento y modo de habitar.

Resulta una tarea ardua, difícil, quizás imposible intentar recrear los Valparaísos de antaño sino se recurre a las fuentes literarias, así como a otras diferentes manifestaciones artísticas que permitan entender la sustancia que hace a la cotidianidad de las ciudades, en su dimensión ambiental.



En la medida en que la edificación y el desarrollo urbano avanzan, el paisaje natural deja de ser una referencia de lugar para dar paso a leyendas que se ubican en puntos específicos de la ciudad, sean éstos públicos o de carácter privado pero que han adquirido, por la colectivización de la información y por la importancia del hecho narrativo, una fuerte connotación de lugar, que ordena, orienta y organiza espacialmente al habitante, pues se convierten en referencias comunes a todos ellos, que relacionan sus vidas con la memoria acumulada por el lugar.

De ese modo, la narrativa colabora para recrear permanentemente la memoria del lugar haciéndola participar activamente en la construcción en torno a nuevos hechos en ese mismo entorno. La transmisión oral y escrita en torno a los acontecimientos del lugar reactiva la memoria pero también la producción presente de los imaginarios locales, e invita a descubrir nuevos referentes.

En relación a la poesía y el patrimonio, Nordenflycht apunta:

*“Creemos que en el caso de la palabra poesía, el patrimonio viene a configurar un espacio de indagación que, por una parte, sitúa al texto abriéndolo a su vertiente comunicativa y, por otra, ofrece un repertorio recursivo de imágenes originarias que posibilita la expansión del gesto de demora y de ampliación en la descripción poética transformadora del objeto entre comillas “real”, en objeto poético. Así la lectura del poema nos obliga a una relectura de Valparaíso, a una reconducción de la mirada, en que el patrimonio visible se enlaza con la dimensión escritural y que nos posibilita una comprensión revalorizadora del espacio y el tiempo del hacer humano, experimentando creativamente en y más allá de su cotidianidad.”*⁴⁶

Valparaíso es una ciudad de historias, leyendas, personajes y lugares. Lugares significativos por su acontecer, valiosos por lo sucedido en ellos, ricos en anécdotas, cargados de emotividad.

46 Nordenflycht, Adolfo de. Op. cit. p. 26



3.4. CONSTRUCCIÓN DE NUDOS DE MEMORIA⁴⁷

Si bien la historia de Valparaíso como organismo embrionario de lo que conocemos hoy como la ciudad puerto del centro del litoral chileno data de mediados del siglo XVI, constituyendo para ese entonces una pequeña aldea de abastecimiento para los barcos provenientes de la difícil travesía por el estrecho de Magallanes y el Cabo de Hornos que tenían entre sus metas principales su arribo al puerto del Callao y de ahí a otros puertos del Pacífico americano, su desarrollo gradual y austero en los siglos XVII y XVIII refieren escasas edificaciones y organizaciones espaciales de carácter urbano. Durante estos dos siglos de gradual poblamiento fueron surgiendo algunas construcciones de importancia como fueron en su momento los fuertes de San Antonio y San José.

Todo el sector ribereño, dotado de grandes bodegas de almacenamiento, así como lo que correspondió a los asentamientos humanos derivados de la influencia colonizadora española reflejado en los ranchos de adobe y paja en una incipiente ocupación de las laderas de los cerros, forma hoy parte de una historia que se fue desdibujando gradualmente y de la cual solo quedan escasos vestigios de sus formas edificadas. La presencia colonizadora española en el territorio edificado, escasa de por sí, se diluyó posiblemente en el mar.

La imagen de Valparaíso hoy es el resultado de múltiples improntas en el territorio surgidas a partir del siglo XIX y que tienen que ver con influencias arquitectónicas de carácter europeo y norteamericano, adaptadas a la topografía particular del lugar, lo que fue derivando en el tiempo en una muy particular mezcla de estilos y formas arquitectónicas, generando un permanente collage espacial que denota culturas diversas. Pero quizá su principal atributo no radique en la belleza aislada o individual de construcciones determinadas sino en la generación de una espacialidad urbana de gran riqueza cuya condición peatonal esencial, permite el disfrute y la sorpresa continua de un espacio social que sin ser ajeno a

47 Término tomado del filósofo y lingüista colombiano Jairo Montoya, definido en su artículo “Entre un desorden de lo real y un nuevo orden de lo inaginario: la ciudad como conflicto de memorias”, en *Pensar la Ciudad*, Bogotá, 1996



condicionantes funcionales, presenta desde su origen un incesante cambio de percepciones espaciales que se fugan lúdicamente hacia el espectáculo marino.

El ingenio y el espíritu porteño crearon una imaginativa arquitectura en medio de un paisaje agreste y escarpado, sobreviviente a ocho sismos y desastres varios. En adelante la ciudad se sigue levantando de manera espontánea. Es la variedad de contrastes, la extraordinaria mezcla de estilos, la que origina el encanto de Valparaíso. Es de destacar que la arquitectura ligada a un suelo y una topografía accidentada y configurada por cerros y quebradas, contiene en principio una anticipada configuración de lugar. En ella la diferencia y la homogeneidad tienden a presentarse simultáneamente. A dicha configuración se contraponen siempre la idea de la horizontalidad del paisaje marino y la verticalidad que le acompaña.

Quizás esta relación de convivencia permanente y equilibrada entre paisaje natural y cultural y el habitante entre estos dos, establezca una particular forma de habitar marcada por la poética del paisaje, condición que suele acompañar a las ciudades puerto.

Aproximación a Valparaíso desde el interior

Joaquín Edwards Bello, escritor y cronista de la ciudad de Valparaíso y premio nacional de literatura en el año 1943, y premio nacional de periodismo en 1955, en su novela “Valparaíso ciudad del viento” narra:

“Es maravilloso ver como aparece de pronto Valparaíso, cuando el tren deja atrás las buganvillas de Viña. La locomotora brama de placer, da una vuelta brusca y aparece la primera roca marina. La locomotora sigue en rápidas vueltas. Estamos en el Barón. Se acabó la gravedad de la capital, trazada a la cuerda como versos de Ercilla. Valparaíso es la ciudad despeinada por los embates del mar y el punto final de las navegaciones. Para el Este, para el Sur, el Oeste o el Norte, las patrias de origen han quedado en lejanías fabulosas. Barrancos a pique; chozas colgadas en precipicios, ascensores; escalones verticales para subir a veinte cerros. Cada colono extranjero ha querido imitar a su patria en ese fin del mundo.”⁴⁸

En este fragmento el autor nos trasmite una primera imagen de aproximación a la ciudad puerto a partir del recorrido Santiago-Valparaíso en tren. El encuentro se produce a partir de

48 Edwards Bello, Joaquín, En el viejo Almendral, Valparaíso ciudad del viento, Ed. Orbe, Santiago, 1968, p. 233

describir el contraste en el orden de lo espacial y de la emoción que va ligada a ello. Frente a las impresiones previas de ciudades ordenadas bajo el influjo español, frente al orden cuidado y burgués de Viña del Mar, aparece esta ciudad “caótica” y “desgreñada”, frágil y en cierta forma etérea. Se nota en ella una personalidad extraña y única, receptora de múltiples influencias. En su frase inicial “es maravilloso ver como aparece de pronto Valparaíso” expresa sin decirlo la fuerza del paisaje y de su geografía intervenida de tal modo que la vuelve inasible como espectador, tal como si fuese una presencia que juega entre la realidad y la irrealdad de ese orden espacial en cierto sentido, único.

Contrastando la fuerza del paisaje y el habitar porteño, el autor se refiere a Viña del Mar, de la siguiente manera:

“Viña del Mar es un pueblo cosmopolita; navegantes portugueses le dieron el nombre de Viñaza o Viña del Mar. De hacienda se convirtió en campamento de veraneo y actualmente es el resumen de las actividades de Valparaíso. Un palacete es corolario de un negocio de bolsa y la casa a medio construir significa quiebra. En verano el cielo es transparente y las arenas doradas. La población anglo-sajona le ha dado a Viña un aire de limpieza rubia. Los ingleses levantaron ahí sus caballerizas y canchas de deportes. Su alma es de verano y el sombrero de paja suele verse de Enero a Enero. Las mujeres son esbeltas, ágiles y audaces. No se busque clase media ni meditaciones; en Viña no hay espacios soleados para sentarse a reposar; todo es vibración y arribismo.”⁴⁹

El viento en la ciudad

“Los vientos de Valparaíso soplaban en verano y duraban tres días cabales, revelando con éste límite su carácter de cosa viva e inteligente. El viento sur se adueñaba de la ciudad de manera súbita deshilachando las nubes y expulsándolas. Despejaba el cielo y batía los lomos de los cerros y los dejaba secos, rojizos, pelados; pasaba con ruidos disímiles que nuestros oídos filtraban y aglomeraban en concierto. En el mar rizado, de color verde claro, la vieja boya del buey ululaba; en los lomos redondos y rojizos de los cerros las basuras bailaban en

49 Edwards Bello, Joaquín. Op. cit. p. 116



tirabuzones diabólicos; las casas se estremecían con ruidos sordos de latones y planchas de zinc. En la parte baja, pillado, producía otro ruido de alas y de seres desesperados. En los alambres arañaba, rugía. Ese gran viento del sur me hacía soñar. Puertas y ventanas sonaban haciendo chasquidos como balas; los sombreros huían; las faldas de las mujeres se apretujaban a sus formas; los papeles danzaban zarabandas y, al fin, en las calles quedaba solo el viento- amo y señor –susurrando en las avenidas, estallando en las encrucijadas, barriendo en las crestas de los cerros a grandes aletazos.”⁵⁰

“El ruido del viento crecía en las calles, la arena se levantaba a trechos y dejaba el piso blanco, devastado; la estatua de Whelwright se esfumaba en los remolinos. El mar verde, de un verde amenazante, se divisaba por las bocacalles. A lo lejos, el humo del incendio era aplastado sobre los cerros rojizos; las casas distantes se despedían del día con reflejos fuertes de vidrios y latas. Las ventanas habían entornado sus párpados; no se veía un alma. Se acercaba la hora de comer”⁵¹

Valparaíso después del Canal De Panamá

El auge de Valparaíso tiene su fin entre los años 1914 y 1930, con la construcción del Canal de Panamá, perdiendo su peso estratégico y transformándose de puerto de paso en puerto Terminal. La política económica de industrialización interna del país hace que casas matrices comerciales y financieras se trasladen a Santiago. Desde entonces Valparaíso queda como centro comercial y administrativo regional, La ciudad cambia totalmente su imagen colonial transformándose en una ciudad dinámica y creciente. La construcción hispana de edificios de gruesos murallones y líneas absolutamente funcionales es sustituida por una mezcla de estilos, gustos y colores, así como por la utilización de nuevos materiales y técnicas constructivas. Para entonces, de la época colonial queda prácticamente nada.

Su arquitectura entremezcla pasado y presente en construcciones que perduran rodeando la amplia bahía con su particular emplazamiento en una geografía de cumbres, recorrida por un despliegue de calles, callejuelas, pasajes y escaleras.

50 Edwards Bello, Joaquín. Op. cit. p. 111

51 Op. cit. pags. 114 y 115



“A mediados de año la temperatura de los negocios bajó. Era cosa corriente en la ciudad convulsionada por la Bolsa. “La musa de Valparaíso es la Bolsa”, había dicho Stepton. El mineral andino salía de la calle Prat, lo cotizaban en la calle Prat, entre las tortillas de erizo del restaurante del Cambio y las sopas de tortuga de Bunout. El nerviosismo del puerto anunciaba un trastorno apocalíptico; la gente bebía, jugaba, remolía: el perfume violento de la riqueza mareaba a la gente metódica; la hacía salir de sus negocios donde habían juntado plata y la perdían en pocos días. Total: “habían comido como chincoles y defecaban como bueyes.”⁵²

“Me agradaba sumirme entremedio del afiebrado gentío de las “ruedas” de la fortuna. El puerto en esa época, con sus negocios quiméricos, sus ostras, sus vinos y sus rincones galantes, era el marco apropiado para los caracteres expansivos y virginales. El juego hacía salir el dinero de sus madrigueras. El dinero, encajonado en los despachos o metido en las fortalezas de los bancos, saltaba de unas manos a otras. Triunfaba el menos indicado; no se precisaban ni preparación ni talento. Tiendas, hoteles, caballerizas, studs, modistas de París, afloraban como callampas bajo la lluvia de oro.”⁵³

“En la calle Esmeralda se notaban los rostros flamantes de los importadores de novedades; habían surgido tiendas inglesas, chinas, francesas, italianas, españolas; la ciudad tomaba un carácter propio.”⁵⁴

“En gran medida el cosmopolitismo social de los centros portuarios facilitó en Chile una rápida síntesis de la herencia hispánica con las corrientes románticas y liberales en franca expansión en Europa y Norteamérica.”

Salvador Reyes, premio nacional de literatura 1945, en su novela “Valparaíso, puerto de nostalgia”, construye a partir de cinco personajes característicos de la vida porteña, una

52 Edwards Bello, Joaquín. Op. cit. p. 270

53 Edwards Bello, Joaquín. Op. cit. p. 272

54 Edwards Bello, Joaquín. Op. cit. p. 273

historia que se desarrolla fuertemente ligada a distintos entornos urbanos, donde a través de un despliegue de talento narrativo, describe la ciudad y su atmósfera, ubicándose en los años cuarenta, donde la bonanza económica del puerto ha dado paso a la nostalgia, como un gran barco anclado a tierra firme, donde todo tiene dinamismo y movilidad menos los personajes anclados al lugar.

En la novela “Valparaíso, puerto de nostalgia” Salvador Reyes elabora con sus personajes un espectro clásico de la vida porteña, a través de los cuales plasma una descripción detallada de un sector medio y bohemio de habitantes del puerto. Se trata del encuentro que se da en una cantina, comandado por un viejo alemán avecindado en Valparaíso, borracho de profesión, en cuyo local se instituye una sede de reunión, (el club de la pipa) para un grupo de personajes con distintos oficios e intereses que se entrecruzan en el relato, y mediante los cuales nos es transmitida la atmósfera bohemia del puerto y los variados intereses de los personajes en esta ciudad, entre ellos un marino, un comerciante, un corredor de bolsa, un pintor y una joven en búsqueda de su sentido de vida.

Esta novela dibuja el ambiente porteño de los años cuarenta en la ciudad y a la ciudad como receptáculo en el que se entrecruzan y del cual se alimentan las diferentes expectativas de los personajes, los cuales, cada uno a su manera expresan su permanente compromiso afectivo con el lugar.

A escasas páginas de su inicio, el autor comenta en torno a un sector del Plan de la ciudad, relativamente cercano al mar:

“Fue en una de esas calles que desde la Avenida del Brasil arrancan hacia Errázuriz; una calle silenciosa, de altos edificios. Arquitectura abigarrada y señorial de 1900. A través de las ventanas, apenas caen las primeras sombras, se advierten interiores confortables, en cuya placidez flotan grandes pantallas rojas y amarillas. Gringos presurosos, damas muy prendidas, criados de albos delantales transitan en la calle. Tanta quietud le hacía a uno preguntarse con extrañeza: ¿Qué hace en este sitio el “Bar Kiel”? ¿Su clientela está formada por gentes de esta calle? Preguntas ociosas para quien sepa que Valparaíso, si en cualquier parte dispone de bebida, también en cualquier parte dispone de bebedor.”⁵⁵

“... La penumbra de toda la acera no tenía más brecha que el zarpazo de luz que arrojaba el “Bar Kiel” y en el

55 Reyes, Salvador. Valparaíso puerto de nostalgia. Ed. Zig-Zag. Santiago. 1960, p. 18

cual la silueta de los parroquianos se recortaba un segundo al cruzar el umbral.”⁵⁶

En éstos párrafos se presentan varios aspectos a tener en consideración:

Por un lado, se trata de la descripción en la que la imagen de lugar se constituye a partir de unos rasgos edilicios que sitúan al lector en un sector físico y social de la ciudad, y del ambiente y sus habitantes, que unidos a lo anterior, terminan por fijar la idea de lugar. Pero junto a ello, acompaña al texto una afirmación en torno a un rasgo, probablemente, de toda ciudad puerto que es la de su condición bohemia, que oferta al paseante, posiblemente ajeno al barrio, una posibilidad para detenerse y estar ahí, haciendo de algún modo suya la ciudad.

Y más adelante:

“El viento que galopa por la Avenida Brasil, peinando los plumajes de las palmeras, da vueltas la esquina y corre por esa calle hacia el mar.”⁵⁷

El viento, característica ambiental de Valparaíso forma parte de la memoria de cualquiera que haya habitado y visitado esta ciudad. El viento acompañado de olor marino forma parte constitutiva de la vida porteña. Junto a el los ruidos y sonidos que genera a su paso.

“La verdad era que todos los habitantes de aquella calle plácida tenían el estigma del viaje. Era imposible mirar a la vieja dama sin pensar en el país donde se alzaba la casa de su infancia; era imposible contemplar al gringo que todos los días, a la misma hora, se encaminaba a su oficina, sin imaginar el adiós que al fin lo devolvería a su patria. Y aquella niña de pelo color de miel, de ojos verdes, ¿no tenía sus pies habituados al equilibrio sobre bamboleantes cubiertas de navíos? Ellos no lo sabían, pero la humedad del océano, llegando por la calle tranquila, les había impreso un sello de viajes marítimos, visible a los ojos expertos. Seguramente, el destino de todas aquellas gentes sería el de partir, el de acumular recuerdos y nombres de ciudades, nombres tan bellos como Valparaíso.”⁵⁸

Con ello, nos introduce rápidamente a un noción de lugar caracterizada por su condición de puerto y desde sus habitantes que permiten una lectura desde la emoción de la historia que se

56 Op. Cit. p. 17

57 Op. cit. p. 18

58 Op. cit. p. 18



ve reflejada en el ambiente construido a partir de la luz, de la humedad, de la temperatura, de la presencia del mar a través de sus olores, así como de la materialidad que envuelve los espacios urbanos y de los personajes que por ella deambulan otorgándole a la ciudad un rostro propio definido a partir tanto de sus facciones como de su expresión. En este caso la expresión nostálgica que parece acompañarlo todo.

Se enuncia en este párrafo también la particular composición de su población, surgida de la presencia en el escenario urbano de las culturas diversas que se dan cita. Una población extranjera, con una gran presencia inglesa, avocada en el lugar, que irá haciendo de Valparaíso su ciudad, levantando edificaciones con toda la carga de su propia tradición.

Cerro Alegre

“Madrid habitaba en el Cerro Alegre, en una casita pequeña colgada sobre el barranco y desde cuyas ventanas se dominaba toda la bahía y, por las noches, se veía el oleaje luminoso de la ciudad trepar por las laderas y romperse en las quebradas. El bolsista vivía allí solo.

La casa, como casi todas las de Cerro Alegre, tenía algo de barco. Las habitaciones eran pequeñas, de techos bajos, muy luminosas y aireadas. La escala que conducía al segundo piso parecía la escala de un puente de mando. Las ventanas amplias permitían que toda la casa fuera barrida por el viento apenas los postigos se abrían. Madrid la había arreglado muy a su gusto, con profundos sillones, grabados ingleses, estanterías con libros de lomos brillantes. Flotaba sobre todo un leve olor a colonia y a tabaco rubio.”⁵⁹

En este segmento, el autor describe una casa en Cerro Alegre, lugar donde los ingleses atraídos por la posibilidad de hacer fortuna en Chile, asentaron sus casas trayendo consigo su propia herencia edilicia y sus modos de vida. Este cerro, el que más avanza con su presencia al Plan y el mar, teniendo un emplazamiento privilegiado, y una altura relativamente fácil de salvar, se fue poblando de construcciones de gran calidad arquitectónica, convirtiéndose gradualmente en un cerro habitado por la elite porteña. La ambientación de las casas al interior así como al exterior da cuenta de una apropiación de su entorno inmediato y lejano, a través del uso de terrazas, balcones, antejardines, así como grandes ventanales y bay windows

59 Op.cit. p. 87



que buscan apropiarse desde su interior, del espectáculo de la ciudad y del inmenso paisaje marino.

Las casas, el barrio y sus habitantes para ésta época, han mantenido y consolidado la herencia inglesa en el puerto. Tanto sus casas como sus gustos son conservados y revividos por las subsecuentes generaciones e irradian su influencia a la sociedad toda. De hecho esa importante inmigración europea y fundamentalmente inglesa en Valparaíso y centro y norte de Chile se encuentran presentes hasta hoy en la sociedad y cultura chilena de distintas maneras expresándose tanto en la vida privada como en la vida social. Por ello el personaje avecindado en Cerro Alegre, apellidándose Madrid tiene en su vida cotidiana una carga importante de costumbres adquiridas como herencia del lugar.

Valparaíso como paisaje nocturno

“... estoy cansado, sin ganas de bajar. ¿Por qué no te quedas aquí?”

El otro aceptó. Abrieron la ventana y se quedaron mirando la bahía y la ciudad iluminada. Era una de esas noches invernales de Valparaíso, limpias y no demasiado frías, que suceden a un período de lluvia....”

“- Los cerros son admirables de colorido. Hay tradición en los cerros porteños. Algo ha quedado aquí flotando del gran Valparaíso de los negocios y de los viajes; se respira el recuerdo penetrante de 1900; del puerto violento, impregnado de inglesismo y acción. ¿Has visto esas casas de este cerro que parecen lustradas y frotadas constantemente? En las mamparas de algunas hay pequeñas planchas de bronce con nombre sajón o alemán, medio borrado por el constante trabajo de sacarle brillo. Son casas de viejos marinos, de gerentes de antiguas compañías que conservan la costumbre de hacer frotar los metales todos los días; casas de gentes tan personales como las producía el siglo pasado y los primeros años del presente. De esas gente quedan muy pocas. Valparaíso ha ido perdiendo su carácter. Le queda solo esta maravilla nocturna.”⁶⁰

60 Op. cit. p. 90



En este párrafo el autor destaca ciertas costumbres de los lugareños que pasarían inadvertidas por cualquier libro de historia y que sin embargo marcan una época y su cotidianeidad. Junto a ello, ese algo que flota en el lugar, ese intangible, es quizás lo que connota a Valparaíso respecto a otros lugares y que es lo que ha decantado el tiempo en su atmósfera, que va desde una evidente actitud respecto al paisaje (las casas queriendo volar cual gaviotas), un detalle en la puerta de las casas, hasta un particular modo de subir y bajar las escaleras de cuerpos ya acostumbrados a la topografía porteña.

La Matriz

“... ningún rincón del puerto había escapado a la curiosidad de Fernando. Había pintado docenas de telas en las calles vecinas a la iglesia de la Matriz, callejuelas retorcidas, donde por las noches vagaba todo un mundo de trabajo, de miseria y de placer.”⁶¹

El autor, en la voz de Fernando, dedicado obsesivamente a pintar los distintos lugares de la ciudad, va retratando espacios de recurrente memoria, entre ellos, las faldas del Cerro Santo Domingo donde se ubica la iglesia de La Matriz, lugar de origen de Valparaíso, donde se edificara la primera iglesia y que a lo largo de más de cuatrocientos cincuenta años ha presentado diferentes versiones en el mismo emplazamiento. Barrio de tradición pero también de pobreza, ha sido quizás su condición más permanente.

Por la novela “Valparaíso, puerto de nostalgia”, desfilan los siguientes personajes: el libidinoso alemán, Don Edgardo, dueño del Bar Kiel y su esposa Frau Grunther, un corredor de bolsa solitario avecindado en Cerro Alegre, un pintor sin mayor fortuna que recorre Valparaíso con sus pinceles, un contrabandista nortino acostumbrado a traficar y a especular como modo casi natural de subsistencia, Eduardo Miranda, un capitán de corbeta ligado permanentemente al mar, y Dora una joven niña, en busca de aventuras. Todos ellos participan de la creación del Club de fumadores de pipa y en conjunto dan cuenta de una serie de personajes que con sus historias van dibujando la vida del puerto a mediados de los años cuarenta del siglo pasado, momento de decadencia económica de la ciudad. Juntos, en sus diferentes encuentros irán narrando vivencias en distintos sectores de la ciudad y el bordemar. Aparecerá retratada la parte acomodada y plácida del Plan, como la zona dura y difícil del puerto, y sus sórdidos lugares, así como también, recorridos por algunos de los cerros más tradicionales de la ciudad.

61 Op. cit. p. 57

Cabarets, prostíbulos y bares, serán los lugares adonde acudirán en sus recorridos por la ciudad, los personajes de ésta novela. Serán los bares, o como alguien los denominó “rincones confesionales”,⁶² donde se dará cita lo más íntimo de sus vidas. Este acercamiento a la vida de los otros y a la propia teniendo como intermediario una copa de vino quizás traiga consigo una virtud, además de las consecuencias negativas ya conocidas. Virtud que tiene que ver con un acercamiento mayor hacia la vida de los otros y en consecuencia una actitud más solidaria. Quizás algo de ello construye también la particular idiosincrasia del porteño.

La Plaza de la Victoria

*“sin hablar más llegaron a la Plaza de la Victoria, donde los cines y los cafés animaban apenas el centro del Valparaíso otoñal. Algunas personas entregaban sus pies al trabajo febril y bullicioso de los lustrabotas, otras daban vueltas a la plaza con aire aburrido. En lo alto de la Torre de “La Unión” un aviso luminoso giraba proclamando las excelencias del nuevo modelo Ford.”*⁶³

Personajes

*“Entre los encuentros que Fernando tuvo por aquella época con gente del puerto, hubo uno que le dejó un recuerdo persistente: fue el capitán Thomas, un canadiense alto y seco comandante de un brick que navegaba entre Puerto Montt, Valparaíso e Iquique, cargando maderas y salitre... Fernando recordaba la visita que le hiciera una noche en compañía de dos muchachas. Era en invierno y el puerto estaba negro. Se oía el crujido de las amarras y el chapoteo del agua contra el embarcadero...En su amplia cabina el capitán guardaba algunos objetos que había recogido antaño en sus viajes por el Oriente. Había conocido Java y Ceilán a fines del siglo, cuando aquellos países conservaban intactos sus tesoros fabulosos”*⁶⁴

62 Tomado de Giannini, Humberto. La “Reflexión cotidiana”. Ed. Universitaria, Santiago de Chile. 1987, p. 89

63 Op. cit. p. 62

64 Op. cit. p. 56

Esta época y las que le anteceden quizás tengan como característica el encuentro permanente entre la gente de mar y de tierra. Siendo Valparaíso históricamente, la gran puerta de ingreso a Chile, cuando todo viajaba principalmente por mar, es a través de esta vía que se posibilitan enormes aprendizajes y también leyendas en torno a otros lugares, desde donde el carácter casi insular de los chilenos tiende a diluirse por los distintos acercamientos hacia el resto de la geografía y el contacto con otras culturas, que llegan para quedarse, participando activamente en la configuración de la ciudad y de la muy particular personalidad porteña de sus habitantes.

El paisaje marino

“La mañana estaba fresca. Dejaron el automóvil y echaron a andar a pie, atravesando un gran bosque de pinos hasta ver el mar brillante, de cuyo azul profundo el viento arrancaba copos de espuma blanca. Dos grandes vapores venían lentamente hacia los muelles; los remolcadores atravesaban la bahía en todos sentidos. La pureza del aire permitía ver la costa hasta muy lejos, la sucesión de cerros destiñéndose del verde al gris y, casi en el límite del horizonte, las velas de dos goletas que volvían de Juan Fernández.”⁶⁵

El efecto del viento en el mar, el descubrimiento de una perspectiva inmensa, el aire, y el olor a los pinos que sin decirlo el texto lo transmite, etc., todos ellos elementos intangibles del paisaje, haciendo de Playa Ancha, al poniente de la ciudad, un lugar contrastante al resto de la ciudad, en la vastedad de su paisaje.

El alimento marino

“Bote salvavidas. A la entrada del comedor, el goloso empieza por recrear la vista en una completa exposición de pescados y mariscos. Se ven allí las gordas langostas de Juan Fernández; los choros de concha negra, que pueden meterse distraídamente en el bolsillo del chaleco en lugar del estuche de los anteojos; los erizos que, si hablaran, podría cada uno de ellos representar una comedia de múltiples personajes, tantas son las lenguas que encierran en sus caparazones espinudos; los locos,

65 Op. cit. p. 132



cuyo discreto comportamiento basta para demostrar la inutilidad de la psiquiatría; el congrio, que es el único pez que une el gran tamaño al sabor exquisito; es decir, el pez más generoso; las corvinas, que parecen de plata pura, a tal punto que debieran guardarse en refrigeradores blindados. En fin, toda la fauna del mar chileno, la más sabrosa y variada del mundo.”⁶⁶

El verano

“La vida era densa y jocunda. Viña se mecía en las continuas fiestas; Valparaíso estaba pálido a fuerza de trasnochadas. En la Plaza de la Victoria se sentaban los burgueses autóctonos criticando aquella actividad turística del lujo y de la juerga. En la Avenida Pedro Montt se apretujaban los paseantes; los cafés, las músicas apenas podían circular entre los resquicios de las animadas conversaciones.”⁶⁷

“¡Que alegría volver a Valparaíso! –dijo-. Yo soy porteño hasta los huesos. Siento el olor de Valpo y soy feliz.”⁶⁸

Valparaíso, como tantas ciudades, además de contar con una edificatoria particular, con un emplazamiento único, con una mezcla particular de culturas, etc., es también, en la mente y emoción del porteño, un olor propio. Hay ciudades que agudizan el olfato y lo impregnan de memoria para siempre. Valparaíso es uno de estos casos; el agua yodada, la faena marítima de su condición de puerto, junto a la riqueza, vastedad y olor del alimento marino reparten su presencia en la ciudad. Por ello, este acento de ciudad que el autor pone en voz de uno de sus personajes, el Capitán de Corbeta, Eduardo Miranda, ligado permanentemente al mar expresa cualidades que viniendo desde el mar invaden la ciudad y también la determinan.

La tarde cayendo en Valparaíso

“Echelon a andar por la Avenida del Brasil. Luego tomaron por Esmeralda en dirección al Puerto. La calle estaba hermosa con su brillo y actividad, las luces

66 Reyes, Salvador. Mónica Sanders. Ed. Andrés Bello. Santiago. 1983, p. 29

67 Reyes, Salvador. Valparaíso puerto de nostalgia. Op. cit. p. 148

68 Op. cit. p. 150



eléctricas se quebraban en los caparazones de los automóviles, la gente entraba y salía de las tiendas; grupos de bulliciosas muchachas pasaban haciendo en voz alta comentarios pueriles. En una esquina, un altoparlante cantaba con una voz desafinada. Los gritos agudos de los suplementeros ofrecían los diarios de la tarde. Valparaíso iba resbalando, aturrido de bullicio y de color hacia la noche.”⁶⁹

La narración del ambiente de las calles guiado por la actividad de los distintos personajes que dan vida a la ciudad en la hora en que el trabajo de la gente de tierra ha quedado atrás y salen de sus oficinas rumbo a su refugio es el tiempo y espacio de la socialización. A esa hora la ciudad es distinta y recibe a sus habitantes como saliendo todos a escena. Es la posibilidad del comercio, del encuentro casual, donde la ciudad se va apagando y se va encendiendo la casa, como un breve recreo que el horario y las actividades brindarían a cada habitante. Valparaíso reúne a esta hora de la tarde los destinos de sus distintos habitantes; interactúan en un breve y sinuoso escenario urbano los variados personajes de la ciudad. Los oficinistas, los profesionales, los vendedores, los estudiantes, los indigentes, etc., haciendo de este momento del día un espectáculo de vida y movimiento, que desaparece abruptamente, por orden de Cronos. En el transporte colectivo la gente se encuentra casualmente y en el tiempo que dura el trayecto se ponen al día de la vida de los demás. El plan se convierte en una gran estación de traspaso hacia las distintas latitudes y altitudes de la ciudad.

Aproximación a Valparaíso desde el mar

En la breve novela “Lanchas en la bahía” del escritor Manuel Rojas, también premio nacional de literatura, se narran momentos de vida de trabajadores del mar. Conocedor a fondo de múltiples oficios, trabajador de mar por largo tiempo, Manuel Rojas nos habla desde su experiencia directa.

La novela cuenta la historia de un muchacho que poco a poco va ingresando a la dura vida de los trabajadores más pobres del mar, los estibadores o cuidadores de los cargamentos de las pequeñas embarcaciones (huachimanes). Ahí el muchacho traba amistad con gente ruda y uno de ellos lo introduce al ambiente de los salones de baile y prostíbulos del puerto. En uno de éstos lugares se enamora y por defender sus sueños y expectativas sobre la muchacha, termina en la cárcel. Al salir, ha madurado pero la vida le ha impuesto la realidad por encima de sus sueños. La niña nunca estará a su lado. Pero toda esta historia está bañada por la amistad de un marinero cuya infortunada vida será siempre como un adelanto de lo que la vida hará con

69 Op. cit. p. 203

el propio muchacho, que nunca podrá salir de la pobreza ni de la explotación a lo que los condena el trabajo portuario. Pero junto a ello el texto subraya la condición humana, la fuerte solidaridad y bonhomía de la gente de mar.

Desde el mar, surge la descripción inquietante de un ambiente de enorme soledad, donde, desde la exterioridad oscura se observa la ciudad iluminándose gradualmente como un gran escenario.

“... Empezaba la hora triste del mar, la hora en que todo movimiento enérgico cesa, la hora en que prenden las luces de los barcos, haciendo así más oscura la soledad de la bahía. Las últimas voces declinaban frente a la noche. Empezaban los deslizamientos furtivos, los ruidos fugaces, los movimientos reptantes, el desfilar de los chinchorros tripulados quien sabe por quien y que se dirigen quien sabe hacia dónde. Había ya luces en la ciudad en el plano, en los cerros, y se extendían en racimos, en guirnaldas, como en honor de alguien, dando a la atmósfera que gravitaba sobre el puerto un tono rojizo y blanco. Una imagen de la Virgen, rodeada de luces, refulgía como un diamante en el pecho de un cerro.”⁷⁰

Los rincones nocturnos

“Desde un estrecho rellano, pasaron al salón que daba nombre a la casa: Era un salón que solo podía existir en un puerto y seguramente sería el rincón preferido de las tripulaciones. Siete grandes y antiguos espejos, con monumentales marcos dorados, estaban adosados a los cuatro muros. Éstos eran el orgullo de la casa, y al verlos allí incólumes, seguramente después de varios años, uno se preguntaba que poder angélico podía haberlos preservado de la botella voladora que no habría faltado en ninguna de las fiestas que allí se celebraban. Junto a los espejos había banquetas y sofás tapizados de peluche ordinario.”⁷¹

70 Rojas, Manuel. Lanchas en la Bahía, en Obras Completas. Ed. Zig-Zag. Santiago, 1961, p. 284

71 Reyes, Salvador. Op. cit. p. 176

Ese poder angélico se ha aferrado a “los siete espejos” pues hasta el día de hoy siguen existiendo los espejos y el salón como un lugar tradicional de Valparaíso. Por un lado una conciencia de lo propio ha permitido la permanencia de sitios cuyo valor principal radica en el hecho de haber aportado a la construcción de una tradición y memoria urbana de la ciudad. Más que su presencia física, donde la mayor parte de las veces los lugares tradicionales de Valparaíso pasan inadvertidos para el paseante desinformado, el conocimiento de ellos a través del dato que va de boca en boca, de generación en generación, va generando un encanto mítico y convocante de múltiples historias que se conjuntaron ahí, en estos sitios hasta convertirlos en espacios memorables.

Un gran escritor, González Vera nos expone en su novela “Vidas Mínimas”, la vida de los pobladores más pobres de Valparaíso, dándonos una visión del habitar porteño en los años ‘30s del siglo pasado. Este escritor, como dice Alone, quien hace el prólogo del libro, es un escritor fino y analista de lo íntimo. Su mirada al mundo de los pobres “pretende mirar con exactitud y expresar con sinceridad lo que observa, dentro y fuera de si mismo”.

“Íbamos por calles estrechas cuyos edificios parecían juntarse en la altura. Empezamos a trepar por una callejuela empinada que torcía a derecha e izquierda. Las casas estaban construidas en todas las formas concebibles. Algunas eran de latón; otras de madera; éstas, de barro; aquellas, de ladrillos, y muchas habían sido hechas con una mezcla de todo. ¿Y la pintura? Verdes, rojas, blancas, de tonos intensos... “las casas se apretaban desalineadamente. Unas, avanzaban hacia la calle; otras se escondían; éstas descansaban en muros vecinos; aquellas se erguían, se inclinaban, y varias ahogábanse con la presión de los edificios laterales.”⁷²

Con las piernas un tanto vencidas, continué subiendo. De repente surgían callejas que en pasos más se precipitaban al mar; otras se interrumpían, sin que faltaran las que doblaban bruscamente, acaso detenidas por una roca oculta.

La casa buscada hallábase en la parte más alta del cerro Cordillera. Su aspecto era despersonalizado, anónimo. Despedí a mi acompañante y dí un golpe tímido.⁷³

72 González Vera. Vidas mínimas. Ediciones Ercilla. Santiago. 1957, p. 108

73 Op. cit. p. 109



“Deseoso de curiosear, me fui al puerto. Atravesé calles brillantes, estrechas, y luego estuve en el muelle. Encontré gentes de todos los países. Unos marineros alemanes fumaban pipas. Obreros cesantes, acodados en las barandillas, seguían con mirada indiferente el ir y venir de los transeúntes. El mar era una monstruosa masa de elástico. Estuve largos minutos como disuelto ante la arremetida cansadora y monótona de las olas. Después anduve sin objeto.”⁷⁴

“La noche caía imperceptiblemente. Las grúas, con sus brazos quietos en el espacio, amenazaban al mar. Volví al cerro. Por las callejuelas transitaban cargadores, marineros. Los vendedores ambulaban con sus cestos semivacíos. Pequeñas luces emergían de todos los sitios, perdiéndose y avivándose. En una calleja atravesada, mujeres maduras, con vestidos vistosos, conducían a unos jóvenes marineros, rubios y altos, que de seguro se habían embriagado al bajar a tierra, Los jóvenes daneses se dejaban conducir alegremente y ellas avanzaban con precisión de herramientas. El camino curveaba con brusquedades sorprendidas. De las casas salían gritos y olores vagos. Una onda de rumores confusos avanzaba desde los cerros circundantes, invadía de modulaciones el espacio y huía luego confundida con el viento.”⁷⁵

“...Cuando su tía decidió irse a Valparaíso, lo hizo por si en ese puerto la vida fuera menos dura. Tenía gusto por el comercio y vender constituía su única obsesión.”⁷⁶

“las aceras del Pasaje Quillota estaban invadidas por venteros que pregonaban sus frutos a toda voz.

Después de ascender durante veinte minutos, llegué a su casa, situada en lo más alto del cerro. Tenía jardinillo circundado por una pared de zinc.

74 Op. cit. p. 110

75 Op. cit. p. 111

76 Op. cit. p. 120

Nos sentamos bajo el parrón y hablamos. El jardín caía casi bruscamente al camino. Más abajo, un hilo de agua dividía la base de los cerros.

Al frente, otro cerro achatado proyectaba contra el espacio mil espirales de humo. En los extremos del horizonte, una montaña paralizaba el desplome del cielo.”⁷⁷

“Después visitaba a un amigo portero del cuartel de bombas. Enseguida iba a echarle un vistazo a su hijo, ya casado, y daba fin a la tarde en la Plaza Victoria, en donde platicaba con otros viejos jubilados.”⁷⁸

“Con la idea de un hallazgo, me detuve extrañado ante la variedad de ventas que había en la subida de San Juan de Dios. Cubrían la acera desde el Plan hasta el comienzo de la falda del cerro. Vendían carne, limones, vasijas de greda y chucherías mil, además de los frutos de la estación. Recordé que en mi maleta tenía ciertos libros perfectamente vendibles. La casualidad me condujo a una tienda en que realizaban, a veinte centavos el tomo, obras de Rubén Darío y Joaquín Edwards Bello. Adquirí las más que pude.”

“Un señor maduro, de buena apariencia, montado en un burro, fue el primer comprador. Se llevó mi diccionario.”⁷⁹

¿Todavía no trabajas? Todo anda mal, que pobrezas se ven. Ayer, ¿lo crearás? Apenas vendí una docena de humitas. Antes me las arrebataban.

“Tendido de espalda, divagaba mirando las estrellas, tan luminosas en la proximidad del mar. El ruido de las olas flotaba en el aire. Tardaba en dormirme, porque esa parte

77 Op. cit. p. 121

78 Op. cit. p. 127

79 Op. cit. p. 128

de la calle era concurrida por borrachines que la avivaban con gritos y canciones.”⁸⁰

En la primera semana, Joaquín me llevó a ciertas fábricas; pero en todas me rechazaron. Las industrias languidecían. Las máquinas estaban dominadas por un sueño sin variante. Los patronos tenían el gesto afeado.

Las calles congestionábanse de obreros con las piernas flacas y los brazos de abandono. Mujeres pobrísimas vagaban aleladas. Desde el fondo de las tiendas, los comerciantes vigilaban con nerviosa preocupación el movimiento del hambre hecho hombres y mujeres.⁸¹

De vuelta, el buen Joaquín lamentaba que yo hubiese venido en tan mal tiempo. ¡No haber sido antes!

Valparaíso a principios del siglo XX

Valparaíso a principios del siglo XX contaba con una gran presencia nacional e internacional. Siendo la segunda ciudad más importante de Chile, después de Santiago, su capital, su población se caracterizaba por la gran influencia inglesa, resultado de una migración de comerciantes, marinos e inversionistas que se asentaron en el lugar.

“Valparaíso fue la puerta de Chile, por lo que tuvo muchos adelantos antes que otras ciudades del país. Pero no solo por eso. Hubo una verdadera fiebre de progreso, un delirio por innovar, explorar y abrirse un camino propio. Fue el más valioso aporte de los gringos: el pionerismo.”⁸²

Algo de eso queda y relumbra todavía, de tarde en tarde.

Tuvo las primeras vacunas contra la viruela, la primera línea regular de entre el continente y la India y la Oceanía, el primer vapor del Pacífico, el primer club, el primer observatorio astronómico, la primera compañía de seguros, el primer cuerpo de bomberos, los primeros

80 Op. cit. pags. 134 y 142

81 Op. cit. p. 125

82 Lukas. Op. cit. p. s/n

buques de guerra construidos en el país, la primera librería de Sudamérica, el primer túnel en vías de comunicación, el primer servicio de agua potable, el primer alumbrado a gas del continente, la primera Bolsa Comercial, el primer banco, la primera gobernación eclesiástica, el primer telégrafo de Sudamérica, la primera ascensión en globo, el primer servicio de teléfonos, el primer Cementerio General, el primer servicio de cables, el primer camino pavimentado, la primera radioemisora, los primeros radioaficionados, el primer canal de televisión, los primeros transplantes cardiacos. La lista sería muy larga de enumerar. El honor regional está exaltado en las más antiguas instituciones deportivas, el más antiguo club de fútbol, el más antiguo diario de habla española (El Mercurio desde 1827)”⁸³

“El maestro empezó a hablar del viejo Valparaíso, de la época de los grandes negocios del nitrato, cuando el puerto hormigueaba de una actividad frenética y en la Bolsa se jugaban cada día centenares de millones, cuando las damas elegantes pasaban en victorias guiadas por cocheros de pantalón blanco y sombrero de copa y los ingleses construían en el Cerro Alegre sus casas blancas, con persianas rojas y chimeneas que humeaban perezosamente en los largos días de invierno, mientras el temporal batía el puerto sin defensa y las olas monstruosas inundaban la Av. Errázuriz y la Calle Blanco....a Fernando esa época le seducía, con su mezcla de refinamiento, de cosmopolitismo y de aventura.

Morel repitió la historia que Fernando había oído tantas veces: la del terremoto que en 1906 había arrasado la ciudad. Sabía describir el horror de aquella noche con una fuerza tal que el muchacho creía ver el cielo iluminado por los incendios y oír las voces de la gente que corría entre los escombros, gritando los nombres de las personas queridas. La tierra había temblado como la piel que el caballo sacude para espantar las moscas; los bajos fondos del puerto habían vaciado sus hombres de presa,

83 Lukas. Op. cit. p. s/n

que robaban y asesinaban mientras los edificios caían pulverizados. En medio del caos y la desesperación había surgido un marino que restableció el orden fusilando a los criminales en los lugares mismos en que eran sorprendidos. Entre el estrépito de los muros derrumbados y los alaridos de las víctimas, se oían las descargas de fusilería.”⁸⁴

Lukas, un gran dibujante y caricaturista porteño nos describe así Valparaíso:

“Me gusta todo en Valparaíso; el plan y los cerros Hay Más color en los cerros. Más drama. Los 23 ascensores tienen su historia. Cada cerro es un caso aparte. El viento es la música de los cerros.”⁸⁵

“Nada tiene de fúnebre este cementerio florido, donde revolotea y voltejea un mundo de pajarillos, de mariposas y de insectos”. Entre sus coquetas tumbas...bajo los rosales y las madre selvas” es habitual encontrar escolares haciendo la cimarra o parejas de enamorados que buscan la soledad”.⁸⁶

¡Incendio! ¿Dónde será? Fiesta de Valparaíso. En el incendio se pone a prueba el estado de las maquinarias, de los pistones, de los motores y de los bomberos. En suma: se pone a prueba el estado de Valparaíso. El pulso de la ciudad está en las bombas. La sirena que anuncia es espantable. Juicio final. Ventanas, terrazas y cúpulas para mirar. Los incendios acaparan la atención de todo el mundo. Entran en los dormitorios, en los restaurantes, en los teatros y en las oficinas. Los bomberos, que aquí son empleados de Bancos, de tiendas y de bares, o doctores y abogados, se disparan y corren a buscar sus piolas, sus cascos y alguna toalla. Las bombas de mi tiempo eran más bonitas, con caballos percherones.”⁸⁷

84 Reyes, Salvador. Op. cit. p. 55

85 Lukas, Apuntes Porteños. Ed. Universidad Católica de Chile. Ed. Universitarias de Valparaíso. 1971. Sin numeración.

86 Lukas. Op. cit. p. s/n

87 Lukas. Op. cit. p. s/n

El borde marino

“...Trabajaban aún en el malecón y el resplandor de las luces se extendía sobre el agua como un cardumen de peces rojos; se oía el trepidar de las grúas y grandes bultos se alzaban y desaparecían de pronto, como caídos al mar. Los hombres pasaban y volvían a pasar frente a las luces, minúsculos pero decididos, insistentes como insectos. Mirábamos con envidia, con deseo de abandonar mi soledad y mi silencio para marcharme junto a ellos, junto a las negras y poderosas máquinas, en medio de las voces de mando y los gritos de mando:

- ¡Iza! ¡Un poco mas!...¡Arrea! ¡Guarda abajo!⁸⁸

El Plan

“... La calle terminó frente a una pequeña plaza desde donde nacían y se extendían otras calles. Tomé hacia la izquierda, por una calle angosta, de altos edificios. En las aceras la muchedumbre se deslizaba como espesa ola. Tranvías, automóviles, coches, llenaban la estrecha calzada. Sentíase allí, en medio del bullicio de la gente y de los vehículos, el aliento de la ciudad; marchaba como en el aire....

...una vidriera absorbió mi imagen, la mezcló con otras y me la devolvió con la ligereza de un prestidigitador; era la imagen de un joven alto, delgado, cargado de espaldas, con las piernas un poco torcidas, vestido de negro y con una manta oscura al brazo. Era yo. Me sorprendí, pues en ese momento me sentía recio, ancho, con el pecho erguido y la espalda recta y llegué a creer que la vidriera había escamoteado mi imagen, devolviéndome otra ajena. ...Quise sobreponerme, llenarme nuevamente de fuerza, pero al dar vuelta la esquina apareció el mar, el mar que ya obscurecía como el cielo y que estaba allí, como todas

88 Rojas, Manuel. Op. cit. p. 284



las noches, esperándome, bamboleando en su cuenca de piedra y barro.”⁸⁹

“... Caminábamos desgánadamente, como sin rumbo; nos detuvimos en una de las bocacalles de la Plaza Echaurren, que con su iluminación pobre y sus árboles de obscuro follaje parecía un pozo de sombra dividido por la amarillenta faja de luz de la calle. Algunos hombres y dos o tres mujeres vagaban entre los árboles. El paisaje me sobresaltó un poco. Miré a mi compañero y lo vi tranquilo, como indiferente, muy distinto a mí, que empezaba a sentirme desasosegado... Atravesamos la calle penetrando en la oscuridad de la plazuela.”⁹⁰

Paisaje porteño

*Tú me regalaste todo el horizonte,
Un barco que zarpaba,
Una torre que apuraba el momento
Sin decir palabra.
Esta vieja amistad nuestra empezó
Cuando íbamos a conversar contigo,
De subida y de bajada,
Para oírte contar de las luces
Que la noche enciende,
Y de las otras
Que la noche apaga;
Cuando los vientos carteros mostraban
A mis ojos asombrados
Balcones enrejados de blancas sábanas,
Y era verídica la mano de mi padre
Apoyada en la luna de mi infancia.”⁹¹*

Topografía y arquitectura se han fusionado a lo largo del tiempo estableciendo una suerte de complicidad entre paisaje natural y cultural.

89 Rojas, Manuel. Op. cit. p. 293

90 Op. cit. p. 304

91 Ballet, Eugenia, en Geografía poética de Chile. Valparaíso Ed. Antártica. Santiago. 1993, p. 54

Los cerros más cercanos al mar fueron los primeros en recibir una estructuración urbana mientras los más alejados del núcleo urbano del Plan, fueron siendo ocupados por los habitantes criollos. Los cerros privilegiados en su relación con el núcleo urbano de Valparaíso, recibieron una población de origen europeo, fundamentalmente ingleses, alemanes y franceses, los que impulsaron los negocios y vínculos de Valparaíso con el mundo, haciendo de este puerto una ciudad cosmopolita y un importante centro de negocios e inversiones.

La arquitectura, de los Cerros Alegre y Concepción dan debida cuenta de la opulencia y la enorme cantidad de recursos concentrada en Valparaíso. Los cerros Alegre y Concepción, ubicados hacia lo que hoy sería el centro poniente de la ciudad, si bien fueron urbanizados con la libertad conferida por la propia topografía, marcaron en gran medida, pautas de ordenación que fueron retomadas en los demás cerros del puerto.

En los cerros de Valparaíso, que alcanzan un aproximado de 45, fue poco a poco asentándose la población criolla propia del lugar más una vasta población venida del interior del país, muchos de ellos de las zonas mineras del norte, informados de la bonanza y dinamismo económico creciente de la ciudad entre mediados del siglo XIX y principios del XX.

“Huyamos de Valparaíso central. Huyamos de las calles de Condell y de Esmeralda. Huyamos de la Plaza Victoria y vamos a la parte desconocida. Uno podría vivir cien años en Valparaíso y no conocería la mitad más sabrosa de él.

Vamos a ver: ¿Conocen ustedes la Quebrada de los Chanchos? ¿Conocen el estero de la Cabritería? ¿Conocen la población Astorga?

Existe un Valparaíso inverosímil. No está abajo. No está en la facilidad. Está en los cerros pobres. Es otro mundo. La escalinata de la Subida Ecuador es una broma si se la compara con la escalinata del Cerro Las Cañas. La llaman la Escala de la Muerte. Cuenta tantos peldaños como días tiene el año: 365 escalones. Sin pasamanos. El que fuera subiendo, sin tener la costumbre, y mirara hacia atrás, no quedaría convertido en estatua de sal, sino en algo peor.”⁹²

92 Edwards Bello, Joaquín. Memorias de Valparaíso. ED. Zig-ZAG. Santiago. 1969. pag. 44

Las Calles

El escritor Carlos León, refiriéndose a las calles de la ciudad, comenta:

“Las calles, como las personas tímidas, cuando se encuentran se cortan. Así nacen las esquinas. En ellas radica el carácter de las ciudades.

Nuestro puerto tiene esquinas singulares. La formada por la calle Cochrane y Carampague tiene dos personalidades, como el Dr. Hyde.

Durante el día es apacible, laboriosa y tan servicial que las personas previsoras, amigas de viajar sentadas, llegan hasta ella para encontrar una cómoda movilización. Después de medianoche cambia, tórnase agresiva, ruidosa y predispone a sus visitantes, con la vigorosa ayuda de nuestros excelente vinos criollos, a recordar agravios antiguos o imaginarios. Del recuerdo a la acción directa existe solo un paso. Como se trata de un paso corto, nadie deja de darlo.”⁹³

En la obra “Mónica Sanders”, escrita en 1949, Salvador Reyes, premio nacional de literatura, escribe:

“El capitán saltó a un autobús en la misma calle Blanco. Eran las cuatro de la tarde de un día viernes y había mucha circulación. Los hombres iban de prisa; las mamparas de las oficinas comerciales giraban sin cesar; los automovilistas claxonaban con impaciencia. Se veían muy pocas mujeres en la calle, en cada una de cuyas puertas una plancha de cobre o un letrero sobre el muro indicaba una compañía de navegación, de seguros, de exportación o un banco, un bufete de abogado, de bolsista, cuando no la sede de una empresa industrial. Algunas puertas de los pisos bajos se abrían sobre sótanos en los que se hallaban instalados comercios marítimos, oficinas y bares. Esos edificios, levantados a comienzos de siglo, testimoniaban la influencia sajona que Valparaíso había recibido en la época de mayor desarrollo. En la calle Blanco como en Serrano, Prat,

93 León, Carlos. Algunos días. Ediciones universitarias de Valparaíso. Santiago. 1977, p. 31

Lord Cochrane y otras del puerto, no escaseaban los rincones que sugerían alguna rápida imagen londinense. O de algún otro puerto nórdico. Nada espectacular por cierto: apenas una impresión ligera, pero profunda, como la de un rostro que no evoca un parecido, sino más bien un aire de familia. Bastaba una puerta, la enseña de un comercio, el aspecto de una esquina para producir esa relación. La colonia británica, tan abundante en otro tiempo, había impreso su huella en las calles porteñas y en algunos cerros, como el Alegre y Playa Ancha. Huella un tanto desvanecida, de la cual en ciertos momentos, como, por ejemplo, en las horas vacías de los domingos de sol, se escapaban un vago perfume cosmopolita y una nostalgia injustificada por un pasado que no había tenido nada de extraordinario.”⁹⁴

Y JEB, en relación a la etapa de deterioro económico del puerto, nos comenta:

“En Valparaíso no permanece nada. Una lectura de los epitafios en el cementerio hará saber que no quedó nadie; no hay una familia antigua en el puerto, como no sea de changos; ningún porteño célebre es hijo de porteños. ¿Y eso proviene de qué? De que el hombre de dinero no creyó en el arte. Solo el arte atrapa a la gente y la hace permanecer; lo más sutil tiene la mayor fuerza para arraigar. No hay una maravilla de arte en el puerto. El hombre pasó como la manga de langostas y si me pidieran la definición de arquitectura yo diría esta sola palabra: calamina. No se ve otra cosa, como para probarnos el carácter pasajero y transitorio de la ciudad. El rumor que arrulló nuestra cuna es aquel ruido del viento sur cuando suena en los techos y los alambres de teléfono. Viento y lata.”⁹⁵

La novela denominada “En el viejo Almendral, Valparaíso ciudad del viento, fue escrita por Joaquín Edwards Bello, chileno, porteño, premio nacional de literatura. Nacido en Valparaíso, este autor ha sido considerado como el primer cronista literario y uno de los principales exponentes de la novela naturalista en Chile. Su obra narrativa se centra en el retrato de los ambientes urbanos.

94 Reyes, Salvador. Mónica Sanders. Ed. Andrés Bello. Santiago. 1983, p. 22

95 Edwards Bello, Joaquín. Valparaíso ciudad del viento. Ed. Orbe. Santiago. 1968, p. 286

Joaquín Edwards Bello realiza esta novela en el año 1931. En el año 1969 aparece su libro autobiográfico “Memorias de Valparaíso”.

La novela “Valparaíso ciudad del viento”, se sitúa en el puerto y se desarrolla durante los primeros años del siglo XX, época del gran auge económico del puerto y de su configuración como ciudad. La novela relata la vida de un joven nacido en el puerto y de las distintas etapas que van marcando su vida. El relato es también la crónica cuidadosa y detallada de la ciudad y de sus habitantes, de la vida cotidiana a partir de la cual el autor va retratando la idiosincrasia de una población constituida por marcadas presencias culturales de origen europeo, fundamentalmente inglés y francés, que se constituyen en pautas para la construcción de mentalidades y lugares, relegando de manera drástica y constante a las costumbres nativas.

Para el período en el que se desarrolla la novela, el puerto gozaba de un gran auge comercial, donde los dueños y empresarios expresaban su origen y forma de vida mediante la construcción de sus espacios e imponían sus modas, gustos, diversiones, etc., manifestando una forma de vida pretenciosa de refinamiento y lujo. Para ellos, la población nativa pasaba inadvertida pues, no solo no establecían contacto más allá del necesario para el ejercicio de sus actividades económicas sino que físicamente se ubicaban en zonas distintas de la ciudad.

El Plan, o la parte baja de la ciudad, correspondía al sector destinado a ellos, mientras, con excepción de los Cerros Alegre y Concepción, los cerros recibían a la población nativa o nacional. La topografía daba pautas para la diferenciación de los distintos sectores, claramente estratificados.

Describiendo la fisonomía de las construcciones en los cerros, JEB apunta:

“Hay casas disparatadas, sujetas de postes, cubiertas de enredaderas, quebradas; caídas de agua sucia; gatos silvestres. Detrás de cada calle hay una maraña salvaje, detrás de cada rostro hay marañas de ideas. Se ve el mar chiquito desde arriba; es un pozo. No sé porque el paisaje es triste, violento, amargo.”⁹⁶

La sociedad porteña

“La parte colonial de la ciudad, con sus iglesias viejas y feas, eran al revés. La población enriquecida prefería el Plan, el Cerro Alegre y Viña del Mar, lo más lejos posible del chango nativo, de la moral ñoña, de la hipocresía levítica. En la calle Esmeralda se notaban los rostros flamantes de los importadores de novedades; habían

96 Op. cit. p. 18

*surgido tiendas inglesas, chinas, francesas, italianas, españolas; la ciudad tomaba un carácter propio. Inglaterra aparecía entonces como centinela de todas las cornucopias de la tierra. Su potencia oceánica se revelaba a primera vista en los acantilados de Valparaíso. Inglaterra era la gran casa fuerte, armadora; Francia se presentaba en la tienda de modas de madame Pouget. Un marmolista italiano de la calle Condell pugnaba por perpetuar, en mausoleos borgianos, el recuerdo de centenares de cardiacos, de tísicos, de suicidas y de paralíticos, cuyos esqueletos reposan en el cerro fúnebre. En la plaza Prat los bares ingleses, brillantes como destroyers, sacaban sus baterías de whisky and soda junto con las cocteleras y los limones. En esa olla revuelta de razas se formaba un tipo de hombre inconfundible: de flor en el ojal y chaleco de piqué: el porteño. Hombre nuevo que practicaba el sandow y aprendía bailes novísimos”.*⁹⁷

Los cerros

El protagonista de la novela, de origen criollo, una vez llegado a la edad escolar, es inscrito en un Colegio inglés, el MacKay, ubicado en uno de los cerros de dominio extranjero, del puerto. Desde allí el protagonista observa la ciudad y el mar y nos dice:

“Bajamos el cerro. El abismo. La mirada se derrumba en el mar infinito, sin dársenas, ni islas, ni golfos. Impresión de cráter, de cosmos. La retina es incapaz de sujetarse en los árboles de las casas; rueda al mar, al fondo del mar. Es un paisaje para gente fría, sin imaginación. Millares de techos de lata hacen pensar que a esas casas entrarán con abridores de conservas.

Misterio del plan y del cerro, dos mundos que ni se quieren ni se conocen. Uno es intruso arriba y ellos son intrusos abajo.

*Los ingleses han cultivado para su uso dos cerros del anfiteatro. En uno de ellos está el MacKay.”*⁹⁸

97 Op. cit. p. 272

98 Op. cit. p. 19



En “La ciudad del viento”, el autor logra transmitir una detallada descripción de los variados personajes contruidos desde la habitabilidad porteña; desde aquellos que llegan con aires colonizadores a Chile y en especial a Valparaíso, y encuentran la posibilidad de hacerse de un nombre y una fortuna, tratando siempre de reivindicar la legitimidad de las formas y maneras europeas a través de la selección de amistades, ropajes, colegios y modos de habitar, etc., hasta la descripción del habitante de los cerros, acostumbrado a pepenar el alimento y la vida.

A través de la biografía narrativa del personaje principal y los distintos avatares de su vida, aparecen profusamente descritos los diferentes actores de la sociedad porteña, destacando el detalle descriptivo del habitante del puerto. El conflicto de clases se expresa desde la cotidianidad, en donde el personaje principal se encuentra inmerso entre dos mundos: el de origen y el que es transmitido por una mujer del pueblo, quien sustituye de alguna manera a la madre, que el niño ha perdido desde muy pequeño. Es ella, la nana, quien construye en el niño una mirada amplia del mundo que habita, pues le ofrece la contraparte de su experiencia social. De este modo, los valores, la religiosidad, los rituales y fiestas populares como modo de concebir el mundo y la vida de las mayorías, son incorporados por el personaje mediante la transmisión cotidiana que con gran amor le brinda la nana, personaje a su vez, que dentro de la sociedad chilena de la época actúa como enlace oral de dos mundos que habitando un mismo territorio construyen a diario lugares y habitabilidades distintas.

Perpetua es una mujer del pueblo que acompaña en todo su crecimiento al niño y, que al paso del tiempo irá sembrando en él una visión del mundo que se confrontará con la de otro personaje, Doña Florencia, su futura madrastra, que encarnará la otra cara de la sociedad porteña, aquella que es producto de la cultura europea arraigada en el puerto, mediante la presencia de generaciones que habrán de mantener vivas las raíces culturales de sus lugares de origen.

Las damas de sociedad

Doña Florencia es descrita por el autor de ésta manera:

“Doña Florencia hablaba de sus viajes a Europa para establecer una escala comparativa con Chile, sin dejarnos airosos. En Europa todo era óptimo, hermoso y feliz; en Chile todo era pésimo, terroso y desagradable.

Estas damas, descendientes de conquistadores y de funcionarios coloniales, sin mezcla con nativos, pugnan por retornar a la naturaleza europea de los bisabuelos, chocan con el clima adverso. Por eso viven en eterna



batalla y el pueblo moreno asume para ellas la encarnación de una amenaza secular. Las actitudes que toman en sociedad y que ellas creen distinguidas y elegantes, son simplemente crueles y autoritarias.”⁹⁹

La imagen de ciudad transmitida mediante la novela, reconoce dos ámbitos claramente estratificados. Por un lado, el ámbito del poder y la riqueza, instalado en la parte plana de la ciudad, con sus grandes edificios comerciales y financieros, prolijamente detallados, incluyendo en ellos, dos cerros pertenecientes al mismo sector social, y otro, el de la pobreza, que se ubica allá en los cerros y que forma parte de un mudo desconocido para las minorías y cuya presencia se manifiesta cuando la ciudad enfrenta catástrofes de gran envergadura.

Planteado esquemáticamente, la ciudad se traduce a una especie de anfiteatro donde abajo se ubican los sectores pudientes, con una ciudad hecha a su medida, y conforme se asciende por los cerros, se asciende también a la pobreza y, casi irónicamente, a la muerte, ya que el cementerio se ubica en la cúspide de uno de ellos.

Pero es claro también que desde arriba aparece la inmensidad del mar y del paisaje, otorgando un cierto alivio al duro desplazamiento cotidiano de sus habitantes, por entre cerros y quebradas. El desprecio por los modos constructivos de los pobres se hace evidente en la novela, dedicando una persistente crítica al hábitat de los cerros, encontrando en ellos solo fealdad.

A muchos años de distancia, Valparaíso hoy debe su imagen a esos cerros más que a su plan, a un proceso paulatino de consolidación de una habitabilidad inicialmente precaria pero constructora de una fuerte interrelación entre ciudad y arquitectura que permitió con naturalidad el desarrollo de un tejido espacial desordenadamente armónico, basado en un diálogo entre naturaleza y cultura, expresado hoy en la autenticidad de sus formas y en su estructura espacial.

“En el puerto existía un clima pragmático de fría mentalidad mercantil, pero al mismo tiempo convivían discretamente, pero a nivel de excelencia, grupos que mantenían el fuego de la vida artística y cultural. Estos grupos de creadores, auténticas capitanías heroicas, se suceden en la historia cultural de Valparaíso y son numerosos y prolíficos.”¹⁰⁰

Primero, el grupo de intelectuales argentinos que se exilia en Valparaíso a mediados del siglo XIX, y como nos dice Browne, personalidades brillantes y genuinas que suscitan el amanecer

99 Op. cit. p. 64

100 Browne Escobar, Allan. Valparaíso a la vista. Universidad de Valparaíso. Valparaíso. 2002, p. 46

cultural de la ciudad. Entre ellos, Domingo Faustino Sarmiento, Juan Bautista Alberdi, Vicente Fidel López, Bartolomé Mitre y otros.

Posteriormente, en la década de 1950, el arq. Alberto Cruz Covarrubias y su grupo; el médico y cineasta Aldo Francia, el grabador Carlos Hermosilla, el pintor Hans Soyka, el padre Rafael Gandolfo, el escritor Carlos León y el musicólogo Carlos Poblete, entre otros.¹⁰¹

Retratando el Valparaíso de los pobres

En un texto sobre Manuel Rojas (1896-1973), el escritor González Vera comenta:

A Manuel, el azar lo condujo a Valparaíso de cuidador de un falucho, en 1913. Ahí, debía pellizcarse en la interminable noche para no ceder al sueño...Existen escritores que poseen el secreto de la realidad literaria. Es el caso de Manuel Rojas.

Por obligación trabajó desde niño: fue aprendiz de sastre, talabartero y electricista; estuvo de mozo y mensajero; actuó de consueta, pintó carruajes y paredes; trabajó de peón en la cordillera; cuidó un falucho; fue estibador; manejó una sumadora eléctrica; ha sido bibliotecario.

Se convirtió en anarquista siendo muy joven. Entre 1929 y 1936 publica “Lanchas en la bahía”. De esta novela, que se desarrolla en el puerto, son los siguientes párrafos:

“Vivía en una pieza que arrendaba en lo alto de un cerro, desde la cual se veían toda la ciudad y el mar. En la noche, mientras el lancharo, medio dormido, intentaba leer unos libros que tenía en un derrengado estante, me asomaba a la ventana y miraba la ciudad; las anchas avenidas que van hacia las delicias, las calles del centro, estrechas, amontonadas, que se dividen de pronto en dos, partidas por las proas de los edificios; la gran mancha oscura de las callejuelas que nacen en la Plaza Echaurren; el laberinto de los callejones en los cerros moteados de luces que amarilleaban como tulipanes invertidos creciendo en la tierra negra de la noche. Luego, el mar, las luces de los barcos, el relumbrón del faro de Punta Ángeles...”¹⁰²

101 Browne Escobar, Allan. Op. cit. p. 47

102 Rojas, Manuel. Op. cit. p. 299

“Marchaba como a tuestas por aquel camino que no conocía ni sospechaba. Miraba hacia todas partes, hacia delante, hacia atrás, hacia el suelo, hacia las casa, oscuras, cerradas, con aleros que les daban aspecto de hombres cubiertos de gorras con viseras, que observaban la vida que bullía allí. Creía que de algún lado surgiría algo imprevisto, sobrecogiéndome, asustándome; pero nada sucedía. Mas de pronto apareció una calle que serpenteaba perezosa sobre el cerro y en la que de trecho en trecho veíanse luces rojas, blancas, azules, verdes, que colgaban de lo alto de las puertas y que al brillar en la noche con apagados fulgores, daban la impresión de que la calle estaba iluminada a través de un grueso vidrio pintado de rojo, de blanco, de azul, de verde.

¿Qué calle es ésta, Rucio?

La subida Clave.

Era la feria de la prostitución porteña, habitada por mujeres vestidas con telas que se ajan tan rápidamente como ellas también; la feria frecuentada por los proletarios de mar y tierra, los panaderos, los bulliciosos vaporinos, los vivaces zapateros, los tiznados trabajadores del dique y de las chatas; los marineros de la armada, con sus trajes azules con pantalón de campana; los hombres de mar extranjeros, japoneses silenciosos, ingleses melancólicos, yanquis con caras de puño, polisilábicos alemanes, restallantes españoles. Allí estaban también las mujeres, vestidas de mil colores, sentadas en los umbrales de las casas, mostrándose en la penumbra como flores violentas, de aroma fuerte, flores crecidas en las mareas nocturnas del puerto y regadas con la sangre de los tripulantes del océano. Las había morenas y rubias, blancas y pálidas, esbeltas, gordezuelas y graciosas como cacharros, monstruosas como sapos, riendo, conversando las más y serias y graves como mercaderes concienzudos los menos. La calle bullía de hombres y mujeres y se oían gritos, silbidos, frases de



*slang, imprecaciones chilenas, ladridos germanos, murmullos japoneses, masticaciones yanquis.*¹⁰³

Abandonamos la Subida Clave y nos internamos por una callejuela que parecía haberse perdido en el cerro y que daba vueltas y vueltas, subía y bajaba, como buscándose a sí misma. (Como un perro buscándose la cola)

*“La calle, en aguda pendiente, zigzagueaba entre pobres construcciones de madera y calamina, montadas sobre veredas un metro más altas que la calzada. Algunas casas tenían frente a la puerta escaleras de piedra o cemento, con barandillas de hierro mohoso. Bernardino descendía con precaución, evitando los obstáculos que podía distinguir vagamente a través del velo de tristeza que le cubría los ojos.”*¹⁰⁴

103 Rojas, Manuel. Op. cit. p. 305

104 Rojas, Manuel. Op. cit. p. 307

Valparaíso en el Siglo XIX

Si al período colonial corresponde el nacimiento y fundación de ciudades al interior del territorio, al siglo XIX corresponde básicamente la fundación de las ciudades puerto de América.

“En el contexto de las malas condiciones de los más activos asentamientos costeros en las primeras décadas de transición republicana, incluyendo los de Chiloé, Valparaíso fue la excepción. Entre 1810 y 1854 sus moradores aumentaron de 5000 a 55000. Son cifras globales, pero que avalan la necesaria existencia de un ente urbano consolidado, en el que destacaba la arquitectura de la iglesia del Salvador (La Matriz) y el viejo edificio de la aduana con su embarcadero.”¹⁰⁵

Hacia 1850 Valparaíso era ya una ciudad portuaria. Aunque sin las instalaciones técnicas adecuadas, con embarcaderos y muelles insuficientes, estaba bien provista de bodegas y almacenes privados regulados para las mercaderías de tránsito.

“En ascenso desde las guerras de la Independencia, el tráfico marítimo, estimulado en el área del Pacífico por el trabajo intensivo de los ricos minerales auríferos al interior de la bahía de San Francisco, sufrió una severa interrupción con motivo del conflicto bélico provocado por España, con Perú y Chile en 1865. Este se inició con el bloqueo de todos los puertos nacionales por la Escuadra Española, culminando con el brutal bombardeo indiscriminado de Valparaíso el 31 de Marzo de 1866, que causó graves daños a la ciudad y destruyó gran parte de sus incipientes instalaciones portuarias.”¹⁰⁶

105 Benavides, Juan y otros autores. Ciudades y arquitectura portuaria. Ed. Universitaria. pags. 27 y 31

106 Benavides, Juan y otros autores. Op. cit. p. 33



“No es arriesgado sostener entonces que en los centros urbanos del litoral en etapa de formación desde mediados del siglo XIX, se introdujeron inicialmente conceptos y prácticas arquitectónicas de origen especialmente anglosajón, que no formaban parte de la tradición hispánica de las ciudades del interior. Este fenómeno no tuvo iguales repercusiones en el plano urbano debido a la predilección de los gobernadores locales nacionales por los trazados en cuadrícula o damero, que por lo demás se estaban introduciendo en esa época en el propio Estados Unidos (Saint Louis, Buffalo, etc.)¹⁰⁷

A fines del siglo XIX la apertura al comercio mundial y su situación de primer puerto importante del Pacífico tras cruzar el estrecho de Magallanes, lo convierte en enclave estratégico para embarcaciones que venían desde el Océano Atlántico al Pacífico, transformándose en el primer puerto y centro comercial del mismo.

En 1852 se inicia la construcción del Ferrocarril a Santiago, obra que concluye en 1863, permitiendo así a Valparaíso romper con el aislamiento y aumentar las relaciones con su región y el resto del país.

En 1848 se inicia la construcción de los primeros almacenes de la Aduana. En el mismo año Valparaíso experimenta un incremento extraordinario a nivel comercial, principalmente por el trigo y la harina exportados a Australia y California.

En 1840, Valparaíso llega a su madurez como principal plaza comercial del Pacífico, gracias a los almacenes fiscales y las compañías fundadas por mercaderes ingleses para comerciar con Australia, California, Perú, Inglaterra, Francia, La India y el extremo Oriente.

Hacia 1827, la población aumenta a 20000 habitantes, agrupados en un sitio primitivo, teniendo por centro la iglesia de La Matriz, lográndose ver para aquel entonces algunas casas que empezaban a escalar las quebradas en cerros cercanos al puerto.

Su rol militar también fue importante. Debido a estas actividades, aumenta la población de 5500 en 1810, a 16000 en 1822, pasando a ser la segunda ciudad de Chile.

Debido al terremoto de 1822, se renuevan los ranchos, mismos que constituían la mayor parte de los edificios de Valparaíso, con el impulso de comerciantes ingleses, quienes construyeron viviendas, almacenes y bodegas.

107 Op. cit. p. 33

Federico Walpole

Teniente de la Armada Real Inglesa, nos da su visión de Valparaíso al finalizar la primera mitad del siglo XIX:

“... Hay pocos lugares que produzcan en el recién llegado una impresión tan profunda de fealdad como Valparaíso... La costa forma un anfiteatro que alcanza de 800 a 1000 pies de altura; no presenta belleza alguna, ni de forma ni de color. La ciudad, situada al pie de ella, parece haberse agrupado - en desmedro suyo - alrededor de dos o tres torres y de haberse salvado de caer en la bahía, por una ingeniosa construcción de pilares entrecruzados. A la derecha hay una gran cantidad de pequeños objetos cuadrados y enlucidos que parecen haber caído del cielo y, alojándose donde quiera que aterrizaran, han formado una parte de la ciudad, el cerro y el plano. Galerías y escaleras, elocuentes testigos del ingenio de sus constructores, dan acceso a estas curiosas habitaciones. Cada quebrada semeja un depósito de pequeñas mansiones disponibles para ser llevadas y colocadas a gusto, en lugares más convenientes. Si se sube por estas quebradas y se ven las multitudes que viven en ellas, uno no se asombra de oír que Valparaíso contiene 40000 habitantes. Las casas de este barrio, que es el más bajo de la ciudad, son muy curiosas. Parecen demasiado pequeñas para los mortales de mediana estatura. Divididas exteriormente en dos pisos, uno espera ver asomarse la cabeza de las personas que entran encorvadas por las puertas, en las ventanas del piso superior, mientras sus pies tocan el suelo del piso bajo.

Valparaíso es por cierto, el agujero más horrible de las costas del mundo, a excepción de uno o dos fuera de él, que se encuentran cerca. La bahía es, además, sumamente insegura durante muchos meses del año.

Dondequiera que las rocas lo permitan, se levantan edificios y, en muchos casos, los especuladores han despejado el terreno para construir casas; pues parece haberse apoderado de todos la común manía americana de ir a la vanguardia, de tal manera, que las casas viejas



son reemplazadas por nuevas y los terrenos baldíos son edificados de una manera extraordinariamente rápida.

... En los barrios respetables de la ciudad, las casas son grandes y hermosas, a menudo tienen cuatro pisos, no obstante el peligro que presentan los frecuentes temblores; están construidas a base de un sistema de armazones rellenos de adobe - especie de ladrillos cocidos al sol -. Toda la ciudad se ha formado en veinticinco años y ha duplicado su extensión en los últimos diez. Hacia el lado sur se está levantando, en forma muy rápida, una jurisdicción o arrabal hermoso y grande, llamado El Almendral... gran parte de las propiedades pertenecen a los extranjeros, ingleses o de otra nacionalidad, cuya clara visión les hizo reconocer, años atrás, la importancia que adquirirían con el cambio de la perniciosa política colonial de España.

.... los residentes más importantes viven en lindas quintas sobre los cerros que dominan la ciudad y sus oficinas y almacenes están en la parte baja.

... Playa Ancha es el paseo de moda; para llegar a este lugar salimos del centro y nos dirigimos hacia occidente, bordeando la bahía por un camino ancho y plano a orillas del agua, evitando las piedras que caen a cada momento desde arriba. Allí donde las rocas son resistentes existen, por decreto del hombre, bodegas fiscales, y las ha emparejado valiéndose de la ayuda de palancas de fierro y pólvora. Cuando no hace viento ni llueve, dos condiciones que excluyen nueve meses del año, toda la gente con tendencias ambulatorias, especialmente los nativos, vienen en las tardes a este lugar.”¹⁰⁸

108 Walpole, Federico, tomado de Boletín de la Academia Chilena de la Historia. Año III, N 6, segundo semestre de 1935, pags, en Calderón, Alfonso. Memorial de Valparaíso, pags, 199 a 210

Jotabeche. 1846.

“Los barrios del Arrayán con sus casas tan apiñadas como los números de las tablas de logaritmos: todas esas quebradas y desfiladeros en que el hombre ha pegado su habitación como el marisco su concha.....”

... Las diligencias que se ensayaron en 1822, con capacidad para nueve pasajeros, fueron el primer transporte colectivo. Eran tiradas por cuatro caballos en el camino plano, pero necesitaban 16 para vencer la cuesta de Lo Prado.... El progreso en el transporte se observó, en 1844, con viajes en un solo día. Ese coche era el rápido de la época.”¹⁰⁹

Domingo Faustino Sarmiento. 1841.

Valparaíso, en fin, tan diferente física y moralmente de las regulares y monótonas ciudades americanas, cortadas todas en ángulos rectos, es la Europa acabada de desembarcar y botada en desorden a la playa...es la miseria con los atavíos de la opulencia; el combate de las costumbres nuevas con las añejas; la invasión lenta pero irresistible de la civilización y los hábitos europeos. Valparaíso es una belleza y una monstruosidad, un jardín sin verdura, una playa poblada, un desembarcadero y no un puerto; la puerta de Chile y el gran emporio de su comercio.”¹¹⁰

Ignacio Domeyko

Ignacio Domeyko nació en Polonia en 1802. Tiempo después, durante un exilio en Francia, en 1838, fue contratado por el gobierno chileno para desempeñarse como profesor de química y mineralogía en el Liceo de Coquimbo, con el propósito de fomentar el desarrollo minero mediante la incorporación de tecnología y conocimientos científicos.

109 Jotabeche, Tomado de El Mercurio, 27 de julio de 1843, en Calderón, Alfonso. Memorial de Valparaíso, p. 187

110 Faustino Sarmiento, Domingo. Un viaje a Valparaíso, Tomado de El Mercurio, 2,3,4,6,y 7 de Septiembre de 1841, en Calderón, Alfonso. Memorial de Valparaíso, p. 187

Tras haber concluido su labor docente en Coquimbo, realizó numerosas expediciones a través del territorio chileno. Llegó a ser rector de la Universidad de Chile. Muere en Santiago en el año 1889.

Refiriéndose a Valparaíso comenta:

“Valparaíso... No hay acaso otra ciudad en el mundo que por su situación, sobre el mar, se asemejara a Valparaíso. Imagínense ustedes, por favor, una bahía abierta, de un par de millas de longitud; sus orillas rocosas, graníticas, se elevan centenares de pies sobre el nivel del mar, y sus perfiles escarpados llegan tan cerca del mar que a trecho apenas dejan un istmo para un par de calles entre la escarpada roca y el mar. La parte de la ciudad está construida sobre una estrecha playa de grava y arenas, por donde se derraman las olas, y en un determinado lugar llamado La Cueva del chivato, en ciertas horas las olas llegan hasta el pie de las rocas de tal forma que durante mi estada allí por la tarde no se podía pasar del puerto a la parte más abierta de la ciudad llamada El Almendral, donde esa playa baja tiene algunos centenares de metros de ancho.

El puerto es malo, totalmente abierto al Norte, de modo que en el invierno cuando los vientos soplan en general desde el Norte, cualquier golpe de viento causa dificultades a los barcos que se sueltan de las amarras, se golpean unos contra otros y a menudo un buque pequeño se estrella contra los muros de la ciudad.

La ciudad de Valparaíso, habitada casi exclusivamente por comerciantes, es una mezcla de extranjeros y naturales. Se compone de dos partes: la ciudad antigua, el puerto, contiene las aduanas, el palacio del gobernador, la bolsa y los grandes almacenes de mercaderías; las callejas son angostas y sinuosas; la segunda parte - El Almendral - tiene un extenso mercado, el teatro y calles más anchas. Por lo demás, describir las casas sería tan tedioso como describir las teclas de un piano.”¹¹¹

111 Ignacio Domeyko, Valparaíso, en Calderón, Alfonso. Memorial de Valparaíso, p. 180

Eduardo Poeppig

Alemán nacido en 1798 y fallecido en 1868, fue un médico alemán que después de haber obtenido su título en 1822, emprende viaje por Europa, Cuba y Estados Unidos. Desde este último país se embarca en 1826, con destino a Chile, por la ruta del Cabo de Hornos, hasta Valparaíso. Recorrió durante cinco años buena parte de Chile, para después dirigirse al Perú y a Brasil. De regreso a su país, y siendo catedrático de la Universidad de Leipzig, publicó en 1835, dos volúmenes con descripciones científicas y sociales sobre los tres países sudamericanos que visitó, dedicando un tomo completo a Chile.

En relación a Valparaíso escribe:

“ ... casi comparables a nidos de aves, se hallan suspendidas numerosas pequeñas casas, escalonadamente, en la roca emparejada, pero son tan estrechas y reducidas que no sugieren la idea de ser habitables.

Acercándosele desde el mar, el fondeadero de Valparaíso solo puede ser alcanzado desde el sur, por lo cual el viento que sopla desde esa dirección durante las tres cuartas partes del año es bastante molesto para entrar en el puerto, pues obliga a bordear en forma fastidiosa. Otros fenómenos poco gratos para los buques son los violentos golpes de vientos que bajan a veces de improviso por las quebradas en medio de una aparente calma. Pero una desventaja muy grande que proviene de haberse fundado el puerto principal de la costa occidental de la América del Sur precisamente en ese punto, consiste en que esta provincia es una de las menos fértiles de Chile, de modo que las mercaderías que constituyen la exportación chilena provienen del norte o sur del país.”¹¹²

Jacques Antoine Moerenhout. Visión de Valparaíso en 1828

“Valparaíso es, en verdad, dentro de la gran República, donde cada cual vive como quiere, sin contradicciones, de una manera más libre que en cualquier parte del mundo...La primera impresión que produce esta ciudad,

112 Poeppig, Eduardo. Un testigo en la alborada de Chile (1826-1829), en Calderón, Alfonso. Memorial de Valparaíso, pags. 104 a 112.



al penetrar en la bahía, no es favorable. Situada al pie de altas montañas estériles, no se advierte al principio, sino un pequeño grupo de casas de modesta arquitectura, enclavadas en medio de una media multitud de cabañas pajizas, esparcidas en las pendientes de las quebradas.”¹¹³

Samuel Haigh

Comerciante londinense, nacido en 1828, viaja a los 22 años rumbo a Buenos Aires, Valparaíso y El Callao. Las actividades de Haigh le permitieron recorrer múltiples lugares de Sudamérica, apreciar distintos paisajes y conocer las costumbres de sus habitantes. Éstas experiencias fueron publicadas en Londres en 1831. Los capítulos en que relata su paso por Chile fueron traducidos y publicados por la imprenta universitaria en 1917, bajo el título “Viaje a Chile durante la época de la Independencia”. En el narra:

*“ ... la bahía de Valparaíso se ve completamente desde la cuesta del puerto, pero no así la ciudad misma hasta que uno se acerca mucho, pues la ocultan las escarpadas quebradas que están a su espalda. Esta ciudad se levanta en una angosta faja de arena, al pie de los cerros; en una parte el terreno solamente admite una calle que bordea la playa y no tiene más que una hilera de casas; éstas gozan una linda vista de la hermosa bahía. El terreno llamado Almendral, sin embargo, es extenso y en él hay numerosas cabañas habitadas por la gente baja. ¡Que vista tan diferente ofrecía Valparaíso al extranjero en 1817, de la que presenta hoy! Once años atrás, solamente se encontraban dos residentes ingleses en todo el puerto y ahora hay dos mil”.*¹¹⁴

C. E. Bladh. Valparaíso entre 1821-1828

“Aquí se encuentra una región romántica, donde casa y jardines alternan desde el valle profundo hasta el cerro más alto, con una hermosa vista sobre el puerto y el mar...Valparaíso forma un gran anfiteatro sobre una

113 Moerenhout, Jacques Antoine. Visión de Valparaíso en 1828, en Calderón, Alfonso. Memorial de Valparaíso, p. 126

114 Haigh, Samuel. Valparaíso, en Calderón, Alfonso. Memorial de Valparaíso, p. 147

playa estrecha y baja, rodeada por numerosos cerros altos. La bahía no es de ningún modo segura. Los barcos pequeños están atados a la misma tierra. Muy cerca de la ciudad están protegidos hacia el Oeste por un cabo saliente; pero los barcos grandes están anclados a una profundidad de 20 a 40 brazas. La profundidad aumenta tan rápidamente desde la costa, que muchos barcos que entran no alcanzan a anclar, antes que sople la brisa de tierra, y tienen que volver a zarpar. Es durante el invierno, en la estación lluviosa, que los vientos del Oeste devastan terriblemente estas regiones. En esta temporada acaecen casi todos los años importantes siniestros náuticos en Valparaíso. En el año 1823 encallaron más de 20 barcos y se perdieron casi todos con su carga; la marea fue enorme y las olas subieron hasta las casas más cercanas a la costa.”¹¹⁵

María Graham. Valparaíso 1822

“No puedo concebir espectáculo más glorioso que la vista de los Andes, los que divisamos esta mañana, al despuntar el alba, cuando íbamos acercándonos a tierra; como si surgieran del seno mismo del océano, sus cumbres, eternamente nevadas, brillaban con toda la majestad de la luz, mucho antes de que se iluminara la tierra; súbitamente apareció el sol detrás de ellas, y antes de divisar la costa, navegamos todavía algunas horas.”

“El Beagle echa el ancla durante la noche en la bahía de Valparaíso, principal puerto de Chile. Al amanecer nos hallamos en cubierta. Acabamos de abandonar Tierra del Fuego; ¡Que cambio!, ¡cuan delicioso nos parece todo aquí; tan transparente es la atmósfera, tan puro y azul es el cielo, tanto brilla el Sol, tanta vida parece rebosar la Naturaleza! Desde el lugar en que hemos anclado, la vista es preciosa. La ciudad se alza al pie de una cadena de colinas bastante escarpadas y que tienen alrededor de 1600 pies (480m) de altitud. Debido a esa situación, Valparaíso no consiste sino en una larga calle paralela a

115 Bladh, C. E. Valparaíso entre 1821 y 1828, en Calderón, Alfonso. Memorial de Valparaíso, p. 80



la costa; pero cada vez que un barranco abre el flanco de las montañas, las casas se amontonan a uno y otro lado.”

“Teniendo que ir y volver dos veces de mi casa a la de la señora Campbell, he visto todo lo que hay que verle por fuera a la ciudad de Valparaíso. Es un lugar que se extiende a lo largo, construido a los pies de áridos cerros que dominan el mar y se avanzan tanto hacia él en algunas partes que apenas dejan trecho para una angosta callejuela, y se abren en otras hasta permitir dos plazas regulares una de las cuales sirve de mercado, y tiene a un costado la casa del gobernador, que se halla espaldeada por una pequeña fortaleza que corona una colina. La otra plaza se ve honrada por la iglesia Matriz, que como aquí no hay obispado, hace las veces de catedral... Al oriente de la casa del gobernador la ciudad se extiende medio cuarto de milla o poco más, y entonces se juntan sus suburbios con el barrio del Almendral, situado en una extensa llanura arenosa, pero fértil, que dejan los cerros más apartados entre su pie y el mar.

El Almendral se extiende como más de tres millas a lo largo, pero es muy angosto; las casa, como casi todas las de la ciudad, son de un piso. Su construcción es de ladrillos sin cocer, que llaman adobes, y están blanqueadas y techadas con tejas coloradas.

Hay en el barrio dos iglesias; la de la Merced tiene regular aspecto, y dos conventos fuera del hospital, que es una fundación religiosa.

El Almendral está lleno de planteles de olivos y de huertos de almendros, de donde se ha venido su nombre....

...Al frente de la casa hay un jardín que desciende hasta el estero que me separa del Almendral, plantado de manzanos, perales, almendros, parras, duraznos, naranjos, olivos y membrillos, además de calabazas, melones, repollos, papas, habas y maíz y unas cuantas flores; detrás de la casa se alza abruptamente un cerro rojizo y pelado. Crecen en él algunos arbustos muy hermosos, y por su falda transitan constantemente las

recuas de mulas que traen leña, el carbón y las legumbres del mercado de Valparaíso.

“Desde la apertura del puerto son tan comunes en Valparaíso las tiendas para la venta al detalle de toda clase de artículos europeos como en cualquier ciudad del mismo porte en Inglaterra.”

“Hoy por primera vez desde que estoy establecida aquí, he salido a caballo a ver el puerto, y he tenido oportunidad de observar las tiendas, los mercados y el muelle, si este nombre puede dársele a la plataforma que hay delante de la Aduana.

Las tiendas nacionales, si bien pequeñas las encuentro generalmente más aseadas que las de la América portuguesa. En ellas se encuentran generalmente las sederías de China, Francia e Italia, los algodones de colores de la Gran Bretaña, los rosarios, amuletos y vidrios de Alemania. Los artículos del país rara vez se compran en las tiendas, porque los pocos que se fabrican son sólo para el consumo doméstico.”

“En todas las calles se ven colgando las muestras de sastres, zapateros, talabarteros y posaderos ingleses; y a la preponderancia del idioma inglés sobre todas las demás lenguas que se hablan en la calle, lo harían a uno creerse en una ciudad de la costa inglesa.”

“El mercado de pescado se surte con mucha deficiencia, por desidia se me ocurre, porque el pescado es abundante y de excelente calidad. Hay algunos muy delicados, y uno de ellos, el congrio, es tan agradable como la mejor trucha salmón, a cuyo gusto se asemeja; pero la carne es blanca, el pescado es largo, muy achatado hacia la cola y cubierto con una piel amarmolada de bellos colores blanco y rojo.”

“Las legumbres y frutas del mercado de Valparaíso son excelentes en su clase, pero el estado de atraso en que se halla aquí la horticultura, como tantas otras cosas, hace que dejen mucho que desear. Aquí las frutas se dan, a



pesar del descuido con que se les trata y aún cuando estamos en la estación de las frutas frescas o verdes, las manzanas, las peras y las uvas, los duraznos y las cerezas secas, los higos y la abundancia de naranjas, limones y membrillos, prueban que solo hace falta el cultivo para mejorar las frutas a perfección. En cuanto a los vegetales de cocina, los primeros y los mejores son las papas, que son originarias de este suelo y de primera calidad.”

“Chile es un país tan esencialmente marítimo, limitado como se halla su territorio por Los Andes, de los países orientales y por el desierto de Atacama de los países del norte, que si yo fuera legislador dirigiría toda mi atención y todo mi interés hacia el mar.”¹¹⁶

Gilbert Farquhar Mathison. Relato de una visita a Brasil, Chile, Perú y las Islas Sándwich. 1821-1822

“ ... Todo el espacio comprendido entre la playa y la Aduana estaba repleto con efectos y mercaderías de varias clases- madera, cajones, lingotes de hierro, barriles, fardos, etc.-, todo agrupado sin método y disposición alguna en plena calle. Alternando con ellos se veía una cantidad de mulas, algunas cargadas, otras con sus aparejos vacíos, en tanto que sus arrieros, llamados peones, vestidos con los trajes característicos del país, animaban el sitio con bulliciosos gritos. Aquí y allá, cargadores acarreaban bultos para afuera; boteros de pie, listos para importunar con incesantes demandas, y como la mayoría del grupo estaba compuesta de soldados, contribuían éstos grandemente a animar la escena. Ingleses y norteamericanos parecían, sin embargo, formar la masa de la población de la ciudad, y era tal el número de marinos, agentes de comercio, marineros y hombres de negocios que por doquier se veía, que, a no ser por el diminuto y mísero aspecto del lugar, un extranjero hubiera quizás imaginado que acababa de llegar a una posesión inglesa...Valparaíso es un puerto de mar desaseado, formado por pequeñas casas de barro, raras

116 Graham, María. Diario de mi residencia en Chile en 1822. Ed. Del Pacífico S.A. Santiago. 1956. Varias páginas.

veces de más de un piso, y situado en la ladera de un cerro que baja en declive al mar. El paisaje de los alrededores es árido, o al menos cubierto de muy escasa vegetación, y ya sea que se mire cerca o lejos el paisaje del lugar carece siempre de atractivos.”¹¹⁷

Para 1811, Samuel Johnston relataba:

“Esta ciudad está situada en una hermosa bahía, al pie de una hilera de cerros altos; tiene una calle principal, en la que se ven algunos hermosos edificios, habitados por la gente acomodada; las cabañas del pueblo se levantan en las faldas de los cerros dando al conjunto un pintoresco aspecto; como a un cuarto de milla de la ciudad se halla la aldea del Almendral que, unida a aquella, contendrán cinco o seis mil habitantes. Las casas son generalmente de un solo piso, construidas con grandes adobes fabricados con barro y paja y con el suelo enladrillado.”¹¹⁸

Vicente Pérez Rosales. (1807-1886)

En el transcurso de su azarosa vida, fue aventurero, minero, comerciante, hacendado, hombre de Estado, político y diplomático, actividades que le permitieron recorrer casi todo Chile, parte importante de Sudamérica, EEUU y Europa.

Conocedor del territorio, sobre Valparaíso comenta:

“Nuestro Valparaíso comenzaba apenas en el año 1814 la cáscara que encubría su embrionaria existencia. La aristocracia, el comercio y las bodegas se daban la mano para no alejarse de la iglesia matriz; y el gobernador vivía encaramado en el castillo más inmediato, que era uno de los tres que defendían el puerto contra las correrías de los piratas. Lo que es ahora suntuoso Almendral, era a modo de una calle larga formada de ranchitos de tal cual casucho de teja, arrabal por donde pasaban, para llegar al puerto, las chillonas carretas y las

117 Farquhar Mathison, Gilbert. Relato de una visita a Brasil, Chile, Perú y las Islas Sandwich. 1821-1822, en Calderón, Alfonso. Memorial de Valparaíso, p. 77

118 Calderón, Alfonso, Memorial de Valparaíso, Ed. RIL Editores, Santiago, 2001, p. 50



pocas recuas de mulas que conducían frutos del país para embarcar y para el escaso consumo de aquella aldea...después de San Francisco de California, con iguales recursos, ningún pueblo de los conocidos ha aventajado a Valparaíso, ni en la rapidez de su crecimiento ni en su importancia relativa, sobre las aguas de los mares occidentales.”¹¹⁹

Samuel Johnston.

Tipógrafo norteamericano, jugó un importante papel en la publicación de “La Aurora de Chile”, primer periódico chileno, en 1812. Posteriormente publicó sus impresiones acerca de Chile y su proceso político independentista, en su obra “Cartas de un tipógrafo yanqui”.

Sobre Valparaíso escribe:

“Esta ciudad está situada en una hermosa bahía, al pie de una hilera de cerros altos; tiene una calle principal, en la que se ven algunos hermosos edificios habitados por la gente acomodada; las cabañas del pueblo se levantan en las faldas de los cerros, dando al conjunto un pintoresco aspecto; como a un cuarto de milla de la ciudad se halla la aldea del Almendral, que unida a aquella, contendrán cinco o seis mil habitantes. Las casas son generalmente de un solo piso, construidas con grandes adobes fabricados con barro y paja, y con el suelo enladrillado...por la mañana reina de ordinario una neblina, sin viento.”

“El camino entre Santiago y Valparaíso, teniendo en cuenta las altas montañas que atraviesa, es tan bueno si no mejor que las sendas vecinales de EEUU; fue construido por un irlandés (O’Higgins); puede cruzarse en cuatro días por carretas bien cargadas.”¹²⁰

119 Pérez Rosales, Vicente. Valparaíso en 1814, en Calderón, Alfonso. Memorial de Valparaíso, p. 68

120 Johnston, Samuel. Valparaíso en 1811, en Calderón, Alfonso. Memorial de Valparaíso, p. 50



Valparaíso y sus orígenes

Los primeros escritos sobre Valparaíso datan del siglo XVI. Son fundamentalmente crónicas o noticias de viaje en torno a las condiciones presentadas por un pequeño caserío ubicado a orillas del mar.

El descubrimiento visual por un europeo del Océano Pacífico ocurrió, de acuerdo a la versión histórica tradicional, desde tierra firme en las cercanías de la ciudad de Panamá. Desde este lugar se embarcaron Francisco Pizarro y Diego de Almagro hasta alcanzar las costas del Perú. El anónimo capitán del pequeño Santiaguillo que lo condujo hasta las playas de la bahía de Quintil, para abastecer a la gente de Almagro que había llegado a estas latitudes por tierra en el año 1536, fue el primer navegante que utilizó el fondeadero de Valparaíso, sin sospechar por cierto las proyecciones que alcanzaría el lugar con el tiempo.

Valparaíso corresponde a una ciudad cuya historia es verdaderamente apasionante.

A principios del siglo XVI la vasta ensenada había sido habitada sólo por pueblos nativos, dedicados a la pesca y la agricultura, ubicados en un sector de la costa llamado Quintil.

El primer contacto entre españoles y nativos se da en 1536, cuando Don Juan de Saavedra, capitán adelantado de las fuerzas de Diego de Almagro ubica en su rada el “Santiaguillo”, embarcación que venía del Perú, trayendo vituallas y provisiones.

Se forma un primer caserío que vive del movimiento marítimo, naciendo una ciudad denominada Valparaíso, con destino de puerto comercial.

Valparaíso no se funda oficialmente; crece y se desarrolla por necesidad, conformando una pequeña aldea en torno a una plaza. Se desarrolla lentamente entre los siglos XVI y XVII, a diferencia de Lima y El Callao.

Con el correr del tiempo aumenta su actividad portuaria, apareciendo viviendas amparadas por una iglesia, en las faldas de un cerro llamado Santo Domingo. Debido a frecuentes ataques piratas, el gobernador de entonces declara a Valparaíso su recinto plaza de guerra y se construyen fortificaciones hoy inexistentes.

El período colonial se caracteriza por sucesivos ataques y terremotos, creciendo la ciudad al amparo de sus fortalezas y ganando terreno al mar. Se edifica el borde costero formando un angosto plan donde posteriormente surgirá el centro administrativo, comercial y financiero.

En 1811 la naciente Patria Vieja declaró puertos mayores a Coquimbo, Valparaíso, Talcahuano y Valdivia, estableciendo en ellos el libre comercio internacional. Tal categoría se extendió en la práctica a Chiloé, Huasco y Copiapó.”¹²¹

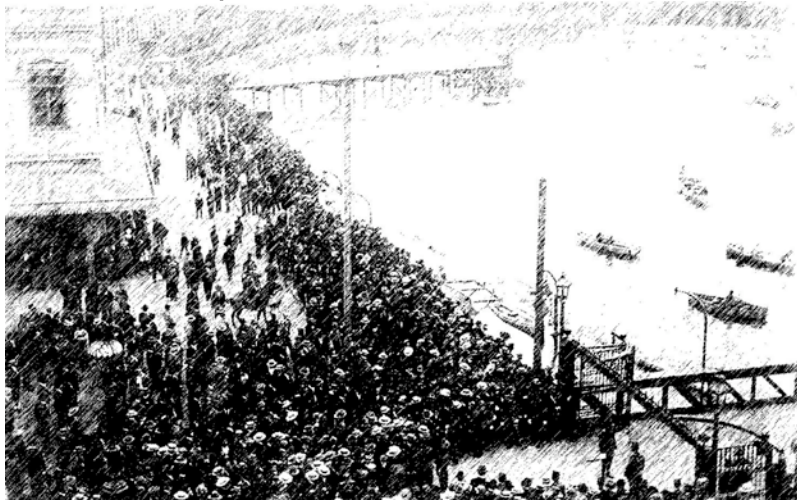
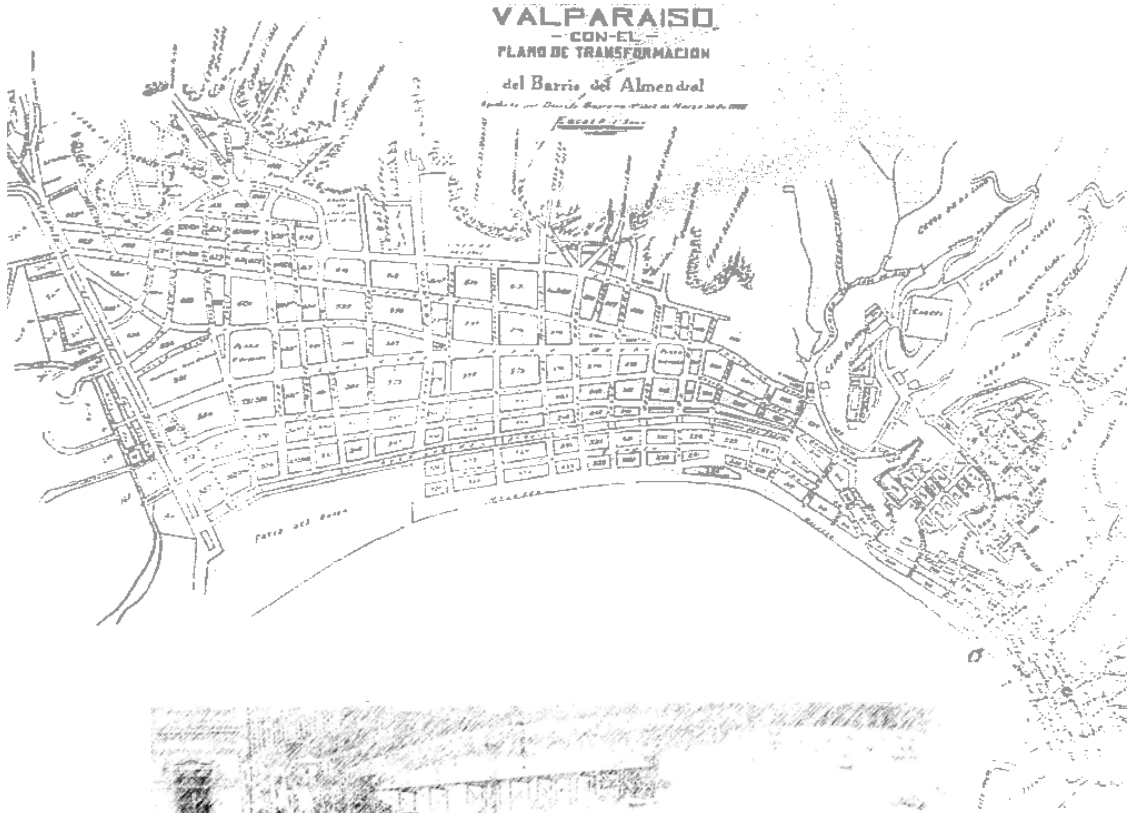
En Marzo de 1802 se otorga en Madrid la Real Cédula, que daba a Valparaíso el título de ciudad. En 1811 se decreta la libertad de comercio para los puertos de Coquimbo, Valparaíso, Talcahuano y Valdivia.

De paso por Quillota, Ambrosio O’Higgins se dirigió al puerto de Valparaíso. El puerto había crecido, fundamentalmente por el comercio con el Perú y como abastecimiento de la plaza de Valdivia y además por sus fortificaciones. Ya en 1617 comenzaron las preocupaciones por su defensa, instalándose, en 1674, baterías de cañones; más adelante, en 1682, se construyó el fuerte de la Concepción, declarándolo plaza militar. Este fuerte fue destruido por el terremoto de 1730. Posteriormente se construyó el fuerte de San Antonio y de San José y el Barón, contando para 1795 con todas sus baterías.

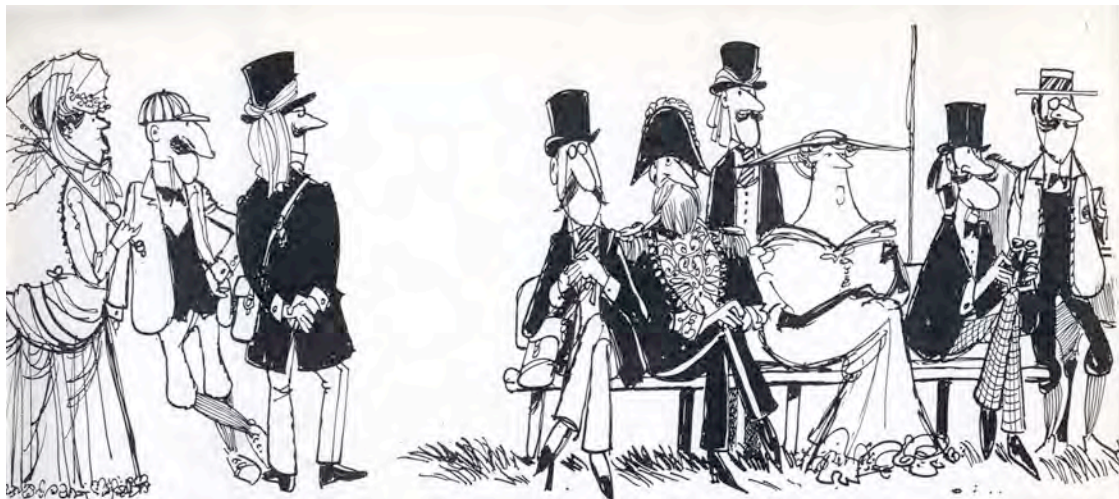
Valparaíso, designado por Pedro de Valdivia como el puerto de Santiago el 3 de septiembre de 1544, adquiere la categoría de ciudad solo hasta el 15 de Enero de 1611.¹²²

121 Benavides, Juan y otros autores. Ciudades y arquitectura portuaria. Los puertos mayores del litoral chileno. Ed. Universitaria, p. 27

122 Garretón, Jaime. El urbanismo en Chile. Conquista y colonia. Ed. Universidad de Concepción, p. 99



VALPARAÍSO COMO HABITACIÓN URBANA



VALPARAÍSO COMO HABITACIÓN URBANA



VALPARAÍSO COMO HABITACIÓN URBANA



VALPARAÍSO COMO HABITACIÓN URBANA



VALPARAÍSO COMO HABITACIÓN URBANA



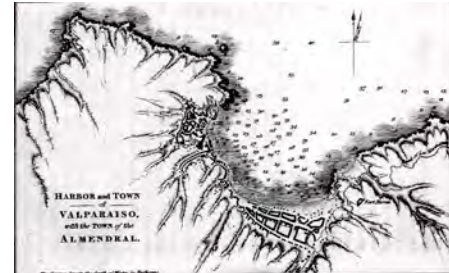
1764



1825



1835



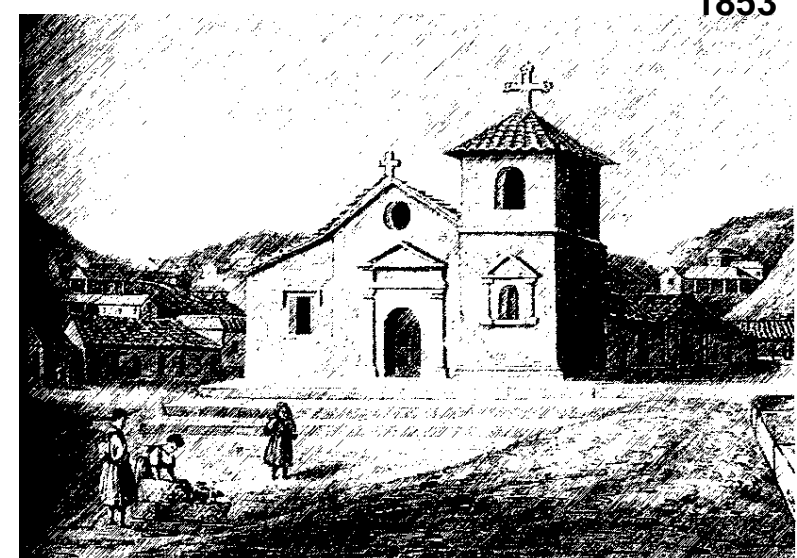
1840



1853

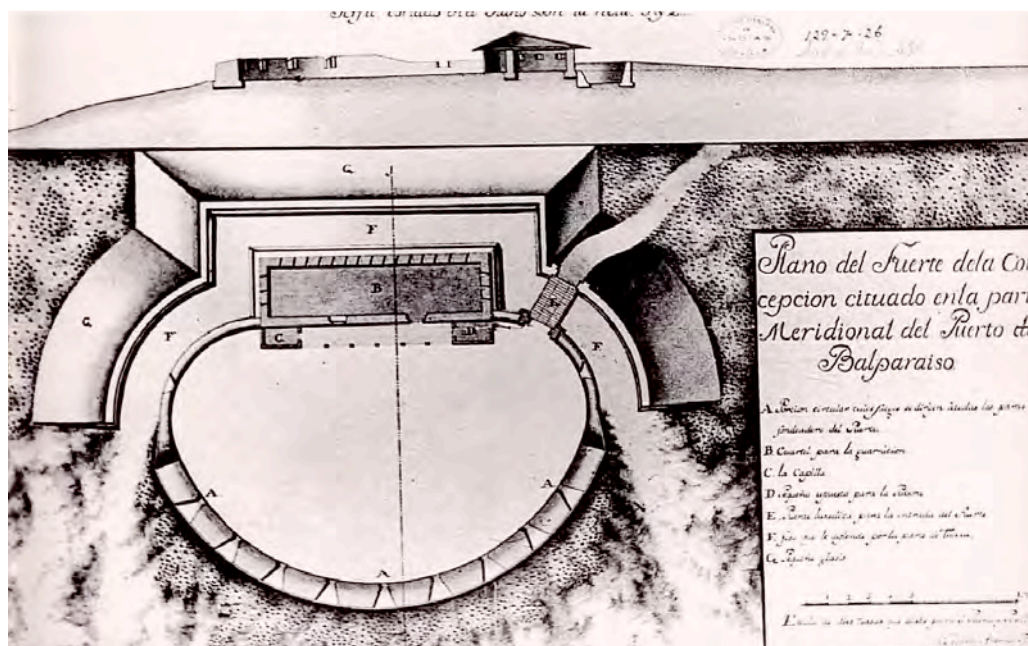
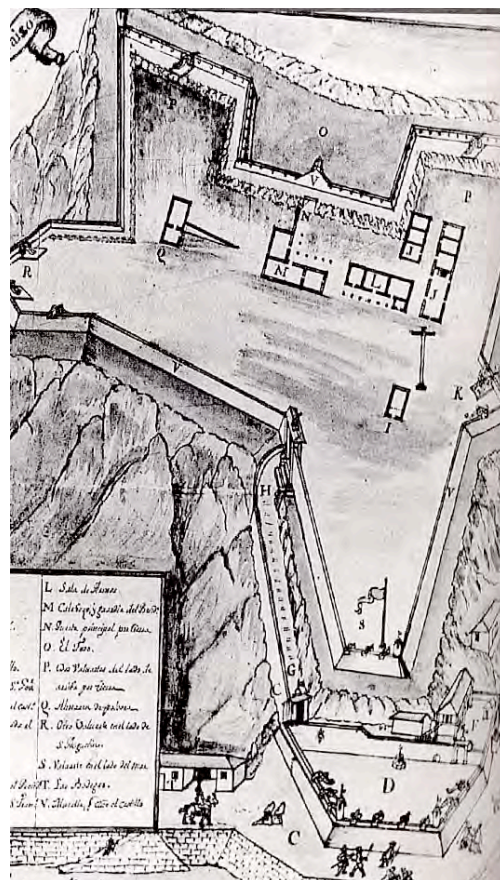
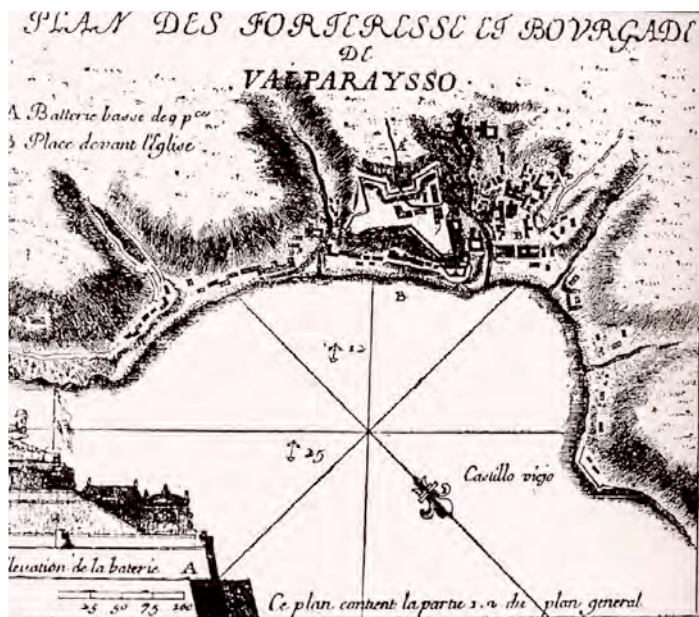


1908



1934

VALPARAÍSO COMO HABITACION URBANA



VALPARAÍSO COMO HABITACIÓN URBANA



CAPÍTULO IV
4. - VALPARAÍSO, RASGOS IDENTITARIOS
DE SU ENTIDAD AMBIENTAL



4.1. EL AZAR EN LA CIUDAD

Se sostiene que el estudio del imaginario poético-espacial corresponde a una de las vías que permiten acceder a un conocimiento de lo urbano arquitectónico como construcción de la pluralidad, donde el ser humano se ubica en el rol protagónico que le corresponde, como razón de ser de la creación arquitectónica.

La construcción social de la cultura es un proceso marcado por la situación de lugar, en la que el lugar no es solo una influencia sino que en gran medida, la constituye como tal.

El imaginario de un lugar corresponde a la construcción colectiva de un patrimonio intangible que se va perfilando y constituyendo en el tiempo a partir de experiencias sensitivas, de ideas, de historias inacabadas, de emociones compartidas, de modos de relacionarse, de mitos y ritos, todos ellos cargados de un fuerte sentido de cohesión social y de futuro, que conducen a un modo propio de enfrentar la vida y su lugar y que en el tiempo constituyen una manera colectiva de entendimiento social que produce códigos particulares que están ahí, en la vida cotidiana y se asumen naturalmente porque son producto de múltiples circunstancias de acción entre la comunidad y su medio, donde el azar juega un rol de primer orden.

Según la concepción de Popper, el azar no sería más que un compendio de instrucciones que rigen éste o aquel resultado, en principio impredecible y cuya racionalización no es posible sólo porque carecemos de instrumentos para clasificarla o aprehenderla.

“El azar por tanto, se convierte en un inexpugnable campo de posibilidad e información potencial y es en este sentido que más atractivo se nos muestra. Deja de ser un factor solo identificable mediante la recolección de datos estadísticos y acumulaciones probables para desvelarse como un contenedor en el que debemos explorar, desprovistos de cualquier atadura anquilosadora.”¹²³

La ciudad de Valparaíso se nos presenta como una posibilidad de información potencial pues para la aprehensión de los rasgos que caracterizan su riqueza espacial es necesario recorrerla desprovistos de cualquier descripción esquematizadora. Solo es posible intentar comprender la riqueza que la ciudad ofrece desde la condición de peatón y dispuesto a dejarse llevar por sus permanentes insinuaciones espaciales donde la escala, la plástica y la forma urbana cambiante así como los sonidos y los silencios, las perspectivas que se modifican a cada paso, la temperatura y los olores proveen de significados distintos a cada lugar.

123 Gausa, Manuel, Guallart, Vicente, Moller, Willy, Soriano, Federico, Morales, José y Porras, Fernando. Metápolis, diccionario de arquitectura avanzada. Ed. Instituto Metápolis Barcelona, 2001. ISBN 84-95273-93-4, p. 77



Las ciudades presentan distintos ritmos evolutivos o de desarrollo de acuerdo a su historia y sus condicionantes geográficas, físicas, climáticas, así como de sus posibilidades productivas, económicas y de poblamiento.

Los procesos de edificación y consolidación urbana se intensifican o debilitan de acuerdo a los niveles de desarrollo y comunicación con otros centros de producción y comercialización.

Cada ciudad tiene su propia historia que contar porque en ella se combinan de un modo particular y único las condiciones que originan su nacimiento y permanencia.

Una gran cantidad de ciudades han seguido procesos que las han llevado a etapas graduales de consolidación, en la medida en que han seguido perteneciendo a un circuito de producción, comunicación e intercambio, asumiendo un rol específico de participación dentro de éstos circuitos.

Dichas ciudades tienden también a ser gestadoras y depositarias de fuertes y enraizadas tradiciones que son producto de una construcción real e intangible, decantada a partir de largos períodos de tiempo.

Hay otras en cambio, que naciendo al parecer por accidente, son producto de situaciones coyunturales, que devienen de una necesidad específica, ya sea en relación a las posibilidades de explotación económica, como tierra poseedora de diversos recursos naturales o por cualidades de localización geográfica, entre otros.

El caso de Valparaíso y de su nacimiento como ciudad tiene que ver con el encuentro de un enclave marítimo necesario para las rutas de navegación que requerían de un punto de proximidad después de un difícil cruce del Cabo de Hornos, que proveyera a los navegantes de un lugar de descanso así como de revisión y reparación de las naves después de un largo trayecto marítimo.

Sin ser fundada oficialmente, por “caprichos del destino”, nació Valparaíso. Sin tener vocación de puerto, surgió como puerto; llegando en su momento de auge a ser el primer puerto de Sudamérica; sin contar con “condiciones idóneas” en su emplazamiento, surgió como ciudad, primero sobre una angosta franja de playa para inmediatamente encaramarse a los cerros; sin contar con una presencia poblacional nativa importante en la zona, creció desmesuradamente una vez identificada como puerto, atrayendo personas y capitales tanto nacionales como extranjeros; sin planearse de esa manera, la ciudad fue con el tiempo configurando su arquitectura y su paisaje para que la vista apareciera en cualquier ventana, en cualquier recodo del camino, observándose a sí misma y asomándose contemplativamente al mar. Se llenó de rincones caprichosos, de escaleras infinitas, de múltiples entradas, de insospechadas salidas, jugando con la intimidad, la exterioridad y la algarabía. El mar se opuso a sus misterios, se abrió a la inmensidad de su mirada.



Valparaíso surge atendiendo a su propia geografía de cumbres y quebradas. Cada cerro es denominado a lo largo del tiempo haciendo referencia a su propia geografía, acentuando algún hecho o rasgo del lugar. Los cerros Concepción y Cerro Alegre, o Pleasant Hill, como lo denominaron los ingleses que habitaron originalmente el lugar, junto a los inmigrantes alemanes durante el siglo la primera mitad del siglo XIX, fue erigido como un pequeño rincón europeo dentro de la ciudad. Conforman históricamente un sector unitario, delimitados entre sí por una calle. Las casas de tipo europeo, con ventanas de guillotina y revestidas de zinc generaron un carácter bucólico y placentero que derivó en el tiempo en la denominación actual.

Los cerros Alegre y Concepción configuran un barrio con un pequeño núcleo de calles regulares, producto de la naturaleza planificada de su desarrollo que se articulan a calles que se que configuran a partir de la topografía del cerro, lo que establece una mezcla de orden espacial de gran riqueza, donde la sinuosidad de las calles en las laderas del cerro genera permanentes sorpresas en sus recorridos.

Su trama es acompañada a su vez por estrechos pasajes y empinadas escaleras. Los quiebres de las calles más irregulares y las diferencias de nivel generan una espacialidad de múltiples facetas; el recorrido del sector va ofreciendo una concatenación de realidades diversas y perspectivas inusitadas que generan permanente sorpresa” Al cerro accedemos de múltiples maneras, todas ellas distintas. La casualidad parece acompañarnos para encontrarnos con espacios urbanos de distinto orden, que juegan entre el espacio público y privado.

Este sector reúne las diversas formas que adquiere el espacio público de la ciudad. Concentra plazas, paseos miradores, pasajes, rincones y escaleras así como actualmente dos estaciones de llegada de los ascensores porteños. Su inmediatez al plan, le proporciona una gran presencia visual desde el plan, desde donde se observa el paseo mirador y las construcciones con gran nitidez.

Formando parte de lo que corresponde a la zona de postulación de Valparaíso como sitio del patrimonio mundial, este núcleo urbano permite al habitante gozar permanentemente y de diversas maneras, de la ciudad y sus paisajes.

El azar y su condición lúdica es quizás lo que más define la ciudad de Valparaíso y la construcción de su imaginario poético-espacial. El azar está presente tanto en su conformación espacial como en su propia historia, diríamos que desde su fundación.

Habamos la vida y la vida se habita en todas partes. Esto quiere decir que a diario nos encontramos en distintas encrucijadas; lugares inesperados y encuentros inesperados nos sugieren una dimensión del azar y la casualidad que se nos presenta en momentos fuera de los que nos resulta posible planear. Porque la vida cobra su sentido cuando el azar hace su aparición para demostrarnos en ese preciso instante, que lo fortuito no solo tiene su encanto



sino que es estrictamente necesario para reconocer la complejidad de la memoria, la historia y el presente que se constituye a cada paso.

El azar como una dimensión de lo real, tiene el encanto de la sorpresa y la emoción, sea esta para bien o para mal, pero pone en el plano primordial el ámbito de lo lúdico por sobre lo estrictamente racional.

La ciudad de Valparaíso esta hecha de lo lógico y el azar. Recorriéndola se advierte a cada paso que las mil y una improntas en ella registradas, dan cuenta de una y todas las historias a la vez. Hay ciudades en donde la impronta del ciudadano marca y determina lo valioso de ese entorno urbano, donde las decisiones de gran envergadura nacen sujetas a las condiciones previas, marcadas por el habitante, como un rasgo orientador que determina las posibilidades de consolidación de la misma. El habitante tiene a su favor la emoción y la experiencia de habitar en el lugar e ir moldeándolo de acuerdo a sus necesidades tanto individuales como colectivas. Tiene a su favor también, la liga emocional al suelo desde donde se posiciona con respecto al mundo, lo que le da pauta para producir las transformaciones necesarias para su cobijo.

En lo lógico de la ciudad aparecen otros actores, además del habitante cuyas acciones en el suelo urbano se soportan sobre el sentido común. Los actores que intervienen la ciudad, la mayoría de las veces trabajan sobre la lógica y la eficiencia porque la ciudad se les presenta como un fenómeno separado de ellos, que se le valora desde fuera.

“En las situaciones y procesos caóticos, el azar, las fluctuaciones, o como se quiera llamar a esa ración de mínima contingencia, pueden arrastrar un sistema hacia estados completamente imprevisibles y ser justamente ellas las que se erigen en protagonistas y deciden el futuro. Muchas esperanzas del pensamiento humano dependen hoy del caos. Lo que empezó como una curiosidad matemática de la no linealidad, que luego recogieron los físicos preocupados por la termodinámica de sistemas de no equilibrio, se ha generalizado ahora a cualquier ámbito de la creatividad y la innovación, desde la física del aire hasta el mismísimo arte.”¹²⁴

Partiendo de la afirmación anterior y trasladándola al caso particular de la ciudad de Valparaíso podemos encontrar que la suma de intervenciones en su territorio han producido en el tiempo una espacialidad inesperada y rica en posibilidades de uso y de disfrute, presentándose como una construcción urbana cuyo resultado es producto de innumerables

124 Briggs, John y Peat, F. David, Las siete leyes del caos, Ed. Grijalva, Barcelona, 1999, p. 3



acciones que sumadas otorgan una fuerte unidad espacial, generadora de “un caos” de enorme atractivo estético.

“... el caos como metáfora lleva implícita una humildad que las teorías científicas anteriores no poseían. El caos, pues, tiene mucho más que ver con lo que no podemos saber que con la certeza y los hechos propiamente. Tiene que ver con el dejarse ir, con la aceptación de los límites y con la celebración de la magia y el misterio.”¹²⁵

La cita anterior llevada al plano de lo espacial expresa con gran precisión la sensación de los lugares de la ciudad de Valparaíso. Llevado al caso del visitante que recorre por primera vez las calles de esta ciudad, el efecto sorpresa y lo inesperado de los lugares y perspectivas con los que el visitante inesperadamente se encuentra, suscitan el deseo de dejarse ir en la ciudad en una especie de juego y aventura en donde la actitud de quien la recorre es activa y propositiva y siempre como recompensa aparecen en su camino espacios y lugares que celebran la magia y el misterio.

Como ejemplo baste la descripción del siguiente recorrido:

Ubicados en el Plan advertimos la presencia del cerro Concepción. Buscando como acceder a él encontramos dos opciones: una de carácter peatonal a través de un ascenso por empinadas escaleras, el otro un pequeño resquicio en el plano continuo de la calle que nos conduce a la estación del ascensor Concepción, escondido en el fondo de esa abertura. Caminamos a él entre colindancias y aparece una salita oscura con olor a maquinaria antigua y una señora que cobra el ascenso. Pasamos a través de un torniquete y accedemos a un pequeño carrito que nos conduce a través de sus rieles hacia la parte alta del cerro. Se produce ahí una primera y gran sorpresa. A través de ese carrito metálico y con ventanas y piso de madera, vamos emergiendo a un espacio que se nos abre poco a poco. Descubrimos el interior del espacio urbano, las cubiertas de los edificios, y nuestra visión se amplía gradualmente hasta obtener la panorámica del lugar desde su cima.

Llegamos a la estación superior, espacio sin más pretensión que el de recibir al pasajero pero que nos permite también el descubrir el sistema de poleas que nos ha permitido llegar arriba. Saliendo de la modesta estación aparece un paseo mirador, que lleva por nombre Gervasoni. Estamos en el interior del cerro y vemos desde la exterioridad, el paisaje de la ciudad allá abajo. Surge el deseo de detenerse un momento producto de la sensación de interior del espacio público donde nos encontramos y del silencio que contrasta con el ruido y movimiento en el que tan solo hace unos momentos nos encontrábamos. El carrito a su vez, nos ha permitido participar de las conversaciones entre los vecinos del cerro.

125 Op. cit., p. 10

Del paseo mirador se observa el movimiento portuario, los barcos en el muelle de abrigo, las grandes grúas, y el mar. De espaldas a él, un lugar acogedor que se recorre despacio y que de pronto se acaba para dar paso a una transición espacial diminuta, entre casas y sus respectivas puertas de acceso. Atravesamos y aparece un espacio abajo al que se accede por una generosas escaleras. Dicho espacio tiene la escala de un gran patio delimitado por casas que se alinean a su respectivo paramento, cuyo acceso es directo desde este espacio que en su uso y ubicación dentro de la traza es evidentemente público pero en su calidad y definición espacial supone una invitación hacia un espacio interior. Ubicados en la escalera, se advierte al fondo una pequeña abertura, misma que corresponde a una calle o pasaje sinuoso que gradualmente nos conduce por espacios cada vez más cerrados donde la proximidad a los accesos de las viviendas provocan nuevamente y con mayor intensidad una sensación de atravesar interiores. Conforme avanzamos van apareciendo estrechos y verticales vanos urbanos que refieren la presencia del mar allá abajo. De pronto y frente a nosotros aparece otra escalera, larga y empinada, de múltiples descansos intermedios, que sirven a su vez de accesos a distintas viviendas y con peldaños que se dirigen decididamente al plan.

Así como este recorrido, surgen infinidad de posibilidades de disfrute del espacio urbano a través de encuentros sorpresivos con experiencias contrastantes de espacialidades diversas.

Este intenso diálogo que se produce entre el habitante y las espacialidades de los diversos recintos urbanos, que persistentemente destaca la inmediatez y la lejanía, establece un fuerte sentido de pertenencia al o los lugares que esta ciudad ofrece.

“Un sistema caótico complejo como una selva o el cuerpo humano contiene una dinámica creativa en constante desarrollo, y en cuyo seno lo que nosotros llamamos competencia puede repentinamente convertirse en cooperación, y viceversa. En los sistemas caóticos, las interconexiones fluyen entre los elementos individuales a muy diferentes escalas. En el cuerpo, esas escalas incluyen las moléculas moviéndose entre las células, las células mismas, los tejidos, los órganos y sistemas extendidos como el inmunológico o el endocrino y su secreción de hormonas desde varias glándulas. En vez de observar esas escalas de orden en términos de competencia, la teoría del caos se centra en cómo los elementos dentro de los sistemas, y las relaciones entre los sistemas, están continuamente reuniéndose en la frontera del caos.”¹²⁶

126 Op. Cit., p. 82



En Valparaíso es fácil entender la ciudad como un sistema que poco a poco y gradualmente va produciendo casi naturalmente los espacios para la vida urbana, donde a una intervención puntual da la pauta a la generación de otros tantos lugares que, en conjunto producen una espacialidad urbana que se va tejiendo finamente y sin anticipaciones, en el tiempo y el espacio, y obteniendo un verdadero sistema urbano cuyas articulaciones espaciales son su gran riqueza.

“... la casualidad puede incluso ofrecer una clave para descubrir pautas más profundas en nuestras vidas. El psicólogo suizo Carl Jung denominó “sincronizaciones” a las coincidencias aparentemente inconexas pero muy significativas, y sugirió que deberíamos estar deseosos de leer esos patrones ocultos.”¹²⁷

“... la teoría del caos nos dice que cuando la vida nos parece más compleja, un orden simple parece estar esperándonos a la vuelta de la esquina.”¹²⁸

En Valparaíso el orden de lo simple y lo complejo se da simultáneamente. Aunque en principio ese orden complejo parece desorientarnos, basta con mirar al mar y a los cerros para volvernos a ubicar con respecto a la ciudad. La geografía y su paisaje juegan de ese modo un papel activo que simplifica y ordena nuestra experiencia espacial.

“El caos sugiere que la ironía, la metáfora y el humor nos ayudan a superar el dualismo con una nueva claridad de visión. El arte, la música el teatro y los rituales sacros emplean formas ambiguas y ricas para escapar del férreo abrazo del dualismo; de igual modo que lo hacen la mayoría de los saberes tradicionales.”¹²⁹

En este sentido, habría que incluir también la capacidad que la arquitectura y la ciudad pueden también tener para superar el dualismo entre racionalidad y azar. La conjunción de ambas, como en el caso de Valparaíso parecen contribuir a la concepción de soluciones urbanas propiciadoras de experiencias memorables para el habitante.

“La teoría del caos, con su aceptación simultánea de la simplicidad y la complejidad, del orden y el caos, de lo

127 Op. Cit., p. 115

128 Op. Cit., p. 116.

La teoría del caos, es una teoría de la ciencia trasladada a distintos ámbitos del conocimiento humano, de fenómenos que no responden a un comportamiento lineal y que sin embargo siguen pautas determinadas pero imposibles de precisar con detalle, produciendo efectos inesperados.

129 Op. Cit., p. 123

*singular y lo plural, del yo y el otro, se acerca estrechamente a la sabiduría tradicional...”*¹³⁰

“Parece apropiado decir que Mandelbrot fue capaz de mostrarnos que los fenómenos fractales del mundo natural se producen entre nuestras tres dimensiones familiares: largo, ancho y alto (representadas por la línea, el plano y lo sólido).

*Para comprender qué significa que algo se produzca en las tres dimensiones, hay que imaginarse una cuartilla corriente de papel carta. El papel representa un plano en dos dimensiones, largo y ancho, pero si estrujamos el plano formando una bola, ¿cuántas dimensiones tiene ahora? No es propiamente una esfera, pero ya no es un plano. En sus pliegues y arrugas hay un objeto que existe en algún sitio entre dos y tres dimensiones.”*¹³¹

La cita anterior llevada al orden espacial de Valparaíso remite primeramente a su condición territorial natural que supone la predeterminación de entidades espaciales. Una segunda consideración refleja la aprehensión de su geografía y la creación de un paisaje cultural urbano y arquitectónico soportado sobre un sabio entendimiento de su condición primaria.

*“Los modelos fractales naturales evocan un reconocimiento que va más allá de las fáciles clasificaciones entre lo agradable y lo desagradable, lo apreciable y lo despreciable. Puede que un pulpo no nos parezca una criatura particularmente atractiva, pero podemos captar que contiene algo esencial. Comprendemos que el pulpo es, en cierto sentido, nosotros.”*¹³²

Algo de lo anterior sucede en el espacio urbano de Valparaíso. Se trata de un urbanismo esencial que proviene de la interpretación sensible del territorio. Esa asimilación de la lógica natural del lugar ha configurado gran parte de la ciudad adoptando una arquitectura ligera, que adaptándose a la pendiente, recurre al voladizo o a la construcción sobre pilares. En ocasiones también se busca el plano horizontal por desmonte o relleno, la construcción de un piso para situar sobre éste el volumen arquitectónico. Sus volumetrías o se escalonan hacia el

130 Op. Cit., p. 125

131 Op. Cit., p. 149

132 Op. Cit., p. 153



exterior o interiormente. En estas últimas, generalmente edificios colectivos y de volumen único, la calle o pasillo interior permite articular los diferentes niveles.

Desde la calle, estas construcciones parecen sencillas y bajas. Observándolas desde el lado opuesto se hace evidente su real dimensión, correspondiente a varios niveles que parecen descolgarse por los cerros.

“La ciencia del caos se centra en los modelos ocultos, en los matices, en la “sensibilidad” de las cosas y en las “reglas” sobre cómo lo impredecible conduce a lo nuevo”¹³³

“Dicen que Valparaíso es chico y, sin embargo, ya ves tú, dos personas que no andan muy lejos una de otra pueden pasar meses sin verse....”¹³⁴

Allan Browne define a Valparaíso como una ciudad de urbanismo espejista donde se produce dicho fenómeno miles de veces en el día y otras tantas en la noche. Donde se multiplican las miradas y la reciprocidad visual suscita en el hombre sensible un verdadero paroxismo del espacio ciudadano, siendo esto, uno de los misterios de Valparaíso. En relación a lo anterior comenta : “En el lugar en el que usted se ubique en la ciudad, está presente la ciudad completa. Al introducirnos en ella, el resto de la ciudad no desaparece replegada en si misma. Puede ser que, en un momento dado, nos desorientemos en el laberinto de las calles y escalas del cerro, pero si somos persistentes, si seguimos caminando, pronto se abrirá una ventana que nos devolverá el glorioso paisaje ciudadano y también el mar”.¹³⁵

Lo anterior lleva a reconocer que si bien en Valparaíso el azar juega entre la ciudad y nosotros como habitantes momentáneos o permanentes de sus lugares, lo importante de esta espacialidad dinámica y cambiante parece demostrarnos un camino propio y original para hacer al habitante un sujeto dialogal con su entorno, donde los espacios urbanos son apropiados por él mediante una experiencia emotiva y estética.

133 Op. Cit., p. 4

134 Edwards Bello, Joaquín, Memorias de Valparaíso. ED Zig-Zag. Santiago. 1969. pag 69

135 Browne, Allan. Valparaíso a la vista. Ed. Universidad de Valparaíso. Valparaíso, 2003, p. 36



4.2. EL RITMO EN LA CIUDAD

Valparaíso se imagina inicialmente desde el mar. Antes de ser concebido como puerto y ciudad el lugar se reducía a una población escasa de indígenas conocidos como changos, que vivían fundamentalmente de la pesca.

Es con la llegada de los navegantes de distintas latitudes, y en un comienzo españoles, que Valparaíso va adquiriendo en un escaso período de tiempo, su fisonomía como ciudad y constituyéndose en un puerto de importancia y significación mundial.

“Valparaíso en su siglo de oro, que transcurre desde 1830 hasta 1930, fue llamada la Fenicia de América del Sur atendiendo a su vigorosa actividad comercial y naviera que la convirtió en el gran emporio del sur del mundo.”¹³⁶

La conjunción entre las enormes dificultades geográficas y topográficas que debe salvar para erigirse como ciudad-puerto, ligado a la posibilidad de encuentro con tierra firme por parte de los navegantes, aunado a su situación estratégica para el intercambio y la comercialización, hicieron de Valparaíso un lugar receptor de acelerados procesos de adecuación territorial y espacial para recibir los destinos antes mencionados.

Los niveles de crecimiento poblacional son importantes reveladores de la dinámica urbana desarrollada en un lapso brevísimo de tiempo.

La construcción de una tradición local y propia de una gran intensidad histórica, no comparte en este caso, la visión convencional de tiempo ligado a la tradición; el tiempo acá es inversamente proporcional a la constitución de una tradición fuertemente cargada de evidencia física e inmaterial así como de un fuerte imaginario social que va de lo cotidiano a

136 Browne, Allan, Valparaíso a la vista, Ed Universidad de Valparaíso, Valparaíso, 2003, p. 43



lo excepcional pasando por la construcción de un universo poético marcado por un importante ingrediente de evocación y nostalgia.

Evocación y nostalgia que devienen por un lado de su propia composición social, que reúne habitantes de los más variados lugares de Europa y América, que traen consigo memorias y formas de vida propias que se combinan con el universo local generando en un momento dado de su historia, una atmósfera cosmopolita evidenciada en su arquitectura y, por otro lado, las llagas físicas que cada cierto tiempo Valparaíso ha debido enfrentar, como terremotos, aluviones, grandes temporales, incendios como una realidad cotidiana, etc.

Unido a ello, la corta vida de los momentos de pujanza económica de la ciudad y los largos períodos de abandono cuyo aire melancólico se respira en la ciudad, pasea por sus calles y rincones, como si no le fuera posible resignarse a sus actuales condiciones de pobreza que deja ver en sus innumerables recorridos.

Tiempo y tradición en Valparaíso no han sido aliados. La tradición nació de la intensidad de sus propias vivencias más que de algo que se va produciendo lentamente en el tiempo. La tradición en Valparaíso se acompaña fundamentalmente del drama y la pasión con los que de la noche a la mañana se convirtió en una ciudad adulta. Sus procesos no han sido ni pausados ni graduales. Valparaíso ha sido una ciudad que se ha definido por sus impulsos vitales.

La ciudad de Valparaíso tiene sonidos y silencios que le resultan propios; unos son de carácter natural e involuntario como los sonidos del mar, de la brisa marina, de la lluvia, de los temporales que amenazan ponerles alas a los techos de zinc, del viento que es consustancial a su paisaje, etc., y otros, son parte de su propia tradición. Los ascensores de Valparaíso producen en su subir y bajar, un sonido particular de sus cables, engranajes y poleas que acompañan siempre su memoria. De ese modo, también la locomoción colectiva, incluidos sus viejos trolleys producen sonidos propios. La idea de desplazamiento de las personas se recuerda siempre acompañada de estos sonidos.

La ciudad en la verticalidad natural de su paisaje y su musicalidad, va siempre del ruido al silencio; conforme se asciende se hace evidente el sonido de la naturaleza y por el contrario, la parte baja concentra las quejas de las máquinas, del tráfico, de la rapidez del desplazamiento peatonal, de las conversaciones que se concentran en las estrechas calles del plan, de los gritos de los vendedores ambulantes, de los predicadores en las plazas, del músico callejero, de los desfiles, de los carros de bomberos con sus sirenas y su paso urgente.

Las ciudades se van llenando de sonidos y silencios. Se concentran en las vías de circulación principales, en las plazas, los cafés, los expendios de periódicos. Aparecen con el tiempo nuevos nodos, nuevos recintos creadores de nuevos sonidos y movimientos como el caso de los centros de llamada, dedicados a ofrecer servicios de llamada local y externa, así como



Internet, lo que ha convertido a éstos lugares en importantes espacios de concentración de personas durante todo el día.

En esta ciudad hay dos mundos: el del plan y el de los cerros. Durante el día la gente baja al Plan, corre, va siempre apresurada; va al trabajo, a resolver trámites, a comprar, a trasladarse a otros puntos de la ciudad y, arriba los cerros parecen quedarse vacíos y en silencio. Mientras el plan es la concentración e intensidad de la vida urbana, los cerros son la dispersión y el silencio.

Y también es una ciudad de dos tiempos. Al atardecer la gente se recoge a los cerros donde la intimidad le espera. Ahí esta la casa, el barrio, los vecinos. El cerro, en penumbra respecto al Plan, espera su llegada. Aparecen los sonidos familiares.

El puerto-muelle es un nodo importante; es el lugar de los que llegan, de los que se van, de los que pasean, de los desempleados en busca de trabajo en las actividades portuarias, es el lugar que ancla a Valparaíso y su historia; ahí se descubre Valparaíso en su sentido original, en su historia, en su vocación primera. Ahí se ven y casi se tocan los grandes barcos en el muelle de abrigo y se descubren las faenas marinas. Ahí aparece el sonido del mar desde la ciudad y del agua humedeciendo sus bordes. El puerto es territorio de sueño y de nostalgia, de emociones y evocaciones y también, territorio de poder y de pobreza.

El mercado, ubicado en el almendral, tiene su propia musicalidad. Su edificación característica, con estructura de hierro y ocupando toda una manzana, se abre hacia la calle desbordando mercaderías. La competencia entre los vendedores produce sus propios sonidos.

“Me pareció que toda la gente que veía de nuevo era mi propia familia; los cargadores que comían sandías, los “mercurieros”, los cocheros, los vendedores ambulantes. Justamente esas personas le quitaban a Valparaíso el carácter de austeridad y miedo. Ese gañán que tajeaba la sandía, metiéndole el corvo en el vientre rojo, me congraciaba con la ciudad natal. Era de la parte que vive sin miedo, sin alarde de seriedad. Conocería al roto porteño en cualquier parte del mundo.”¹³⁷

A la ciudad se le vuelve a ver y reconocer cada día pues su concreción está sujeta a factores tanto fijos, que determinan en gran medida su imagen, como a factores en permanente cambio.

137 Edwards Bello, Joaquín. Valparaíso ciudad del viento. Ed. Orbe. Santiago, 1968. p. 234.



La condición de tiempo y clima hacen de la ciudad un espacio que cíclicamente transforma su imagen. El paisaje natural actuando conjuntamente con el paisaje cultural da a la ciudad un primer aspecto de su imagen dinámica.

En ciertas latitudes se hace más evidente el cambio de imagen que sufre la ciudad en su forma y uso de acuerdo a las estaciones del año.

En Valparaíso, el viento, la lluvia, la neblina de invierno, hacen a la ciudad distinta a cuando el calor, el sol y la brisa suave cuando el verano la acompaña. Los habitantes viven la ciudad y su imagen de manera distinta de acuerdo a sus condiciones naturales de paisaje, que cambian con las estaciones del año.

El tiempo y el clima como acompañantes permanentes de la ciudad, provocan un constante dinamismo en su imagen que modifica a su vez el modo en que ésta es usada y vivida. Los espacios cerrados, cubiertos, protegidos de la ciudad, reúnen y convocan la vida de sus habitantes. Por el contrario, cuando el clima se vuelve benigno, los espacios abiertos, públicos, se convierten en los receptores por excelencia de la vida citadina.

Lo íntimo se opone a lo público y viceversa. Las formas de comunicación ciudadana se transforman, la intensidad de uso de los espacios se modifica. El habitante se despoja gradualmente de sus distintas capas protectoras, aflorando gradualmente la exterioridad de los seres, de los espacios, de los objetos. La imagen de la ciudad adquiere todo su dinamismo vital en el verano. Las voces, los cuerpos, las conversaciones se vuelven extrovertidas y nítidas. El invierno las envuelve de una capa de silencio y solemnidad.

Los espacios y sus dimensiones pueden no variar en un importante lapso de tiempo sin embargo la ciudad es portadora de mil imágenes distintas.

La ciudad, el paisaje y las vivencias de sus habitantes, múltiples e infinitas nos hablan de la imagen como una creación permanente. La ciudad se transfigura por la acción del individuo, la colectividad y su medio. Para cada habitante hay una ciudad distinta en tiempo, uso y formas de vida. De ese modo, la imagen de la ciudad se entiende como múltiple y cambiante.

La ciudad ofrece también, temperaturas diversas. La dominante, dada por el clima y aquella que se crea a partir de recintos donde se acoge al habitante de diversas maneras. Así, los espacios cubiertos y abiertos de la ciudad recibirán una demanda propia y contraria a lo que la naturaleza en su momento brinda.

La arquitectura de Valparaíso no cuenta con espacios intermedios. El verano se disfruta al exterior y en el invierno se busca el refugio. Si bien su arquitectura es drástica en este sentido, el espacio urbano provee de la magia del encuentro diluido entre lo público y lo privado, que



fluye naturalmente pero cuya vocación fundamental es el paseo o recorrido. Los lugares de permanencia son o completamente abiertos o completamente cerrados.

El espacio intermedio de permanencia, el portal, solución tan socorrida en otros ámbitos urbanos, en Valparaíso no existe y, con ello, el mágico fluir de la vida social como estado permanente, en esta ciudad no se da; en ella se está en el interior o en el exterior, nunca en medio de; pero la ciudad actúa como un interior abierto que acoge al paseante.

Lo que la arquitectura unitariamente no otorga, la ciudad lo oferta. La arquitectura de Valparaíso tiene escasos balcones y sin embargo la ciudad está llena de ellos; la arquitectura de Valparaíso no tiene terrazas y sin embargo, la ciudad ofrece múltiples terrazas-miradores. Por ello, Valparaíso concibe sus espacios públicos como verdaderas habitaciones urbanas, situando al porteño en una notoria condición de habitador urbano donde para el habitante, el paisaje, el territorio, la casa y la ciudad actúan como capas protectoras continuas.

Valparaíso es una ciudad que sigue el ritmo de las estaciones del año. Los meses benignos hacen de Valparaíso una ciudad amable, destinada al paseo y al encuentro con el mar a través del disfrute de su paisaje marino, de la celebración de su alimento, del encuentro con sus caletas.

Esta ciudad cautiva. Era verano y la gente en verano en estas latitudes saca toda la alegría acumulada, como una gran carga explosiva y la lleva por las calles, con voces y vestimentas que inundan la ciudad de un ambiente relajado, desordenado y festivo. Yo me interné por las calles con el fervor que propone la novedad, con la intención de atrapar la ciudad y sus detalles, de atrapar la conducta y el humor de su gente de puerto, que aflora a la menor provocación.

Son meses en que la alegría aflora en sus habitantes, en sus ropajes, en su disfrute de la ciudad, que se vuelve más intenso. La ciudad se aclara y adquiere una intensa luminosidad que se hace evidente en el sol de la mañana y en sus atardeceres. La ciudad desnuda su paisaje y su belleza natural; el invierno en cambio, parece cubrirla con un velo de neblina y con la permanente lluvia. En estos dos momentos la vida se expresa en espacios opuestos. En verano la ciudad se convierte en una gran habitación urbana que se recorre en continuidad y azorosamente, ofreciendo siempre recompensas espaciales de distinto carácter, que hacen a la ciudad acotada en el paisaje pero infinita en sus múltiples modos de apropiación.

La ciudad queda contenida entre los cerros y el mar. Por un lado, sus cerros como un gran talud de habitaciones genera una ciudad con atmósfera interior propia, donde la continuidad territorial parece interrumpirse. La ciudad mira al mar y también a sí misma; por otro, mira contemplativamente al mar y a su inaccesible límite.



Afortunadamente hace cinco o seis años atrás, es recuperado el viejo muelle Barón, con el propósito de albergar un espacio de exposiciones, y un paseo mirador desde el mar hacia la ciudad. Con ello, la posibilidad de disfrutar simultáneamente y desde el mar la presencia de la ciudad y el paisaje marino que la acompaña, abre nuevas posibilidades de fortalecimiento vivencial de la ciudad puerto.

Valparaíso, en su sentido longitudinal O-P establece una continuidad lineal con la vecina ciudad de Viña del Mar que desde el momento del encuentro inicial y en adelante, gradualmente va incorporando nuevas y contrastantes referencias espaciales. En este enlace inicialmente suave, donde la presencia de los cerros y el mar sigue siendo protagónica, conforme se avanza, poco a poco los cerros se retrasan para dar cabida a un espacio urbano en el que destacará fundamentalmente la parte baja y plana de la ciudad. Y así, como el territorio urbano de Viña del Mar adquiere una fisonomía diferente y contrastante con su ciudad vecina, así también la arquitectura y la vida que en ella se aloja será diametralmente opuesta a la experimentada en la ciudad puerto, la primera con un carácter recatado y burgués, la segunda, desgredada y bohemia, la primera más atada a reglas y convenciones, la segunda, más libertaria.

En el otro sentido del eje O-P, Valparaíso va diluyendo suavemente sus atributos. Aparece Playa Ancha, el cerro más extenso, como el último y más extenso de los cerros de Valparaíso, como bastión, como faro y centinela de la ciudad, dominando con su vista la plenitud del paisaje. Un elemento que lo hace peculiar además de su propia fisonomía, es su ubicación. Playa Ancha va antes o después del puerto, como un territorio desde el cual todo se domina.



4.3. LA NOCIÓN DE BELLEZA

“La construcción de la belleza de un territorio, finalmente, es la construcción de nuestra identidad. Los territorios árabes parapetan tras la belleza de sus trajes, sus religiones, su lengua y sus costumbres. Nosotros somos un país colonizado, un engendro de occidente. Somos y estamos en un combate continuo con nuestros padrastrós que aportaron los cánones de la belleza; hemos construido con los retazos de occidente y desde nuestra lejanía, nuestras propias autorías. Las potencias necesitan imponer sus cánones de belleza porque imponen su mirada, su manera de percibir, como un modelo sobre la construcción de nuestro entorno para ser admirado. Quien es el fabricante de lo bello es quien posee el poder. Entonces, la globalización que no es más que una mutación del capitalismo, debe arrasarse con identidades, con belleza.”¹³⁸

La noción de belleza no es única ni inmutable. La belleza tiene que ver también con la expresión de vida de un lugar, con sus procesos como una historia de esfuerzos en pos de un cobijo individual y colectivo, cuyo resultado no es exclusivamente material sino referido a la autenticidad y unicidad en un amplio marco de diferencias.

138 Griffero, Ramón. “Cuando las cosas se nombran, comienzan a existir”, en Debate País 2000. Ed. Cuarto Propio, Gobierno de Chile, ministerio de Educación y Extensión cultural Universidad de Chile, p. 76

Según el diccionario¹³⁹, el significado de belleza correspondería a la armonía física o artística que inspira placer y admiración: *la belleza de Apolo, la belleza de un carácter, un drama.*

Muy a menudo las consideraciones respecto a la belleza se encuentran referidas a aspectos exclusivamente formales, aparentes, evidentes a primera vista. Sin embargo, en un marco más amplio de acepciones podemos encontrar que la idea de belleza también se encuentra relacionada con aspectos no tangibles de la misma, dando cuenta de aspectos como el carácter de una persona, su bondad, que unidos fuertemente a su presencia, dan cuenta de un rasgo que atraviesa distintos umbrales que van de lo evidentemente físico a lo intangible, de lo superficial a lo profundo, de lo exterior a lo interior, de lo explícito a lo implícito. La totalidad de la persona, objeto o hecho se define como una situación de belleza. A pesar de que en su uso el término belleza lo aplicamos para dar cuenta de los aspectos mencionados, al referirnos a la ciudad generalmente reiteramos la definición de belleza o fealdad a partir de la primera impresión de lo estrictamente evidente, de su formalización y materialidad.

El contenido de la ciudad, es decir los hechos y el modo en que éstos se producen generalmente se tienden a disociar de la noción de belleza. Baste como ejemplo que frente al fuerte contraste de forma y contenido que supone la ciudad de Valparaíso con respecto a la de Viña del Mar, ciudades de fuertes contrastes entre sí, conducen la mayor parte de las veces a una mirada superficial en la que se anteponen aspectos de apariencia que no dejan ver aspectos de fondo.

“El modelo de orden fractal en el arte va más allá de lo mecánico, de algo que puede ser reducido a una descripción didáctica. En efecto, el desafío de nuestra capacidad de descripción es lo que define la grandeza de una obra de arte.”¹⁴⁰

Si bien Valparaíso y Viña del mar responden en su origen a planteamientos urbanos completamente diversos, el ciudadano común ve en Viña del Mar el modelo de ciudad a la que aspira; ciudad jardín planificada, limpia, con una importante presencia de inversión edilicia, modelo de pujanza económica, ciudad del “buen vivir.

Valparaíso en cambio ofrece a la mirada evasiva un encanto inicial que se esfuma cuando aparece la pobreza, la suciedad y el abandono, aspectos que adquieren una relevancia inusitada para el visitante que tiene previamente incorporada la imagen de Viña del Mar.

139 Pequeño Larousse ilustrado. Ed. Larousse. México. 1993

140 Briggs, John y Peat, F. David. Op. cit. p. 160



Valparaíso remite a una noción de territorio de belleza, o en palabras de Browne¹⁴¹, a un “paisaje urbano sugestivo, inquietante, orgiástico y muy híbrido, parecido a un collage cubista.”

“La estética del caos no tiene nada que ver con la belleza de postal, donde los bosques parecen un parque de ciudad, sino con la mirada en detalle a los bosques reales con sus árboles muertos caídos sobre otros árboles, una espesura densa, con zonas pantanosas, con zonas de praderas con hiedras ponzoñosas: un movimiento de cosas conectadas de maneras no reveladas”¹⁴²

Habiendo pasado por momentos de auge y decadencia en un período relativamente corto de tiempo, hoy se sitúa como uno de los lugares de mayor pobreza en Chile, enarbolando la tasa de desempleo más elevada del país. Sin embargo, con todo y su pobreza, que se hace patente en casi cualquier resquicio urbano, la ciudad evoca la belleza.

Valparaíso entendió desde un principio que *“la adaptación no es la imposición de unas formas a la vida, sino la adopción por ella de formas que representan su solución al problema que le plantea la constitución de lo externo”¹⁴³*

Por los cerros de la ciudad aparece un niño jugando fútbol en un llano inclinado, siguiendo la configuración del cerro. La pelota es su aliada, el terreno, su equipo rival. El terreno ha dejado de ser un impedimento para su diversión.

La comprensión del lugar y la coherencia entre arquitectura y territorio, ha permitido a Valparaíso la creación de un drama singular donde se debaten su enorme fuerza vital y su abandono, como un hombre obligado a jubilar teniendo acumulada experiencia y capacidad entre sus manos.

“Siento la ausencia de algo...Nostalgia. En la experiencia de la belleza se me hace consciente una ausencia. Aquello que experimento, aquello que me conmueve, contiene ambas cosas: gozo y dolor. La ausencia duele y llena de gozo esa forma conmovedora, la hermosa creación que se enciende en virtud del sentimiento de ausencia.”¹⁴⁴

141 Browne, Allan. Valparaíso a la vista. p. 34

142 Briggs, John y Peat, F. David. Op. cit. p. 152

143 Ferrater Mora, Diccionario de Filosofía. Ed. Ariel, p. 351

144 Zumthor, Peter. Pensar la arquitectura. Ed. GG, p. 66

La belleza de Valparaíso, asociada de manera diversa a la melancolía se ha construido gradual y cíclicamente en el imaginario social y poético de la ciudad.

... “Yo he recorrido muchas tierras, conozco el puerto de Lisboa reflejándose en las aguas tranquilas del Tajo. He contemplado el puerto de Nápoles desde el cráter del Vesubio. He admirado en Constantinopla el panorama del Bósforo a la luz de esa luna que está colocada en la bandera de Turquía; y nunca he recibido una impresión más hermosa y poética que la de ésta bahía poblada de luces.”¹⁴⁵.

... “En una bahía muy ancha, con una amplia boca que mira al norte, Valparaíso aparece en el estuche de la noche como un admirable collar de pedrerías”¹⁴⁶

En el texto “Arquitectura sin arquitectos” descubro

“... el silencioso testimonio de formas de vida ricas en profundas intuiciones, aunque escasas en progreso. Su interés es más que estético y técnico pues se refiere a las raíces de la experiencia humana. Además, es una arquitectura sin dogmas.”¹⁴⁷

Y, recurriendo a Peter Zumthor, podríamos entender la belleza de la siguiente manera:

... “La belleza es una sensación. La razón desempeña un papel subordinado. Creo que reconocemos enseguida una belleza que surge de nuestra cultura y que está en correspondencia con nuestra formación. Vemos una forma o una configuración que se expresa, condensada en un símbolo que nos conmueve, que tiene la propiedad de ser, en sí, muchas cosas, e incluso quizá todo en uno: natural, fundamental, misteriosa, estimulante, excitante, palpitante.

La cuestión de si ese fenómeno que me conmueve es o no realmente hermoso no es algo que se pueda demostrar

145 Palabras de Vicente Blasco Ibáñez, autor de Sangre y Arena, dando cuenta de sus impresiones de Valparaíso, Comentario tomado de Apuntes porteños de Lukas. Páginas sin numeración.

146 Subercaseaux, Benjamín. Chile o una loca geografía. Ed. Universitaria. Santiago. Décimoquinta edición. 1973, p. 117

147 Rudovsky, Bernard. Arquitectura sin arquitectos. Ed. Concepto. S.A. 1984, p. 10



fácilmente echando mano de la propia forma, pues lo que produce esa excitación especial y esa honda agudeza del sentimiento que pertenecen a la vivencia de la belleza no es otra cosa que la chispa que salta desde ella hacia mí.

Pero hay belleza. Bien es verdad que surge más bien rara vez, y que cuando aparece lo hace frecuentemente en lugares inesperados, y que falta justamente en otros lugares donde la podríamos esperar. Pero hay belleza. ¿Se puede proyectar y ejecutar la belleza? ¿Dónde están las reglas que garantizan la belleza de nuestras realizaciones? El hecho de tener conocimientos sobre el contrapunto, la armonía, la técnica pictórica, la Sección Área o el principio de que “la forma sigue a la función” no basta. Los métodos y los instrumentos auxiliares, esos hermosos instrumentos, no sustituyen a los contenidos ni pueden garantizar el encanto de la bella creación.”¹⁴⁸

“Al final, descubrimos que la teoría del caos tiene mucho más que ver con la estética que con la ciencia. La teoría del caos no es arte, pero apunta en una dirección similar: la dirección que encontramos en las consoladoras imágenes de la naturaleza, la dirección a la que apunta nuestro esfuerzo para contactar con ese secreto ingrediente del universo al que llamamos espíritu”¹⁴⁹

Como bien dice Allan Browne en relación con el futuro de Valparaíso: “Se trata de cambiar la lámpara vieja por otra nueva, sin perder el genio que habitaba la primera.”

148 Zumthor, Peter, Pensar la arquitectura, Ed. G.G., Barcelona, p. 64

149 Briggs, John y Peat, David. Op. cit. p. 167



CAPÍTULO V
5.- LA CIUDAD ACTUAL
mutaciones



Marginalidad es justamente la distancia que permite ver. ¿Y por qué no reivindicar el derecho a quedar al margen de esta manera? ¿Acaso el que ve y el que muestra no pertenece a su manera también al proceso global de la sociedad? La absolutización de la participación puede ser una forma de autoritarismo. “Participar” es quizá ya un concepto que nos pierde y nos deja al margen de la verdadera amplitud que falta para encarar un problema. Quizás haya una forma de “participar” que se mide con criterios que van más allá del marco restringido del actuar humano. Tal vez la poesía y el pensamiento “participan” en los procesos, pero de manera muy diferente y, en este sentido, su “acción” necesariamente tenga que ser de otra manera, adoptar otras modalidades, llegar al mundo por otras vías y en otros tiempos. Tal vez el tiempo a que nos referimos es el propio tiempo del ver, y el ver apropiado sea también ya un modo de actuar.¹⁵⁰

Un número importante de nuestras ciudades latinoamericanas de hoy, las que habitamos día a día, se gestaron durante el período de la dominación colonial española. Bajo estrictos criterios de orden, control, dominio y organización espacial de los territorios ocupados se fueron organizando dichos espacios urbanos.

En casos de mayor dramatismo, donde ciudad y cultura presentaban un alto nivel de desarrollo, se arrasó con lo existente, se borraron los lugares evitando dejar rastros espaciales

150 Carrasco, Eduardo, filósofo, Universidad de Chile, en Debate Chile País. Ed. Cuarto propio, Mineduc, U. De Chile. Santiago, 2000, p. 125.



que mantuvieran los lazos identitarios que a partir de la construcción geocultural del territorio, los pueblos establecen mediante un discurso espacial en relación con lo más inmediato del mundo, su habitar, y se sitúan con respecto al universo.

La necesidad humana tanto a nivel individual como social de definirse ante el mundo desde sus particulares historicidades ha sido siempre un potente motor de la cultura y un recurso que visto por el colonizador fue necesario destruir de tajo.

Una de las primeras imposiciones en los territorios ocupados fue la fundación o refundación de ciudades bajo los criterios del poder dominante, buscando homogeneizar todas las tierras conquistadas y de este modo facilitar su control interno y externo e imponer un modo de ver y hacer.

Estas ciudades sin embargo, con el sello de la imposición a cuestras (traza, ubicación espacial de los distintos poderes, etc.), fueron adoptando en el tiempo fisonomías particulares en la medida que la cultura sometida a fuerza de necesidades fue recuperando su propia expresividad. De este modo, nuestras ciudades de hoy han vivido mutaciones espaciales en distintas etapas de su historia, procesos cuyos resultados se reflejan como cicatrices que forman en el tiempo parte de su propia identidad.

En algunos casos los períodos históricos se reflejan con una gran nitidez dando cuenta de su devenir. En otros, y dependiendo de la importancia del período o de la fuerza de sus imposiciones, se han borrado los rastros, se han eliminado las huellas físicas pretendiendo con ello arrancar todo vestigio, para pretendidamente recomenzar la historia.

Así, esta modalidad de contar la historia, reconociendo en la ciudad un fiel narrador, ha llevado en los distintos períodos de dominación a imponer espacialidades nuevas que se sometían a los dictados del poder.

Este cuento viene a colación hoy, porque la historia de los modos en que una cultura pretende imponerse a otra han sido siempre los mismos aunque se vistan de ropajes nuevos.

El control militar y político ligado al saqueo de la riqueza local, ha sido agente histórico de las grandes mutaciones espaciales; hoy sigue siendo este el motor que, aunque adornado con palabras nuevas, permiten que el saqueo se de dentro de un marco de supuesta legalidad, avalado por los Estados locales.

Bajo este marco, el de la globalización, los distintos países pretenden ofertar todo aquello que económicamente resulte de interés. La ciudad que de por sí ha resultado siempre un enorme y redituable negocio, se convierte dentro de este marco en un botín importante no solo a nivel local sino externo.



De esa manera no solo se consiguen magníficas inversiones sino que en la inversión misma, espacializada en el territorio urbano, se establecen las pautas de la ciudad futura, aquellas que deberán atender a las especificidades que habrá de requerir el futuro inversor. Movimiento, rapidez, fluidez eficiencia, etc., comienzan a posicionarse como los atributos que nuestras ciudades deben alcanzar como metas para no quedarse fuera de la jugada.

Las ciudades van adquiriendo fisonomías nuevas, se renuevan a enorme velocidad los soportes físicos que impondrán no solo las modalidades para el uso de las ciudades que atienden desde ya a las políticas de una economía global, sino también, la presencia como símbolo de los detentadores de la riqueza. Se construyen edificios para la representación y el consumo en puntos claves de la ciudad donde previamente existen las garantías que permiten hacer más redondo el negocio. Con ello los habitantes son sometidos al bombardeo permanente y en su propia casa-ciudad, de los diferentes recursos icónicos de la globalización.

Y la invasión física de la ciudad empieza a adquirir subrepticamente carta de ciudadanía. Sus actores principales, los que se habrán de beneficiar con todo aquello se encuentran a muchos miles de kilómetros del hecho real, sin existir el rostro de él o los personajes involucrados en dichas transformaciones. Esta relación entre la ciudad, el habitante y la condición anónima y casi fantasmal de quienes se han atribuido el derecho a decidir sobre ella a base de su poder económico, da cuenta del modo en que se deciden nuestras ciudades y de paso nuestro futuro como habitantes.

Por otro lado, la exagerada preocupación actual por dotar de un sinnúmero de equipamientos y servicios a nuestras ciudades, reduciendo a ello las mediciones en torno a calidad de vida, va relegando poco a poco el papel del habitante como sujeto activo y participativo de las decisiones que tienen que ver con su entorno vital. Cabe entonces formularse la pregunta en torno a ¿Cuáles son los aspectos imprescindibles que marcan la calidad de vida en las ciudades y la satisfacción de sus habitantes? ¿Todos ellos pasan por el filtro de la función y el servicio?, o es que por ellos se les ha ido restando valor a aspectos que quizá no encuentran cabida en la esfera de lo racional pero sí en la de la sorpresa y el encantamiento.

El concepto de ciudad que desde hace un tiempo ya está presente en nuestra vida urbana, instrumentado mediante una propuesta edilicia que impone su presencia a través de grandes masas edificadas que aterrizan como aviones para el consumo, cual si de un aeropuerto se tratara, donde el vínculo con el lugar solo se establece como el enlace entre redes de servicio y consumo, sobreponiéndose al tejido de nuestras ciudades, impone referentes globales que entran en confrontación con las estructuras locales, tanto a nivel espacial como social.

Se trata además de un modo otro de concebir la ciudad, en donde los medios de comunicación y el desarrollo de la tecnología informática van estableciendo modos distintos, cada vez más alejados de la condición real y física de la ciudad para apostar a nuevas formas relacionales,



en donde el desarrollo de los espacios virtuales de comunicación va ganando cada día más presencia en los distintos espacios de acción y encuentro de los habitantes. Esto, aunque más evidente en países del primer mundo, está presente ya en nuestras ciudades sin quizá, el estudio suficiente sobre sus repercusiones, que nos abriría una posibilidad de lectura actualizada, permitiéndonos establecer criterios que favorezcan el desarrollo de nuestras ciudades, potenciando sus atributos locales.

El momento que viven hoy nuestras ciudades y nosotros, sus habitantes, corresponde a un proceso que reproduce sus improntas con una velocidad nunca antes vivida. La riqueza nunca antes más concentrada que ahora y el poder que ella implica, disfraza el deterioro de la calidad de vida a través de la implantación de una arquitectura de discutible calidad, de rápido montaje, de escalas casi siempre ajenas al paisaje y de un mínimo posible de inversión.

Los entornos construidos se someten al dictado simbólico de las grandes cadenas de comercio y servicios, reduciendo el papel de los habitantes al de simples consumidores. Las tecnologías actuales y los medios de comunicación masivos contribuyen agresivamente y de manera decisiva a modificar los hábitos de socialización y consumo propiciando en el habitante un rol de receptor pasivo. Se trata pues, de una mutación de códigos relacionales y de una transformación profunda en torno al concepto de ciudad, que avanza sin permitir la participación crítica y creativa de los habitantes.

A diferencia pues de la ciudad de hoy, la ciudad de ayer se erigió a partir del encuentro del ser humano con el territorio. Nativos o inmigrantes establecieron una primera y decisiva relación con el territorio al estar ahí, al establecer un diálogo con la naturaleza para domesticarla, para conseguir de ella las condiciones necesarias que les permitieran habitarla, estableciendo lugares y dotándolos de significados. En este proceso, fundamentalmente colectivo y participativo, nace la ciudad y con ello también el ciudadano, habitante de ciudades.

Si consideramos a la ciudad como el testimonio físico y tangible de la cultura de un pueblo y al habitante como el actor principal del hecho urbano, depositario y transmisor oral de dicha cultura en el tiempo, entenderemos la importancia que tiene para cualquier ciudad la generación de los espacios públicos adecuados que permitan el encuentro y el permanente intercambio de ideas, sueños y aspiraciones de una colectividad determinada.

El Espacio público y el habitante han jugado un papel fundamental en el mantenimiento y desarrollo de la calidad de vida bajo el concepto de ciudad en el que históricamente hemos vivido. Los espacios gestados para propiciar el encuentro social y urbano se han ido diversificando y especializando con el paso del tiempo. La ciudad conocida por nosotros hasta hace unos pocos años, talvez una década, ha convocado al habitante de muy diversas maneras, pero siempre haciendo uso del espacio público primordial, la calle, para enlazar las diversas ofertas espaciales para la vida social, recreativa, cultural, etc.



El deambular o caminar la calle ha sido históricamente para el habitante la posibilidad de disfrutar la ciudad de un modo imprevisible donde la sorpresa del encuentro con los demás, con la fiesta, con el silencio, con lo fortuito de un hallazgo, etc., hacían de este recorrido siempre una novedad. Los días son todos distintos para una misma calle en donde se entrelazan hábitos y rutinas con el azar. Este último ingrediente le aporta a la calle y al espacio público de la ciudad la condición de receptáculo de la novedad y la sorpresa que propone al habitante adoptar siempre un rol activo y participativo en relación a su entorno.

El azar, por su propia condición, vuelve flexible los espacios que habitamos permitiéndonos redescubrirlos permanentemente y encontrar en ellos el disfrute de la casualidad que potencia las experiencias urbanas. La excesiva planificación racional de las ciudades reduce el azar, estableciendo una visión fragmentada o parcial del modo en el que la gente se conoce y reconoce en la ciudad.

Las ciudades que se han ido construyendo gradualmente a lo largo de su historia, dando respuestas espaciales a las demandas crecientes de una población creciente también, asumen retos de adaptabilidad a las condiciones cambiantes de la economía, los medios de comunicación y transporte y la tecnología, sin perder la esencia que las constituye como tales, en cuanto a territorio, lugar y formas de vida.

Pero la idea de ciudad que se impone hoy y hacia el futuro es totalmente otra.

“Nos parece que la indisociable amalgama entre suelo y cultura se produce a partir de los términos experimentados como abarcables naturalmente del lugar, reconociendo así unos límites de “lo nuestro”, del espacio de arraigo. Sin duda que ese espacio está conformado por realidades y experiencias físicas concretas y accidentes geográficos naturales, pero ellos son reapropiados desde o en el estar en vistas de un horizonte simbólico y el hacer una cultura.”¹⁵¹

Construir es resultado de posicionarse en el paisaje, de imaginarse un modo de habitarlo, configurando el lugar donde habrán de acontecer los hechos de la vida. Construir es ir hilvanando una poética que se asoma desde la acción primera de estar ahí, en el territorio.

La ciudad, entendida talvez como la obra colectiva más importante de nuestra civilización, desde su sentido original, esta siempre interpelando al habitante, exigiéndole un compromiso que rebasa su mundo individual para conocer y reconocerse como ser social.

151 de Nordenflycht, Adolfo. Estudios Filológicos 38. Universidad Católica de Valparaíso. 2003. p. 54.

De esa manera, la ciudad ha ido construyendo y acumulando significados en torno al lugar. Por un lado, aquellos que se manifiestan físicamente como hechos concretos (vialidades, edificaciones, monumentos, equipamiento, servicios, etc.), que son perfectamente cuantificables y que permiten medir los logros materiales relacionados a la calidad de vida urbana y por otro, aquellos que forman el patrimonio intangible de un lugar y que dan cuenta de su naturaleza social, expresándose a modo de lenguaje en los espacios para la vida pública donde se da el encuentro entre el habitante constituido a la manera del lugar, en una relación de mutua influencia.

El patrimonio intangible de la ciudad, que significa y distingue a la ciudad como lugar, es resultado de un proceso de decantación en el tiempo, de los modos de hacer y vivir la ciudad, que se familiarizan día a día con quien la habita, constituyendo su propio imaginario, que desde la memoria y hacia la cotidianeidad, arroja un discurso espacial y poético de la existencia. La ciudad en la construcción de su patrimonio intangible da cuenta de un reconocimiento o diálogo permanente entre el habitante y su ciudad como obra abierta, conduciendo a su democratización y potenciando la creatividad social.

Como resultado de lo anterior, a la ciudad se le interpreta y reinterpreta alimentando su propio imaginario, poetizando sus espacios. Como dice Heidegger: *“La poesía es la leyenda del desocultamiento de lo existente”*.

Según Adolfo de Nordenflycht, -coincidiendo con García Berrío- *...“en la dimensión del imaginario de un texto, los esquemas espaciales son anteriores a los ritmos del poema, e incluso, causa, entre otras, de tales ritmos expresivos en los que reposa la resemantización poética de la lengua que nos desafía en el poema”*.¹⁵²

La preocupación en torno a las condiciones de habitabilidad de un lugar a partir de la explicación del fenómeno urbano arquitectónico desde la construcción de su espacialidad, pretende encontrar y explicar los factores más relevantes o fundamentales para el mantenimiento y mejoramiento de la calidad de vida de los espacios que habitamos.

El espacio público, como habitación urbana, corresponde a uno de los patrimonios más importantes de la vida de los pueblos; en él se expresa el devenir histórico y sus procesos evolutivos. Es el asiento de la vida de las comunidades, de sus ritos, de su memoria, de su cotidianeidad.

Ante la situación actual, donde el espacio público se privatiza cada día más en su uso, en detrimento de la calidad de vida de sus habitantes, y los procesos globalizantes tienden a diluir las riquezas de expresión tanto locales como regionales, se hace indispensable explorar vías diversas para reflexionar sobre el sentido esencial de la ciudad, que nos permitan

152 De Nordenflycht, Adolfo. Op. cit. p. 55



descubrir caminos propios que garanticen, por un lado, la permanencia de los rasgos o atributos que significan al lugar y le dan sentido desde su singularidad y, por otro, rastrear algunos caminos posibles y alternativos frente a las políticas globalizantes que miden el progreso en función de logros exclusivamente económicos, donde la diferencia parece no tener cabida.

El establecimiento de una lectura de nuestras ciudades latinoamericanas, desde los campos de análisis: territorio, lugar, habitabilidad e imaginario poético local, nos dota de un recurso que podría contribuir al respeto y defensa de las construcciones culturales que los distintos pueblos han producido a lo largo de su historia, de modo tal que la reafirmación de sus valores y atributos se encuentren presentes a la hora de decidir sobre cualquier intervención en la ciudad. Se trata de encontrar las cualidades de forma y contenido que resulten significativas para explicarnos la ciudad como un producto geocultural de enorme importancia en la construcción de nuestro universo latinoamericano.

Las ciudades latinoamericanas de hoy, con diferentes historias que contar se encuentran sometidas a estos procesos y deberán encontrar un camino digno y con futuro frente a esta encrucijada. Analizar esta situación resulta pues, una tarea urgente.



6 .- VALPARAÍSO. Conclusiones



6. - VALPARAÍSO. Conclusiones

1. Esta tesis plantea una clase distinta de racionalidad que incorpora un **análisis sensible**, ligado a la experiencia de estar en el mundo y habitarlo.
2. La condición biográfica del territorio y la ciudad supone en el tiempo y el espacio, la construcción de **una memoria constituida por historias y múltiples imágenes que se tejen o se superponen**.
3. **Narrar la ciudad** no significa describirla sobre un plano de detallada información sino **contarla** para dar cuenta de la emoción que ésta encierra, definiéndola **como una entidad ambiental** provista de condiciones que le resultan propias, permanentes, periódicas, y de otras variables que van denotando los cambios y transformaciones.
4. Para el habitante, su constitución como persona, está marcada por la experiencia de los lugares habitados. Con ello se expresa también el **vínculo intenso entre el ser humano, su pertenencia a un paisaje que lo construye y que él construye a su vez, permanentemente**. Así como podemos decir que la ciudad está constituida por varias capas, así también el habitante presenta varias pieles que partiendo de su cuerpo, lo **van cobijando a diferentes escalas**, (la casa, la calle, el barrio, los espacios públicos de encuentro, la ciudad, etc.), y **lo determinan**.

5. En Valparaíso, la mayoría de **los escritores** que han escrito sobre el puerto, sin ser oriundos del lugar, han sido atrapados por la ciudad en la cual **han encontrado la carga de un fuerte imaginario social, poético y espacial sugerente y motivadora para el trabajo literario.** Los escritores en gran medida han contribuido a enriquecer dicho imaginario ubicándose como la voz que **narra y documenta los rasgos de la vida porteña, del acontecimiento cotidiano, mediante una narrativa en la que van apareciendo, sitios, lugares, atmósferas, así como personajes que concentran o contienen parte de la esencia de la ciudad,** constituida por lugares, olores, colores y sabores que nos hablan de un determinado momento y modo de habitar.
6. Valparaíso no se funda. Es usado inicialmente como puerto de abastecimiento de los barcos. Con la llegada de los españoles, adquiere valor estratégico como puerta de ingreso a Chile y de comunicación con Santiago para colonizar el interior. Con la independencia, en 1810, se abre al comercio mundial. Los ingleses, así como también alemanes, franceses e italianos, motivados por las posibilidades que brinda el comercio, llegan a Valparaíso y la ciudad es receptora de grandes adelantos tecnológicos reflejados en el desarrollo de la ciudad y su imagen. Se produce de esta manera la reunión de un mundo de culturas diversas llegadas desde el mar, cuya impronta se refleja rápidamente en la ciudad y sus habitantes, creando una atmósfera cosmopolita que mantiene aún sus latidos en el actual ambiente porteño.
7. “Valparaíso es una ciudad que metabolizó en carne propia la globalización del siglo XIX, cuando el oro, el océano y el sol pasaban de manos españolas a manos inglesas.”
8. **Valparaíso se plantea no como una suma de partes sino como síntesis espacial y sistema de habitación urbana,** donde la ciudad adquiere un valor real de uso y de vivencia para el habitante, y donde **la vivienda es una de las tantas pieles que cobijan su vida.**
9. **El azar y su condición lúdica es quizás lo que más define la ciudad de Valparaíso y la construcción de su imaginario poético-espacial.** El azar está presente tanto en su conformación espacial como en su propia historia, diríamos que desde su fundación.
10. **En Valparaíso el orden de lo simple y lo complejo se da simultáneamente.** Aunque en principio ese orden complejo parece desorientarnos, basta con mirar al mar y a los cerros para volvernos a ubicar con respecto a la ciudad. **La geografía y su paisaje, actuando entre la inmensidad y el límite, juegan de ese modo un papel activo que simplifica y ordena nuestra experiencia espacial.**
11. La arquitectura y la ciudad pueden tener la capacidad para superar el **dualismo entre racionalidad y azar.** La conjunción de ambas, como en el caso de Valparaíso parecen



contribuir a la concepción de soluciones urbanas propiciadoras de experiencias memorables para el habitante.

12. **La riqueza espacial y arquitectónica de Valparaíso radica**, entre otras cosas, en el hecho de que sus habitantes han sido capaces de producir una imagen de ciudad-arquitectura de enorme fuerza y vitalidad, donde el “**desorden y el accidente**”, son el orden natural de la ciudad; donde la impronta del habitante está siempre presente por sobre los criterios “funcionales” que prevalecen en la gran mayoría de nuestros ambientes urbanos. Hay ciudades en lo que todo encuentra una explicación racional. Hay otras en cambio, en lo que **lo accidental ocupa un lugar preponderante siendo parte esencial de su configuración y su belleza**.
13. **La ciudad de Valparaíso tiene sonidos y silencios que le resultan propios; unos son de carácter natural e involuntario como los sonidos del mar, de la brisa marina, de la lluvia, de los temporales que amenazan ponerles alas a los techos de zinc**, del viento que es consustancial a su paisaje, etc., y otros, son parte de su propia tradición. Los ascensores de Valparaíso producen en su subir y bajar, un sonido particular de sus cables, engranajes y poleas que acompañan siempre su memoria. De ese modo, también la locomoción colectiva, incluidos sus viejos trolleys producen sonidos propios. La idea de desplazamiento de las personas se recuerda siempre acompañada de estos sonidos.
14. **En esta ciudad hay dos mundos: el del plan y el de los cerros**. Durante el día la gente baja al Plan, corre, va siempre apresurada; va al trabajo, a resolver trámites, a comprar, a trasladarse a otros puntos de la ciudad y, arriba los cerros parecen quedarse vacíos y en silencio. **Mientras el plan es la concentración e intensidad de la vida urbana, los cerros son la dispersión y el silencio**.

Y también es una ciudad de dos tiempos. Al atardecer la gente se recoge a los cerros donde la intimidad le espera. Ahí esta la casa, el barrio, los vecinos. El cerro, en penumbra respecto al Plan, espera su llegada. Aparecen los sonidos familiares.
15. **La arquitectura de Valparaíso no cuenta con espacios intermedios**. El verano se disfruta al exterior y en el invierno se busca el refugio. Si bien su arquitectura es drástica en este sentido, **el espacio urbano provee de la magia del encuentro diluido entre lo público y lo privado**, que fluye naturalmente pero cuya vocación fundamental es el **paseo o recorrido**. **Los lugares de permanencia son o completamente abiertos o completamente cerrados**.
16. **La ciudad queda contenida entre los cerros y el mar**. Por un lado, **sus cerros como un gran talud de habitaciones generan una ciudad con atmósfera interior propia**, desde donde se mira a si misma y también al mar y su inaccesible límite, y donde, la continuidad territorial parece interrumpirse. Por otro lado, **entre el Plan y los cerros, a**

pie de monte, se da el encuentro entre los dos momentos de la vida porteña, el de la interacción con la ciudad y sus servicios, principalmente diurno, y el momento de la tarde noche en el que se vuelve a subir a los cerros. El Plan por su parte es el lugar de la movilidad, de la velocidad, que estando más cerca del mar es el que visualmente más alejado está. En el plan uno se introduce y el paisaje natural desaparece para crear una espacialidad urbana lineal e interior, marcada por la contundente obra arquitectónica que la va cerrando y enmarcando. Por último, el borde es casi inaccesible a excepción de los muelles. La bahía y su límite tierra mar han sido apropiados por los contenedores que cercan el paisaje marino impidiendo la apropiación por parte del habitante. A ello se le suma la línea del tren, que genera una mayor discontinuidad entre Plan y borde costero.

17. Lo que la arquitectura unitariamente no otorga, la ciudad lo oferta. **La arquitectura de Valparaíso tiene escasos balcones y sin embargo la ciudad está llena de ellos; la arquitectura de Valparaíso no tiene terrazas y sin embargo, la ciudad ofrece múltiples terrazas-miradores.** Por ello, Valparaíso concibe sus **espacios públicos como verdaderas habitaciones urbanas**, situando al porteño en una notoria condición de habitador urbano donde para el habitante, **el paisaje, el territorio, la casa y la ciudad actúan como capas protectoras continuas.**
18. **Valparaíso es una ciudad marcada y definida por la horizontalidad del mar y la verticalidad de sus cerros**, así como por sus quebradas que marcan el límite entre **la concavidad y la convexidad de su fisonomía.**
19. Valparaíso en su sentido longitudinal O-P establece una continuidad lineal con la vecina ciudad de Viña del Mar que desde el momento del encuentro inicial y en adelante, gradualmente va incorporando nuevas y contrastantes referencias espaciales. En este enlace inicialmente suave, donde la presencia de los cerros y el mar sigue siendo protagónica, conforme se avanza, poco a poco los cerros se retrasan para dar cabida a un espacio urbano en el que destacará fundamentalmente la parte baja y plana de la ciudad. Y así, como el territorio urbano de Viña del Mar adquiere una fisonomía diferente y contrastante con su ciudad vecina, así también la arquitectura y la vida que en ella se aloja será diametralmente opuesta a la experimentada en la ciudad puerto, **la primera con un carácter recatado y burgués, la segunda, desgredada y bohemia, la primera más atada a reglas y convenciones, la segunda, más libertaria.**
20. Existen ciudades en las que la vida continua a pesar de sus innumerables abandonos o quizás infidelidades. A Valparaíso, sus dramas, como condición histórica le han otorgado una innegable fortaleza la cual se expresa incluso, en la altivez de su fisonomía. Ante el abandono, **mantiene su antiguo traje, raído, viejo, brillante por el**



uso, con la actitud orgullosa de quien tuvo otrora una participación en los buenos tiempos. Ésta es su condición.

21. **La belleza** como un atributo inmanente en las cosas, no solo se **relaciona con la apariencia de las mismas sino que dicha apariencia es un resultado concreto que se funda en la acumulación de conocimientos y sentimientos con respecto al lugar que se habita**, con un proceso gradual de comprensión sobre el entorno. Este proceso de comprensión y de querencia de lugar posibilita la creación de determinadas formas de hacer y de vivir que expresan visiblemente su coherencia, posibilitando la construcción de **“un territorio de belleza”**.
22. Para poder dar cuenta de la belleza de Valparaíso he tomado la siguiente definición de Peter Zumthor: *“La belleza es una sensación. La razón desempeña un papel subordinado. Creo que reconocemos enseguida una belleza que surge de nuestra cultura y que está en correspondencia con nuestra formación. Vemos una forma o una configuración que se expresa, condensada en un símbolo que nos conmueve, que tiene la propiedad de ser, en sí, muchas cosas, e incluso quizá todo en uno: natural, fundamental, misteriosa, estimulante, excitante, palpitante...”*¹⁵³
23. La ciudad de Valparaíso ha sido declarada recientemente patrimonio de la humanidad. Evidentemente que **dentro de los grandes atributos de esta ciudad se encuentran aquellos que son resultado del azar y lo espontáneo**, que va dando cuenta de un modo paulatino, rítmico y pausado de entender, comprender y transformar e beneficio del habitar humano, un territorio inicialmente agreste e inaprensible.
24. **Valparaíso ha sido históricamente una ciudad con vocación democrática**. En ello ha colaborado su propio emplazamiento, que ha permitido a todos, en mayor o menor medida, el disfrute del paisaje inmenso del mar, y la condición de la ciudad que se ve permanentemente a si misma. Pero también, el modo particular de la convivencia y mezcla de razas que la educó para ser un permanente receptor de ideas diversas. En esta ciudad, se gestaron importantes movimientos sociales y sindicales y un tipo de ciudadano altamente comprometido con las transformaciones y la justicia social. El golpe de estado de 1973, condujo al exilio a un número importante de chilenos, entre los que se encontraban buen número de porteños, muchos de los cuales sufrieron en carne propia las atrocidades llevadas a cabo por el régimen militar. Los porteños como exiliados se caracterizaron siempre por una fuerte nostalgia focalizada en su ciudad puerto.
25. Ante la expectativa que abrió el ser reconocido un sector de Valparaíso, su casco histórico, como patrimonio cultural de la humanidad por la UNESCO, se han ido

153 Zumthor, Peter, Pensar la arquitectura, Ed. G.G., Barcelona, p. 63

desarrollando diferentes proyectos en torno a la ciudad. Por un lado, y como principal, se encuentra la recuperación del borde costero, en torno al cual se han desarrollado ya algunas acciones como la de reciclar el antiguo muelle Barón para actividades recreativas y culturales, brindando al habitante la posibilidad de contemplar la ciudad desde el mar.

Sin embargo, **hay dos ideas de ciudad para el Valparaíso** futuro; la de **las grandes inversiones y los grandes proyectos** con las que se pretende fomentar el desarrollo turístico, partiendo de la ciudad como objeto de mercado, y la otra, dissociada de la anterior, que **se construye día a día y calladamente por el habitante anónimo**, en los residuos de ciudad o allá arriba, en los cerros olvidados, habilitando un retazo de terreno como espacio de juegos infantiles, pintando una puerta con colores que alegren la vida del transeúnte y de la calle, escribiendo un poema que se despliegue sobre una empinada escalera, o un auditorio al aire libre que convoque a la comunidad.

26. Junto a ello, distintas organizaciones pugnan por defender el derecho a la vista, de todos los habitantes, o incentivar el mantenimiento del comercio tradicional del puerto, tratando a su vez de definir una normativa para el comercio de gran escala que poco a poco se ha ido instalando en el lugar.
27. Valparaíso inevitablemente ha de enfrentarse a una renovación de sus construcciones y a la necesidad de acoger los actos y programas contemporáneos que la harán re-interpretar las claves de su condición de asentamiento principal de puerto y turismo.
28. En relación a lo anterior, Allan Browne¹⁵⁴ comenta sobre las futuras construcciones de Valparaíso y nos dice: “... *seamos alguna vez sutiles, que la nueva edificación no mate el espíritu ingenioso que construyó esos palafitos en los cerros. Podemos compatibilizar, en virtud de la disciplina urbanística y arquitectónica, esta contradicción? Se trata de cambiar la lámpara vieja por otra nueva, sin perder el genio que habitaba la primera.*”

154 Browne, Allan, Valparaíso a la vista, Ed. Universidad de Valparaíso y Puerto claro Ediciones, Valparaíso, 2002, p. 35

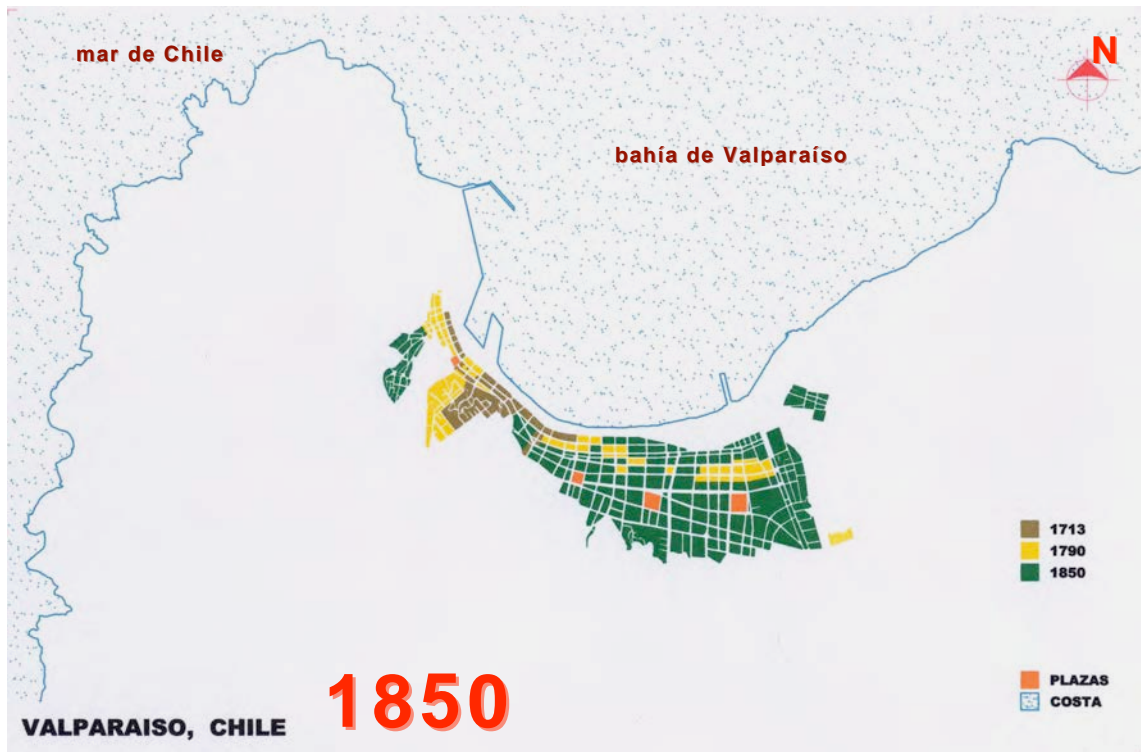
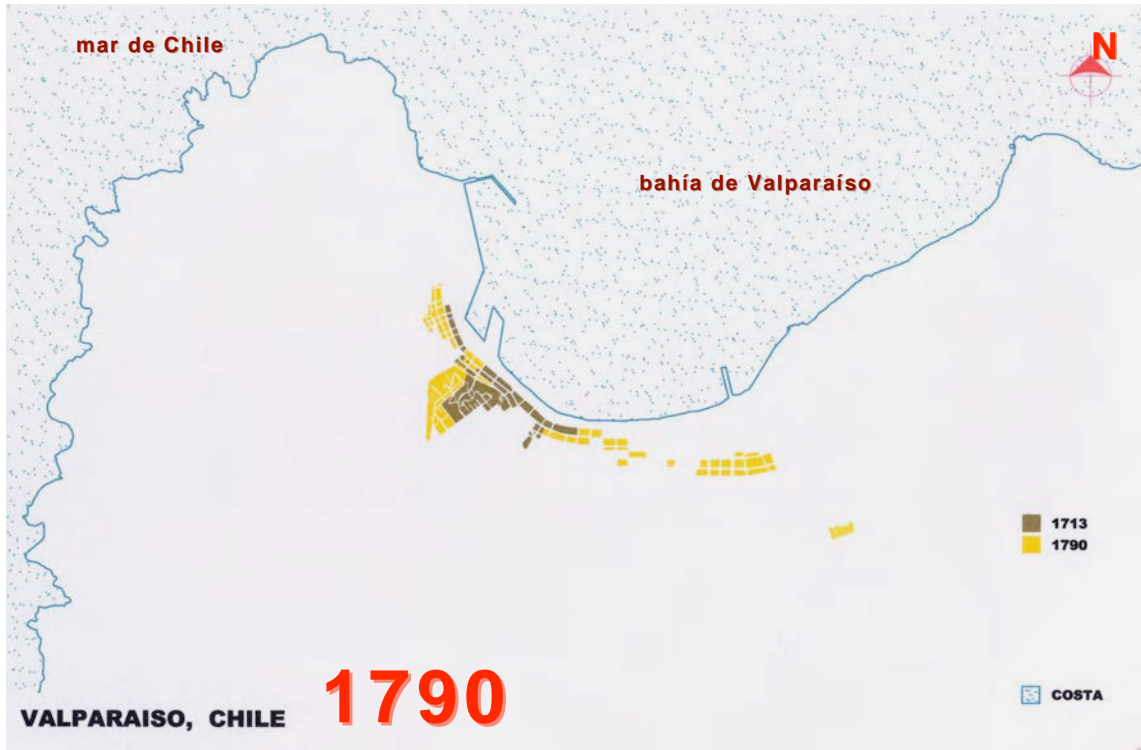


ANEXOS
PLANOS DE CRECIMIENTO Y
CONSOLIDACIÓN DE LA CIUDAD

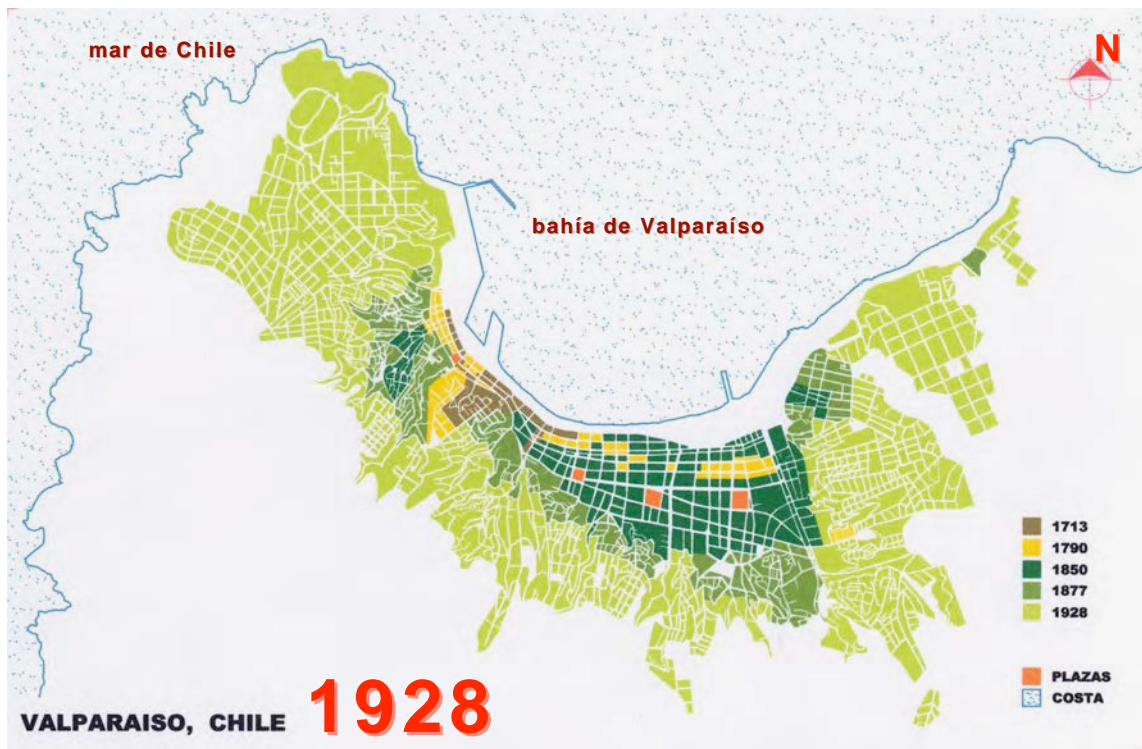
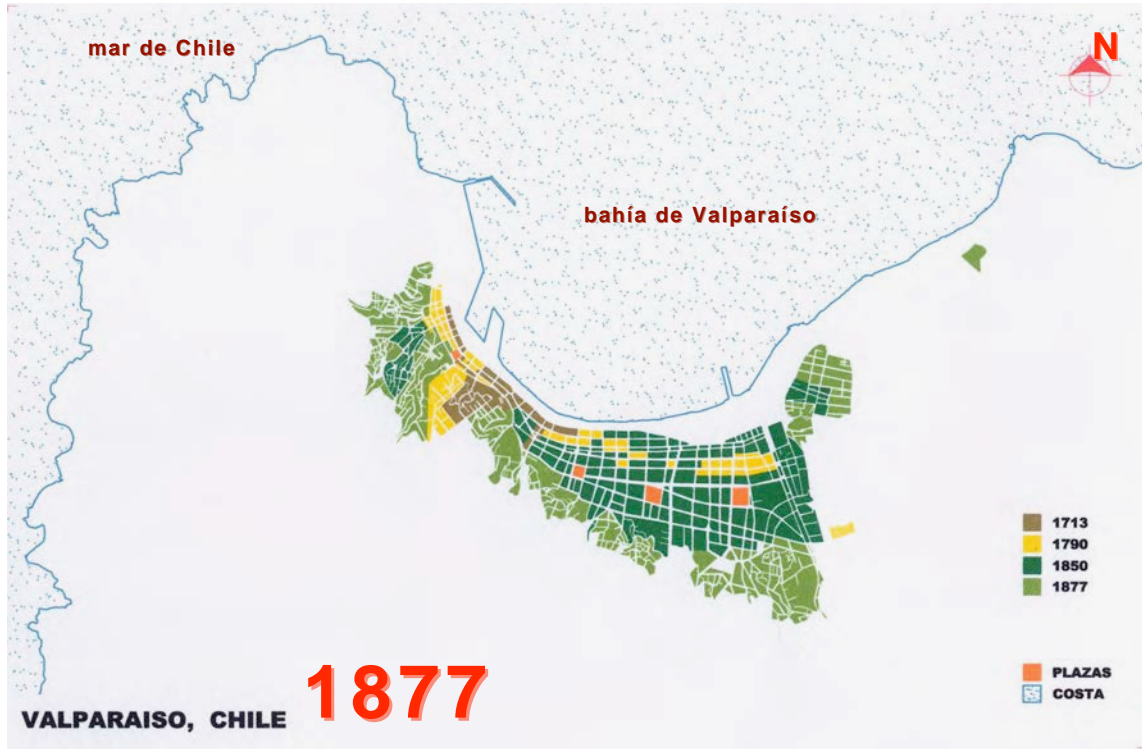


V REGIÓN DE VALPARAÍSO

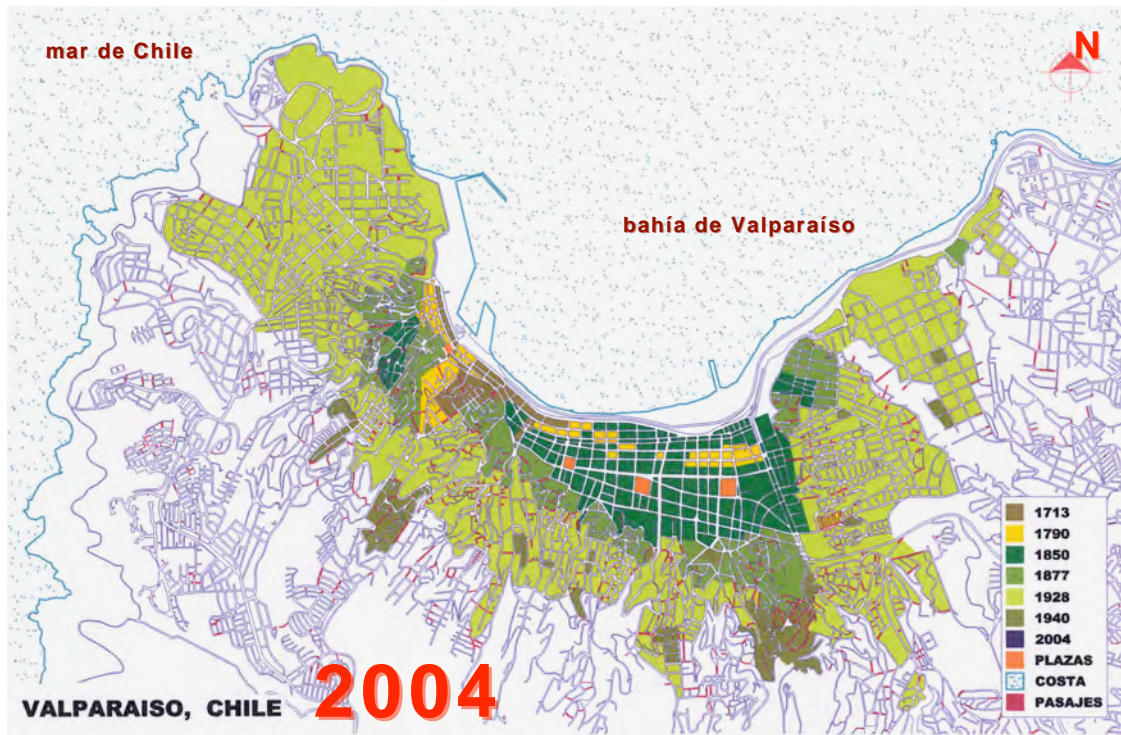
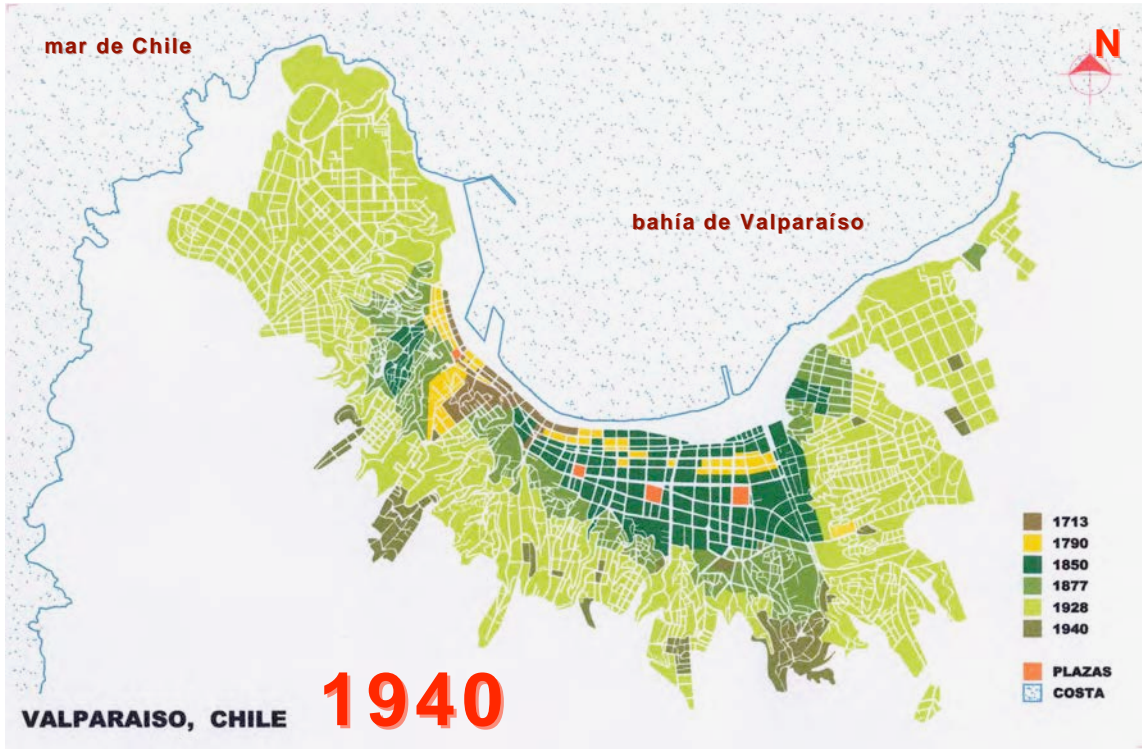




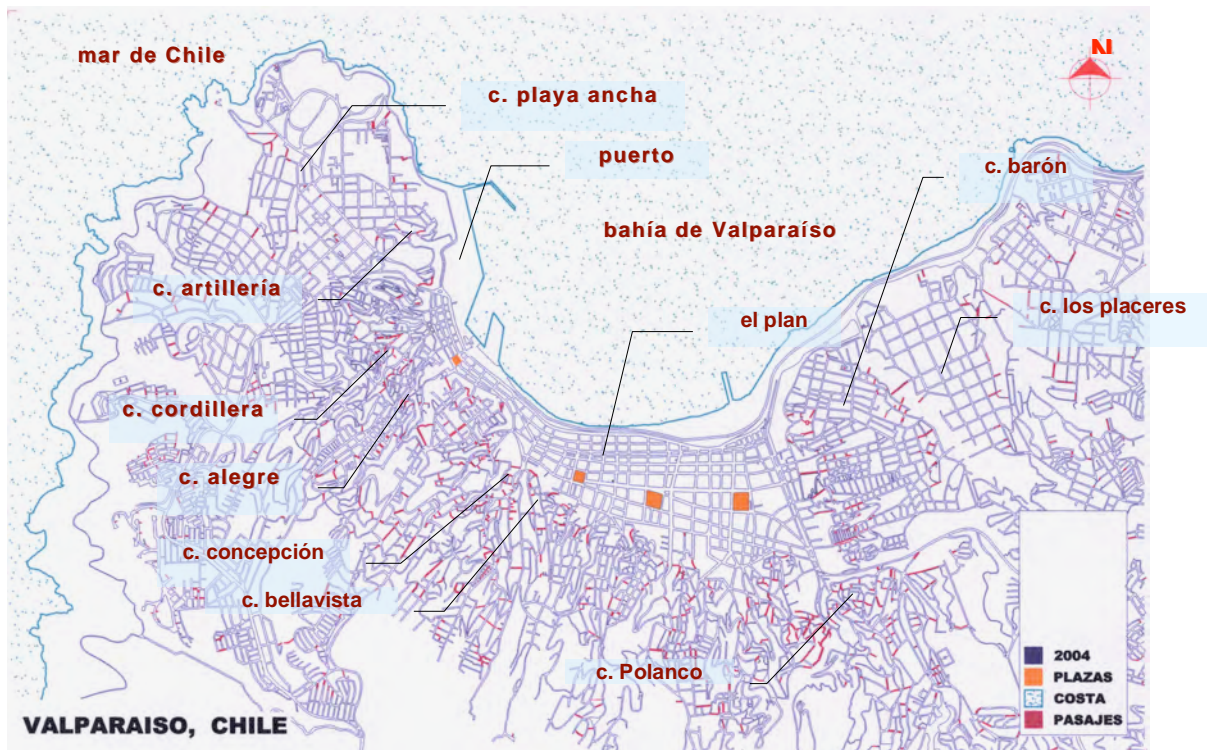
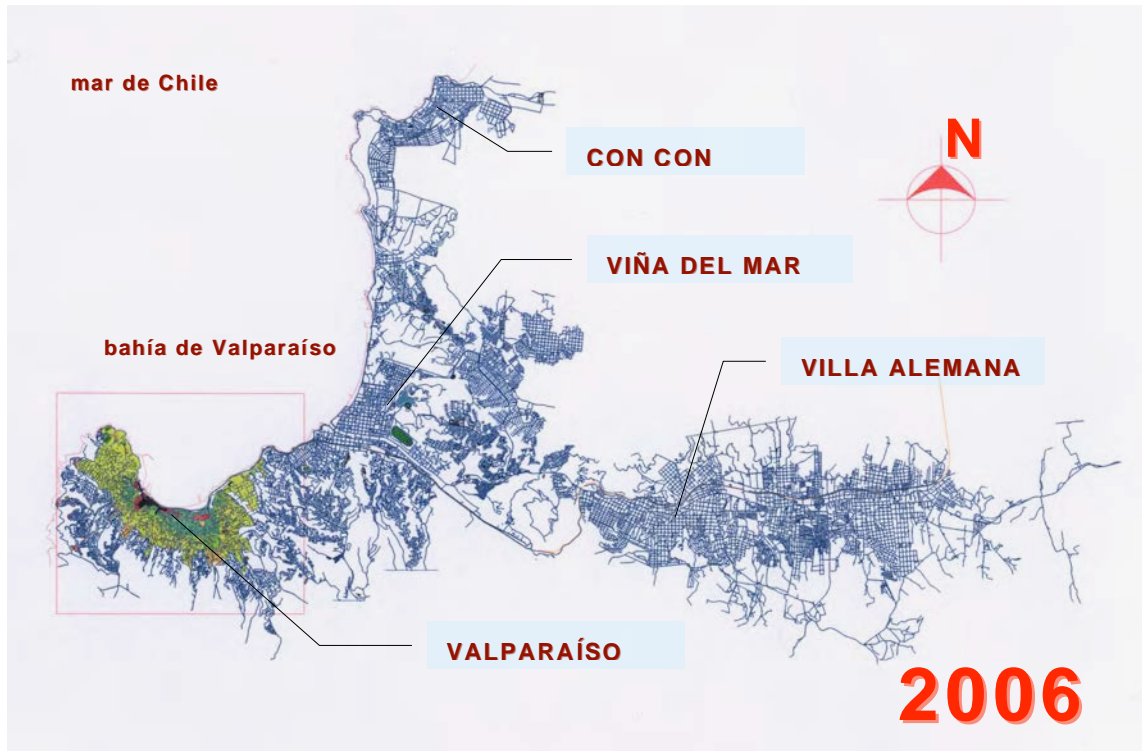
VALPARAÍSO COMO HABITACIÓN URBANA



VALPARAÍSO COMO HABITACIÓN URBANA



VALPARAÍSO COMO HABITACIÓN URBANA



VALPARAÍSO COMO HABITACIÓN URBANA



BIBLIOGRAFÍA GENERAL

ARQUITECTONICS.

Mind, land & society, Arquitectura y Hermeneútica, Ed. UPC, Barcelona, 2002, ISBN 84-8301-649-4.

ASTRAGALO, N 7. Sept./97. Instituto Español de Arquitectura de la Universidad de Alcalá. Universidad Autónoma Metropolitana Azcapotzalco, México. Celeste Ediciones S.A.

ASTRAGALO. N 8. Sept./97. Instituto Español de Arquitectura de la Universidad de Alcalá. Universidad Autónoma Metropolitana Azcapotzalco, México. Celeste Ediciones S.A.

ASTRAGALO. N 12. Sept./97. Instituto Español de Arquitectura de la Universidad de Alcalá. Universidad Autónoma Metropolitana Azcapotzalco, México. Celeste Ediciones S.A.

Astaburuaga, Ricardo.

Morfología de Chile y sus ciudades. Ril Editores. 2002, ISBN 956-284-254-1. p. 162.

Astelli, Nancy.

Valparaíso. Escenario y artistas. Ed. Gobierno Regional de Valparaíso. 2002, ISBN 956-7944-34-2, p. 156.

Augé, Marc.

Los no lugares. Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad. Ed. Gedisa. 1992–2004, ISBN 84-7432-459-9, p. 125.

Bachelard, Gastón.

La poética del espacio. Breviarios. Fondo de Cultura Económica, México, 2000.

Balmaceda, Eduardo.

Un mundo que se fue... Editorial Andrés Bello. Santiago de Chile, 1969, p. 364.

Benavides, Juan, Pizzi, Marcela y Valenzuela, María Paz.

Ciudades y Arquitectura Portuaria. Los puertos mayores del litoral chileno. Editorial Universitaria. Santiago de Chile. 1995, p. 109.

Benjamin, Walter.

El París del segundo imperio en Baudelaire. Ed. Taurus. Madrid, 1972.

Bisama, Álvaro.

Zona cero. Ed. Gobierno Regional de Valparaíso. 2003, ISBN 956-7944-50-0, p. 140.

Bollnow, Otto Friedrich.

Hombre y espacio. Editorial Labor, S.A., Barcelona, 1969.

Briggs, John y Peat, David.

Las siete leyes del Caos. Ed. Grijalbo, Barcelona. 1999, ISBN 84-253-3334-2, p. 235.



Browne, Allan.

Valparaíso a la vista. Coedición Universidad de Valparaíso, Puerto Claro Editores. 2003, ISBN 956-214-039-3, p. 141.

Burr Johnston, Samuel.

Cartas escritas durante una residencia de 3 años en Chile. Sociedad Imprenta-Litografía Barcelona, Santiago-Valparaíso. 1917. p. 162.

Calderón, Alfonso; Schlotfeldt, Marilis.

Memorial de Valparaíso. Ril Editores. 2001. ISBN 956-284-0. p. 501.

Canter, David.

Psicología de lugar. Editorial Concepto S.A., México. 1977.

Corominas, Joan.

Breve diccionario etimológico de la lengua castellana. Editorial Gredos. 1961-2000. ISBN 84-249-1332-9. p.627.

Cullen, Gordon.

El Paisaje Urbano. Tratado de estética urbanística. Barcelona. Editorial Blume. 1974-1981. ISBN 84-7031-203-0. p. 200.

De Arce Pérez, R. y Oyarzún, F.

2003 **Escuela de Valparaíso, Ciudad Abierta.** Ed. Contrapunto.

De Nordenflycht, Adolfo.

La melancolía del progreso urbano en dos poetas de Valparaíso. Breviario. Ed. Universidad de Valparaíso. Valparaíso. 2002, p. 26.

De Rokha, Pablo.

Oceanía de Valparaíso. Breviario. Ed. Universidad de Valparaíso. Valparaíso. 1994, p. 20.

Dirección de bibliotecas, archivos y museos.

Geografía poética de Chile. Valparaíso. Editorial Antártica. 1993, p. 107.

Edwards Bello, Joaquín.

En el viejo Almendral, Valparaíso, ciudad del viento. Editorial Orbe, Santiago. p 400. s/ISBN.

Edwards Bello, Joaquín.

Memorias de Valparaíso. Editorial Zig-Zag, Santiago de Chile. 1969, p 236. s/ISBN.

Embry, Eduardo.

Breviario de la memoria. Breviario. Ed. Universidad de Valparaíso. Valparaíso, Chile. 1997, p. 26.

Ferrater Mora, J.

Diccionario de Filosofía. Editorial Ariel S.A. Barcelona, 2002.

Fundación Renzo Pecchenino “Lukas”.

Las crónicas de Lukas. Impresos Dominio. Valparaíso. 2001.

Carretón, Jaime.

s/f. **El Urbanismo en Chile. Conquista y Colonia.** Ediciones Universidad de Concepción. Concepción, Chile. p. 311. s/ISBN.

Giannini, Humberto.

La “Reflexión Cotidiana”. Hacia una arqueología de la experiencia. Editorial Universitaria. Santiago de Chile. 1987, ISBN 956-11-0127-k, p. 198.

Giraldo, Fabio y Viviescas, Fernando. Compiladores.

Pensar la Ciudad. TM editores. 1996, ISBN. 958-601-704-4, p. 485.

Gobierno de Chile, Ministerio de Educación, Consejo de monumentos nacionales. **Cuadernos del Consejo de Monumentos Nacionales.** N 70, Postulación de Valparaíso como Sitio del Patrimonio Mundial, UNESCO. Santiago de Chile. 2004, p. 149.

González, Alfredo.

De carne y sueño. Memorias del Valparaíso de ayer. Ediciones Universidad de Valparaíso. 1955.

González, Vera.

Vidas mínimas. Ediciones Ercilla, Santiago. 1923-1952, p. 202. s/ISBN.

Graham, María.

Diario de su residencia en Chile en 1822. Ed. América. Madrid. p. 447

Granda, José.

“Ciudades puertos en la Economía globalizada: La arquitectura organizacional de los flujos portuarios. División de Recursos Naturales e Infraestructura. Naciones Unidas, CEPAL, Santiago-Chile. 2005.

Gross, Patricio.

Arquitectura en Chile. Serie el Patrimonio Cultural Chileno. Col. Historia del Arte Chileno. Departamento de Extensión Cultural del Ministerio de Educación. Editora Gabriela Mistral. 1978, p. 93. s/ISBN.

Hais, Samuel.

Viaje a Chile durante la Independencia. Imprenta Universitaria. Santiago. 1917. p. 150.

Harrison, Francisco y otros.

Valparaíso, lugar de origen. Cronología gráfica. s/ed. 1997, p. 79. s/ISBN.



Iglesia, Rafael.

Pensar el habitar. Ed. Nueva Visión. Bs. As. 1996.

Johnson, Carlos.

Bahía de la luna. Ed. Platero. 2003, ISBN 956-274-124-9, p. 83.

Leach, Neil.

Rethinking Architecture. A reader in cultural theory. Routledge. London and New York. 1997.

Lynch, Kevin.

La imagen de la ciudad. Ed. Gustavo Gilli, S.A., Barcelona. 1984-1998.

Martín Juez, Fernando.

Contribuciones para una antropología del diseño.

Méndez, Luz María.

Plazas y Parques de Valparaíso. Transformaciones en el micropaisaje urbano. Archivo electrónico en pdf.

Norberg-Schulz, Christian.

Genius Loci. Towards a Phenomenology of Architecture. Rizzoli, New York. 1980.

Pecchenino, Renzo (Lukas).

Apuntes Porteños. Ediciones Universitarias de Valparaíso. Valparaíso. 1978.

Pecchenino, Giulio y Widow, J. Luis.

Memoria Gráfica de Valparaíso. Un silo de imágenes. Ed. Fundación Renzo Pecchenino "Lukas". 1999, ISBN 956-7618-07-0, p.115.

Pezoa Véliz, Carlos.

Al amor de la lumbre. Archivo electrónico en pdf.

Prieto, Jenaro.

El socio. Editorial Andrés Bello. Santiago. 1979-2003, ISBN 956-13-1781-8, p. 175.

Proust, Marcel.

En Busca del Tiempo Perdido. Por el camino de Swann. Alianza Editorial. Biblioteca Proust, Salamanca, España. 1919-2004, ISBN 84-206-3363-1, p. 516.

Reyes, Salvador.

Valparaíso, puerto de Nostalgia. Editorial Zig-Zag. 1960, p. 205. s/ISBN

Reyes, Salvador.

Mónica Sanders. Editorial Andrés Bello, Santiago. 1983, p. 188.

Rojas Farías, Víctor.

Valparaíso, el mito y sus leyendas. Ril Editores, Santiago, 2003.

Rojas, Manuel.

Obras Completas. Editorial Zig-Zag. 1961, p.897. s/ISBN

Sáez Godoy, Leopoldo.

Valparaíso. Lugares, nombres y personajes. Siglos XVI-XXI. Ed. Puntángeles U. de Playa Ancha y U. de Santiago de Chile. 2001, ISBN. 956-7906-43-2, p. 485.

Saldarriaga, Alberto.

La arquitectura como experiencia. Espacio, cuerpo y sensibilidad. Villegas editores. 2002, ISBN 958-8160-24-3, p. 319.

Simpson, Adolfo.

Crónicas de Valparaíso Antiguo. Edición Ilustre Municipalidad de Valparaíso. 1936, p. 93. s/ISBN.

Sofía, Alejandro.

¿Por qué se llama como se llama? Guía de toponimia chilena. Ed. Grijalbo. Santiago de Chile. 2004, ISBN 956-258-103-9, p. 346.

Solar, Claudio.

Valparaíso en la literatura, en *Revista del Pacífico*. Separata N °1. Universidad de Chile. Instituto pedagógico Valparaíso, 1964.

Subercaseaux, Benjamín.

Chile o una loca geografía. Editorial Universitaria. 1940-1973, p. 280. s/ ISBN.

Tenorio Trillo, Mauricio.

El urbanista. FCE. 2004, ISBN 968-16-7205-4, p. 352.

Ugarte Yavar, Juan de Dios.

Valparaíso 1536-1910. Monografía histórica. Ediciones Imprenta Minerva. Valparaíso, 1910. p. 386.

Unión Europea. Programa URB-AL. Red de Conservación de los Centros Históricos Urbanos, Proyecto Ciudades-Puerto y Centros Históricos. Conclusiones. Ed. Ilustre Municipalidad de Valparaíso, 2002, p. 140. s/ISBN.

UNIVERSIDAD MAYOR.

Facultad de Arquitectura, Arte y Diseño. Valparaíso. **Un sueño que abre paso en el tiempo.** Ed. Universidad Mayor. Serie Investigaciones. Santiago, 2000, ISBN 956-7459-04-5, p. 187.



Urbina, María Eugenia.

Los conventillos de Valparaíso 1880-1920. Ediciones Universitarias de Valparaíso. Universidad Católica de Valparaíso. 2002, ISBN 956-17- 0329-7, p. 259.

Vancouver, Jorge.

Viaje a Valparaíso y Santiago. Imprenta Mejía. Santiago. 1909, p. 127.

Valenzuela, Ricardo.

Viento en la bahía. Breviario. Ed. Universidad de Valparaíso. Valparaíso. 2003, p. 21.

Vial, Sara.

Valparaíso. El violín de la memoria. Ril editores. 2001, ISBN 956-284-193-6, p. 360.

Vial, Sara.

Neruda en Valparaíso. Editorial de la Universidad Católica de Valparaíso. 1983-1993, s/ISBN p. 276.

Vicuña Mackenna, Benjamín.

De Valparaíso a Santiago. Imprenta de la librería El Mercurio. Santiago. 1877, p. 668.

Vicuña Mackenna, Benjamín.

Obras completas. Historia de Valparaíso, Tomos I y II. Universidad de Chile, Impreso en dirección General de prisiones. Santiago, 1936, p. 1137.

Witke, Oscar.

Valparaíso. LOM Ediciones. 1994, ISBN 956-7369-11-9, p. 249.

Zumthor, Meter.

Barcelona. Ed. Gustavo Gili. 2004, ISBN 84-252-1992-2

MEDIOGRAFÍA

http://gosouthamerica.about.com/cs/southamerica/a/chiValpoFisk_2.htm

[http://es.wikipedia.org/wiki/V_Regi3n_de_Valpara3so_\(Chile\)](http://es.wikipedia.org/wiki/V_Regi3n_de_Valpara3so_(Chile))

<http://www.angelfire.com/nt/terremotovalpara3so>

<http://www.valapara3sochile.com/plazas.htm>

<http://www.latinoamericano.cl/menu.php?id=16>

<http://www.chile-esmeralda.com>

<http://www.cl/historia/cinfo/art3culos/gazmuri29.html>

<http://rehue.csociales.uchile.cl>

<http://memoriachilena.cl>

Valparaíso como Habitación Urbana

Alicia Paz González Riquelme

UNAM

México

2007